JESÚS SIMÓN, S. J.

EL HOMBRE - DIOS

Valoración de la persona y hechos de Jesucristo ante la razón y la Historia

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

Imprimi potest. — Cándido Mazón. *Praep. Prov. Arag.*

Nihil obstat. — Dr. Gabriel Solá Brunet, Can.°
Imprimatur. — † GREGORIO, Obispo de Barcelona.
Barcelona, 12 noviembre 1948.

Con Licencia eclesiástica

Depósito Legal: M-15.297-1988
ISBN: 84-7770-126-1
Impreso en España
Gráficas FUTURA, S.C.L.
Villafranca del Bierzo, 23.
Fuenlabrada (Madrid)

INDICE GENERAL

Pág.

Introducción. 9

I. **La expectación de las gentes** 15

SUMARIO: Esperanzas mesiánicas en la humanidad pagana. - Grecia y Roma. - Tradición universal. - Origen del Mesianismo gentil. - Preparación del mundo para la venida del Mesías. - Sucesión de los cuatro reinos de Daniel. - La plenitud de los tiempos.

II. **Las profecías mesiánicas**. 30

SUMARIO: Idea general de los vaticinios mesiánicos. - La profecía de Jacob: el cetro de Judá. - Miqueas y Belén. - Isaías y la pasión y muerte del Salvador. - Daniel y sus setenta semanas. - Portentoso cumplimiento. - Reflexión final.

III. **Las credenciales históricas de Jesús:** Autenticidad de los Evangelios 44

SUMARIO: Las fuentes históricas de la vida de Jesús: el Nuevo Testamento. - Los Hechos de los Apóstoles, las Cartas de San Pablo y los Evangelios. - Originales y copias. - Versiones y códices. - Documentos auténticos y seguros. - Citas de los padres apostólicos. - San Justino e Ireneo. Orígenes y Tertuliano. - Conclusión. - La existencia histórica de Jesús.

IV. **Las credenciales históricas de Jesús:** Veracidad de los Evangelios. 62

SUMARIO: Hipótesis racionalistas: «El fraude y la impostura». - Afirmación gratuita y despreciable. - Ideas que no pueden inventarse. - «Ilusión y buena fe de los Apóstoles», pero... falsía y engaño de Jesús. - Contradicciones racionalistas.

V. **Cristo Mesías** 74

SUMARIO: Pseudoprofetas y pseudocristos. - ¿Ha venido ya el Mesías? - Testimonios evangélicos sobre la mesianidad de Jesús. - La propia afirmación del Maestro y la solemne promulgación del Padre. - Cristo, clave de las profecías.

Pág.

VI. **Cristo taumaturgo** 89

SUMARIO: Los milagros de Jesús. - Su clasificación y categorías. - Las bodas de Caná de Galilea. - El hijo del funcionario real. - El siervo del Centurión. - La hemorroísa. - Resurrección de la hija de Jairo. - El sordomudo. - La mujer encorvada. - La pesca milagrosa. - Liberación de un endemoniado. - El número de los milagros evangélicos. - Prodigios auténticos y divinos.

VII. **Cristo taumaturgo (II): La tempestad sosegada** 102

SUMARIO: El lago de Tiberíades. - Ráfagas de tormenta. - «Sálvanos, que perecemos». - «Calla, enmudece». - Cristo, dueño absoluto de los elementos. - Efectos del milagro. - Explicaciones racionalistas.

VIII. **Cristo taumaturgo (III): El ciego de nacimiento**... ... 113

SUMARIO: Antecedentes y realización del prodigio. - «Fuí, me lavé y veo». - El drama de la incredulidad farisaica. - Lógica contundente. - Verdad y trascendencia del milagro. - Sus pruebas judiciales.

IX. **Cristo taumaturgo (IV): La resurrección de Lázaro** ... 125

SUMARIO: Betania. - Lázaro enferma y muere. - En las proximidades del Castillo. - Las lágrimas de Jesús. - Ante el sepulcro del amigo. - «Lázaro, sal afuera». - Realidad y grandeza del milagro. - Explicaciones racionalistas.

X. **Significación de los milagros de Jesús**. 136

SUMARIO: Los milagros evangélicos son: 1.º, obras de misericordia: leprosos y ciegos; la multiplicación de los panes; el paralítico de la probática piscina; la resurrección del hijo de la viuda de Naím... 2.º, pruebas de su legación divina: el paralítico de Cafarnaún; el hombre de la mano paralizada. - El milagro, sello de Dios y nota distintiva del Mesías.

XI. **La incredulidad y los milagros evangélicos**.. 150

SUMARIO: Racionalistas y neocríticos. - El engaño de los Apóstoles. - Leyendas de la Iglesia primitiva. - La sugestión y la «fe que sana». - El milagro ¿es imposible?

XII. **Jesús Profeta** 163

SUMARIO: «Un gran profeta ha aparecido entre nos-

Pág.

otros». - Profecías de Cristo sobre su Pasión, negaciones de San Pedro, traición de Judas, dispersión de los discípulos y futura ruina de Jerusalén.

XIII. **Jesús Profeta (II): El poema del amor**... 177

SUMARIO: Extasis de Jesús y visión de su futuro triunfo. - El grano de mostaza. - El día de Pentecostés. - Expansión de la Iglesia y conversión del mundo. - Dificultades de la empresa. - Conquista de la humanidad por el amor.

XIV. **Jesús Profeta (III): La tragedia del odio** 193

SUMARIO: Cristo profetiza las luchas y el triunfo de su Iglesia. - Jerusalén. - Bautismo de sangre. - La conversión de San Pablo; Herodes Agripa. - Roma: Las diez persecuciones; Nerón, Decio, Valeriano y Diocleciano. - El número de los mártires y la crueldad de los tormentos. - Heroísmo sobrenatural. - Conclusión.

XV. **Jesús Profeta (IV): La tragedia del odio.** 214

SUMARIO: La rebelión protestante: Lutero y Enrique VIII. - Apostasía de la mitad de Europa. - Sus causas. - Acción de la Divina Providencia. - Los grandes sabios y santos de los siglos XVI y XVII en los países católicos. - Nuevas conquistas entre paganos. - Las Indias y América. - Conclusión.

XVI. **Jesús Profeta (V): La tragedia del odio.** 230

SUMARIO: Origen de la incredulidad moderna. - La Filosofía naturalista inglesa. - La Masonería. - Voltaire y la Enciclopedia. - El socialismo y el Comunismo. - Satanismo. - Signos de esperanza: los nuevos convertidos: rumbo espiritualista de la ciencia. - «No prevalecerán».

XVII. **Jesucristo, Dios**.. 244

SUMARIO: La divinidad del Mesías en el A. T. - Cristo, hijo de Dios y Dios verdadero. - Testimonio de los Evangelios. - La propia afirmación de Jesús. -- Atributos divinos y derechos exclusivos de Dios. - «El Unigénito del Padre».

XVIII. **Jesucristo, Dios (II)** 258

SUMARIO: La fe de los Apóstoles y de la Iglesia primitiva. - Arrio y el concilio de Nicea. - La divinidad de

Pág.

Cristo en los tiempos modernos. - El Filosofismo y Racionalismo. - Renán. - Conclusión.

XIX. **La santidad de Jesús** 275

SUMARIO: Santidad negativa: «¿quién de vosotros me argüirá de pecado?». - Carencia de inclinación al mal en Cristo. - Santidad positiva: las virtudes del Salvador. - Su religiosidad; bondad; obediencia; pureza; superioridad y grandeza de alma. - «El santo de Dios».

XX. **La muerte de Jesús**. 289

SUMARIO: El Calvario. - Prodigios sobrenaturales: el velo del Templo, el terremoto, el oscurecimiento del sol. - Grandeza moral de la muerte de Cristo. - Sus últimas palabras. - Dominio sobre la muerte. - El centurión romano. - Reflexión final.

XXI. **Cristo Redentor**.. 305

SUMARIO: La Redención de Cristo en el N. T. - Concepto de la Redención. - La tragedia del Paraíso. - «Hijos de ira». - «El príncipe de este mundo». El sacrificio del Calvario.- Isaías y la redención mesiánica.

XXII. **La Resurrección de Cristo** 318

SUMARIO: Predicciones categóricas de Jesús sobre su propia Resurrección. - Documentos históricos del gran acontecimiento. - Los cuatro Evangelios y los Hechos. - Las apariciones de Jesús. - Pedro y Juan en el Templo. - San Pablo en Antioquía de Pisidia y en Atenas. - La carta a los Corintios. - La fe en la Resurrección, creadora del Cristianismo.

XXIII. **La Resurrección de Cristo y la crítica** 336

SUMARIO: Hipótesis racionalistas. - El robo del cadáver. - Catalepsia o muerte aparente de Cristo en la Cruz. - La alucinación de los Apóstoles. - Refutación.

XXIV. **La Ascensión, triunfo definitivo de Jesús** 348

SUMARIO: Los documentos históricos de la Ascensión de Cristo. - Su vida en el cielo: descanso, triunfo, actividad incesante. - Arriba los corazones.

Epílogo 359

Indice de materias. 366

INTRODUCCION

Nada más interesante, a veces, que ciertas coincidencias de la Historia.

Se nos cuenta del célebre Diógenes que, llevado un día de su rara originalidad, salió por las calles y el Agora de Atenas con una linterna en la mano buscando, como afirmaba él, un hombre...

La cosa pudo parecer al principio una mera extravagancia del filósofo, pero bien pronto se cayó en la cuenta del altísimo significado de su acción. Diógenes buscaba un hombre en Atenas, en medio de rebaños innumerables de ellos, porque para él no merecían el título sagrado de hombres los que componían la inmensa generalidad de los mismos...

Buscaba al hombre cabal, al hombre razón y espíritu, al hombre de carácter y consecuente, al hombre digno y legítimo representante de la especie, y... ése no era tan fácil encontrarlo.

Y, en efecto, no lo encontró.

Atenas y toda la brillante civilización helénica hubo de declararse impotente; no pudo ofrecer un ejemplar siquiera de él, y todo el espléndido ropaje de su literatura, de su filosofía y de su arte, no había hecho otra cosa que encubrir el abismo de ignominia en que yacía la humanidad, algo así como el estuco o los mármoles lujosos encubren nada más por de fuera la corrupción interna del sepulcro.

¡ECCE HOMO!

Quinientos años habían transcurrido desde esta fecha memorable.

Nos dice el Evangelio que Pilatos, queriendo salvar a Jesús del odio de los judíos, después de haberlo mandado azotar inicuamente para que su estado causara lástima a sus propios adversarios, le sacó al balcón del Pretorio y, así como estaba, como le había dejado la soez soldadesca, coronado de espinas, escupido el rostro, ensangrentado, llevando en las manos atadas ante el pecho una caña a modo de cetro y cubierto con un andrajo de púrpura, se lo mostró a la turba ebria de coraje, exclamando en alta y sonora voz:

HE AQUI EL HOMBRE...

Había aparecido por fin.

El hombre buscado por el filósofo llegaba en la plenitud de los tiempos como el feliz coronamiento de todos ellos...

Era el hombre perfecto, el hombre ideal, el hombre prototipo.

La Humanidad podía estar satisfecha.

Afeada por el pecado, vilipendiada, abatida, podía levantar de nuevo la cabeza. En Cristo se mostraba en toda su plenitud y nobleza la imagen del hombre, rey de la creación visible: más aún; se superaba a sí misma, puesto que El resumía en sí, como en compendio y recapitulación suprema, cuanto hay de grande, de bello y de sublime en el cielo y en la tierra.

* * *

El presente libro tiende a llevar a Cristo a la inteligencia y al corazón de los hombres de buena voluntad.

Es, como observará el lector, de carácter apologético y

de vulgarización, y su ambición única se reduce a exponer de una manera clara y asequible al gran público de nuestros días, algunos de los grandes temas cristológicos que más de relieve pueden presentar su figura incomparable y especialmente su divinidad y atraer hacia El las inteligencias y corazones de los hombres.

Comienza por la mesianidad *del Salvador, por las profecías bíblicas cumplidas portentosamente en su persona y por su expectación en el mundo...*

Cristo es realmente el Mesías esperado por los siglos. El cielo y la tierra, los ángeles y los hombres, le proclaman como tal y El mismo se da ese nombre clara y decididamente. Los grandes vaticinios mesiánicos, las tradiciones de los pueblos, convergen todos en el Profeta de Nazaret y tienen en El su más espléndido cumplimiento.

Este es el hecho singular y exclusivo que lo distingue.

Cristo no puede llamarse nuevo en ninguna época de la Historia.

Había preexistido ya durante siglos en el mundo antes de aparecer entre los hombres. El fué, en toda la extensión de la palabra y en frase bíblica, «el deseo de los collados eternos, el objeto de las esperanzas de la Humanidad».

El tercero y cuarto capítulos llevan por epígrafe: Las credenciales históricas de Jesús. *El fundador del Cristianismo no es un ser mitológico y de leyenda, sino que está enmarcado en la Historia plenamente. Vivió en los comienzos de los tiempos nuevos, en medio del esplendor de la civilización greco-romana... Tuvo sus heraldos y cronistas que nos dejaron de su vida y de sus gestas los más verídicos y seguros documentos. Con ellos, como con credenciales, se presenta al*

mundo moderno y de todos los tiempos desafiando a la incredulidad.

Puede afirmarse con la seguridad más absoluta en pleno siglo XX *que Cristo es uno de los personajes más históricos y auténticos de la Historia.*

Cristo taumaturgo *llena, a continuación, varios capítulos.*

El milagro, que es el sello exclusivo de la divinidad, lo es también de Jesucristo. El pasó por el mundo como la virtud y omnipotencia del Altísimo, ejerciendo el dominio más absoluto sobre las fuerzas y leyes naturales: El mandó al mar alborotado, y como por ensalmo se sosegaron las olas; curó a los leprosos con sólo decirlo; devolvió la luz a los ciegos, el movimiento a los paralíticos; llamó a Lázaro de la tumba, cambiando la corrupción del sepulcro en germen de nueva vida...

Los milagros evangélicos son hechos plenamente históricos, auténticos y divinos: el Salvador los realizó llevado unas veces por la ternura y bondad inmensa de su corazón, y otras, para probar su legación divina.

La incredulidad se ha encarnizado en ellos y ha querido desvirtuarlos negándolos positivamente como narraciones legendarias o atribuyéndolos a la candidez y simplicidad de los evangelistas.

Pero todo ha sido inútil.

Los milagros evangélicos son, el día de hoy, en medio del refinamiento hipercrítico y científico moderno, tan ciertos e incontrastables como en los tiempos del Salvador.

Jesús profeta, *es el título del cuarto tema.*

En él se exponen sus grandiosas profecías: primero las inmediatas, relativas a su pasión, traición de Judas, negaciones de San Pedro, dispersión de los discípulos...: luego,

las otras más lejanas, pero también más amplias y portentosas: la ruina de Jerusalén; su conquista del mundo por el amor; el odio inextinguible de la maldad humana hacia El y su Iglesia; los embates y furias del infierno contra ella, al par que su incolumidad y perpetuo triunfo.

Cristo es también Redentor *y* Dios.

Es Redentor, porque pagó con su sangre la deuda de nuestras culpas y pacificó con ella el cielo y la tierra, a Dios y los hombres, rasgando en la Cruz, según la sublime frase de San Pablo, «el quirógrafo decreto de nuestra condenación»...

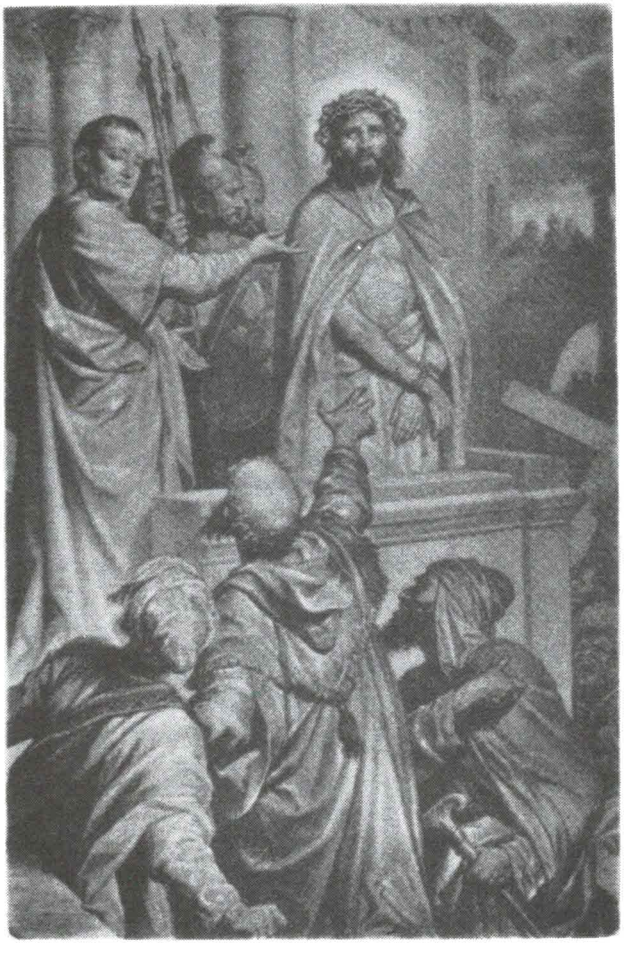
Pero, sobre todo, es Dios: *Dios con nosotros, el Hombre-Dios.*

Tal se afirmó abierta y decididamente innumerables veces en su vida, y su testimonio no puede dejar de ser verdadero. Se arrogó los derechos exclusivos de Dios; exigió, mandó y prohibió como Dios; tuvo la impecabilidad y santidad de Dios; murió en el Gólgota lleno de afrentas y de dolores, pero sufrió porque El quiso y murió porque quiso también y cuando quiso, con absoluto dominio sobre la muerte y resucitó y salió del sepulcro al tercer día, como Dios.

Ojalá que estas páginas sean útiles y contribuyan en algo a que sea más conocido y amado de los hombres el que es indiscutiblemente la figura cumbre de la Historia, aun en lo humano: el Hijo de Dios hecho hombre; el gran Maestro de la Humanidad...

Si así es nos sentiremos galardonados con la mayor recompensa, ya que, como dijo El mismo: «Esta es la vida eterna, que conozcan al Padre, único Dios verdadero, y al que El envió, Jesucristo».

Valencia, Fiesta de Cristo Rey, 1947.



1 (Hofmann)

«He aquí el Hombre» (J. XIX, 5).

Pilato muestra al mundo al «esperado de las gentes» venido por fin a la Humanidad.

I

LA EXPECTACION DE LAS GENTES

SUMARIO: Esperanzas mesiánicas en la humanidad pagana. - Grecia y Roma. - Tradición universal. - Origen del Mesianismo gentil. - Preparación del mundo para la venida del Mesías. - Sucesión de los cuatro reinos de Daniel. - La plenitud de los tiempos

Se ha dicho, con frase que parece paradójica, que el hombre es dueño de su sepulcro, pero no de su cuna.

Quiere ello decir que el hombre puede preparar su porvenir, forjar su futuro, su vida más allá de la tumba, haciendo que ésta sea gloriosa como la de los Santos y los héroes o deshonrada e infame como la del criminal y malvado.

Nadie, sin embargo, es dueño de su cuna.

El más grande y el más pequeño están aquí al mismo nivel. Homero y Virgilio, Dante y Lope de Vega, Cervantes y Shakespeare, Alejandro y Hernán Cortés y Napoleón, no preludiaron con el más leve rumor su aparición en el mundo.

La cuna señala el comienzo total del hombre y nadie es capaz de adelantarse a ella.

Cristo es la única excepción.

El fué, en toda la extensión de la palabra, dueño de su cuna, como lo fué de su sepulcro. Antes de que apareciera sobre la tierra había ya vivido siglos en la mente y en el corazón de los hombres. El mundo entero le esperaba ansiosamente y saludaba de lejos, con emoción, su venida.

Empecemos a hablar del Hombre Dios por este importante tema.

GRECIA

Tiene Platón en su diálogo «Alcibíades» una significativa página: Al dirigirse el protagonista del mismo al templo, para ofrecer un sacrificio, se encuentra con Sócrates, al cual le consulta sobre qué había de pedir a los dioses. Sócrates le aconseja abstenerse por entonces de toda petición y sacrificio, «hasta que venga el enviado de Dios, que anuncie a los hombres lo que han de creer y practicar».

He aquí sus palabras:

Sócrates: El mejor partido que podemos tomar es esperar con paciencia a que venga alguno a enseñarnos cómo nos hemos de portar respecto de los dioses y de los hombres.

Alcibíades: ¿Cuándo vendrá y quién es el que debe enseñarnos estas cosas? Yo siento en mí un deseo ardiente de conocer a semejante personaje.

Sóc.: Aquel de quien se trata se interesa más de lo que nosotros pensamos en todo cuanto nos atañe.

Alcib.: Venga, pues, y que disipe cuando quiera estas tinieblas. Estoy dispuesto a hacer cuanto él quiera prescribirme, con tal de que llegue a ser mejor de lo que soy.

Sóc.: Te lo aseguro de nuevo: Aquel de quien estamos hablando desea infinito nuestro bien.

Alcib.: ¿No sería conveniente, pues, diferir los sacrificios hasta que él venga?

Sóc.: Tienes razón: Más valdrá tomar este partido que correr la eventualidad de no saber si ofreciendo sacrificios agradamos a Dios o le disgustamos.

Alcib.: Bien, pues; cuando llegue ese día presentaremos a Dios nuestras ofrendas. Espero de su bondad que no se hará esperar mucho tiempo.

No cabe duda que son emotivas estas palabras.

¡Pobre filosofía pagana sin la luz del Evangelio!

Después de inmensos desvelos y de largas vigilias buscando la verdad, no había conseguido casi nada. La Humanidad entera se encontraba perdida, fuera del verdadero camino, extraviada entre tinieblas: No conocía su origen ni su destino; ignoraba a Dios y a sí misma y, lo que es peor, se encontraba en absoluta impotencia de salir de aquel estado, de avanzar hacia la luz; le faltaba el hombre de la «probática piscina» y hacia el anunciado Salvador tendía las manos febrilmente.

¿Quién era el misterioso personaje a que se refiere Sócrates en su consejo a Alcibíades?

«Un enviado de Dios, apiadado de nosotros.»

Alguien que debía ser el maestro de la Humanidad impotente y enseñarle lo que debía practicar y creer...

En presencia de tales señas no podemos menos de pensar en el que es la luz del mundo, la verdad y la vida, Jesucristo.

El gran genio de la Grecia se había asido, en la imposibilidad de dilucidar los problemas religiosos por la sola razón humana, a la esperanza mesiánica que, recibida de Egipto y de los pueblos orientales, flotaba vaga e imprecisa en la tradición helénica, alimentada de cuando en cuando por las revelaciones de los oráculos. Hesiodo y Teócrito, Esquilo y Sófocles, se habían hecho también eco de la misma.

ROMA

En el pueblo romano fué más viva aún y más ostensible la tradición mesiánica, especialmente a partir de los últimos tiempos antes de nuestra Era.

A ello contribuyeron también, y notablemente, los oráculos o vaticinios sibilinos de honda repercusión, no sólo en la plebe, sino también, y más poderosamente aún, en almas selectas y de cultura.

Cicerón comenta uno de esos vaticinios en su libro «De divinatione». Se hablaba en él de un misterioso personaje que estaba para venir y al cual tenía que reconocer como rey el Imperio romano, si no quería perecer. El orador se pregunta, visiblemente preocupado: «Si esto está escrito en los libros de las Sibilas, ¿a qué rey se refiere y en qué tiempo ha de suceder?».

Virgilio. Un segundo pasaje más emocionante sin duda que el del orador romano, lo encontramos en el del mayor de los poetas latinos, el mantuano Virgilio.

Sus palabras son un canto sublime al futuro rey universal, con cuyo nacimiento iban a desaparecer hasta los vestigios de la edad de hierro de la Humanidad y comenzar las bienandanzas de la de oro.

Dice así en su égloga IV:

«Han llegado los tiempos últimos de que habla la Sibila: Va a comenzar de nuevo el curso inmenso de los siglos. De lo más alto de los cielos nos va a ser enviado un reparador. Alégrate, casta Lucina, por el nacimiento de este niño, que hará cesar la edad de hierro, reinante hasta ahora, y extenderá la de oro por todo el universo... El que debe obrar estas maravillas será engendrado en el mismo seno de Dios; se distinguirá entre los seres celestiales; aparecerá superior a todos ellos y regirá con las virtudes de su padre al mundo pacificado... Ven, pues, querida descendencia de los cielos, ilustre vástago de Júpiter, porque se acercan ya los tiempos vaticinados. Ven a recibir los grandes honores que te son debidos. Mira a tu venida al globo del mundo vacilante bajo el peso de su bóveda: la tierra, los vastos mares, el alto cielo... todo se agita y alegra por el siglo que ha de venir.»

Difícilmente podrán ser interpretados estos versos de «el altísimo poeta», a quien se le ha llegado a tener por precur-

sor del Cristianismo, en otro sentido distinto del tradicional, como reflejo jubiloso de las esperanzas mesiánicas.

Es el eco de la aspiración universal de su tiempo en el Imperio romano, a una ética social superior a la existente, a una radical renovación del orbe, a un nuevo orden de cosas, de paz y bienandanza, que en vano se buscaba en el mundo decrépito que iba a desaparecer y que polarizaba todas sus ansias en el Redentor anunciado.

Hasta las frases presentan extrañas resonancias bíblicas: «La edad última», «el nuevo vástago», «la descendencia de los cielos», «el nuevo curso de los tiempos», «el siglo venidero», «el niño rey», «la virgen»... parecen prolongaciones de las voces de los profetas.

Historiadores. A medida que se acercan los tiempos va creciendo también y haciéndose más insistente la tradición y esperanza. A ella aluden claramente los dos grandes historiadores del Imperio: Tácito y Suetonio.

Tácito se expresa así refiriéndose a los tiempos inmediatos antes del advenimiento de Cristo: «Era general entonces la persuasión de que prevalecería el Oriente, y que hombres salidos de Judea se apoderarían del gobierno del mundo». (Hist. Lib. V. c. XIII.)

Suetonio añade: «Se había esparcido por el Oriente todo la idea ya antigua y constante de que estaba decretado por los hados, que por aquella época se apoderarían de los destinos del mundo unos hombres salidos de Judea». (In Vespas.)

Cuando los historiadores romanos escribían estas palabras, ya habían amanecido los tiempos nuevos y aparecido el gran personaje centro de los mismos.

Los heraldos del Gran Rey habían incluso llegado a la Roma de los Césares para echar en ella los cimientos del nuevo Imperio que iba a levantarse sobre las ruinas del antiguo. El paganismo se estremeció de furor y anegó en san-

gre a los cristianos, pero, al fin, no tuvo más remedio que ceder: «Estaba decretado», no por los hados, sino por Dios, que rige con designios inescrutables los humanos acontecimientos, que hombres de la Judea fueran los árbitros de los destinos del mundo.

TRADICION UNIVERSAL

No hay para qué aducir más testimonios.

El hecho lo reconocen hasta los corifeos de la impiedad. El mesianismo en el mundo antiguo es un hecho tan innegable como universal; de él se hacen eco tanto las mencionadas Grecia y Roma como Egipto y Mesopotamia, Persia, Arabia, la China, el Japón, el Nuevo Mundo... todos los pueblos coinciden en lo mismo; todos miran hacia el Oriente, en especial hacia la Judea, y ponen en ella o en él el objeto de sus anhelos y esperanzas.

Dice el mismo *Voltaire:* «La creencia en la caída y en la regeneración del hombre se encuentra en todos los pueblos antiguos...», y *Boulanger:* «Los hebreos esperaban, ya un conquistador, ya un ser indefinible, feliz y desgraciado a la vez, y lo están esperando todavía. El oráculo de Delfos, según Plutarco, era depositario de una antigua y secreta profecía sobre el futuro nacimiento de un hijo de Apolo que traería a la Tierra el reinado de la justicia. En este sentido habla todo el paganismo griego y egipcio... Las demás naciones de la Tierra tuvieron también las mismas esperanzas: Los chinos aguardaban a Phelo; los del Japón, a Ocyrum y Combadaxi; los de Siam, a Sommona-Codon. Todos los americanos esperaban que del lado del Oriente, al cual podríamos llamar el polo de la esperanza de las naciones, les llegarían los Hijos del Sol, y los mejicanos, en particular, esperaban a uno de sus reyes, que debía volver a visitarlos por el lado de la aurora, después de haber dado la vuelta al Mundo». (Cfr. «El Hombre», pág. 183.)

ORIGEN DEL MESIANISMO GENTIL

¿De dónde procedieron las ideas mesiánicas en el gentilismo? No cabe duda que en algunos de los mencionados pueblos, los del oriente y este de Europa, Grecia y Roma en particular, pudieron provenir de las profecías bíblicas llevadas a ellos por los judíos de la Diáspora o por las transmigraciones de los mismos en sus cautiverios; pero para los otros, los más remotos, la India, China, América... hay que buscar otras explicaciones más hondas.

No perdamos de vista, en efecto, que la referida tradición es un hecho extendido por todo el mundo, que se encuentra en todos los pueblos de razas primitivas, desde el Oriente hasta Méjico. Es una de las tradiciones universales del linaje humano, cuyo origen hay que buscarlo, por tanto, en los albores de la Humanidad misma, en el entronque común o confluencia primordial de los diversos pueblos antes de su disgregación y dispersión por la tierra.

Llegados aquí, viene espontáneo el pensamiento: ¿No arrancará esa tradición tan antigua como el linaje humano, del gran vaticinio genesíaco a raíz de la primera caída, anunciando la descendencia de la mujer que había de aplastar la cabeza de la serpiente triunfadora y devolver a la Humanidad su dignidad primitiva?

Ninguna explicación más fundada.

La promesa del futuro redentor debió quedar profundamente grabada en la mente de los primeros humanos, como consuelo de su infortunio, como depósito sagrado de esperanzas para el porvenir. Advino la división del primitivo clan o tribu humana, y la llevó consigo cada familia en su peregrinación por la tierra. Los pueblos y razas que empezaban a diversificarse, la hicieron objeto de sus ilusiones y aun de su poesía, modificándola cada uno a su talante, añadiendo

luego nuevos trazos y restando otros conforme a sus peculiares gustos.

LOS CUATRO IMPERIOS DE DANIEL

Entramos en el terreno de los arcanos de Dios en orden a la evolución providencial de la Historia.

Los hombres se mueven, pero Dios los guía.

El Mesías prometido al mundo había de aparecer en la plenitud de los tiempos, y era necesario prepararle el camino. Nadie podía realizar convenientemente este cometido en que había de ponerse en movimiento la Historia toda, sino el que es dueño absoluto de los pueblos y de los hombres, y los levanta o abate y aniquila conforme cuadra a sus designios.

Así lo hizo en efecto.

Descorramos el velo que oculta a los profanos esta verdadera Filosofía de la Historia.

Leemos en el capítulo segundo de la Profecía de Daniel este interesante y significativo pasaje:

Estaba el Profeta en la cautividad de Babilonia cuando he aquí que una noche tuvo el rey Nabucodonosor un sueño que le dejó consternado, dice el sagrado texto, pero que no pudo recordar cuando despertó por la mañana. Llamó a todos los adivinos, magos, hechiceros y sabios de Babilonia para que se lo interpretaran, mas no acertando ninguno en ello, disponíase el rey a hacerlos morir a todos. Daniel, incorporado con sus compañeros a la clase de los sabios, no había asistido al requerimiento regio. Presentósele después y pidióle una corta dilación en la ejecución de su cruel decreto; mientras tanto fuése él a casa y oró al Señor por sus compañeros. Dios le reveló el secreto en una visión nocturna, y lo anunció a Nabucodonosor de esta manera:

«El arcano que el rey desea descubrir, no se lo pueden declarar al rey los sabios, ni los magos, ni los adivinos, ni los arúspices.

Pero hay un Dios en el cielo que revela los misterios, y éste te ha mostrado, oh rey Nabucodonosor, las cosas que sucederán en los últimos tiempos. Tu sueño y las visiones que ha tenido tu cabeza en la cama, son los siguientes:

Tú, oh rey, estando en tu cama, te pusiste a pensar en lo qué sucedería en los tiempos venideros; y aquel que revela lo oculto, te hizo ver lo que ha de venir.

A mí también se me ha revelado ese arcano, no por una sabiduría que en mí haya más que en cualquier otro hombre mortal, sino a fin de que el rey tuviese una clara interpretación y para que reconocieses los pensamientos de tu espíritu.

Tú, oh rey, tuviste una visión, y te parecía que veías como una grande estatua, y esta estatua, grande y de elevada altura, estaba derecha enfrente de ti. y su presencia era espantosa.

La cabeza de esta estatua era de oro finísimo: el pecho, empero, y los brazos, de plata: mas el vientre y los muslos, de cobre.

Y de hierro las piernas: y una parte de los pies era de hierro y la otra, de barro.

Así la veías tú cuando, sin que mano ninguna la moviese, se desgajó del monte una piedra, la cual hirió la estatua en sus pies de hierro y de barro y los desmenuzó... Pero, la piedra, que había herido a la estatua, se hizo una gran montaña y llenó toda la tierra.

Tal es el sueño. Diremos también en tu presencia, oh rey, su significación.

Tú eres rey de reyes: y el Dios del cielo te ha dado a ti reino y fortaleza e imperio y gloria... Tú, pues, eres la cabeza de oro.

Y después de ti se levantará otro reino menor que el tuyo que será de plata: y después otro tercer reino, que será de cobre, el cual, mandará toda la tierra.

Y el cuarto reino será como el hierro. Al modo que el hierro desmenuza y doma todas las cosas, así este reino destrozará y desmenuzará a todos los demás...

Pero en el tiempo de aquellos reinos, el Dios del cielo levantará un reino que nunca jamás será destruído, y este reino no pasará a otra nación, sino que quebrantará y aniquilará todos estos reinos: y él subsistirá eternamente...

El gran Dios ha mostrado al rey las cosas futuras, y el tal sueño es verdadero y es fiel su interpretación.

Entonces el rey Nabucodonosor postróse en tierra sobre su rostro y adoró a Daniel... y dijo: verdaderamente que vuestro Dios es el Dios de los dioses y el Señor de los reyes y el que revela los arcanos; pues has podido tú descubrir éste.»

CUMPLIMIENTO DEL VATICINIO

Detengámonos un instante ante esta sorprendente página. Está escrita unos seiscientos años antes de Jesucristo y su marco es Babilonia en su máximo apogeo.

La interpretación tradicional ve señalados en los cuatro reinos del sueño del rey de Babilonia los cuatro grandes imperios que se sucedieron en el mundo desde aquella fecha hasta la venida del Mesías: el *caldeo-babilónico*, el *medo-persa*, el *macedónico* y el *romano*.

El quinto y último, fundado por el mismo Dios, que había de recibir la herencia de los anteriores y llenar toda la tierra, es el mesiánico, el reino de Jesucristo, reino eterno y universal.

Imperio caldeo babilónico.

Fué fundado por Nabopolasar hacia el año 600 antes de nuestra Era. Este gran monarca agregó Asiria a Babilonia, creando así el mayor poder de su tiempo. Su hijo y sucesor fué el Nabucodonosor de la Biblia, que puso fin al reino de Judá, llevándose cautivo al pueblo judío y destruyendo a Jerusalén. Con Nabuco llega el imperio a su mayor apogeo. En tiempos de sus indignos sucesores fué acentuándose cada vez más la decadencia, hasta que el último de ellos, el Baltasar famoso en la Historia por su convite, príncipe cruel, vicioso y cobarde, lo deshizo por completo.

El profeta da a este imperio el nombre de oro, no precisamente por su extensión territorial, sino por su magnificencia verdaderamente asiática.

Babilonia, su capital, dícese que estaba comprendida dentro de un doble recinto de murallas de cien metros de altura por quince de grueso, formando un gigantesco cuadrilátero de cien kilómetros de largo por ochenta de ancho. El río Eufrates la atravesaba diagonalmente, y más de cien puertas, de bronce todas, se abrían en sus murallas, flanqueadas por doscientas cincuenta torres. En el centro del gran cuadrilátero se levantaba la ciudad regia, como vasta agrupación de fortalezas, de palacios y de templos, juntamente con los famosos pensiles o jardines colgantes, atribuídos a Semíramis.

El Imperio babilónico fué efímero.

No duró ni siquiera un siglo. Le puso fin el rey de los persas, Ciro el Grande, que penetró de improviso en la ciudad, durante la noche, por el cauce del Eufrates, mientras Baltasar celebraba su gran festín con sus concubinas y grandes de su reino y profanaba los vasos del templo de Jerusalén, robados por su padre.

Imperio medo persa.

Es consignado con el nombre de plata.

No fué tan espléndido en boato como el anterior, pero más duradero y, sobre todo, inmensamente más vasto.

Su fundador fué Ciro, el genio militar de su tiempo. Después de haber sometido a los diferentes pueblos de la Ariana y tribus del Cáucaso y Asia Menor hasta el río Alis, venció en Timbrea a Creso, rey de Lidia, con lo que cayeron en su poder todos los extensos territorios de este monarca, incluso las colonias griegas. Para ser dueño de toda el Asia no le faltaba más que la posesión de Asiria y, en efecto, puso sitio a Babilonia y la conquistó también. Siguióse la conquista de Siria, Fenicia y Palestina.

Sus sucesores, Ciro II y Cambises, llevaron al Imperio al ápice de su gloria, sometiendo a Egipto y venciendo a Darío.

Imperio macedónico.

El sentido de unidad sigue dominando la Historia. El fundador del Imperio griego macedónico fué Filipo; primero, gran general, y después, hábil y astuto político. Empezó sometiendo a Tracia e Iliria para apoderarse después de toda la Grecia. En vano el gran orador ateniense, Demóstenes, procuró inculcar a sus compatriotas el inminente peligro que corría la patria, pues sólo ya cuando era demasiado tarde se decidieron los helenos a oponerle resistencia. Fueron vencidos en Queronea.

A Filipo, asesinado poco después de estos acontecimientos, sucedióle su hijo Alejandro, uno de los genios guerreros más extraordinarios de todos los tiempos. Después de haber dominado a los griegos, revueltos a la muerte de Filipo, reúne un ejército de 35.000 combatientes y marcha contra Persia, en donde a la sazón reinaba Darío: pasa el Helesponto y se encuentra con un poderoso ejército persa en las orillas del Gránico, pero lo pone en fuga. Con ello cae bajo su dominio el Asia Menor. Darío en persona le sale al encuentro en Iso, pero es derrotado.

El poder del afortunado monarca aumenta por momentos: Siria, Chipre y Fenicia le quedan sometidas, lo mismo que Tiro y Gaza. Lleva después sus armas victoriosas a Pelusio, primera ciudad de Egipto, y, de allí, a Heliópolis, Memfis y Canopo. Construye Alejandría y de nuevo se dirige al corazón mismo de Persia, contra Darío, y le vence en Arbelos. Se apodera de Babilonia, de Persépolis y Susa, las tres capitales del Imperio persa. Prosigue ambiciosamente sus conquistas por toda la India y llega hasta el Hidaspes, en donde vence a Poro, pero aquí se eclipsa su fortuna; sus soldados se rebelan y le obligan a volverse. Regresa a Babilonia, en donde muere a la edad de treinta y dos años.

¡Prodigioso conquistador! El Oriente, casi por completo, quedó unido bajo su mando. Con ello había traído grandes

bienes al progreso de la Humanidad. Las tribus humanas, separadas hasta entonces en tan varias naciones, gobiernos y costumbres, empezaron a mezclarse entre sí, caminando más conformes a la civilización común: La espada de Roma consumaría la gran obra.

El Imperio romano.

Y llegamos a la cumbre.

Imposible seguir los pormenores de las conquistas del coloso. Bástenos saber que a la muerte de Augusto, el Imperio romano se extendía por espacio de tres mil kilómetros, desde la Celedonia o Escocia actual y la Dacia, situada al norte del Danubio, entre el Teis y el Dniester, hasta el Atlas y el trópico de Cáncer. Por el Oriente era aún mayor su extensión: desde el Atlántico hasta el Eufrates, tres mil quinientos kilómetros, ocupando una superficie mayor que la de toda Europa. Los límites eran, por tanto: al norte el Ponto Euxino, el Danubio y el Rin; al oeste el Atlántico; el Asia Menor, la Cólquida y Armenia, Siria, el Eufrates y la Arabia; y en Africa el Atlas, el desierto de Libia y los que separan a Egipto de Etiopía.

La plenitud de los tiempos.

Se habían consumado los planes de la Providencia.

Dios quería santificar al mundo con su venida; hacer la redención enviando a su Unigénito.

Se había hecho esperar miles de años, porque era preciso estuviera preparado y con ansias de recibirle. Cristo es, a la vez, el término de los caminos seguidos por los pueblos antiguos y el punto de partida de los nuevos, el centro de la Historia, la plenitud de los tiempos.

Las naciones se habían dedicado durante milenios a un trabajo asiduo de progreso, de acercamiento, de conquistas siempre mayores, y, terminada la obra, se ve que no habían

hecho otra cosa que construir el arco triunfal por el que había de pasar el Cristianismo.

Tres cosas dividían a los pueblos en la antigüedad y se oponían, por consiguiente, a la propagación universal del Evangelio: la multiplicidad de naciones que se trataban hostilmente entre sí; la diversidad de las lenguas, que les impedía entenderse, y las fronteras de unos y otros Estados, que dificultaban las comunicaciones...

Y, ¡cosa singular!

La triple barrera acababa de caer precisamente cuando apareció Jesucristo.

La primera la derriban Ciro, reuniendo bajo su cetro los pueblos del Oriente, y Alejandro con el establecimiento de la monarquía universal, llevando la lengua y civilización griega hasta el Indo. La segunda desaparece cuando Roma impone su idioma al Occidente; la tercera cae también cuando los ejércitos romanos construyen las grandes vías de comunicación que, partiendo de Roma, su centro, llegan a todos los ámbitos del Imperio.

Se ha dicho, y no sin razón, que las legiones romanas fueron los zapadores del Evangelio, y la palabra de la paz siguió los caminos trazados por la guerra...

Roma prepara el reinado de Jesucristo como el Bautista su aparición inmediata.

¿Puede haber cosa más providencial que esta marcha de los siglos? Digamos que los hombres se mueven, pero Dios los agita.

Vemos desarrollarse aquí la Historia humana, no según la casualidad y el error o por los juegos e intrigas de las pasiones de los hombres, ni menos impulsada por el fatalismo pagano, sino según un plan preestablecido y providente.

Ni faltaron en el mismo mundo pagano quienes se dieran cuenta del hecho providencial. Concretamente tenemos tes-

timonios elocuentes de ello en el Imperio romano. Su crecimiento inaudito e inmensa fortuna les pareció inexplicable, humanamente hablando, a sus grandes historiadores. Allí estaba la mano de Dios que lo dirigía todo para sus ulteriores fines.

Tito Livio dice en el comienzo de su historia: «La fundación del más grande Imperio que ha existido sobre la tierra no puede ser sino obra del destino y particular voluntad de los dioses». (Lib. I, núm. 55.)

Plutarco añade: «El curso feliz de los negocios y la elevación de Roma a tan alto grado de poder y acrecentamiento, muestran muy claramente, a los que saben ver las cosas, que todo ello no ha sido conducido por manos, consejos ni deseos de hombres, sino — dice él — por una escolta divina». (De fort. rom., núm. 33.)

Polibio, en fin, el más antiguo de los historiadores romanos: «Los acontecimientos llevan al mundo a una cierta unidad».

¿Qué unidad era ésta y para qué?

Los cristianos del siglo XX apenas podemos dudarlo.

Era la unidad católica que se preparaba en el Imperio romano para la venida del Mesías, que había de ocupar el trono de los césares.

Punto de vista éste profundo en realidad...

Cuando miramos la Historia por este prisma, creemos asistir a una vastísima escena en que se desenredan las intrigas todas de la política humana y se explican y enlazan todos los destinos de las naciones... Nabucodonosor y Ciro, César y Constantino, ya no son aquí más que simples actores de un acto sublime que termina en Jesucristo y en su Iglesia [1].

[1] Cfr. Aug. Nicolás, *Estudios fil. sobre el Crist.*, t. I, c. V. — Edit. Libr. Religiosa, Barcelona.

II

LAS PROFECIAS MESIANICAS

SUMARIO: Idea general de los vaticinios mesiánicos. - La profecía de Jacob: el cetro de Judá. - Miqueas y Belén. - Isaías y la pasión y muerte del Salvador. - Daniel y sus setenta semanas. - Portentoso cumplimiento. - Reflexión final

Las profecías mesiánicas constituyen quizás lo más esencial y típico de la Biblia. Se encuentran ya en el comienzo de la misma y la acompañan como reguero de luz y de esperanza a través de casi todos sus libros.

Ya en los albores del mundo, entre las sombras del pecado y de la muerte, en el Paraíso, dejó Dios entrever la figura del Redentor que había de venir en la plenitud de los tiempos para deshacer la obra nefasta de la serpiente triunfadora y redimir a la Humanidad caída. Es la primera profecía y promesa al mismo tiempo que lleva consigo el desgraciado linaje humano como consuelo de su infortunio, al ser desheredado de Dios y lanzado como prófugo por la tierra.

La gran promesa fué repitiéndose y puntualizándose cada vez más en el transcurso de los tiempos.

A Abraham, el padre de los creyentes, le anunció Dios que el Mesías o Salvador nacería de su descendencia; a Isaac y Jacob les precisó más: el tiempo de su venida y su origen de la tribu de Judá. A David le prometió que saldría de su familia, y sería hijo y señor suyo juntamente. A Isaías, que nacería de una virgen y moriría víctima de los pecados de su pueblo; a Miqueas, que saldría de Belén; a Ageo, en

2 (Detalle Pórtico Gloria. Santiago)

«Hemos hallado aquel de quien escribió Moisés y los Profetas» (J. I, 45).

Jeremías, Daniel, Isaías y Moisés.

tiempo del segundo templo; a Daniel, a la mitad de la septuagésima semana...

No podemos estudiar detenidamente todas las profecías. Escojamos cuatro tan sólo de las principales: las de Jacob y Daniel, relativas al tiempo de la aparición del Mesías; la de Miqueas sobre el lugar de su nacimiento, y la de Isaías sobre su pasión y muerte.

PROFECIA DE JACOB

Jacob vivió, según los cómputos más verosímiles, unos dos mil años antes de Jesucristo.

El santo patriarca era ya muy anciano; había cumplido ciento cincuenta años de edad a los cuales, sin embargo, llamaba él pocos y malos, cuando sintió acercársele el trance inevitable de toda carne, la muerte. Antes quiso, sin embargo, despedirse de sus hijos y darles su última bendición.

La escena, que es altamente patética, se nos describe en el capítulo XLIX del Génesis: «Congregáos todos aquí, hijos míos — les dijo —, para que os anuncie las cosas que han de sucederos en los tiempos por venir».

Los doce hijos de Jacob acuden diligentemente al llamamiento paterno y rodean el lecho del moribundo: luego, van presentándose uno por uno y por orden de edad, al contacto del anciano.

Para los tres primeros, o sea Rubén, el primogénito; Simeón y Leví, no tuvo Jacob más que reproches y anuncios terroríficos. «Rubén, primogénito mío — dice al primero —: tú debías ser el más favorecido de los dones y el más grande en autoridad, pero te derramaste como el agua; no medres.» ...Y a los otros dos: «Simeón y Leví, hermanos en el crimen..., maldito su furor, porque es pertinaz, y su saña, porque es inflexible».

La escena cambia repentinamente al llegar el cuarto de los hijos, llamado Judá.

El patriarca se siente agitado en aquel momento por el espíritu profético que le revela todo el porvenir y la historia futura de su hijo, y exclama, lleno de alborozo:

«Oh, Judá, a ti te alabarán tus hermanos; tu mano pondrá bajo tu yugo a tus enemigos; a la presa corriste, hijo mío. Después, para descansar, te has echado como león y a manera de leona: ¿quién osará despertarlo...?»

A continuación la gran profecía: «NO SERA QUITADO EL CETRO DE JUDA NI DEJARA DE HABER LEGISLADOR O GUIA DE SU DESCENDENCIA HASTA QUE VENGA EL QUE HA DE SER ENVIADO, EL CUAL SERA LA ESPERANZA DE LAS NACIONES».

Apenas hace falta declaración ante palabras tan manifiestas.

El vocablo *cetro*, se toma aquí como sinónimo de autoridad, gobierno o mando, de todo lo cual es, naturalmente, símbolo. y la frase «el que ha de ser enviado», se refiere evidentemente al Mesías prometido ya en el Paraíso a nuestros primeros padres después de la gran tragedia, como redentor del hombre caído y destructor de la obra del pecado. El fué el que esperó la Humanidad ansiosamente durante milenios interminables en su peregrinación por la tierra y el que había prometido Dios a Abraham que nacería de su descendencia.

El sentido, pues, de todo el pasaje no puede ser dudoso: se señala en él la fecha de la venida del Mesías y se anuncia que este magno acontecimiento deberá efectuarse antes de que le sea arrebatado a Judá su cetro, esto es, antes de que deje de ser nación.

Es lo que le sucedió al pie de la letra.

Hasta la venida del Fundador del Cristianismo, había podido mantenerse el pueblo judío más o menos precariamente en la categoría de nación propiamente tal. Los romanos la habían sojuzgado, es verdad, en los últimos años: Un procurador del Imperio residía en la capital de Israel exaspe-

rando sus sentimientos religiosos y patrióticos. Se le había arrebatado la libertad, pero conservaba todavía no sólo su territorio, sino también su forma peculiar de gobierno y su autoridad propia, residente en el sumo sacerdote y en el Gran Consejo o Sanhedrín. Todo ello terminó por completo y ominosamente unos cincuenta años después de la muerte de Cristo, el setenta de nuestra Era, fecha fatídica y memorablemente trágica para el pueblo de Dios, en que su capital fué invadida e incendiada por el ejército romano y destruído el templo...

Fué aquél el momento supremo de su historia.

El pueblo judío se deshizo desde entonces como la sal en el agua, y sus infelices habitantes se tuvieron que dispersar por el mundo.

Se había perdido todo. Judá dejaba de ser el pueblo de Dios y su cetro pasaba al que en los planes de la Divina Providencia había de recibir su heredad y sucederle, esto es, la Iglesia

No es menos sorprendente el cumplimiento del último inciso de la predicción: «Y EL SERA LA EXPECTACION DE LAS GENTES», o, como dice otra versión: «A EL AFLUIRAN LOS PUEBLOS».

Jesucristo fué la expectación del Universo y hacia él avanzó, en un flujo incoercible, la Humanidad, después de su muerte. La conversión casi repentina del mundo lo prueba con evidencia. Ya en tiempo mismo de los apóstoles solía decir San Pablo a los cristianos de Roma, que su fe era predicada en todo el orbe, y al fin del siglo II, profirió el gran apologista y orador Tertuliano, dirigiéndose a los gentiles, aquella frase lapidaria que se ha hecho célebre: «Somos de ayer y ya lo llenamos todo».

MIQUEAS

Cuenta el Evangelio de San Mateo, en su capítulo II, que «habiendo nacido Jesús en Belén de Judá, llegaron a Jerusalén unos magos venidos del Oriente, preguntando dónde estaba el recién nacido rey de los judíos. Porque vimos, añadieron, su estrella en Oriente, y venimos a adorarle. Al oír esto el rey Herodes, turbóse, y con él toda Jerusalén, y convocando los príncipes de los sacerdotes y a los escribas del pueblo, les preguntó en dónde había de nacer Cristo o el Mesías. A lo cual ellos respondieron: En Belén de Judá, pues así está escrito en el profeta.»

El Profeta de que aquí se hace mención es Miqueas, uno de los llamados menores y que vivió hacia el año 600 antes de Jesucristo.

He aquí su profecía tal como la leemos en el capítulo V. Después de un apóstrofe a Jerusalén, a la cual llama ciudad de ladrones por sus grandes usuras e injusticias, y de anunciarle su destrucción por parte de sus enemigos, como castigo de Dios, se dirige en espíritu a Belén, ciudad de David, y le dice:

«Y tú, oh Belén Efrata, tú eres una ciudad pequeña respecto de las principales de Judá, pero de ti saldrá el que ha de ser dominador de Israel, el cual fué engendrado desde el principio, desde los días de la eternidad.»

Efrata es el nombre que tenía Belén en tiempo de los Patriarcas, pero en este pasaje hace las veces de determinativo para distinguirla de otra Belén de la tribu de Aser o de Zabulón. *Dominador de Israel* es también otro de los nombres con que se designaba al Mesías, el gran Rey teocrático del pueblo de Dios y objeto de todas sus esperanzas. *El cual fué engendrado desde el principio.* En estas palabras se consigna claramente la divinidad del Mesías. El Cristo había de nacer en Belén, en el tiempo, pero no comenzaría allí su

existencia; habría existido ya desde el principio, antes de todas las cosas, desde la eternidad; esto es, sería eterno, increado e inmortal, como verdadero Dios.

El cumplimiento. También aquí se cumple la profecía tan amplia como completamente en Cristo. El nació en Belén, como lo sabemos por el Evangelio, y llenó, además, el prerrequisito que nadie, a excepción suya, podía llenar, el de ser Dios y existir desde la eternidad. San Juan nos habla en el proemio de su Evangelio de la preexistencia del Hijo en el seno del Padre: «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios: él estaba en el principio en Dios». Cristo mismo dió testimonio de esta verdad: «*Abraham, vuestro Padre,* dijo un día a los judíos, *ardió en deseos de ver este mi día, y se llenó de gozo al contemplarlo desde lejos.* ¿Aun no tienes cincuenta años y ya has visto a Abraham? Respondióles Jesús: *En verdad, en verdad os digo que antes de que Abraham fuera creado ya existía yo*». Al oír esto, los judíos tomaron piedras para tirárselas, mas Jesús se escondió y salió del templo. Asimismo dijo, en la noche de la última cena, en su oración sacerdotal: «*Ahora glorifícame, oh Padre, con aquella gloria que tuve en ti antes de que el mundo existiese*». (Jn. XVII.)

Al leer estas frases llenas de majestad y de insondables misterios, no se sabe qué admirar más, si la exactitud de la predicción del Profeta o la excelsa dignidad de Cristo. El es el increado, el anciano de días, como dice el Apocalipsis, el Dios eterno e infinito que descendió del cielo y se hizo hombre por la salvación del mundo.

ISAIAS

Isaías ha sido considerado siempre como el más grande de los Profetas y como uno de los mayores genios del mundo. La sublimidad de sus concepciones y de su estilo no tienen

rival en ninguna literatura. Esquilo y Sófocles, que son los que más se le acercan, quedan aún a gran distancia de él. Vivió unos setecientos años antes de nuestra Era.

Tres cosas, en especial, anuncian sus profecías respecto del Mesías: *su nacimiento de una Virgen* (c. VII); *su realeza y divinidad* (c. IX); *su pasión y muerte* (c. LIII).

Detengámonos en esta última, que es, sin duda, la de mayor importancia para nosotros. Dice así su texto traducido literalmente:

«Mas ¡ay! ¿Quién ha creído o creerá a nuestro anuncio y a quién ha sido revelado ese Mesías, brazo o virtud del Señor? Porque él crecerá a los ojos del pueblo como una humilde planta y brotará como una raíz en tierra árida; no es de aspecto extraordinario ni esplendoroso: nosotros le hemos visto, dicen, y nada hay que atraiga nuestros ojos ni llame nuestra atención hacia él. Vímosle después despreciado y el desecho de los hombres, varón de dolores y que sabe lo que es padecer; su rostro como cubierto de vergüenza y afrentado, por lo que no le tuvimos ningún especial respeto. Es verdad que él mismo tomó sobre sí nuestras dolencias y cargó con nuestras penalidades, pero nosotros le reputamos entonces como un leproso herido de la mano de Dios y humillado. Siendo así que por nuestras iniquidades fué él llagado, y despedazado por nuestras iniquidades: el castigo de que había de nacer nuestra paz con Dios descargó sobre él, y con sus cardenales fuimos nosotros curados. Como ovejas descarriadas hemos sido todos nosotros. Fué ofrecido en sacrificio porque él mismo lo quiso, y no abrió la boca para quejarse: conducido será a la muerte sin resistencia suya como la oveja al matadero, y guardará silencio sin abrir siquiera la boca, delante de sus verdugos, como el corderito que está mudo delante del que lo trasquila. Después de sufrida la opresión e inicua condena fué levantado en alto o puesto en la cruz, pero la generación suya, ¿quién podrá explicarla? Arrancado ha sido de la tierra de los vivientes: para la expiación de las maldades de mi pueblo lo he herido yo, dice el Señor. Y en recompensa de bajar al sepulcro, le concederá Dios la conversión de los impíos: tendrá por precio de su muerte al hombre rico: porque él no cometió pecado ni hubo dolo en sus palabras: y quiso el Señor consumirle con trabajos: mas luego que él ofrezca su vida como hostia por el pecado, verá una descendencia larga y duradera, y cumplida será por medio de él la voluntad del Señor. Verá el fruto de los afanes de su alma y quedará saciado: este mismo justo, mi siervo, dice el Señor, justificará a muchos con su doctrina o predi-

cación y cargará sobre sí los pecados de ellos. Por tanto, le dará como porción o herencia suya una gran muchedumbre de naciones y repartirá los despojos de los fuertes, pues que ha entregado su vida a la muerte y ha sido confundido con los facinerosos y ha tomado sobre sí los pecados de todos y ha rogado por los transgresores.»

Hasta aquí Isaías.

Creemos que huelgan los comentarios en presencia de tan estupendas revelaciones. Basta la simple lectura de esta página para sentirse fortalecido en la fe. Isaías anuncia en ella, y con claridad aterradora, a setecientos años de distancia, la muerte en cruz y voluntaria de Cristo, la redención del linaje humano por medio de su sangre y la conquista del mundo por su doctrina.

¿De dónde pudo saber estas profundas verdades el Profeta? Evidentemente no cabe otra explicación posible que la revelación directa por parte de Dios. Revelación, sí. Sólo Dios es el dueño del porvenir, y lo revela a quien le place; sólo El conoce los misterios insondables de su Providencia. Precisamente en esa conducta está la manifestación de la sabiduría divina: la redención del mundo por medio de la sangre y del dolor. «Sin efusión de sangre no hay redención», dijo San Pablo, y el mismo Salvador reprendió de «tardos y duros de entendimiento» a los discípulos de Emmaús, porque aun no habían comprendido que era necesario que Cristo padeciese y muriese para entrar así en su gloria.

DANIEL

Y llegamos a la cumbre de las profecías.

¿Quién no ha oído hablar de las setenta semanas de Daniel?

Daniel es el último de los profetas mayores, pero principalísimo en lo que respecta a los vaticinios sobre Cristo.

Vivió seiscientos años antes de nuestra Era, y pasó casi

toda su vida en Babilonia, a donde había sido conducido con los demás hijos de Israel, cautivos de Nabucodonosor.

La gran revelación se la hizo Dios, como él mismo lo expresa, estando en la ciudad del destierro, en el primer año del reinado de Darío, hijo de Asuero, y mientras oraba fervorosamente al Señor por la salvación de su pueblo.

Dice así, en el capítulo IX:

«Y volví mi rostro hacia el Señor Dios mío, para dirigirle mis ruegos y súplicas, con ayunos y vestido de cilicio y cubierto de ceniza. Haciendo, pues, oración al Señor Dios mío y tributándole mis alabanzas... mientras aun estaba hablando y confesaba mis pecados y los pecados de mi pueblo, Israel, y presentaba mis humildes ruegos en presencia de mi Dios y a favor de su monte santo...; estando yo todavía profiriendo las palabras de mi oración, he aquí que Gabriel, aquel varón que yo había visto desde el principio de la visión, volando súbitamente, me tocó en la hora del sacrificio de la tarde, me instruyó y me habló en los términos siguientes: Daniel, yo he venido ahora para instruirte y a fin de que conozcas los designios de Dios. La orden se me dió desde luego que te pusiste a orar, y yo vengo para mostrártela, porque tú eres un varón de ardientes deseos. Atiende, pues, tú, ahora, a mis palabras y entiende la visión.

Se han fijado setenta semanas para tu pueblo y para tu santa ciudad, al fin de las cuales se acabará la prevaricación y tendrá fin el pecado, y la iniquidad quedará borrada, y vendrá la justicia o santidad perdurable, y se cumplirá la visión y la profecía, y será ungido el santo de los santos. Sábete, pues, y nota atentamente: desde que saldrá la orden o edicto para que sea reedificada Jerusalén, hasta el Cristo Príncipe, pasarán siete semanas y sesenta y dos semanas, y será nuevamente edificada la plaza o ciudad y los muros en tiempos de angustia. Y después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida al Cristo y no será más suyo el pueblo el cual le negará. Y un pueblo con su caudillo vendrá y destruirá la ciudad y el Santuario: y acabada la guerra quedará establecida allí la desolación. Y el Cristo afirmará su nueva alianza en una semana con muchos; y a la mitad de esta semana cesarán las hostias y los sacrificios; y estará en el templo la abominación de la desolación; y durará la desolación hasta la consumación y fin del mundo.»

Ha dicho un escriturista que al leer este vaticinio se siente irresistiblemente el escalofrío de lo divino.

Así es, en realidad, como habrá podido tal vez experimentar en sí mismo el lector. Predicción más estupenda no se ha hecho jamás ni puede ser que se haga.

Nótense las palabras: «*será ungido*». No se trata aquí, por consiguiente, del nacimiento del Mesías, sino de su aparición pública, de su unción como legado divino y consagración solemne para la *gran* obra. Esta se efectuó en Cristo al comenzar su ministerio el día de su bautismo en el Jordán, por Juan Bautista, día en que se oyó la voz del Padre, que resonó en el cielo diciendo: «Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo puestas mis complacencias; oídle a él».

El *Arcángel* divide las setenta semanas en tres grupos: uno de siete, otro de sesenta y dos y el tercero de una, y señala determinadamente los acontecimientos de cada uno de ellos. En las siete primeras semanas dice que será reedificada la ciudad de Jerusalén. Esto demuestra palmariamente que las semanas de que aquí se trata no son de días, sino de años, cosa que, por otra parte, estaba en uso entre los judíos. En siete semanas, o sea en cuarenta y nueve días, era imposible reedificar una ciudad. Setenta semanas de años son cuatrocientos noventa años. Pasado este tiempo, pues, y a partir de la fecha en que el Rey de Babilonia diera el decreto permitiendo a los judíos reedificar su capital, aparecería en el mundo el Salvador o Mesías prometido.

Jerusalén fué reedificada puntualmente conforme al vaticinio, en cuarenta y nueve años, como lo atestigua expresamente el libro de Esdras (IV, V, VI).

El decreto de su reedificación lo expidió Artajerjes, como consta también en el mismo libro de Esdras, en el año veinte de su reinado, que coincide, según los datos más probables de la cronología, con el 454 antes de Jesucristo [1].

[1] Cfr. Knabenbauer, *Comm. in Dan.*, p. 250 s.

Podemos ya realizar el cómputo completo.

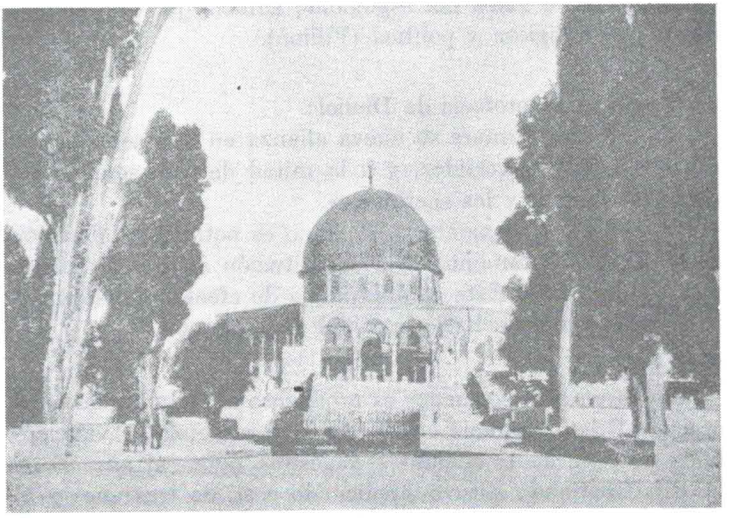
Sumando los cuarenta y nueve años de las siete semanas con los cuatrocientos treinta y cuatro que dan las sesenta y dos tendremos la cifra de cuatrocientos ochenta y tres años; descontemos de éstos los cuatrocientos cincuenta y cuatro que transcurrieron desde el decreto dado por Artajerjes hasta la Era Cristiana, y llegaremos al año 29, o sea a la fecha misma de la aparición de Cristo en el Jordán y de su consagración o ungimiento como Mesías.

¿No es esto prodigioso?

Pues aún hay más: No se contentó el Profeta con anunciar el tiempo de la aparición de Cristo. Trazó, además, un cuadro completo de lo más saliente de su vida y aun de los acontecimientos que a su alrededor habían de desarrollarse:

«Y después de las sesenta y dos semanas, dice, se quitará la vida al Cristo y no será más suyo el pueblo que lo ha de negar. Y un pueblo con su caudillo vendrá y destruirá la ciudad y el santuario, y su fin será la devastación». *Cincuenta años después* de la muerte del Salvador se presentó ante los muros de Jerusalén el ejército romano, al mando de Tito. El mismo emperador pagano atestiguó que no hacía la guerra por su propia voluntad, sino impelido por una fuerza superior que se la imponía. Era la ira de Dios que se cernía sobre el pueblo deicida y que quería cumplir hasta en su último ápice el vaticinio. Durante seis meses estuvo sitiada Jerusalén; los judíos, locos de desesperación, acosados por el hambre más espantosa, intentaron salir de ella repetidas veces, queriendo romper el cerco, pero siempre fueron rechazados y hechos prisioneros. Nos asegura Josefo que de estos infelices fueron crucificados unos quinientos. Tremendo castigo de Dios por la crucifixión del Mesías. Al fin entraron los romanos en la ciudad, acompañándoles el exterminio y la devastación. La gran metrópoli orgullo de Israel fué incen-

diada y devorados sus habitantes por la espada. En cuanto al templo, mandó Tito expresamente a sus soldados que lo respetasen, pero se ignora por qué causa no fué cumplida esta orden. Una tea incendiaria arrojada por un soldado sobre uno de sus tejados dió comienzo a un voraz incendio, el cual, como si fuera atizado por el soplo de Dios, no cesó hasta convertirlo todo en cenizas.



MEZQUITA DE OMAR. — Emplazada en el mismo sitio en donde se elevaba el templo de Jerusalén

Más tarde, dos siglos después del acontecimiento que referimos, quiso el emperador Juliano el Apóstata construir otro templo sobre las ruinas del primero, para desmentir la profecía. Todo fué inútil. Los grandes prodigios sobrenaturales que se sucedieron acabaron por hacerle desistir. Al intentar remover los cimientos, las piedras mismas saltaban contra los obreros. Hoy día se levanta sobre aquel sitio tan sagrado

en otro tiempo una mezquita árabe, la mezquita de Omar, en donde se rinde culto a Mahoma.

«La desolación perdura todavía, y no sin emoción ve el peregrino cristiano en Jerusalén, en el lugar del llanto», frente a un antiguo muro de piedras enormes que debió de formar parte de los cimientos del templo, a judíos y judías de pie, arrodillados o en cuclillas, que rezan lamentaciones dolorosas, se golpean el pecho y derraman amargas lágrimas, pensando en la ruina del espléndido edificio que era símbolo de su vida religiosa y política (Fillion).

Concluye la profecía de Daniel:

«Y el Cristo firmará su nueva alianza en una semana con muchos fieles convertidos, y a la mitad de esta semana cesarán las hostias y los sacrificios».

Se expresa claramente aquí, como es notorio, la abolición del Antiguo Testamento y la substitución de sus sacrificios por el del Nuevo. Este cambio había de efectuarse, según el texto de la profecía, hacia la mitad de la semana 71.

Hasta en este pormenor es prodigioso el cumplimiento del oráculo. Cristo apareció en el Jordán y comenzó su vida pública después de la semana sexagésima nona, el año 29 de la Era Cristiana; estuvo predicando cosa de tres años y al fin de ellos murió en la cruz. Murió, pues, a la mitad de la última semana, en el año tercero o cuarto, y con él se derrumbó por completo el Antiguo Testamento. El Hijo de Dios ofreció al Eterno Padre el sacrificio de su vida en el ara de la cruz, y ese sacrificio quedó como único y exclusivo en la Nueva Alianza, mientras desaparecían los anteriores, que no eran más que prefigurativos de él, y, según las palabras de San Pablo, estériles e ineficaces.

Quedaba plenamente cumplida la profecía.

Los misterios de la muerte y pasión de Cristo, que tanto desorientaban aun a los mismos discípulos del Redentor, aparecían luminosamente explicados, lo mismo que lòs destinos aciagos del infeliz pueblo judío, disperso desde entonces por el mundo, sin patria y sin hogar.

Una vez más se aprecia aquí la gran verdad de los versos del poeta:

«Para verdades, el tiempo,
y para justicias, Dios.»

III

LAS CREDENCIALES HISTORICAS DE JESUS

(*Autenticidad de los Evangelios*)

SUMARIO: Las fuentes históricas de la vida de Jesús: el Nuevo Testamento. - Los Hechos de los Apóstoles, las Cartas de San Pablo y los Evangelios. - Originales y copias. - Versiones y códices. - Documentos auténticos y seguros. - Citas de los padres apostólicos. - San Justino e Ireneo. - Orígenes y Tertuliano. - Conclusión. - La existencia histórica de Jesús

La figura de Cristo es plenamente histórica.

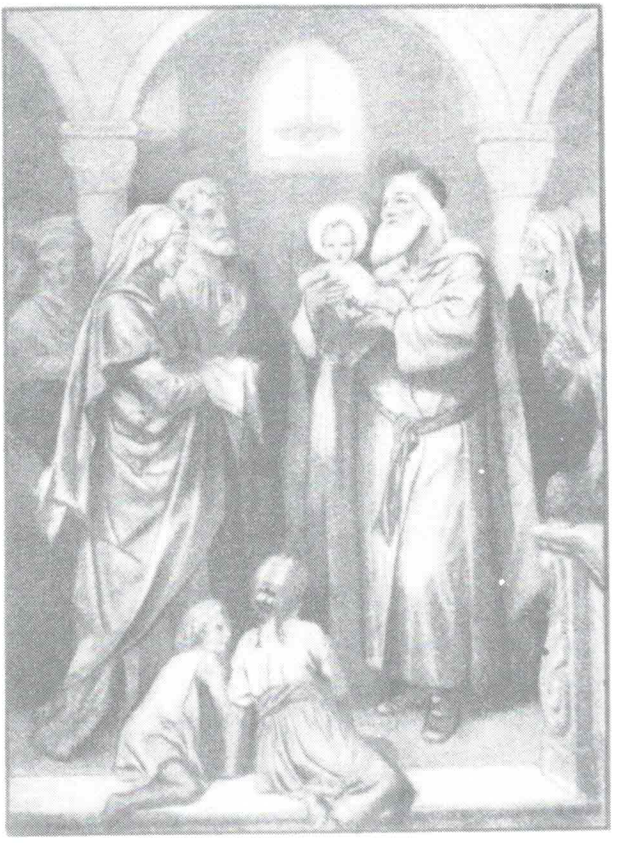
Nació en Belén de Judá durante el imperio de Augusto, siendo Cirino gobernador de Siria, Pilatos procurador de Judea y Herodes tetrarca de Galilea.

Vivió en los tiempos del judío Filón; poco después de Cicerón y Virgilio; en los años de Séneca y de Lucano.

Recorrió por espacio de tres años los campos y pueblos de Palestina, esparciendo el bien a manos llenas y arrebatando de admiración y entusiasmo a las turbas con sus enseñanzas y prodigios. Tuvo enemigos y envidiosos que le odiaron a par de muerte, pero también discípulos y amigos incondicionales que convivieron con él y fueron testigos presenciales de su vida y de sus obras.

Finalmente murió condenado por los príncipes de los sacerdotes Anás y Caifás, crucificado en el Gólgota, a las puertas de Jerusalén, en el año décimoquinto de Tiberio César.

Existen, asimismo, documentos históricos de plena y absoluta solvencia sobre él. Escritos auténticos redactados por



3 **(Hofmann)**

«Ahora, Señor, puedes dejar ir a tu siervo en paz según tu palabra» (Lc. II 29).

Palabras del anciano Simeón.

contemporáneos suyos, testigos fehacientes de su vida y sus prodigios y que han llegado íntegros hasta nosotros.

Examinemos hoy esos escritos ante la luz de la crítica moderna, y quedaremos convencidos, una vez más, de que el autor del cristianismo no sólo no es un personaje mítico y de leyenda, sino que puede presentarse ante la docta sociedad de nuestros días con plenas credenciales aun humanas, como uno de los más documentados de la historia.

EL NUEVO TESTAMENTO

Llamamos con este nombre a la colección de escritos cristianos primitivos relativos a la historia del Salvador o a la buena nueva por él predicada.

Nuevo Testamento quiere decir nueva alianza, en contraposición de la antigua; pero también, como aquélla, auténtica y divina, o, si se quiere, una nueva fase de la alianza única, sellada por el mismo Dios con los hombres.

Los libros contenidos en el Nuevo Testamento son: Los Evangelios, los Hechos de los Apóstoles, las cartas de San Pablo y de otros Apóstoles y el Apocalipsis.

Desde el punto de vista doctrinal e histórico tienen excepcional importancia los Evangelios, los Hechos de los Apóstoles y las cartas de San Pablo, y hemos de hacer mención especial de ellos.

Los Hechos de los Apóstoles.

Son la historia de las actividades apostólicas, principalmente de los príncipes de ellos San Pedro y San Pablo.

En los primeros capítulos se narran la Ascensión del Salvador y la venida del Espíritu Santo en el día de Pentecostés y, luego, más ampliamente, la propagación del Evangelio

en su carrera triunfal desde Jerusalén hasta Antioquía y Roma...

Es el libro que esclarece de una manera definitiva el carácter divino y universal del cristianismo.

Se compone de 28 capítulos, y su autor es San Lucas, el mismo del tercer evangelio, del cual puede decirse que es como la segunda parte. Fué compuesto al terminar la segunda prisión de San Pablo en Roma, hacia el año 63 de nuestra Era.

Epístolas de San Pablo.

Son catorce, escritas a diversas cristiandades, en general fundadas por él: una, a los romanos, dos a los corintios; una a los gálatas, otra a los efesios, filipenses, colosenses, dos a los tesalonicenses, dos a Timoteo y una a Tito, Filemón y a los hebreos.

Empezaron a aparecer unos veinte años después de la muerte del Salvador, y persistieron durante tres lustros, ocupando todo el período que transcurre desde el año 51 al 66. Son anteriores, por tanto, a los mismos Evangelios y a los Hechos de los Apóstoles y los escritos más antiguos del cristianismo. En sus cartas se muestra el gran apóstol de las gentes, como el teólogo de la religión de Jesucristo. No se propone hacer una biografía de Jesús, pues da su vida por conocida de todos: sólo incidentalmente recuerda sus hechos y palabras, pero son tan abundantes que el mismo Renán confiesa que se podría sacar una pequeña vida de Jesús con sólo los datos de las epístolas a los romanos, corintios, gálatas y hebreos.

Los Evangelios.

Son cuatro, como se sabe, y constituyen verdaderas biografías, aunque incompletas, del Salvador.

El primer evangelio tiene por autor a San Mateo, uno

de los doce Apóstoles de Jesús. Era publicano o arrendador de las alcabalas en Cafarnaún y se llamaba Leví. Estando un día sentado en el banco o mesa de los recaudadores pasó por delante de su puerta el gran Profeta. El mismo evangelista cuenta, emocionado, cómo Cristo le llamó y le dijo: «Sígueme». Inmediatamente lo dejó todo para hacerse seguidor y discípulo del Maestro. (Mt. XI, 9-17.)

Desde este punto no se apartó de El durante los tres años de su vida pública. Su evangelio lo escribió del 50 al 55 de nuestra Era, esto es, unos cuantos años después de la muerte del Señor. Había sido testigo ocular de todo cuanto escribe sobre El; su testamento es, por eso mismo, de altísimo valor, aun como mero documento histórico. Es el evangelista de la mesianidad del Salvador. Empieza por la genealogía de Jesucristo, Hijo de David, hijo de Abraham: heredero del reino de David, su padre.

Segundo evangelio.

San Marcos, su autor, no fué apóstol ni discípulo inmediato de Jesús, pero estuvo en íntima relación con los Apóstoles y discípulos.

Su madre se llamaba María y quizás era la propietaria del Cenáculo en que se celebró la última cena del Hijo de Dios e instituyó la Eucaristía. Su familia, pues, era de las íntimas del Maestro.

El valor de este evangelio como documento histórico se acrecienta también por la íntima relación de su autor con San Pedro, cuyas explicaciones catequísticas escuchó innumerables veces, pues en frase de Papías y San Ireneo, fué «su intérprete», esto es, su amanuense o secretario.

Lo redactó en griego y probablemente en Roma, durante la estancia del príncipe de los Apóstoles en aquella ciudad y antes de su martirio, acaecido hacia el año 55 al 62.

Tercer evangelio.

El de San Lucas. Tampoco este evangelista se cuenta entre los discípulos inmediatos del Salvador, pero fué el compañero inseparable del gran Apóstol de las Gentes, San Pablo. Con él anduvo en todos sus viajes apostólicos y de su predicación sacó, en gran parte, las noticias que refiere. Es el evangelio que más habla de la Virgen María; el que relató con todos sus pormenores el gran pasaje de la Anunciación, cuyas noticias recibió directamente, sin duda, de los labios de la misma Madre de Dios.

Escribió el evangelio antes de la persecución decretada por Nerón y que tuvo lugar el año 64; por consiguiente, hacia el 62 o 63 de nuestra Era.

Cuarto evangelio.

Su autor es San Juan, el Discípulo y apóstol amado de Jesús y el único que no abandonó al Maestro en el día aciago de la Pasión. Reclinó su cabeza sobre el pecho de Jesús en la noche de la última cena y fué el que intercedió como conocido en la casa del pontífice para que se permitiera a Pedro la entrada en el atrio de las negaciones; estuvo junto a la cruz en compañía de María y de las santas mujeres y a él encomendó Cristo moribundo a su propia Madre.

Juan la aceptó como madre suya y la recibió en su casa.

Escribió su evangelio en Efeso, hacia la última década del siglo I, y lo destinó a los fieles del Asia Menor. Es el evangelista por excelencia de la divinidad de Jesús.

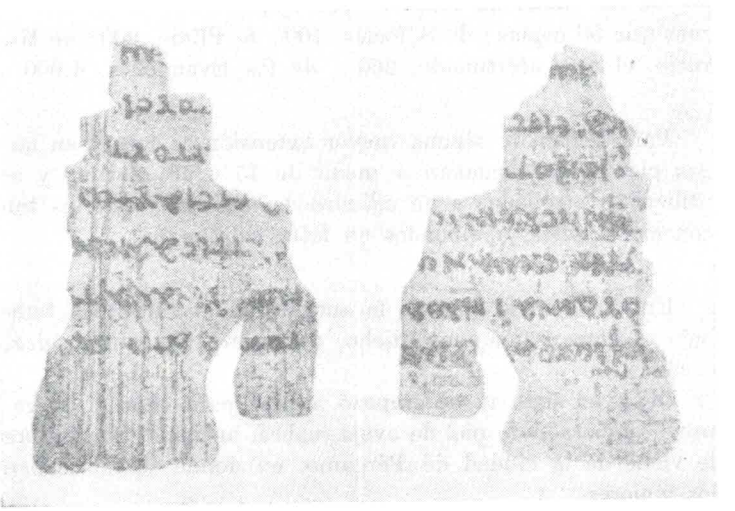
ORIGINALES Y COPIAS

Los autógrafos de los evangelios desaparecieron ya a mediados del siglo II.

¿Fué descuido de los primeros cristianos?

En modo alguno. Su pérdida se debió exclusivamente a la fragilidad del material que los contenía.

En efecto: hasta el siglo IV después de Jesucristo se usaba, generalmente, el llamado *papiro*, que se sacaba de la corteza o líber del tronco del árbol de este nombre.



FRAGMENTO DE PAPIRO DE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO II. — Contiene los versículos 31 al 38 del capítulo XVIII de San Juan

Eran láminas o tiras finísimas de la anchura de un dedo que, yuxtapuestas y atravesadas, formaban otras mayores, de veinte a treinta centímetros de alto por catorce a dieciséis de largo.

Ni es de extrañar el caso de los evangelios.

De toda la antigüedad griega y latina no se conserva tampoco ningún autógrafo, ni siquiera de los autores clásicos últimos del Imperio.

Pero si faltan los autógrafos, no faltan, ciertamente, las *copias*.

De ellas se conservan unas 2.375, y si se cuentan los Leccionarios, el número sobrepasa de los 4.000.

Nótese la diferencia:

De las obras de Esquilo, por ejemplo, no se conservan más que 50 copias; de Sófocles, 100; de Plinio, 200; de Horacio, el más afortunado, 250... de los Evangelios, 4.000...

Para textos de alguna mayor extensión se formaban largas piezas, que llegaban a medir de 15 a 18 metros, y se utilizaban arrolladas a un cilindro de madera: eran los tan conocidos *rollos*, apellidados en latín «*volumen*».

En los últimos años de la antigüedad encontramos también el *libro* propiamente dicho, de papiro. En latín, *codex*, o *códice*.

Desde el siglo IV se empezó a usar para ellos el pergamino, elaborado de piel de oveja, cabra, antílope. Su nombre le viene de la ciudad de Pérgamo, en donde se fabricaban los mejores.

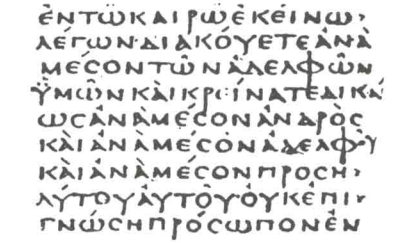
Las copias que poseemos de los libros sagrados, con escasísimas excepciones, están en esta forma.

El pergamino tenía sobre el papiro las múltiples ventajas de la mayor resistencia y de poderse escribir por ambas caras, plegarse y adaptarse a la forma de libro y aun borrarse la escritura y escribir otra encima si convenía: *palimpsestos*.

Los códices más apreciados que se nos conservan son:

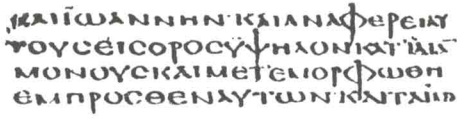
El *Codex Vaticanus*, guardado en Roma; el *sinaiticus*, uno de los que el año 331 mandó escribir el emperador Cons-

tantino al obispo Eusebio de Cesárea para regalarlo a las Igle-



MUESTRA DEL «CODEX VATICANUS», que se conserva en la Biblioteca Vaticana. (Deuteronomia, I, 16, s.). — Es del siglo IV

sias y que se encontró en el monasterio de Santa Catalina en el Sinaí; el *alexandrinus*, existente en Londres...



DEL «CODEX ALEXANDRINUS». — Siglo V. — (Mateo, XVII, 1, 2)

Desde que se escribieron los originales evangélicos hasta la fecha de que datan nuestros códices más antiguos, transcurre un lapso de 300 a 450 años; aun así están en evidente superioridad respecto de los autores clásicos latinos y griegos.

Los *manuscritos* de Virgilio distan de é , 400 años; los de Horacio, 800; los de César, 900; los de Tucídides, 1.000; los de Nepote, 1.200; los de Sófocles y Eurípides, 1.450, y los de Esquilo, 1.500.

LAS VERSIONES

Nuevo caudal de documentos.

Tan pronto como el Evangelio fué propagándose por el mundo, sintióse la necesidad de traducir las Sagradas Es-

crituras, especialmente el Nuevo Testamento, a las lenguas de las diversas gentes convertidas.

Este fué el origen de las versiones.

La primera que vió la luz pública fué la latina para los fieles de Roma y de su habla, a mediados del siglo II. Es la llamada *Vetus latina* o *itálica*.

De ella existen cuarenta manuscritos desde el siglo IV al XIII.

Como el continuo copiar de la Escritura hubiera ocasionado numerosas variantes en el transcurso de los años, el Papa San Dámaso encomendó, en 384, a San Jerónimo, que preparase un texto bíblico latino lo más correcto y conforme con el original griego. En el mismo año presentó ya el santo doctor al Papa los cuatro Evangelios, y no mucho después los restantes libros sagrados.

Esta traducción del insigne escriturista fué aceptada por todos, por lo que recibió el nombre de *Vulgata*.

Ella es aún el día de hoy el texto oficial de la Iglesia Romana en su edición llamada Sixto-Clementina, del año 1546.

Existen de la Vulgata más de 200 manuscritos.

Después de la versión latina vienen por orden de antigüedad: la *siriaca*, asimismo del siglo II, y llamada Pesitto; a continuación las *coptas*, la *sahídica*, la *gótica* de Ulfilas, del año 370; la *etiópica*, del siglo IV, y la *armenia*, del V[1].

DOCUMENTOS AUTENTICOS Y SEGUROS

Y vengamos ya más directamente a la cuestión apasionante.

¿En qué tiempo se escribieron los Evangelios? ¿Fueron, en realidad, sus autores los consignados en los mismos o tuvieron su origen en siglos posteriores y fueron atribuídos a aquéllos engañosamente?

[1] Cfr. Schuster y Holzammer, *Historia Bíblica: Nuevo Testamento*, p. 3 y ss.

En una palabra: ¿Son auténticos?

A estas preguntas podemos ya responder con absoluta certeza en el estado actual de las investigaciones históricas y después de más de medio siglo de estudios febriles sobre la materia.

Sí: los Libros del Nuevo Testamento y los Evangelios, en especial, presentan las más absolutas garantías.

Son ciertamente de los tiempos apostólicos y tuvieron por autores a los que en ellos se nombran: esto es, a San Mateo y San Juan, apóstoles, y a San Marcos y Lucas, discípulos de los mismos.

Aduzcamos, para probarlo, un argumento nada más: el de las Citas de autores competentes desde los primeros siglos del Cristianismo; algunos contemporáneos de los Apóstoles o de sus inmediatos sucesores, y otros de autoridad indiscutible también, aunque algo posteriores en el tiempo.

PADRES APOSTOLICOS

Sus nombres son algo sagrado en los anales de la Iglesia.

Fueron, juntamente con los Apóstoles, los héroes que fundaron nuestra fe.

Helos aquí:

San Clemente Romano, discípulo de San Pablo y de San Pedro y tercer sucesor de éste en la Sede de la Ciudad Eterna, que ocupó desde el año 88 hasta el 97.

San Ignacio, discípulo de San Juan y el gran mártir, obispo de Antioquía, que padeció bajo el Imperio de Trajano, siendo devorado por los leones el año 107.

San Policarpo, obispo de Esmirna, discípulo, asimismo, de San Juan Evangelista, y que, según su propio testimonio, trató también «con los otros que habían visto al Señor».

Papías, obispo de Hierápolis, discípulo de San Juan y compañero de San Policarpo.

A éstos podemos añadir:

«*La doctrina de los Doce Apóstoles*» y la «*Carta de San Bernabé* o *Barnabas*», documentos anónimos, pero indiscutiblemente de los más antiguos del Cristianismo, redactados, sin género de duda, en el último decenio del primer siglo.

Creemos, sinceramente, que huelgan ya más pruebas.

Los testimonios aducidos son: lo decimos de nuevo, perentorios.

Todos ellos citan, copian y transcriben textos íntegros de los Evangelios, concediéndoles la misma autoridad sagrada que a los libros del Antiguo Testamento y mencionando a los cuatro Evangelistas como autores.

Los *Padres Apostólicos*, ya queda referido, pertenecen a los primeros tiempos del Cristianismo: a la Iglesia naciente, y aun algunos de ellos son contemporáneos de los Apóstoles y, ciertamente, de los discípulos de éstos.

Es evidente, pues, no sólo que los Evangelios existían ya entonces, sino que eran del dominio público, reconocidos y aceptados por la comunidad cristiana como tales...

Supongámosles unos años nada más de existencia anterior a ellos y ya nos encontramos en plena Era apostólica.

Copiemos, por vía de ejemplo, nada más, el testimonio de Papías:

«Mateo escribió en hebreo los discursos del Señor, y cada uno los ha traducido como podía. El anciano, esto es, San Juan, decía también esto: Marcos, intérprete de Pedro, escribió, pues, cuidadosamente, cuanto recordaba; sin embar-

go, no escribió por orden lo que Cristo dijo e hizo, pues no había oído ni seguido al Señor; pero más tarde, acompañó a San Pedro, quien, conforme a la necesidad, enseñaba los discursos del Señor, sin seguir en ellos un orden riguroso. Así, que Marcos no hizo mal en escribir las cosas según las recordaba, pues su intento único era no omitir nada de cuanto había oído, ni introducir error alguno». (Eusebio, Historia Eccles. P. G. XX, 300.)

SIGLO II

La tradición va haciéndose más explícita cada vez.

Ya no son meras citas y referencias, sino Apologías y encomios manifiestos de los Evangelios.

Citemos dos autores nada más de este siglo: *San Justino* y *San Ireneo*.

San Justino.

Es el representante más caracterizado de los apologistas primitivos del cristianismo.

Pagano hasta los cuarenta años de su vida, se convirtió sinceramente al Cristianismo, y fué tal vez el de mayor autoridad de su siglo.

Murió en Roma el año 162.

Entre sus libros descuellan las dos *Apologías*, escritas por los años de 150 a 155.

En ellas habla expresamente de las *Memorias Apostólicas* sobre la vida y los hechos del Salvador: Memorias que se llaman Evangelios entre los cristianos y que suelen leerse al par de las Sagradas Escrituras, y como parte de ellas en las Asambleas litúrgicas de los mismos.

Cita, con frecuencia, los cuatro Evangelios, especialmente a San Mateo y a San Juan. De este último son tan insistentes y numerosas las referencias que se ha llegado a decir

que, aunque el cuarto Evangelio se hubiera perdido, podría reconstruirse con sólo los textos que San Justino ha conservado en sus obras.

San Ireneo.

Fué discípulo de San Policarpo, quien, a su vez, lo fué de San Juan, como queda dicho.

Trató también, según testimonio del mismo, «con diversos presbíteros, discípulos inmediatos de San Juan».

Murió mártir a fines del siglo II, en la persecución de Septimio Severo.

Su obra principal es la intitulada «*Adversus haereses*», contra las herejías, de la que conservamos una traducción latina.

En ella se habla profusamente de los cuatro Evangelios, los que, dice, no pueden ser más que uno: «*El Cuadriforme Evangelio*».

Cada evangelista tiene su símbolo en la visión de Ezequiel. El león, representa a San Marcos; el toro a San Lucas; el hombre, a San Mateo, y el águila, a San Juan.

Nada más demostrativo que sus propias palabras. Dice así:

«Mateo publicó la escritura del Evangelio para los hebreos y en su lengua, mientras Pedro y Pablo evangelizaban y fundaban la Iglesia romana. Después de su muerte, Marcos, discípulo e intérprete de Pedro, les comunicó él también, por escrito, las cosas que habían sido anunciadas por Pedro. Y Lucas, discípulo de Pablo, escribió en un libro el Evangelio que predicaba su maestro. Finalmente, Juan, discípulo del Señor, el que se recostó sobre su pecho, él también, viviendo en Efeso, publicó su Evangelio. No hay, pues, ni más ni menos que estos cuatro Evangelios. Como el mundo tiene cuatro partes y son cuatro los vientos principales, así la Iglesia, esparcida por toda la tierra, y que tiene por columna y apoyo el Evangelio y el espíritu de vida, se levanta sobre cuatro columnas incorruptibles que vivifican a los hombres. Es, por tanto, manifiesto que el Verbo nos ha dado el Evangelio cuádruple, que está dominado por un solo espíritu.» (Adv. Haer., P. G. VII, 844-845.)

SIGLO III

Sólo, para mayor abundamiento y para completar la materia, proseguimos las citas. Mencionemos siquiera las dos más prestigiosas figuras de la época: Orígenes y Tertuliano.

Orígenes.

Nació a fines del siglo II, probablemente en Alejandría, y tuvo por padre al gran mártir San Leónidas. Se cuenta de éste que reprendía muchas veces a su hijo por las indiscretas preguntas que sobre las Sagradas Escrituras le dirigía con frecuencia, pero, lleno de respeto y de veneración hacia el niño, le besaba cuando dormía el pecho como morada del Espíritu Santo.

Fué, sin discusión, el hombre más docto y el genio más universal de su tiempo. Dirigió algunos años la escuela de Alejandría y después creó la de Cesárea, en Palestina, de la que fué el alma y a la que elevó a la mayor altura.

Sus escritos, de carácter meramente bíblico, asombran por su valor y por su número: escolios, homilías, comentarios sin cuento, salieron de su pluma. Su obra principal fueron, sin embargo, «*Las hexaplas*», colección de seis textos de toda la Escritura, obra gigantesca y que supone el mayor esfuerzo conocido hasta entonces.

Se cuentan en las obras de Orígenes nada menos que 9.231 citas de los Evangelios.

Tertuliano.

Es el gran apologista africano del siglo III. Nació en Cartago hacia el año 260, y se convirtió al Cristianismo hacia el 295. Se le tiene por el más fecundo y original de los Padres latinos. Su vida era luchar, y sus libros son espléndidas muestras de la fogosidad y elocuencia, al mismo tiempo que de la fuerza lógica incontrastable y aplastante de sus razones.

En lo que respecta a los Evangelios, afirma con insistencia que la única causa por la cual los admite, es su procedencia de los Apóstoles. Los Evangelios vienen, por medio de la tradición, de los discípulos del Señor, como lo creen y afirman todas las iglesias apostólicas. Sólo los cuatro Evangelios canónicos presentan este carácter; los demás, no.

Se ha escrito una obra con el título: «Los Evangelios citados por Orígenes»; y, al igual, otra: «El Nuevo Testamento de Tertuliano». Esto habla de por sí.

CONCLUSION

Hemos venido derivando la autenticidad de los Evangelios desde los Padres Apostólicos hasta el siglo III.

Creemos que el lector habrá quedado convencido. Son tantos y tan claros los testimonios, que podemos muy bien asegurar, después de haber agotado todos los recursos de la crítica moderna, que el Nuevo Testamento y, en especial, los indicados Evangelios, son, no ya auténticos y genuinos, sino los libros más genuinos y auténticos del mundo.

En 331 el emperador Constantino encargó al gran Eusebio de Cesárea, el padre de la Historia eclesiástica, que revisara el texto de los cuatro Evangelios y reformara lo que pudiera discrepar o separarse de los códices más antiguos y respetables.

Años más tarde, el Papa San Dámaso hacía, como queda referido, un parecido encargo al doctor Máximo en los estudios bíblicos: San Jerónimo...

Eran los últimos retoques.

Cuatro siglos de tradición ininterrumpida, avasalladora, exuberante. Los Evangelios escritos en la Era apostólica por Apóstoles y discípulos de los Apóstoles, custodiados con celo y amor constante por la Iglesia y tenidos en la misma venera-

ción que las Sagradas Escrituras, entraban definitivamente en el curso de los estudios históricos y se presentaban ante los eruditos descontentadizos, prevenidos y exigentes, no ya sólo como palabra divina, sino como documentos irrecusables, como credenciales humanas fehacientes y seguras de Jesús.

Ello había de constituir el máximo triunfo de la causa católica. Con afán increíble se había venido trabajando durante medio siglo en el estudio crítico de los Evangelios. Difícilmente habrá en el mundo libro alguno que haya sido objeto de tantas y tan pacientes inquisiciones. Hay más; el estudio lo habían realizado, especialmente, hombres en quienes no puede darse la más mínima sospecha de favor: racionalistas, heterodoxos que lo llevaron a cabo impelidos, mayormente, por el afán de encontrar algo en contra de la fe católica.

¿Cuál ha sido el resultado?

A la vista lo tenemos; el más favorable a nuestra causa. Tanto es ello así, que el más notable de los modernos eruditos, entre los protestantes liberales y racionalistas, ha llegado a exclamar: «¿Hemos trabajado nosotros los racionalistas durante cincuenta años febriles para sacar sillares macizos que sirvan de pedestal a la Iglesia católica?».

LA EXISTENCIA REAL DE JESUCRISTO

Terminemos con un hecho típico en la materia.

Era a mediados del siglo XIX, el siglo de las luces y... del racionalismo. En el delirio antirreligioso que se apoderó de no pocos intelectuales de la época, se llegó a todos los extremos, incluso a negar la existencia real del Salvador.

Bruno Bauer fué el inventor de tan peregrina idea.

No sólo tuvo por invenciones los Evangelios y todo el Nuevo Testamento, sino que, llevado de su ilimitado subjetivismo y acomodando los hechos a sus ideas preconcebidas, se empeñó en enseñar sin cejar un punto durante cuarenta

años, a pesar de los documentos más claros, que la gran figura de Jesús era mera ficción literaria, y el Cristianismo, simple producto de la filosofía popular de su tiempo...

Queda el ánimo aturdido y fuera de sí al oír tales audacias. ¡Cristo, ficción fantástica y literaria! ¡El Cristianismo, producto de la filosofía!...

Creemos que esto no es ya burlarse de la Historia, sino abusar indignamente hasta de la inteligencia humana: una verdadera locura.

¿Qué diríamos si alguien se atreviera a negar la existencia de Alejandro, de Pericles, de Carlomagno, de Felipe II, de Platón, de Sófocles, Cervantes o Newton? Se le tendría, a no dudarlo, por un desequilibrado, por un loco. Pues la existencia histórica de Cristo está más probada aún que las de esas figuras de la Historia.

La afirman mil testigos oculares que conversaron y convivieron con El; la testifican sus hechos inconfundibles, su moral, sus discursos, sus milagros, sus enseñanzas de vida; la testifica, sobre todo, su gran obra, el cristianismo que es el más extraordinario acontecimiento de la historia humana.

Al que afirmara que Platón o Aristóteles, Lope de Vega o Calderón, no habían existido, le saldríamos al paso mostrándole sus obras. Si esos hombres no existieron jamás, le diríamos: ¿quién ha escrito la «República Ideal», «El Simposion»?

¿Quién trazó el plan de «La vida es sueño», Los autos sacramentales, «El Quijote»?

Si es una ficción la existencia de los referidos genios, entonces el impostor, el falsario fué tan grande como ellos. Los que inventaron a «Macbeth» o la «Divina Comedia», debieron ser genios de la altura de Shakespeare y de Dante.

Deberíamos, pues, felicitar a los Apóstoles y admirarlos como los mayores genios del mundo, pues siendo unos pobres pescadores, rudos, incultos e iliteratos, supieron inventar el

más sublime carácter, la figura más excelsa de la Humanidad, la más grande elocuencia y sabiduría que haya jamás existido.

La vida de Jesús, repetimos, está tan bien probada, como lo pueden estar los hechos trascendentales cumbres de la Historia. Negarla, por meras cavilaciones preconcebidas, es tan anticientífico, tan antihistórico como monstruoso. Un hombre, una escuela que se atreva a semejante negación en nuestros tiempos, debe quedar definitivamente relegada al desprecio, a la máxima descalificación científica y aun al dicterio de falta de sentido común. (Holzammer.)

IV

LAS CREDENCIALES HISTORICAS DE JESUS

(*Veracidad de los Evangelios*)

SUMARIO: Hipótesis racionalistas: «El fraude y la impostura». - Afirmación gratuita y despreciable. - Ideas que no pueden inventarse. - «Ilusión y buena fe de los Apóstoles», pero... falsía y engaño de Jesús. - Contradicciones racionalistas

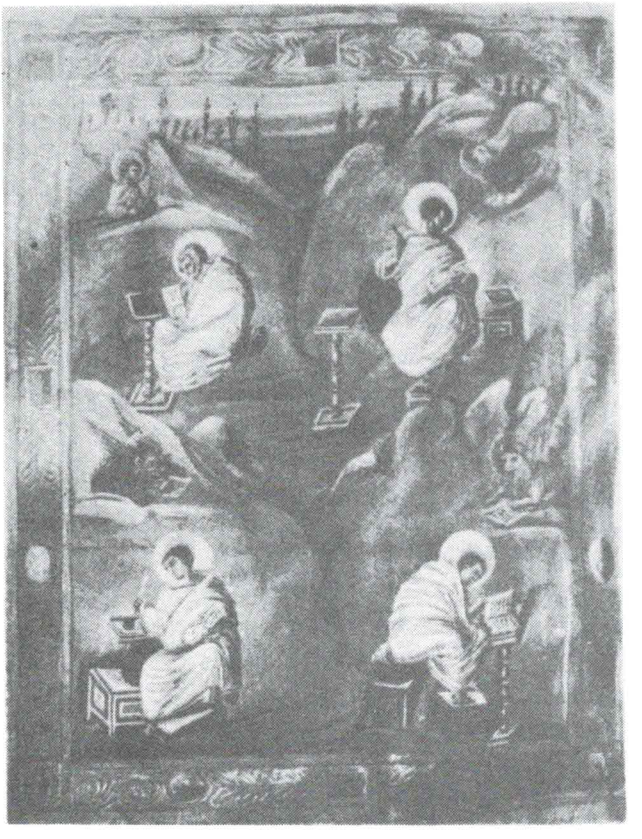
Queda demostrada en el anterior capítulo la autenticidad de los Evangelios. Son documentos fehacientes y seguros, de los más fehacientes y seguros de la Historia.

Han llegado, además, íntegros hasta nosotros.

No podemos detenernos en probarlo debidamente, y bástenos aducir el testimonio de los competentes en la materia.

Wesstcott y Hort, los dos críticos ingleses de más competencia y exactitud, de últimos del siglo XIX, resumen así el resultado de treinta años de trabajo incansable en que tuvieron que cotejar varios millares de manuscritos, códices, versiones y leccionarios: «Las siete octavas partes, dice el segundo de los citados, del tenor verbal del Nuevo Testamento, están fuera de toda duda; la última octava consiste, en su mayor parte, en modificaciones respecto del orden de las palabras o en variaciones insignificantes. De hecho las variaciones que afectan a la sustancia del hecho son pocas y pueden evaluarse en menos de la milésima parte del texto».

A los mismos resultados han llegado también otros, y, en especial, el alemán Hermann von Soden, en la reciente edi-



4 (De un Evangeliario del s. IX. Aquisgrán)

Los cuatro Cronistas del «Hombre-Dios , SS. Mateo, Marcos, Lucas y Juan.

ción bíblica del Nuevo Testamento, editada en colaboración de cuarenta y cuatro sabios y tras la prolija labor de dieciséis años.

Podemos estar seguros, pues; los Evangelios son auténticos y han llegado íntegros hasta nosotros. Constituyen el depósito sagrado e inviolable del Cristianismo que éste ha sabido conservar incólume desde los Apóstoles, aunque de él se han hecho más copias y versiones que de libro alguno sobre la tierra.

HIPOTESIS RACIONALISTAS

¿Son también verídicos los Evangelios? ¿Podemos fiarnos y creer sin regateos lo que afirman? En una palabra: ¿son fidedignos o merecen de lleno nuestra fe?

He aquí el tema del capítulo presente.

El racionalismo y la heterodoxia dan por supuesta la negativa y acuden a dos hipótesis: la de la *impostura* y *el fraude* y de la *incompetencia* de los Apóstoles.

Los escritos del Nuevo Testamento, afirman, reflejan adulterada la imagen de Jesús: son producto de la mala fe o de la incapacidad y estulticia de sus discípulos.

Así lo manifiestan sin rebozo, *Reimarus*, que opta por lo primero, y *Paulus*, por lo segundo.

Para *Reimarus*, gran parte, al menos, de los Evangelios y de las cosas en ellos narradas, en su totalidad los milagros, son leyendas míticas inventadas fraudulentamente por los evangelistas para hacer pasar más fácilmente a su héroe por Mesías. Según *Paulus*, aquéllos procedieron de buena fe, pero

fueron entusiastas inexpertos, demasiado cándidos e incapaces de la verdadera interpretación de los hechos.

«*Impostura y fraude*», «*embaucados y embaucadores*»...

Tal es la posición racionalista.

¿Es aceptable?

El lector lo juzgará por sí mismo.

«Impostura y fraude».

Confesamos, honradamente hablando, que nos parece esta su posición absolutamente gratuita y despreciable. Nadie ha de ser tenido por malo si no puede probarse que lo sea, afirma la moral, y este aforismo podemos aplicarlo justísimamente a nuestro caso.

Tenemos a los evangelistas en el concepto de hombres probos y honrados, y no podemos, no debemos, a fuer de imparciales, a menos de que se pruebe evidentemente lo contrario, suponer en ellos semejante fechoría.

Es lo menos que podía exigirse.

Obrar de otra manera, suponer la impostura, la mentira a sabiendas en cosa tan grave, sin motivo suficiente, no es de críticos e historiadores imparciales, sino de hombres apasionados e injustos.

Es, además, un proceder antinatural y antipsicológico.

Supongamos, en efecto, que los Apóstoles hubieran creído durante la vida del Maestro que éste era el verdadero Mesías e hijo de Dios venido por fin al mundo. Ante la catástrofe final de su muerte, lo obvio hubiera sido quedar desilusionados y hasta llenos de indignación contra el impostor mentiroso que les había llevado al descrédito y a la ruina... Pero, nada de ello; por una reacción psicológica sólo conocida por Reimarus, los engañados discípulos, los decaídos, se han sentido trocados súbitamente. Se han vuelto valerosos y decididos, y lo que es más extraño aún, han querido seguir ade-

lante la farsa indigna y se han empeñado en rehabilitar al impostor; y en la misma época, en los días mismos de su muerte, no sólo los Apóstoles, sino toda la Iglesia primitiva, los discípulos y santas mujeres en número de más de quinientos, que fueron los que se encontraron presentes el día de la Ascensión, sobrecogidos de insania súbita y colectiva, lanzan a la publicidad sus patrañas y, sin temor de ser desmentidos por los que han sido testigos presenciales de la vida de Jesús, cargan al Maestro de milagros y hechos prodigiosos falsificados; afirman a mansalva que ha sanado a los leprosos, dado vista a los ciegos y movimiento a los paralíticos; añaden que hace apenas un año dió de comer a 5.000 personas, sin contar a las mujeres y a los niños, que serían otros tantos; que resucitó a tres muertos, dando nombres y señales de los mismos; que resucitó él en persona del sepulcro, de lo cual pueden ser testigos más de 500, que viven aún y que con sus propios ojos le contemplaron...

Todo es falso, repetimos, pero ninguna protesta se levanta ni siquiera de los interesados y aludidos.

El hecho, como reacción psicológica y como suceso histórico, es del todo incomprensible, pero no importa. La mentira se impone y cada día va creciendo el número de adeptos. Los embaucadores saben comportarse tan diestramente, que en el primer discurso de uno de ellos, rudo e iliterato pescador, ha logrado convertir a su engaño a 5.000 judíos y en otro a 3.000 más...

Ya son estrechas las fronteras patrias.

Los falsarios no encuentran límite a sus ardores proselitistas: han soñado nada menos que en llevar su impostura al mundo y hacerlo víctima de la misma, y, en realidad, se esparcen todos por él; abandonan su casa, sus redes, el lago de sus afanes y se encaminan, como Quijotes de la mentira, hacia el Asia y Europa, y llegan a Etiopía y Arabia y a la

India, y penetran en Corinto, en Efeso y en Filipos, en Atenas y en Roma...

Por doquier predican y discuten incansables; desafían peligros y persecuciones y padecen cárceles y azotes, hasta que al fin, por seguir aferrados a su inexplicable pertinacia, por el furor de engañar al mundo, mueren martirizados, rubricando con su sangre la impostura...

Perdónenos el racionalista; pero no podemos admitir, sin discusión, tales suposiciones.

En verdad no es extraño que la hipótesis del fraude haya disgustado profundamente incluso a muchos de los heterodoxos.

Precisamente habría de decirse, en toda verdad histórica, lo contrario.

Si algo aparece con claridad en el Evangelio y en los Hechos, es la convicción profunda, la sincera y arrebatada conmoción psicológica hasta el delirio, operada en sus espíritus ante la verdad inconcusa de su causa.

Desde el día de Pentecostés se describen los antes tan cobardes, encarándose con escribas y fariseos y aun con las autoridades de Israel, con un ímpetu y osadía que pasma: echándoles en cara su gran crimen de haber dado muerte al Mesías enviado por Dios a su pueblo, al santo y al justo, al que pospusieron a un criminal forajido. No pueden contenerse ni callar: son obligados a comparecer ante el Concilio, azotados y llenos de denuestos; pero ellos salen gozosos de su presencia, porque han sido hallados dignos de padecer algo por el nombre de Jesús. Les conminan que no pronuncien más aquel fatídico nombre, pero ellos responden que no pueden hacerlo; que les es imposible a todo punto dejar de predicar lo que han visto y oído: que es necesario obedecer antes a Dios que a los hombres.

¿Es esta actitud propia de embusteros y embaucadores? Diráse que les guiaba el fanatismo... Sea así; pero el fanatismo tiene sus leyes; supone una convicción arraigada: jamás se ha visto a un hombre fanático por una idea que no siente y menos aún por una que sabe positivamente ser falsa.

La convicción absoluta, absorbente, es la que impera; la única que realiza los grandes hechos, los altos ideales; la sola capaz de llevar al cabo la inmensa epopeya de la fundación del Cristianismo... Atribuirla a la mentira, al fraude, es la mayor monstruosidad histórica y psicológica que pudo imaginarse.

IDEAS QUE NO SE INVENTAN

Hay otros dos rasgos inconfundibles que delatan la veracidad de los evangelistas:

La *sinceridad* en manifestar lo que pudiera dañar a su causa y la expresión de conceptos nuevos, imposibles de ser inventados por ellos.

Así vemos, en efecto, que exponen llanamente las propias deficiencias, su falta de fe, su dureza, su cobardía, el abandonar al Maestro, la traición de uno de ellos y la negación del príncipe de todos.

Asimismo expresan sin reticencias el juicio peyorativo y denigrante que del Maestro se formaron los judíos: Unos, dicen que le tenían por loco: «ha perdido el juicio»; otros, que estaba poseído del demonio, y que con la potestad del príncipe de ellos los lanzaba; otros, que era un embaucador que soliviantaba a las turbas; un malhechor digno de ser condenado a muerte...

Y, sobre todo, le pintan a él, al que quieren hacer pasar por Mesías, lleno de sudor y de fatiga junto al pozo de Jacob; triste hasta la muerte, lleno de temor y pánico y hasta sudando sangre en el Huerto de los Olivos y desamparado del Padre en la Cruz...

Las *ideas nuevas* de referencia son más reveladoras aún: la *mesianidad* y la *divinidad* de Cristo.

Nótese bien: los evangelistas eran judíos de raza y de corazón, y, por lo mismo, su concepto de Dios y del Mesías esperado, claro y definitivo.

El Mesías, para todo israelita, el único que podía caber en su exaltada mente, el que formaba toda su ilusión y sus anhelos, como queda indicado en otro sitio, era el personaje glorioso, rey espléndido y magnífico, triunfador y conquistador del mundo y de sus enemigos, a los que había de poner, cual trofeos de victoria, como escabel de sus plantas. Jamás hubiera podido ningún israelita imaginarlo de otra suerte. Un Mesías humillado, crucificado, muerto en un patíbulo, era por completo inasequible a su ideología.

Lo mismo podemos afirmar respecto de la idea de Dios. El judío era también, y es, esencialmente monoteísta. El no adoraba más que a Yahvé, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob; el Dios de Moisés y del Sinaí; Dios único, intangible y santo que moraba sobre las estrellas del cielo, inasequible al dolor y a la muerte. Su nombre no podía pronunciarse por respeto, ni su imagen ser representada. Era el ser infinito, separado de los hombres como el cielo de la tierra. «Asociarle un hombre por grande que éste fuera», ha dicho incluso un racionalista, «compartir con él la divinidad, hubiera sido el sacrilegio y la abominación suprema...»

Pues bien; véase el hecho incontestable.

A Cristo, esto es, al Profeta de Nazaret, hombre que apareció, además, sin boato y pompa alguna externa, le ensalzan como Mesías, esperado de las gentes y gloria de su pueblo Israel... Más aún, le subliman a la categoría de Dios; de ser omnipotente y eterno; afirman de él que existió antes que

Abraham y los profetas, antes de la creación del Universo; que es una misma cosa con Dios; le llaman luz del mundo, la verdad y la resurrección..., le apellidan con San Pedro, «autor de la vida»; con San Pablo, «Dios bendito por los siglos», ante el cual se ha de «doblar toda rodilla en el cielo y en la tierra y en los abismos»; con San Juan, le constituyen «creador de todas las cosas», atribuyéndole la obra de los seis días, que en el Génesis se atribuye a Dios exclusivamente...

¿No es esto extraño? ¿Pudo ser mera creación de su fantasía delirante?

No por cierto. Esos conceptos son plenamente antijudíos; no pudieron ser inventados por los Apóstoles; viniéronles necesariamente de fuera; fueron imposición absoluta de la aplastante realidad.

ILUSION Y BUENA FE DE LOS APOSTOLES

Los Apóstoles no fueron falsarios embaucadores: estaban convencidos de la verdad de cuanto predicaban. Hasta un racionalista confiesa paladinamente, que jamás ellos hubieran fundado la Iglesia, si no hubieran estado persuadidos de la verdad de su causa.

¿Estaban también en lo cierto?

¿No fueron víctimas de su candidez e ignorancia?, ¿de su buena fe, del afán milagrero tan propio del pueblo sencillo en todos los tiempos y países y en especial en Israel y en la época de Cristo?

Esta es la segunda hipótesis racionalista que pasamos a examinar.

Los evangelistas creyeron y predicaron convencidos, dicen muchos de ellos; pero no estuvieron a la altura, fueron incompetentes; ineptos para interpretar los hechos de Jesús.

Se dejaron alucinar por falsos espejismos, y aceptaron como milagros reales los que no eran más que actos de sugestión, mera coincidencia, prestidigitación o curación psicológica de la llamada «fe que sana».

¿Te place, caro lector, la hipótesis?

Me imagino verte frunciendo el ceño y moviendo negativamente la cabeza... Y tienes razón.

No puede hablarse de «fe que sana», ni de sugestión, ni de coincidencias casuales, cuando se trata de resurrecciones de muertos, de curas instantáneas de leprosos y de ciegos de nacimiento, de dar de comer a miles de personas con solos cinco panes y dos peces... En una palabra: los milagros evangélicos son hechos demasiado patentes, públicos, tangibles y numerosos para que puedan ser producto de meros impresionismos...

Pero no insistamos más en esto, que ya tendrá su refutación adecuada cuando tratemos de los milagros del excelso taumaturgo.

Detengámonos más bien en la tremenda consecuencia que de la hipótesis se deduce:

CRISTO IMPOSTOR, FALSARIO...

Que no nos digan exagerados.

No es más que la fuerza de la lógica.

Suponen, efectivamente, los racionalistas, que los Apóstoles se engañaron admitiendo como milagros lo que no lo eran. Pero es el caso que Cristo los tenía por tales, y con plena conciencia de ello los realizaba.

El fué, por tanto, el que indujo a error a sus discípulos; él fué el embaucador, el falsario...

¡Cuántas veces nos habla Cristo de sus portentos!

Son las señales inequívocas de su misión y legación del cielo.

A los discípulos de Juan, enviados a preguntarles si era él el que había de venir o esperaban a otro, les responde: «Id y contad a Juan lo que habéis visto y oído: Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son curados...». Eran los prodigios anunciados por los profetas como característica del Mesías. A Corozaín, a Betsaida y a Cafarnaún les conmina con la cólera del cielo, porque a pesar de que han sido teatro de los más grandes milagros, no se han convertido ni hecho penitencia: si los mismos los hubieran visto Tiro y Sidón, Sodoma y Gomorra, o los ninivitas, se hubieran vestido de saco y de cilicio...

No hay para qué detenernos más.

Es evidente que Cristo tenía plena conciencia de que eran milagros verdaderos los que él realizaba, y los hacía como señales de Dios para que creyeran en él, y acusa y condena la dureza y terquedad judía en no creer en él, siendo así que sus obras daban testimonio de quién era.

O Cristo, pues, es un malvado, un falsario, volvemos a repetir, un hombre sin conciencia y sin honor que pasó engañando vilmente a sus Apóstoles y al mundo entero, o las obras realizadas por él como milagros, eran verdaderos y auténticos prodigios.

Que escojan los racionalistas:

¡Cristo embaucador!, ¡embustero!.

El solo anuncio escandaliza. Ni ellos mismos se atreven a tanto, al menos abiertamente.

¡Triste inconsecuencia la suya!

Alaban y maldicen a la vez; ensalzan hasta los cielos y abaten hasta el polvo al Salvador.

Leed sus libros y quedaréis convencidos:

Loysi dice de él, que se siente en su persona, «en sus actos, en sus dolores, un no sé qué de divino, que le eleva, no sólo por encima de la Humanidad ordinaria, sino sobre lo más selecto de esa misma Humanidad» [1].

Harnack confiesa que «cualquiera que sea la actitud que ante Jesucristo se tome, no se puede menos de reconocer que en la Historia es él quien ha elevado a la Humanidad a esta altura», que «quien se esfuerce en conocer al autor del Evangelio testificará que en él lo divino ha aparecido con la pureza que es posible que aparezca en la tierra» [2].

Para Augusto Sabatier, Jesús es «el alma más bella que existió jamás: sincera, pura, que pudo elevarse a una altura a la que nunca el hombre podía llegar».

Channing: «Creo que Jesucristo es más que un hombre... Todos reconocen que deja atrás las perfecciones humanas...» [3].

Wilhelm Bousset: «Jesús queda, con relación a nosotros, a una distancia infranqueable... Nosotros no nos atrevemos a medirnos con él, ni colocarnos al lado de este héroe» [4].

Y, finalmente, el libelista y poeta Renán:

«¡Reposa, ahora, en tu gloria, noble iniciador! Tu obra está acabada, fundada tu divinidad... Al precio de unas horas de sufrimiento, que no han llegado a tocar a tu grande alma, has comprado la más grande inmortalidad. Signo de nuestras contradicciones, tú serás la bandera en torno de la cual se librará la más ardiente batalla. Mil veces más viviente, mil veces más amado después de tu muerte, que durante los días de tu vida aquí abajo, tú llegarás hasta tal punto a ser la piedra angular de la Humanidad, que arrancar tu nombre de este mundo, sería sacudirlo en sus fundamentos. Entre ti y

[1] *El cuarto Evangelio*, p. 72.
[2] *La esencia del Cristianismo*, pp. 33 y 34.
[3] *Vida de Jesús*, p. 325.
[4] *Jesús*, p. 72.

Dios no se distinguirá jamás. Plenamente vencedor de la muerte, tomas posesión del reino al que te seguirán, por la vía real que tú has trazado, siglos de adoradores»[1].

Así hablan los racionalistas; pero no les hagáis caso; volved la página y veréis que «las cañas se tornan lanzas», y que los encomios terminan con vituperios. Cristo es, sí, la cumbre de la Historia, el hombre más sublime y veraz y santo; el ideal, el ápice de la perfección, el alma más pura y grande que haya jamás existido...; pero, al mismo tiempo, ¿quién lo dijera?: es un impostor, un mentiroso que pasó engañando al mundo con sus sortilegios y espejismos y ha seguido embaucándolo a través de la Historia...

Dispénsennos de nuevo los racionalistas, pero al oír sus alabanzas, no podemos menos de pensar en el pasaje evangélico de la curación del endemoniado de Cafarnaún.

Había en la sinagoga, nos dice San Marcos (I, 23 s.), un hombre poseído del espíritu inmundo. Un día se le acercó Jesús, y él exclamó enfurecido: «¿Qué tenemos nosotros que ver contigo, oh Jesús Nazareno? ¿Has venido a perdernos? Ya sé quién eres: el santo de Dios...».

También Luzbel alaba a Jesús: El poder, la grandeza del Hijo de Dios le subyuga... pero son forzadas sus alabanzas: «Hasta los demonios creen y tiemblan».

¿No vemos algo parecido en los racionalistas?

[1] *Vida de Jesús*, cc. 15, 17, 19, 20 y 23.

V

CRISTO MESIAS

SUMARIO: Pseudoprofetas y pseudocristos. - ¿Ha venido ya el Mesías? - Testimonios evangélicos sobre la mesianidad de Jesús. - La propia afirmación del Maestro y la solemne promulgación del Padre. - Cristo, clave de las profecías

Es natural que las grandes promesas mesiánicas hechas con tanto énfasis e insistencia por los profetas, tuvieran la repercusión más profunda en la vida del pueblo de Israel.

Así fué, en efecto.

El Mesías futuro, juntamente con su espléndido reinado, fueron siempre, y especialmente en los tiempos últimos, el blanco de todas las esperanzas.

Las clases dirigentes, y de un modo particular los escribas, fariseos y doctores de la ley, se habían hecho los portaestandartes más entusiastas y proselitistas del general anhelo y lo habían convertido incluso en objeto de ilusiones y fantasías nacionales.

El Mesías prometido debía ser un enviado especial de Dios a su pueblo; un legado suyo, extraordinariamente poderoso, sabio, justo, invencible. El patriotismo judaico le había dado el máximo relieve. Sería el gran personaje de la Historia; superior a Moisés y David, el que había de humillar y juzgar a los odiados gentiles y hacerlos tributarios suyos. Su cetro había de extenderse a todo el mundo.

5 (Detalle Pórtico Gloria. Santiago)

Los heraldos del Gran Rey.
Los SS. Apóstoles Pedro, Pablo, Santiago y Juan.

Con la oprobiosa esclavitud romana se había exacerbado más el sueño nacional. No fueron pocos los que, impacientes ante la prolongada espera, se levantaron contra el injusto poder dominador, apelando a los mismos rigores de la guerra, en la convicción íntima de una ayuda especial y maravillosa del Omnipotente a su causa. Poco después de la muerte de Herodes apareció en Perea un exaltado llamado Simón, que llegó a prender fuego al regio alcázar de Jericó y proclamarse rey él mismo. En Judea, un pastor llamado Atronges, implantó su gobierno propio; en Galilea, Judas, hijo de Ezequías, se apoderó del arsenal de armas de Sesorís I, y hacia el año diez, después de la muerte de Jesucristo, un predicador exaltado, por nombre «el egipcio», reunió un ejército de dos mil hombres y los fanatizó hasta el punto de lanzarlos a la conquista de Jerusalén, con la promesa de la inmediata intervención divina.

Flavio Josefo los califica a todos de engañosos e impostores, que bajo la apariencia de inspiración de Dios producían rebeliones y trastornos, induciendo a la multitud a actos de feroz fanatismo; y el mismo divino Redentor aludió a ellos en repetidas ocasiones, llamándoles «pseudoprofetas y pseudocristos», verdaderos «lobos que venían con la piel de oveja» para engañar.

Los romanos, lo mismo que Herodes, habían realizado en ellos los más feroces escarmientos y horribles matanzas, pero el furor seguía incontenible y se prolongó hasta los días aciagos del asedio a Jerusalén.

¿HA VENIDO YA EL MESIAS?

He aquí la interesante pregunta que se formula la Historia desde hace veinte siglos.

Los judíos lo esperan aún, si bien cada vez se desvanecen

más sus esperanzas. Para nosotros, en cambio, los cristianos, la cuestión está dilucidada plenamente. El Mesías ha venido ya y es el autor y consumador de nuestra fe, Jesucristo.

En él se cumplen, de manera maravillosa, todas las profecías como queda demostrado en el anterior y vamos a ver más a propósito en el capítulo presente. El Cristianismo se establece sobre esta base inconmovible: todo el Nuevo Testamento lo supone y el mismo Salvador lo afirma terminantemente. No hay posibilidad de duda.

Cristo es el Mesías prometido: El legado de Dios al mundo para salvarlo y enseñarle lo que tenía que creer y practicar.

TESTIMONIOS DE LA MESIANIDAD DE JESUS

Los encontramos en casi todas las páginas del Evangelio:

La Anunciación.

El celeste espíritu se halla en presencia de María, la venturosa virgen escogida para Madre de Dios. Viene de parte del Altísimo a pedirle su consentimiento para la gran obra que ha de realizarse en sus entrañas, la Encarnación.

El Angel le habla en términos mesiánicos:

«He aquí que concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Este será grande y se le llamará Hijo del Altísimo y le dará el Señor Dios el trono de David, su padre, y reinará sobre la casa de Jacob eternamente y su reinado no tendrá fin.» (Luc. I, 32-33.)

Zacarías.

Han pasado unos días después de la Concepción del Verbo, y María, toda endiosada, fuera de sí de emoción y llevando en su seno, cual dulce carga, al Hijo Eterno de Dios, se encamina hacia las montañas de Judá, a su prima Isabel.

Al entrar en su casa y saludarla se realizan los más sublimes misterios. Las palabras de la humilde nazarena santifican a Juan, el Precursor, en el seno de su madre, y ésta, llena del Espíritu Santo, reconoce la grandeza incomparable de María, la madre de «su Señor», y se reputa indigna de su visita.

Tres meses más tarde nace Juan Bautista.

A Zacarías, su padre, le quedan sueltas las trabas de la lengua y prorrumpe en un hermoso cántico profético. En él, después de glorificar a Dios, que ha usado de misericordia para con su pueblo, se dirige en emocionado apóstrofe a su hijo, y exclama:

«Y tú, oh niño, serás llamado profeta del Altísimo;
Pues irás delante del Señor
para preparar sus caminos:
para dar a su pueblo el conocimiento de la salud
en la remisión de sus pecados:
por las entrañas de misericordia de nuestro Dios
por las cuales nos ha visitado
un sol naciente desde lo alto,
para iluminar a los que están sentados en tinieblas
y sombra de muerte,
para enderezar nuestros pies por el camino de la paz.» (Luc. I, 67-80.)

Los Angeles.

Ha llegado ya el gran acontecimiento de la Historia.

Acaba de nacer Cristo en Belén y, llenos de júbilo los Angeles, se apresuran a dar la grata nueva a los hombres.

«Y había unos pastores en aquella misma región, que velaban y guardaban las velas nocturnas sobre su ganado. Y un Angel del Señor se presentó junto a ellos, y la gloria de Dios les envolvió en sus fulgores, y se atemorizaron con gran temor. Y les dijo el Angel: No temáis; pues he aquí que os traigo una buena nueva, que será de grande alegría para todo el pueblo: que os ha nacido hoy en la ciudad de David el Salvador, que es el Mesías, el Señor. Y esto os servirá de señal: Hallaréis al Niño

envuelto en pañales y puesto en un pesebre. Y súbitamente se juntó con el Angel una muchedumbre de la milicia celeste que alababan a Dios, y decían:

Gloria a Dios en las alturas,
y en la tierra paz a los hombres del beneplácito.» (Luc. II, 8-14.)

Simeón.

En la circuncisión y en el Templo se repite lo mismo.

Pasados los días prescritos por la ley de Moisés para la circuncisión del Niño, se le pone por nombre Jesús, esto es, Salvador, como antes de ser concebido lo anunciara el Angel.

Transcurridos, asimismo, los días de la Purificación de María, según la misma ley, es conducido a Jerusalén y al Templo, para ser presentado al Señor. Al penetrar en él se realiza el bellísimo episodio de Simeón.

Este anciano, justo y temeroso de Dios, vivía en la esperanza más ardiente del Mesías. En pago de sus bellas virtudes e incesantes oraciones había recibido de Dios una consoladora promesa: la de que no moriría antes de ver al Cristo o Mesías del Señor. Conducido por la inspiración divina, se presentó en el templo, precisamente cuando sus padres introducían a Jesús. Al anciano le dió un vuelco el corazón: aquel niño era el objeto de sus anhelos. Se acercó a él emocionado; lo tomó en sus manos temblorosas y cansadas ya de vivir y exclamó lleno de alborozo y entusiasmo:

Ahora, Señor, deja ir a tu siervo en paz, según tu palabra; pues ya vieron mis ojos tu salud; la que preparaste a la faz de todos los pueblos: luz para la iluminación de los gentiles y gloria de tu pueblo Israel.

Después, se volvió a María su madre que escuchaba atenta, y rasgando el velo del porvenir, le dijo:

«He aquí que este niño está puesto para caída y resurgimiento de muchos en Israel y como una señal a que se hará contradicción.»

Su mirada descubrió también la protervia de Israel, su

pueblo, y el rechazo del Mesías que Dios, en su misericordia, le enviaba para salvarle, y llegando hasta la agónica tarde del Calvario anunció su muerte dolorosa y llena de oprobios a su madre:

«Y a ti misma una espada te traspasará el alma para que salgan a luz los pensamientos de muchos hombres.» (Luc. II, 25-35.)

Los Magos.

Habiendo nacido Jesús en Belén de Judá en los días de Herodes el rey, he aquí que unos magos vinieron del Oriente a Jerusalén, diciendo: ¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido?, pues vimos su estrella en el Oriente y hemos venido a adorarle. Oído esto, se turbó el rey Herodes y toda Jerusalén con él, y convocando a todos los jefes de los sacerdotes y a los escribas del pueblo, les preguntó dónde había de nacer el Mesías. Ellos le dijeron: en Belén de Judá; pues así está escrito por el Profeta: Y tú, ¡oh Belén!, tierra de Judá, de ninguna manera eres la menor entre las principales de Judá; porque de ti nacerá el jefe que regirá tu pueblo de Israel.

Entonces Herodes, habiendo llamado secretamente a los Magos, se informó de ellos exactamente acerca del tiempo en que había aparecido la estrella, y enviándoles a Belén, les dijo: Id y tomad información exacta acerca del niño, y cuando le hubiereis hallado, dadme aviso para que yo también vaya y le adore.

Ellos, oído el encargo del rey, se partieron; y he aquí que la estrella que habían visto en el Oriente, precedió otra vez delante de ellos, hasta que, llegando a donde estaba el niño, se paró encima; y entrando en la casa hallaron al niño con María, su madre, y, postrándose en tierra, le adoraron, y abriendo sus tesoros le ofrecieron dones, oro, incienso y mirra. Y avisados por Dios. en sueños, que no volvieran a Herodes, tornaron a su tierra por otro camino.» (Mt. II, 1-12.)

Las turbas.

Añadamos a los aducidos dos testimonios más: el de las turbas y el de los Apóstoles.

Varias fueron las ocasiones en que las turbas enardecidas ante la magnificencia de los milagros del Salvador y llenos de

la más absoluta convicción de que él era el Cristo o Mesías, quisieron proclamarle rey. Jesús se lo impidió siempre, retirándose de ellas. Hubo, sin embargo, un día en que permitió el desbordamiento popular.

Estaba anunciado por el profeta Zacarías que, como verdadero rey de Israel, había de entrar el Mesías en Jerusalén, su capital, en acto solemnísimo y apoteótico..., y eso fué lo que se llevó al cabo en el llamado Domingo de Ramos.

El excelso taumaturgo acababa de realizar el más extraordinario de sus prodigios, la resurrección de Lázaro. La impresión y la fama del hecho tenía obsesionados no sólo a los habitantes de la pequeña aldea de Betania, sino a cuantos lo conocían. El entusiasmo popular había llegado a tal punto de efervescencia que los príncipes de los sacerdotes y doctores pensaron incluso en dar muerte a Lázaro para sofocarla.

Estaba, sin embargo, de por medio en los planes de Dios la glorificación de su Hijo aun a pesar de proyectos tan criminales.

Jesús llegó a Betania en su paso hacia Jerusalén, a donde se encaminaba para la celebración de la Pascua. Era la ocasión más propicia para la exteriorización de los latentes ardores. Comenzaron los habitantes de la aldea y un grupo de entusiastas de Jerusalén y aun de la dispersión que acababan de llegar a la capital de Israel para la celebración de las mismas fiestas y que, influenciados por la fama del gran profeta de Nazaret, habían ido allá ansiosos de conocerle.

Hechos los preparativos, montó el taumaturgo en el jumentillo y se puso en marcha. El recuerdo de los portentos excitó más y más la fe en su mesianidad y llenó la turba de esperanzas y de ilusiones. Ya fué incontenible el desbordamiento de la muchedumbre. En verdad que jamás había aparecido un hombre tan poderoso en obras y en palabras...

Los vítores y aplausos y las demostraciones de júbilo irrumpen espontáneas y avasalladoras. Los unos extienden sus vestidos por donde ha de pasar; otros cortan ramas de

árboles y las esparcen por el camino. Los aires resuenan con las aclamaciones delirantes: todas son mesiánicas.

«¡Hosanna al hijo de David! ¡Bendito el que viene, el rey, en el nombre del Señor! ¡Bendito el reino que viene de nuestro padre David! ¡Paz en el cielo y gloria en las alturas!». (Mt. XXI, 1-9, Mc. II, 1-10, Lc. XIX, 29-40, Jn. XII, 12-19).

Los Apóstoles.

Es el día de Pentecostés.

El Cenáculo donde han permanecido los Apóstoles con María, madre de Jesús, después de la Ascensión, en la oración y fracción del pan y en espera del Espíritu Santo prometido, se siente sacudido repentinamente como con un viento impetuoso. Son las primicias de la venida del Santo Espíritu. Además, «aparecieron, dicen los Hechos de los Apóstoles», unas como lenguas de fuego que se posaron sobre cada uno de ellos. Era el símbolo del Espíritu Santo, caridad y fuego, que se apoderaba del Colegio apostólico y los transformaba en otros hombres.

Ante la novedad del hecho, acudieron gran muchedumbre de curiosos a los alrededores del Cenáculo; gentes de todas las regiones, llegadas asimismo con ocasión de la Pascua. Todos quedaron consternados al oírles, porque aquellos hombres, galileos e ignaros, les hablaban con elocuencia a cada uno en su lengua propia.

Pedro se levantó entonces, en medio de todos, y les dirigió enardecida la palabra. Sin temor de nada ni de nadie, les repitió el nombre de Jesús Nazareno, varón aprobado por Dios en grandes prodigios y señales, a quien vosotros mismos acabáis de matar entregándole en manos inicuas... Después lanza la gran afirmación: «Sepa, con toda certeza, toda la casa de Israel, que Dios ha constituído Señor y Mesías a este Jesús a quien vosotros crucificasteis». (Act. II.)

No es menos explícito el Apóstol de las gentes.

Había sido perseguidor del nombre de Jesús y de sus fieles y encarnizádose con ellos. Dotado de poderosa inteligencia y de corazón fogoso, podía ser el paladín invicto de la sociedad cristiana apenas nacida.

Cristo decidió atraerle a sí y hacerlo su apóstol por excelencia. El hecho maravilloso se realizó un día mientras él se dirigía a Damasco para encarcelar a los fieles, lleno de furor y de rabia contra ellos. Repentina y súbitamente le circundó una luz del cielo... Saulo cayó en tierra deslumbrado y ciego, y oyó una voz que le dijo: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Yo soy Jesús, contra quien tú te ensañas: duro te será dar coces contra el aguijón...»

Estaba realizada la gran metamorfosis.

Pablo, convertido en discípulo ardiente de Jesús, comienza en el mismo Damasco su apostolado. Dicen los Hechos: «Pablo se afirmaba cada día más y confundía a los judíos que habitaban en la ciudad, anunciando, con toda la energía de su carácter y probándoles que Jesús era el Cristo o Mesías prometido».

Desde este momento se da ya al Fundador del Cristianismo por apóstoles, discípulos y fieles, unánime y casi exclusivamente el nombre de Cristo, que es lo mismo que Mesías. El apelativo se repite incesantemente y en Antioquía empiezan a llamarse los fieles, por primera vez, con el nombre de cristianos.

LA PROPIA AFIRMACION DE JESUS

Es el argumento decisivo.

Los ángeles y los hombres, los Apóstoles y las turbas, proclaman Mesías a Jesús: su testimonio no puede ser más grave y fidedigno, pero hay otro todavía más seguro que él: el testimonio del mismo Cristo, que por tal se tiene y se da repetidas veces ese nombre.

Efectivamente, en Cesárea de Filipos pregunta a sus discípulos por quién le tienen a él. San Pedro toma la palabra y contesta con el mayor énfasis: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo». El Maestro no sólo no rechaza la apelación, sino que la confirma, y premia a su apostól por ella: «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Juan, pues no te lo ha revelado la carne y la sangre, sino mi Padre que está en los cielos».

En el mismo día de la milagrosa curación del ciego de nacimiento, encuentra Jesús al favorecido y después de la discusión con los fariseos, y le pregunta: «¿Crees en el Hijo de Dios?». Era éste uno de los nombres del Mesías. «¿Quién es, Señor, para que crea en él? El mismo que habla contigo, añadió Jesús. El ciego cayó de rodillas y le adoró.»

Otro día se encontraba junto al pozo de Jacob.

Llegó a él una pobre y sencilla mujer del pueblo. El Maestro no se desdeñó en dirigirle la palabra. En la conversación le reveló toda su vida a la mujer; le dijo que la salvación venía de los judíos; le anunció la nueva Era de espiritualidad y regeneración del mundo, que comenzaba ya. La mujer, desconfiada, apeló al Mesías venidero: «Sé que el Mesías ha de venir, dijo; cuando él venga, ya nos lo dirá todo.» Jesús se le reveló abiertamente: «Yo soy el Mesías, el mismo que está hablando contigo.»

Ante Caifás, finalmente.

Era el Viernes Santo por la mañana. El divino reo, maniatado y preso, había sido conducido ante el Sanhedrín para ser condenado. El Sumo Sacerdote se encaró con él en plena y solemne sesión y después de las inútiles discusiones de otros, y le dijo: «Te conjuro, por el nombre de Dios vivo, que nos digas si tú eres el Mesías, el hijo de Dios bendito.»

Terrible pregunta en aquellas circunstancias. Jesús sabía que le iba la muerte en ello, pero no vaciló un instante. El

había venido al mundo para dar testimonio de la verdad, y la afirmó decididamente: «Tú lo has dicho; yo soy».

Era la palabra que había de escandalizar al presidente del Consejo de toda la Asamblea y al pueblo judío. El sumo Sacerdote desgarró sus vestiduras, diciendo: «Blasfemó». Luego, dirigiendo con gesto teatral su mirada a los sanhedritas, exclamó: ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Vosotros mismos acabáis de oír la blasfemia: ¿Qué os parece? Y todos dieron sentencia contra él, diciendo: reo es de muerte.

LA SOLEMNE PROCLAMACION DEL PADRE

No queda más que el coronamiento de la obra: La voz del Eterno Padre que refrendará todos los otros testimonios.

Eran los días de la predicación de Juan Bautista. El pueblo, conmovido hondamente por las palabras de fuego del austero anacoreta, acudía a bandadas a oírle y a recibir de sus manos el bautismo de penitencia.

Jesús se presentó también un día a él al comienzo de su vida pública de Mesías, pero fué reconocido por el precursor, al acercarse. Siguióse la más emocionante escena. Juan rehusaba bautizarle, sobrecogido de espanto; pero él se lo impuso: «Es necesario que se cumpla toda justicia».

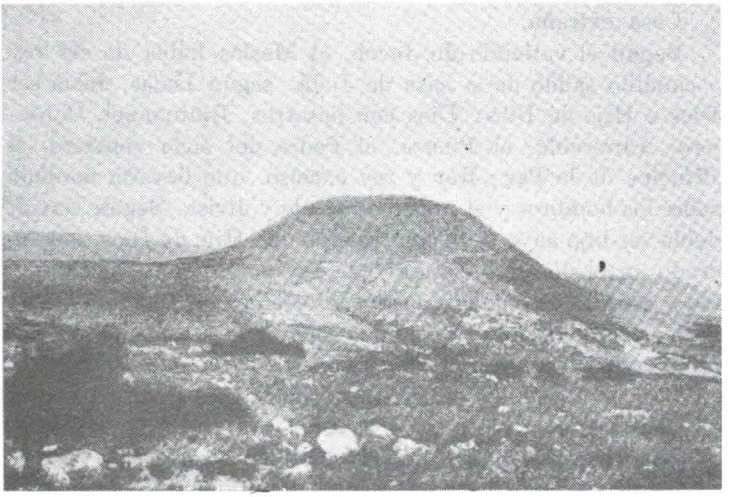
Cesó la porfía y Jesús fué bautizado como los otros. Había sido un acto de anonadamiento del Hijo de Dios, y ninguna ocasión más propicia que la gran humillación para exaltarle. Al salir Jesús del agua, nos dice el Evangelista que se abrieron los cielos y descendió el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma, sobre él; y se oyó una voz en los aires que dijo: «Tú eres mi Hijo muy amado, en quien tengo puestas mis complacencias». (Mt. III, 17, s.).

Las palabras eran mesiánicas y constituían la promulgación solemne, de parte del Padre, de la persona y de la

misión del Salvador. El era su hijo, su legado al mundo, el Mesías que prometiera a la humanidad.

Hay otro episodio más significativo aún: La transfiguración del Tabor.

Al fin de la grandiosa escena dice el Evangelista que apareció una nube que envolvió a Jesús y a sus ilustres acompañantes, y que del fondo de la misma salió una voz potente



EL MONTE TABOR, donde según la tradición se realizó la Transfiguración del Salvador

que decía: «Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo puestas mis complacencias; oidle a él». (Mt. XVII, 1, s.).

Nueva promulgación oficial. Cristo es el auténtico legado del Padre: el Hijo del Altísimo, de que hablara el ángel a María, y heredero del trono de David; el Maestro, doctor y preceptor de las gentes que prometiera Isaías (LV, 4), enviado del cielo para enseñar a los hombres. Sus palabras son palabras divinas e infalibles, palabras de vida eterna.

CRISTO, CLAVE DE LAS PROFECIAS

Jesús es el Mesías.

He aquí, en definitiva, nuestra afirmación cristiana, rotunda y categórica: lo aseguran de consuno el cielo y la tierra, los ángeles y los hombres...

Podemos añadir también que sólo El pudo serlo, porque en El solamente se han podido cumplir los vaticinios mesiánicos.

Cosa extraña.

Según el vaticinio de Jacob, el Mesías había de ser rey y caudillo salido de la casa de Judá: según Isaías, debía ser Dios e Hijo de Dios: Dios con nosotros, Emmanuel, Consejero, Admirable, el Fuerte, el Padre del siglo venidero, el Príncipe de la Paz; Rey y rey excelso, que llevaría bordado sobre los hombros y el muslo su título y divisa. Según David, debía ser hijo suyo al mismo tiempo que Hijo de Dios, engendrado en el día de su eternidad; rey potentísimo y conquistador espléndido, brazo y virtud y fortaleza de Dios que debía burlar todos los manejos de sus enemigos y extender su dominio por los ámbitos de la tierra...

Pero, nótese bien; lo esbozado no es más que una faceta del Mesías.

Los profetas habían dibujado también otros rasgos diametralmente opuestos de su fisonomía. Juntamente con la imagen del magnífico dominador del mundo habían pintado un Mesías humillado, escupido, azotado; un Mesías, varón de dolores y que sabe de enfermedades; que no tiene parte sana desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza; un Mesías negado y condenado por su pueblo, levantado en una cruz y muerto.

¿Cómo compaginar tan opuestos trazos?

El pueblo judío no había sabido hacerlo y, quedándose exclusivamente con lo que halagaba su orgullo nacional y patriótico, había echado por la borda todo lo humillante

y depresivo. Jamás había pensado en un Mesías de dolores, en un Mesías muerto en patíbulo de afrenta.

No obstante, las antinomias debían cumplirse; el Mesías había de ser rey poderoso y espléndido, fundador de un reino universal y eterno, pero, al mismo tiempo, debía ser negado y azotado, escupido y muerto por su pueblo.

¿Quién deshará ese nudo?

He aquí el gran argumento de la mesianidad de Jesús.

Solamente El, dijimos, ha podido cumplir las profecías.

El es, al mismo tiempo, hijo de David e hijo de Dios, rey y caudillo y la gloria más espléndida de Israel y del mundo. El fundó un reino pacífico y eterno que se extiende hasta los confines de la tierra: el reino del espíritu y de la gracia, el reino sobrenatural de los hijos de Dios, la Iglesia. El apareció en la Septuagésima semana de Daniel, nació en Belén, como señalara Miqueas, de una Virgen, según el vaticinio de Isaías; fué despreciado y perseguido, crucificado y muerto en cruz por las autoridades de su mismo pueblo...

Esto es, repetimos, el sello inconfundible de su verdadera mesianidad.

Recordemos las palabras del recién resucitado a los huidizos discípulos de Emaús. Estaban descorazonados, tristes, en la más amarga desilusión; ellos habían convivido con Jesús, el gran Profeta, poderoso en obras y palabras...; sus nunca vistos milagros y aun su personalidad avasalladora y única, les había conquistado por completo. No podía ser otra cosa: el profeta de Nazaret era el Mesías, el rey de Israel que todos esperábamos... Cristo mismo lo había asegurado terminantemente y repetidas veces...

Pero, ¡ay!; todo su fervor y entusiasmo se había derrumbado súbitamente. Las autoridades judías se habían levantado contra él y lo habían crucificado y muerto... ¿Qué

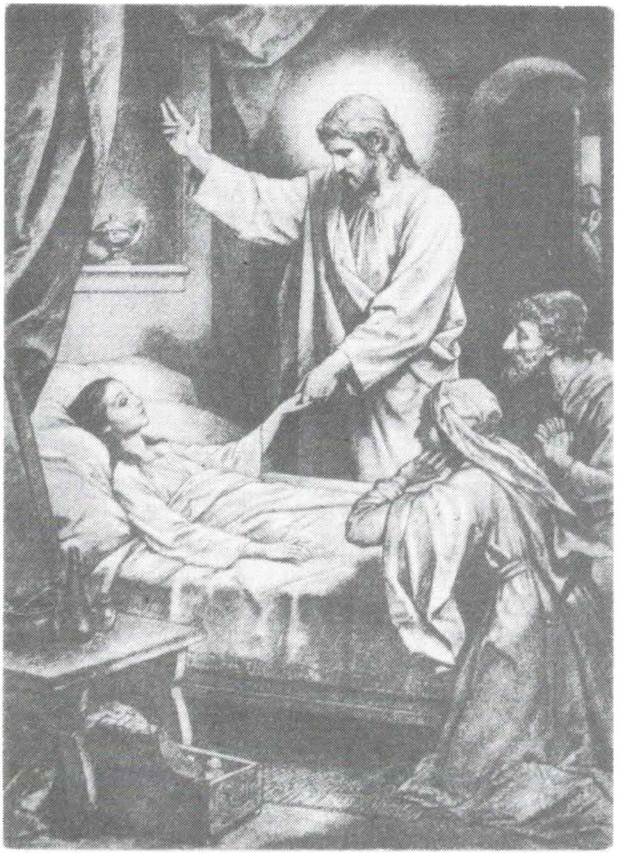
esperar ya? Inútil todo. Se habían equivocado; su fracaso había sido aplastante y decisivo...

Sin embargo, ¡cuánto distaban de la verdad!

Precisamente era todo lo contrario, y ello es lo que más les inculca el peregrino: *O stulti et tardi corde!*, les dice, ¡Oh necios y tardos de corazón para creer las profecías! ¿Por ventura no convenía que el Cristo o Mesías padeciese todas estas cosas para entrar así en su Gloria? Y empezando por Moisés y los profetas, les fué demostrando que así estaba escrito y así tenía que suceder.

Podemos concluir, por tanto, con toda justicia:

Cristo es el Mesías profetizado tantas veces por los videntes de Israel y por cuyo advenimiento habían suspirado los siglos. Cristo es el Mesías, el rey de la Humanidad que impera ya dos mil años sobre la tierra y cuyo imperio será eterno e indestructible; «y su reino no tendrá fin».



6 (Hofmann)

«Niña, levántate» (Lc. VIII, 54).

La resurrección de la hija de Jairo.

VI

CRISTO TAUMATURGO

SUMARIO: Los milagros de Jesús. - Su clasificación y categorías. - Las bodas de Caná de Galilea. - El hijo del funcionario real. - El siervo del Centurión. - La hemorroísa. - Resurrección de la hija de Jairo. - El sordomudo. - La mujer encorvada. - La pesca milagrosa. - Liberación de un endemoniado.- El número de los milagros evangélicos. - Prodigios auténticos y divinos

Una de las características más peculiares del Salvador y que mayor admiración causaba a sus contemporáneos fué, indudablemente, su gran poder taumatúrgico.

Su virtud sobrenatural era universalmente reconocida por todos, propios y extraños, amigos y enemigos.

Las turbas corren tras él ansiosamente para presenciar sus milagros, porque «pasaba haciendo el bien, curando toda clase de enfermedades, haciendo andar a los cojos, dando vista a los ciegos y oído a los sordos».

Marta y María se lamentan, entristecidas, de que el Divino Maestro no hubiera estado presente en la enfermedad de Lázaro, porque saben que en ese caso «no hubiera muerto su hermano». Herodes se alegra de ver delante de sí, en la Pasión, al profeta famoso, de quien oyera contar tantos prodigios. Los judíos se sienten llenos de envidia y atribuyen sus milagros «a Belcebú, príncipe de los demonios», o se revuelven ebrios de indignación y deliberan lo que han de hacer con aquel hombre que «hace tantos prodigios»... Y aun en la hora de la crucifixión, no satisfecho su vil apasionamiento con la derrota del odiado nazareno, pasan por delante de la cruz y le insultan soezmente, echándole en cara que: «él,

que a tantos ha salvado, a sí mismo no puede salvarse»...

¡Cristo taumaturgo!

Tratemos en el presente capítulo de este importante tema.

Haremos, primero, un recuento general de los principales milagros evangélicos y luego algunas observaciones sobre los mismos.

CLASIFICACION DE LOS MILAGROS

En dos categorías podemos clasificar los milagros del Salvador, según el objeto sobre que versan: milagros en la *naturaleza* y milagros en el *hombre*. A la primera pertenecen varios de singular relieve y significación: La *tempestad apaciguada*, la *conversión del agua en vino*, las *pescas milagrosas*, las *multiplicaciones de los panes*.

A la segunda, todos los demás, en una inmensa mayoría.

Estos son los más significativos y característicos, y en ellos recorrió el excelso taumaturgo toda la gama de las humanas dolencias: curó doce leprosos; dió vista a seis ciegos; movimiento a tres paralíticos; restituyó la salud a un hidrópico, a una mujer que padecía flujo de sangre y a un hombre que tenía la mano paralizada; a otra mujer encorvada y a muchos otros víctimas de diversas enfermedades; asimismo liberó a varios endemoniados y resucitó tres muertos.

Un breve recorrido nos dará idea de su carácter.

CANA DE GALILEA

El ciclo se abre por lo que el Evangelista consigna expresamente como el primer milagro realizado por Jesús: es, a saber, la conversión del agua en vino, en las bodas de Caná.

Eran los primeros días de la vida pública y poco después de su bautismo en el Jordán; aun no había reunido más que a algunos de los apóstoles, cuando fué invitado, tal vez por

razones de parentesco o de amistad con la familia de alguno de los desposados, a un banquete de bodas. También asistió, por el mismo motivo, María, su madre, y los discípulos allegados ya.

Dice así el relato evangélico:

«Y al día tercero se celebraron unas bodas en Caná de Galilea y estaba allí la madre de Jesús. Fueron también invitados a las bodas Jesús y sus discípulos. Y como faltase el vino, dice a Jesús su madre: No tienen vino. Dícele Jesús: ¿Qué tenemos que ver tú y yo, mujer? Todavía no ha llegado mi hora.

Dice su madre a los que salían: Haced todo cuanto él os dijere.

Había allí seis hidrias o ánforas de piedra, destinadas a las purificaciones de los judíos, cada una de las cuales contenía de dos a tres metretas, unos quinientos litros.

Díceles Jesús: Llenad de agua las hidrias.

Y las llenaron hasta arriba. Díceles Jesús: Sacad ahora y llevadla al maestresala; y la llevaron.

Mas cuando gustó el maestresala el agua hecha vino — y no sabía de dónde era —, aunque sabíanlo los que servían que habían sacado el agua, llama al esposo y le dice:

Todo hombre pone primero el buen vino, y cuando están ya bebidos, pone el peor: pero tú has reservado el vino bueno hasta ahora.

Este fué el primero de los milagros de Jesús, el cual hizo él en Caná de Galilea, y manifestó su gloria y creyeron en él sus discípulos.» (Jn. II, 1-11.)

EL HIJO DEL FUNCIONARIO REAL

Fué realizado este milagro poco después del anterior y en el mismo lugar, esto es, en Caná de Galilea.

El favorecido fué, en esta ocasión, un cortesano o empleado real de Herodes, rico al parecer, pues varias veces hace mención de sus criados, y, sobre todo, hombre bueno y afecto al Salvador.

Dice así el texto sagrado:

«Llegó, pues, Jesús, otra vez a Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino. Y había allí un funcionario regio, cuyo hijo estaba enfermo en Cafarnaún. Este, habiendo oído que Jesús llegaba de Judea a Galilea, se fué a él y le rogaba que bajase a sanar a su hijo que estaba para morir. Díjole Jesús: Sino véis señales y prodigios, no creéis.

Dícele el funcionario: Señor, baja antes de que muera mi hijo.

Dícele Jesús: Anda, que tu hijo vive.

Creyó el hombre a la palabra de Jesús y se marchó. Y cuando él ya bajaba le encontraron sus criados, los cuales le notificaron que su hijo vivía; informóse, pues, de ello, sobre la hora en que había sentido la mejoría, y le dijeron: Ayer, a las siete, le dejó la fiebre.

Conoció, pues, el padre que aquélla fué la hora en que le dijo Jesús: Tu hijo vive; y creyó él y toda su familia.

Este segundo milagro hízolo Jesús nuevamente a su vuelta de Judea a Galilea.» (Jn. IV, 46-54.)

EL SIERVO DEL CENTURION

De nuevo en la ciudad del lago.

«Así que Jesús hubo acabado todas estas palabras a oídos del pueblo, descendió del monte y, seguido de grandes muchedumbres, entró en Cafarnaún.

Un centurión tenía un esclavo, a quien apreciaba mucho, enfermo y a punto de morir, y como hubiese oído hablar de Jesús, envió a él algunos ancianos de los judíos, rogándole que viniese y diese salud a su esclavo.

Ellos, venidos a Jesús, le instaban solícitamente, diciendo: Es digno de que le otorgues este favor, pues quiere bien a nuestro pueblo y él nos edificó la sinagoga. Díceles Jesús: Yo iré y le curaré. Y Jesús se fué con ellos, y cuando ya estaba no muy lejos de la casa, le envió el centurión unos amigos para decirle:

Señor, yo no soy digno de que entres en mi casa: por lo cual ni siquiera osé presentarme a ti: sino ordénalo con una sola palabra, y sanará mi criado. Pues también yo, con estar subordinado a la autoridad de otro, tengo soldados a mi mando, y digo a éste ve, y va; y al otro ven, y viene; y a mi esclavo, haz esto, y lo hace.

Oído esto, quedó Jesús maravillado; y vuelto a las muchedumbres que le seguían, dijo: En verdad os digo que ni siquiera en Israel he hallado fe tan grande. Yo os certifico, que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se recostarán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob,

en el reino de los cielos, mientras que los hijos del reino serán echados a las tinieblas exteriores: allí será el llanto y el rechinar de dientes.

Y dijo Jesús a los enviados del Centurión:

Id, y decidle: hágase contigo, conforme a como has creído.

Y quedó sano el criado en aquella hora. Y vueltos a la casa los enviados, hallaron sano al esclavo, que había estado enfermo», (Mt. VIII, 5-13; Lc. VII, 1-10).

RESURRECCION DE LA HIJA DE JAIRO

«Habiendo Jesús pasado de nuevo en la barca a la ribera opuesta, le recibió la gran muchedumbre, que se había reunido, pues todos le estaban aguardando. Y él estaba junto al mar. Y he aquí que llega uno de los arquisinagogos, llamado Jairo, jefe de la Sinagoga; el cual así que le vió se postró a sus pies y le adoró, y le suplicaba instantemente, se dirigiese a su casa, porque una hija suya única, de unos 12 años, se le estaba muriendo. Decía: Señor, mi hija se va acabando por momentos; pero ven, pon tus manos sobre ella, para que se salve y viva. Y levantándose Jesús se fué con él; siguiéronle también sus discípulos. Estaba Jesús hablando todavía, cuando viene uno de la casa del arquisinagogo, para decirle: Tu hija ha fallecido; ¿a qué molestar ya al Maestro? Jesús, que había oído lo que le comunicaban, respondió al arquisinagogo: No temas; ten fe solamente y se salvará. Y no permitió que nadie le siguiese, sino Pedro, Santiago y Juan, el hermano de Santiago. Y llegan a la casa del arquisinagogo, y no dejó que nadie entrase con él, sino los tres discípulos y el padre y la madre de la niña. Todos lloraban y plañían. Ve Jesús el tumulto, los flautistas y la gente que lloraba y daba grandes alaridos; y entrando les dice: ¿Por qué andáis alborotados y lloráis? No lloréis, que la niña no ha muerto, sino duerme. Y se burlaban de él, sabiendo que había muerto. El entonces les dijo: retiraos. Y habiéndolos echado a todos, toma consigo al padre y a la madre de la niña, y a los que iban con él, y entra donde yacía. Y tomando de la mano a la niña, le dice en alta voz: Talitha qumi; que traducido quiere decir: —Niña; te lo mando, levántate. Y retornó su espíritu y al instante se levantó la niña, pues tenía doce años. Y quedaron sus padres fuera de sí, atónitos de espanto. Y les mandó terminantemente que a nadie les dijesen lo que había pasado. Y mandó que diesen de comer a la niña. Sin embargo, la fama de este hecho se divulgó por todas aquellas partes», (Mt. IX, 18 s.; Mc. V, 21 s.; Lc. VIII, 40, s.).

LA HEMORROISA

Este milagro fué obrado por el Salvador cuando se dirigía, rodeado de una gran muchedumbre, a la casa de Jairo.

«Y mientras iba, le seguía mucho gentío y le oprimían. Y una mujer que padecía flujo de sangre, hacía ya 12 años, y que había padecido mucho de parte de muchos médicos, y había gastado con ellos toda su hacienda, y que lejos de ser curada por ninguno, más bien se hallaba peor; como hubiese oído lo que se contaba de Jesús, vino entre la turba, y llegándose por detrás tocó la franja de su manto. Pues decía para sí: si tocare solamente sus vestiduras, seré salva. Y al momento se le detuvo el flujo, y se le secó la fuente de la sangre, y sintió en el cuerpo, que estaba curada de su enfermedad. Y al punto Jesús, conociendo asimismo la virtud que había salido de El, volviéndose a la turba dijo: ¿Quién es el que ha tocado mis vestiduras? Y como todos lo negasen, Pedro y los que con él estaban le dijeron: Maestro, ves que las turbas te oprimen y te estrujan y dices: ¿quién me ha tocado? Dijo Jesús: alguien me ha tocado, pues yo he conocido que ha salido de mí virtud. Y miraba alrededor, para ver quién había sido. La mujer, sabiendo lo que había pasado, y viéndose descubierta, temiendo y temblando, vino y se postró a sus pies, y delante de toda la gente le declaró toda la verdad: Por qué motivo le había tocado, y cómo al instante había quedado sana. Mas El la dijo: Buen ánimo, hija; tu fe te ha salvado; vete en paz y queda sana de tu enfermedad. Y así fué que la mujer quedó sana desde aquel momento», (Mt. IX, 20-22; Mc. V, 24-39; Lc. VIII, 42-48).

JESUS CAMINA SOBRE LAS OLAS

«Cuando fué ya tarde, bajaron sus discípulos a orar, y habiéndose embarcado se dirigieron a la otra banda hacia Cafarnaún, y era ya noche oscura, y todavía Jesús no había vuelto a ellos, y el mar se encrespaba, con el gran viento que hacía. La barca estaba ya en alta mar, agitada por las olas, porque el viento les era contrario, hacia la cuarta vigilia de la noche; cuando habían ganado unos veinticinco o treinta estadios, viendo Jesús que se fatigaban remando, se fué a ellos, caminando sobre el mar; y hacía ademán de pasar de largo. Ellos, viéndole que caminaba sobre el mar, y que se aproximaba a la barca, se alborotaron diciendo: Es un fantasma. Y con el miedo se pusieron a gritar. Porque todos le vieron. Y al punto les habló Jesús: Tened ánimo: soy yo, no temáis. Respondióle Pedro, y dijo: Señor, si eres tú, mándame ir a ti sobre las aguas. Díjole: ven. Y bajando de la nave, caminaba Pedro

sobre las aguas, para ir a Jesús. Pero viendo el viento recio que soplaba, temió, y comenzando a sumergirse gritó diciendo: Señor, sálvame. Al instante Jesús, extendiendo su mano, asió de él y le dijo: Hombre de poca fe, ¿por qué has vacilado? Entonces, le recibieron dentro de la barca. Y así que hubieron subido en la barca amainó el viento. Y los que allí estaban le adoraron diciendo: Verdaderamente eres Hijo de Dios», (Mt. XIV, 24-33; Mc. VI, 47-52; Jn. VI, 16-21).

LA HIJA DE LA CANANEA

«Levantándose Jesús, salió de allí, y se retiró a la región de Tiro y de Sidón. Y he aquí que una mujer Cananea, gentil, sirofenicia de raza, cuya hija tenía un espíritu inmundo, apenas oyó hablar de El, salió de aquella comarca, y daba voces diciendo: Señor, Hijo de David, compadécete de mí: mi hija es muy atormentada por el demonio. El no le respondió palabra; y llegándose sus discípulos le rogaban, diciendo: Despáchala, que viene gritando detrás de nosotros. El, respondiendo, dijo: No he sido enviado sino a las ovejas descarriadas de la casa de Israel. Y entrando en una casa, no quiso que nadie lo supiese, mas no logró quedar oculto. Ella, entrando, se postró a sus pies y le adoró, y le suplicaba que lanzase de su hija el demonio, diciendo: Señor, ayúdame. Jesús le respondió: Deja primero que se sacien los hijos; que no es justo tomar el pan de los hijos y tirarlo a los perros. Ella respondió: Así es, Señor, pero también los perrillos comen de las migajas que caen o que les tiran los niños. Entonces Jesús, respondiendo, le dijo: Oh, mujer, grande es tu fe, por eso que has dicho hágase contigo como tú deseas; anda, el demonio ha salido de tu hija. Y quedó sana su hija desde aquel momento. La mujer, habiendo marchado a su casa, halló a la niña reposando sobre el lecho y que el demonio había salido de ella.» (Mt. XV, 21-28; Mc. VII, 24-30).

EL SORDOMUDO

«De nuevo, saliendo de los confines de Tiro, se encaminó por Sidón, hacia el mar de Galilea, pasando por medio de los confines de la Decápolis. Y le presentan un sordomudo, rogándole que ponga sobre él su mano. Y tomándole aparte lejos de la turba, introdujo sus dedos en las orejas del sordo, y con su saliva tocó su lengua, y alzando sus ojos al cielo, suspiró y le dijo: Effeta — esto es, ábrete —. Y al punto se abrieron sus oídos y se soltó la atadura de su lengua y habló expeditamente. Y les ordenó que a nadie lo dijeran; pero cuanto más se lo ordenaba,

tanto más y más ellos lo divulgaban, y tanto más se asombraban, diciendo: Todo lo ha hecho bien; a los sordos, ha hecho oír, y a los mudos hablar.» (Mc. VII, 31-37).

EL JOVEN ENDEMONIADO LUNATICO

«Al día siguiente, viniendo los discípulos, vió una gran muchedumbre en torno de ellos, y a unos escribas que discutían con los mismos. Al punto toda la muchedumbre viendo a Jesús quedó atónita y espantada, y corriendo hacia El, le saludó. El les preguntó: ¿Qué discusión tenéis entre vosotros? Y respondiendo un hombre de la turba: Maestro, he traído a ti un hijo mío que tiene un espíritu mudo; el cual, siempre que se apodera de él, le echa por tierra; y al punto se pone el niño a dar gritos y a echar espumarajos y a dar diente con diente y queda rígido; y el demonio apenas si le deja, después de haberlo destrozado. Se lo presenté a tus discípulos y les supliqué que lanzasen el espíritu, mas no han podido. Y cayendo de rodillas y dando voces, dijo: Señor, compadécete de mí, que está lunático y padece lo indecible. Te lo suplico, Maestro; pon tus ojos sobre él, que es el único que tengo. El respondióle diciendo: ¡Oh raza incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo os he de sufrir? Traédmelo acá. Y se lo trajeron. Y así que le vió, luego le sacudió con fuertes convulsiones el espíritu; y echado por el suelo se revolcaba arrojando espumarajos. Preguntó Jesús a su padre: ¿Cuánto tiempo hace que le pasa esto? El dijo, desde la infancia. Y con frecuencia le arroja ya al fuego, ya al agua, para hacerle perecer. Pero si puedes algo, socórrele, compadeciéndote de nosotros. Jesús le dijo: Si puedes creer, todo es posible al que cree. En seguida el padre del niño, gritando, le decía con lágrimas: Creo, Señor, ayuda mi incredulidad. Viendo Jesús que crecía el concurso, ordenó terminantemente al espíritu impuro diciéndole: Espíritu inmundo y sordo, yo te lo mando: sal de él y no vuelvas a entrar más. Y dando gritos y causándole horribles contusiones salió de él y quedó como muerto, de manera que muchos decían: Ha muerto. Mas Jesús, tomándolo de la mano, lo levantó y se puso en pie, y se lo devolvió a su padre, y quedó sano el niño desde aquel momento.» (Mt. XVII, 14-17; Mc. IX, 13-26; Lc. IX, 37-43).

LA MUJER ENCORVADA

«Estaba enseñando en una sinagoga de ellos un día de sábado. He aquí que una mujer que tenía un espíritu de enfermedad hacía ya dieciocho años, estaba encorvada y no podía absolutamente levantar la

cabeza. Y viéndola Jesús, la llamó a sí, y la dijo: Mujer, estás libre de tu enfermedad, y puso las manos sobre ella. Y al instante se enderezó y glorificaba a Dios. El arquisinagogo, enojado de que Jesús hubiera curado, tomando la palabra dijo a la turba: Seis días hay en que hay que trabajar: en éstos, pues, venid y haceos curar, pero no en día de sábado. Respondióle el Señor y dijo: Hipócritas, cualquiera de vosotros ¿no desata a su buey, o a su asno, del pesebre en sábado, y lo lleva a abrevar? Y a ésta, que es hija de Abraham, a quien ató Satanás hace dieciocho años, ¿no era razón desatarla de esta cadena en sábado? Y diciendo El estas cosas se avergonzaron todos sus adversarios, y todo el pueblo se gozaba en todas las obras que tan gloriosamente realizaba.» (Lc. XIII, 10-17).

EL NUMERO DE LOS MILAGROS EVANGELICOS

¿Cuántos fueron los milagros de Jesús?

Es cierto que los relatados expresamente por los evangelistas son pocos relativamente: de 31 a 38, según se tomen o no como tales siete de ellos.

Pero nos consta que fueron muchísimos más.

Los evangelistas no escribieron todos los mismos, sino unos, unos, y otros, otros y, en general, pocas veces los mismos. No hay más que un milagro que relaten unánimemente todos ellos, a saber, el de la primera multiplicación de los panes; y aun los mismos sinópticos, a pesar de su conocida homogeneidad, no contienen más que once narraciones comunes. Los demás se hallan relatados exclusivamente por uno o, a lo más, por dos de ellos.

Esto demuestra claramente que los autores sagrados, lejos de haber pretendido agotar la materia, como se dice, sacaron del acervo común los que a cada uno más convenían según su gusto peculiar o fin pretendido.

Así lo confirman también numerosas frases repetidas frecuentemente en los mismos Evangelios: «Jesús, escribe San Mateo (IV, 23), recorría la Palestina predicando el Evangelio del reino y sanando todos los achaques y todas las enfermedades del pueblo, y su fama se extendió por toda Siria y le presentaban todos los enfermos; los acometidos de varios males y dolores, y los endemoniados y lunáticos, y los paralíticos, y los curó».

San Juan (II, 22), nos muestra a Cristo haciendo continuos prodigios en Jerusalén ya al principio de su ministerio; y San Marcos nos refiere, asimismo, que durante la breve estancia del Maestro en Genesaret, las gentes de aquel país le traían toda clase de enfermos en sus camillas... y dondequiera que entraba, en las calles, o en las granjas, o en las ciudades, ponían los enfermos en las calles y le rogaban les permitiera tocar la orla de su vestido, y cuantos le tocaban quedaban sanos.

Lo mismo nos asegura San Mateo (XV, 29); que estando junto al mar de Galilea se llegaron a El muchas gentes que traían consigo cojos, ciegos, mudos, mancos y otros muchos enfermos, y los echaban a sus pies y El los sanó. De manera que se maravillaban las gentes oyendo hablar a los mudos y viendo sanos a los mancos; andar a los cojos y ver a los ciegos, que loaban al Dios de Israel...

No cabe duda, por tanto.

Cristo realizó muchos más prodigios de los que constan en el Evangelio expresamente. Más que por decenas habríamos de enumerarlos por centenares y aun quizás por miles.

Con ellos mostró su poder de Dios, dueño absoluto de las fuerzas todas de la naturaleza y, sobre todo, explayó las en-

trañas de su tierna misericordia con los infortunados de la vida.

PRODIGIOS AUTENTICOS Y DIVINOS

Apuntemos, para concluir, la mencionada nota.

Los milagros evangélicos son divinos: esto es, en sí y por el modo de su realización, propios y exclusivos de Dios: queremos decir: llevan las características, la impronta divina, permítasenos la frase; son obras privativas del que es dueño omnipotente de la naturaleza y hace de ella y de sus energías lo que le place.

Lo hemos podido observar en su lectura.

El autor de los prodigios mencionados no obra, al realizarlos, como un hombre, ni como un santo siquiera, como un mero legado de Dios. Obra con la autoridad suprema, con la omnipotencia absoluta y la independencia que compete al Altísimo: con todo el poder y soberano dominio sobre los hombres y las cosas exclusivos de Dios.

Cristo no ruega, no pide a Dios la concesión de un milagro, sino que impera, manda como dueño...

El contraste entre El y los santos taumaturgos es esencial.

El profeta Eliseo resucita al hijo de la Sulamitis, pero es demasiado manifiesto, por todo el relato escriturístico, que lo ha obtenido de Dios por medio de la oración.

Elías hace que descienda fuego del cielo, que consume en presencia de las tribus de Israel a los 450 sacerdotes de Baal, sobre el monte Carmelo; pero el prodigio es también manifiestamente realizado por Dios, aunque alcanzado por su ardiente súplica.

San Pedro sana, a su entrada en el templo de la metró-

poli de Israel, al cojo que pedía limosna; pero lo hace en nombre y en virtud de «Jesús Nazareno». Todo el pueblo, fuera de sí de asombro, viene corriendo hacia él por causa del milagro efectuado, pero el Apóstol habla a las gentes: «¡Oh, israelitas, ¿por qué os maravilláis de esto y por qué nos estáis mirando a nosotros como si por virtud o potestad nuestra hubiéramos hecho andar a este hombre?».

Lo mismo acontece a Pablo y a Bernabé en Listra de Licaonia.

«Levántate y mantente derecho sobre tus pies», dice el primero a un tullido, y, al instante, se pone éste de pie y echa a andar. La muchedumbre, estupefacta, les tiene por dioses descendidos a la tierra, y les quiere ofrecer un sacrificio, pero, advertidos de ello, rasgan sus vestidos y rompen por medio exclamando: «Hombres, ¿qué es lo que hacéis?; también nosotros somos mortales, y venimos a predicaros que, dejando vuestras falsas deidades, os convirtáis al Dios vivo que ha creado el cielo y la tierra y todo cuanto en ellos se contiene.» (Hechos, XIV).

Nada de esto se advierte en absoluto en el Salvador.

El obra los milagros, innumerables y portentosos, en virtud propia y como dueño absoluto del poder taumatúrgico.

Al mar embravecido le manda, categóricamente: «Calla, enmudece», y el mar se sosiega instantáneamente. Al hombre que tenía paralizada la mano le dice: «Extiende la mano», y la extiende en el acto. Al paralítico de la probática piscina: «Toma tu camilla y anda». Al hijo de la viuda de Naím: «Joven, yo te lo mando, levántate», y el joven oye la voz del taumaturgo y resucita instantáneamente. A Lázaro le grita, del borde del sepulcro: «Lázaro, sal afuera», y sale el que llevaba ya cuatro días enterrado y había entrado en plena descomposición... El leproso le suplica: «¡Se-

ñor!, si tú quieres puedes limpiarme», y Cristo le contesta: «Quiero».

Con el mismo poder absoluto manda a Satanás: «Sal, inmundo espíritu y no entres más en él», y el demonio cae por los suelos como herido por un rayo.

Finalmente, a la hemorroísa: «¿Quién me ha tocado?» «¡Señor!, contestan los apóstoles, ¿está oprimiéndote el gentío y preguntas quién te ha tocado? No, dice Jesús: yo sé que alguien me ha tocado, pues ha salido virtud de mí»...

Virtud, poder propio, salido de Jesús; de los tesoros de su omnipotencia; esos son los que realizaron sus bellísimos y estupendos prodigios.

Por eso mismo, porque obraba en virtud y con virtud propia, como dueño absoluto, estaba seguro en cada instante de la realización plena y omnímoda de su voluntad.

No vacilaba ni dudaba un momento.

Lo sabía todo de antemano y lo anunciaba antes de que sucediera con certeza y seguridad...

«Lázaro ha muerto, y me alegro de no haber estado allí para que vosotros creáis», dice a sus Apóstoles, estando distantes de Betania un día de camino e indicando el gran milagro que iba a realizar... y a Marta: «Va a resucitar tu hermano»; y, en consecuencia con ello, consciente, seguro de su poder, manda que quiten la losa del sepulcro y se encara con los despojos putrefactos de la muerte. El que es en frase de San Pablo, «la virtud y la omnipotencia de Dios», y según su afirmación propia: «la resurrección y la vida», y le hace salir de la tumba, recobrada de nuevo y repentinamente la existencia.

VII

CRISTO TAUMATURGO (II)

(*La tempestad sosegada*)

SUMARIO: El lago de Tiberíades. - Ráfagas de tormenta. - «Sálvanos, que perecemos». - «Calla, enmudece». - Cristo, dueño absoluto de los elementos. - Efectos del milagro. - Explicaciones racionalistas

Acabamos de hacer en el capítulo precedente un somero recorrido por los milagros evangélicos.

De propósito omitimos tres que son precisamente los más señalados y característicos, para poder destacarlos debidamente, dedicando a cada uno de ellos su propio estudio.

Esto realizaremos ahora.

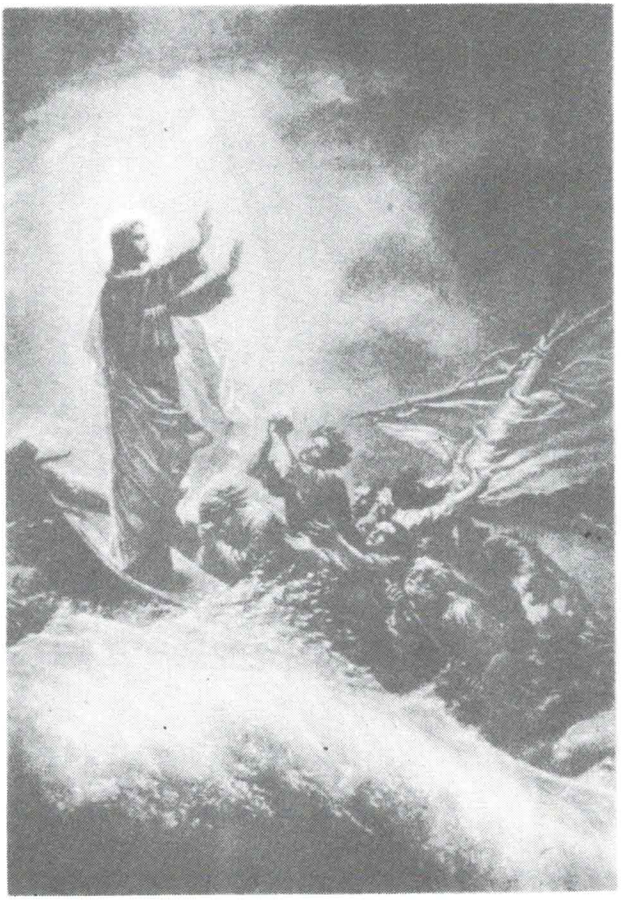
Los tres milagros de referencia son: *La tempestad sosegada*, *La curación del ciego de nacimiento*, *La resurrección de Lázaro*.

Comencemos por el primero.

En él se nos muestra Jesús dueño absoluto de las fuerzas y elementos de la Naturaleza, imperando a los vientos y encrespadas olas y siendo por ellos obedecido.

Copiemos el texto y comentémoslo con alguna detención, haciendo revivir a nuestros ojos la grandiosa escena.

«En aquel mismo día, siendo ya tarde, les dijo: Pasemos a la ribera de enfrente. Y despidiendo al pueblo, estando Jesús en la barca, se hicieron con él a la vela, y les iban acompañando otras lanchas; levantóse entonces una gran tormenta de vientos que arrojaba las olas en la barca, de manera que ya ésta se llenaba de agua. Entretanto, El estaba



7 (Hofmann)

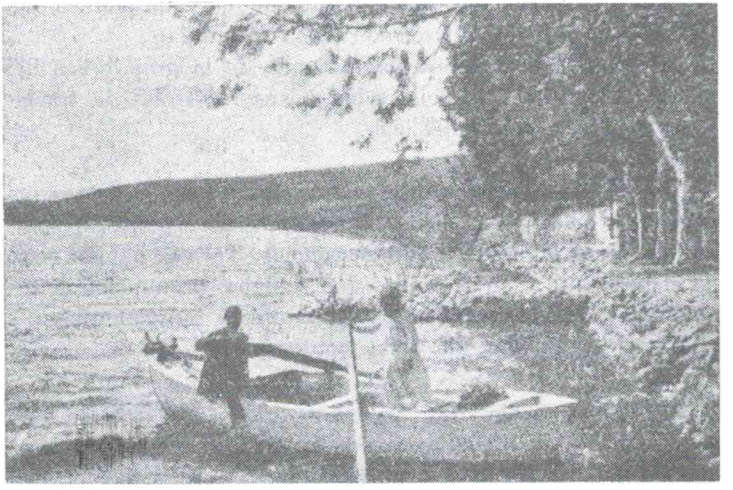
«¿Quién es éste que manda aun al viento y al agua y obedecen?» (Lc. VIII, 25).

durmiendo en la popa, sobre un cabezal. Despiértanle, pues, y le dicen: Maestro, ¿no se te da nada de que perezcamos? Sálvanos, que perecemos. Y El, levantándose, amenazó al viento y dijo al mar: Calla, enmudece. Y al instante calmó el viento y sobrevino una gran bonanza. Entonces les dijo: ¿De qué teméis?, ¿no tenéis fe todavía? Y quedaron sobrecogidos de grande espanto, diciéndose unos a otros: ¿Quién es éste a quien aun el viento y la mar prestan obediencia?» (Mc. IV; Lc. VIII; Mt. VIII).

EL LAGO DE TIBERIADES

La Tierra Santa se encuentra llena de lugares sagrados y de los más íntimos recuerdos para el cristiano: Belén, Nazaret, Naim, Magdala, Cafarnaún, el Calvario..., ¿quién no se estremece de emoción al oírlos pronunciar?

Uno de estos lugares es el lago de Genesaret, o mar de Tiberíades.



EL PUERTO DE CAFARNAUN. — Lugar sagrado en el lago de Tiberíades, en donde embarcó y desembarcó varias veces el Divino Redentor *(Foto Fernández)*

Es ciertamente un mar insignificante; de norte a sur no tiene más que de 30 a 40 kilómetros. Ni sus aguas, ni sus contornos, tienen cosa especial; pero es el lago de Jesús... Sus aguas azules y transparentes en que se retrata el cielo, fueron también el espejo en que se reflejó su imagen sacrosanta; las barcas de los Apóstoles lo cruzaron muchas veces, llevando en sí la preciosa carga del gran profeta y taumaturgo. A sus orillas se levantaban las ciudades más favorecidas por su presencia y sus milagros.

Casi todos los Apóstoles eran pescadores de este lago de privilegio, y en sus recodos silenciosos, unas veces sentado junto a las olas, otras sobre una lancha, había el Divino Maestro dirigido la palabra a las turbas que le asediaban para escuchar el eco de su voz.

Ráfagas de tormenta.

Era una tarde del segundo año de la vida pública del Salvador y después del sermón de la Montaña.

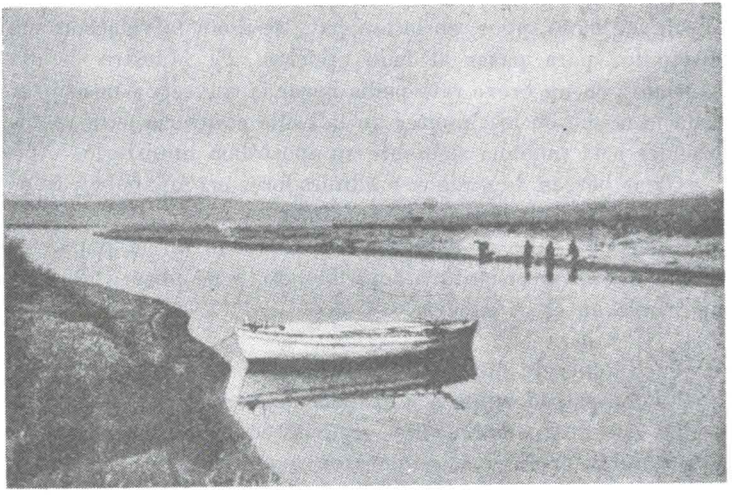
El Maestro se encontraba fatigado de la gran brega del día, y al anochecer dió la orden a sus Apóstoles de trasladarse a la otra banda del lago.

¡Atravesar el lago!

Parece que los Apóstoles, viejos marineros, perfectos conocedores de las condiciones del mismo, no esperaban la orden de Jesús en aquellas circunstancias. Tal vez habían visto en el horizonte o en el viento que soplaba, prenuncios de algunas de aquellas trombas tan frecuentes y tan violentas que ellos mismos habían, sin duda, contemplado.

El lago de Tiberíades, en efecto, está a 208 metros bajo el nivel del vecino Mediterráneo; su lecho constituye la hondonada más profunda de todo el valle del Jordán, por el norte, así como el mar Muerto, por el sur. La diferencia de temperatura entre la meseta colindante y la depresión del lago

es muy notable y de tremendas consecuencias, especialmente por la noche en que se acentúa más este fenómeno. Son las grandes y proverbiales tormentas que se desencadenan espantables y que contrastan notablemente con la pequeñez de las dimensiones del modesto mar.



DESEMPOCADURA DEL JORDAN EN EL LAGO TIBERÍADES

Los pescadores lo saben muy bien y se previenen contra ellas, hasta el punto de que pasan generaciones enteras sin tener que lamentar naufragios. El sordo rugido del mar, al romper sus olas en la costa asiria, se propaga hasta el lago por vibraciones terrestres: los pescadores las oyen y exclaman: «Dentro de poco, tendremos aquí la tormenta», y ya no salen (Willam).

Los Apóstoles obedecieron al Maestro.

¿Qué fué lo que movió a Jesús a embarcarse en aquellas críticas circunstancias? El sabía perfectamente los amagos

de la tormenta; sabía, además, que ésta se desataría borrascosa e imponente; pero ese fué precisamente el motivo que le lanzó a la empresa. Quería dar a sus Apóstoles un motivo más para que creyeran en él; quería mostrarles lo sobrenatural y divino de su persona con un decisivo y espectacular milagro.

Se embarcó, pues, en la lancha y se dió a la vela con sus discípulos para pasar al lado opuesto. El Maestro estaba cansado: en un breve rato podía hacer la travesía y descansar toda la noche en los montes de la orilla contraria para reemprender a la mañana siguiente su apostólico ministerio.

Otras barcas de amigos y admiradores acompañaban también a la del Salvador y sus Apóstoles.

Luego de salir se acostó sobre cubierta, en la popa, en donde habría un asiento o cojín blando, y se puso a dormir, apoyando en él su cabeza.

Poco había de durar, sin embargo, su descanso.

La tempestad empezó a desencadenarse.

De las escarpadas alturas vecinas, cortadas por barrancas y gargantas profundas, empezaron a precipitarse torbellinos huracanados de viento. Las olas se levantaban entumecidas furiosamente y el viento rugía en las velas y el cuerpo de la nave...

Los Apóstoles, acostumbrados a la brega del mar y poco asustadizos, remaban esforzadamente y hacían alarde de sus conocimientos marinos, sorteando los peligros, pero éstos se hacían más inminentes cada vez.

El agua, enfurecida, saltaba por encima de la barca y la cubría.

Estaba ya casi llena y amenazaba hundimiento...

Los rayos que cruzaban siniestros el horizonte y los truenos que retumbaban, ponían una nota más de siniestro colorido en la escena de espanto.

«¡Señor, sálvanos que perecemos!»

El peligro era inminente.

Gente avezada a la ruda tarea, no se habían asustado los tripulantes al principio, pero llegó un momento en que lo vieron todo perdido.

El pánico se apoderó de ellos.

Ya hacía rato que venían realizando esfuerzos inauditos, pero, al fin, el peligro, cada vez más amenazante, vencía sus esperanzas... Desconfiaban de poderse salvar por sus propias fuerzas. Sólo les quedaba un refugio: el poder sobrenatural y divino que tantas veces habían experimentado en el Maestro...

Acudieron a él angustiados, pidiendo socorro: «¡Señor, sálvanos, que perecemos!».

Jesús, despierta entonces de su sueño misterioso...

Al abrir los ojos puede contemplar el espectáculo sublime e imponente, al par que trágico, que ofrece el lago... Montañas de olas coronadas de revuelta e hirviente espuma, se precipitan bramadoras sobre la barca. Esta se ve toda inundada, casi sumergida... Había para sobrecogerse de terror...

«Calla, enmudece»...

Pero... había llegado el gran momento.

La serenidad y la calma del Hijo de Dios es absoluta.

No se inmuta ni vacila un instante.

Mira tranquilo las furias de la tormenta, escucha el fragor de las aguas y se contenta con decir a sus Apóstoles: «Hombres de poca fe, ¿por qué teméis?».

Luego, avanza hacia la proa majestuoso y seguro.

Las ráfagas hinchen su túnica y agitan impetuosas los pliegues de su manto... Parece que quisieran arrebatarle, como una furia de Satán, al abismo... Pero se trata del que sabe encadenarlas...

El excelso taumaturgo se encara con la tormenta, con las olas, con el cielo encapotado y negro, con el huracán, y dice solemnemente: «CALLA, ENMUDECE...».

Había terminado todo.

Una fuerza cósmica divina había como incubado sobre el lago y desarticulado por completo sus furores...

Dos palabras tan sólo, pero dos palabras que llevaban consigo la omnipotencia de Dios.

Los vientos oyeron la voz de Jesús, y se pararon repentinamente; las olas se sosegaron en el acto y sobrevino una gran calma...

CONSECUENCIAS DEL MILAGRO

Cuenta el Evangelio que los Apóstoles, aterrados por tan misteriosa y súbita mudanza, exclamaron fuera de sí de asombro: «¿Quién es éste que manda a los vientos, y los vientos y el mar le obedecen...?».

No había para menos, ciertamente.

Se encontraban frente a la Divinidad.

¡Qué pequeño es el hombre ante las fuerzas cósmicas desbordadas!

Cuando sobre su cabeza ruge el huracán que aterra con sus bramidos, retumba el trueno y la furia de los mares se desboca, el mísero mortal queda anonadado ante ellas.

Que salga entonces el sabio, el potentado, el conquistador... «ante quien muda se postró la tierra», a conminarlas...

Bravuconadas ridículas..., osadías infantiles...

Así lo han reconocido todos los tiempos.

La Humanidad siempre se ha sentido sobrecogida en presencia de las fuerzas infinitamente superiores y avasallado-

ras de la Naturaleza, como se sentiría un átomo en medio de las ingentes moles de los mundos...

Un hombre, pues, que se encara con ellas y les manda imperiosamente y las doblega y hace que le rindan vasallaje, deponiendo su dinamismo aterrador..., bien podemos asegurarlo: ese hombre no es hombre meramente; no obra, al menos, como tal; es la virtud y omnipotencia de Dios o ejerce su poder por su mandato.

El hecho no pudo ser presenciado sin asombro por los Apóstoles y aun sin que se llenasen del pavor sagrado y religioso que se ha apoderado siempre del hombre en las teofanías...

San Pedro, en una ocasión menos solemne, en la pesca milagrosa, se postró a los pies del Salvador, aturdido y temblando... «Apártate de mí, Señor, que soy un pecador»... Ahora había más motivo aun que entonces. Sosegar con dos palabras una tempestad furiosa, era para ellos, atezados marinos, un prodigio más sorprendente, más apodíctico, que la curación de los leprosos, de los ciegos y paralíticos; incluso que la resurrección de los muertos.

El portento se les imponía por su fuerza propia y gigantescas proporciones a ellos, que conocían el mar y la furia y estragos de sus tormentas.

EXPLICACIONES RACIONALISTAS

¿Qué responde la neocrítica?

Hace algún tiempo que los heterodoxos se burlaban del milagro de la tempestad apaciguada, remitiendo toda su narración al dominio del mito y de la leyenda.

Era para ellos uno de tantos «cuentos marinos» o «anécdotas de pescadores» que abundan en todas las playas.

Hoy han cambiado ya bastante sus ideas sobre la apreciación del hecho. Siguen aún teniendo por legendarias las circunstancias del milagro que presenta carácter sobrenatural, pero los mismos teólogos liberales, racionalistas, en no escaso número, reconocen que la narración puede tener fundamento histórico.

Hubo, en verdad, dicen, alguna escena en que Jesús levantó el ánimo abatido de sus discípulos, causándoles la impresión de que era obedecido de los elementos desencadenados de la misma manera que de los espíritus...

Una parte de la escuela racionalista reconoce también que las palabras «calla, enmudece», dirigidas a los seres sin razón, no es extraña en un hombre como Cristo que cree que, con una fe firme, se pueden trasladar al mar los montes...

Pero no faltan contrariedades: el autor siente una dificultad que le desazona: «Lo que maravilla es, dice, que el lago se tornara realmente más tranquilo, ya que en este punto ninguna razón hay para desconfiar de los narradores, especialmente de San Marcos, cuyo relato es tan dramático...».

Pero está a punto la reacción; ¿para qué asustarse?

«Pueden darse coincidencias de esta clase», sugiere el mismo.

No fué la orden lanzada por Jesús la que puso fin a la tormenta, sino muy bien pudo ser que el curso regular de las mismas cosas devolviera la tranquilidad a las aguas, después de la orden conminada por él...

¿Lo extrañas, caro lector?

Así proceden esos hombres.

Con un «puede, un quizá», tienen suficiente para echar por tierra toda una serie de documentos tan fidedignos y aprobados como las narraciones evangélicas...

Mas no han sido afortunados tampoco esta vez. Es sabido de todos, que en las grandes tormentas siguen alborotadas y tumultuosas las aguas, aun horas después del cese del huracán.

Aquí no se cumplió esta ley física.

La calma, la quietud más absoluta de las olas fué súbita, instantánea.

¿Cómo explicar este fenómeno?

Demos tiempo a los racionalistas para que inventen otra evasiva, puesto que ésta no les sirve.

Nosotros decimos que esto es lo propio de los milagros de Jesús.

En la curación de la suegra de San Pedro, pudo apreciarse, visiblemente, que la fiebre anterior no le había dejado ni la debilidad correspondiente, pues la enferma se puso a servir de inmediato al Salvador. En la del ciego de nacimiento, vió éste ya con toda perfección desde el principio, sin la necesidad del hábito y costumbre, precisos para adiestrar la vista. Los leprosos quedaron aun sin las huellas de la lepra y con todos sus miembros en perfecto estado.

No es de extrañar que en el mar se siguieran los mismos efectos ante el imperio de su voz.

Horror a lo sobrenatural, ¡a cuánto obligas!

A nosotros no nos arredra ese fantasma.

Sabemos que lo sobrenatural puede darse, y que se ha dado de hecho innumerables veces en la Historia.

Si un hecho dado ostenta características de tal y tenemos garantías suficientes de que es cierto, histórico, auténtico, con todas cuantas exigencias pueda reclamar la crítica más razonable, no tenemos dificultad en admitirlo.

Proceder de otra manera, no es escribir Historia, sino mofarse de ella.

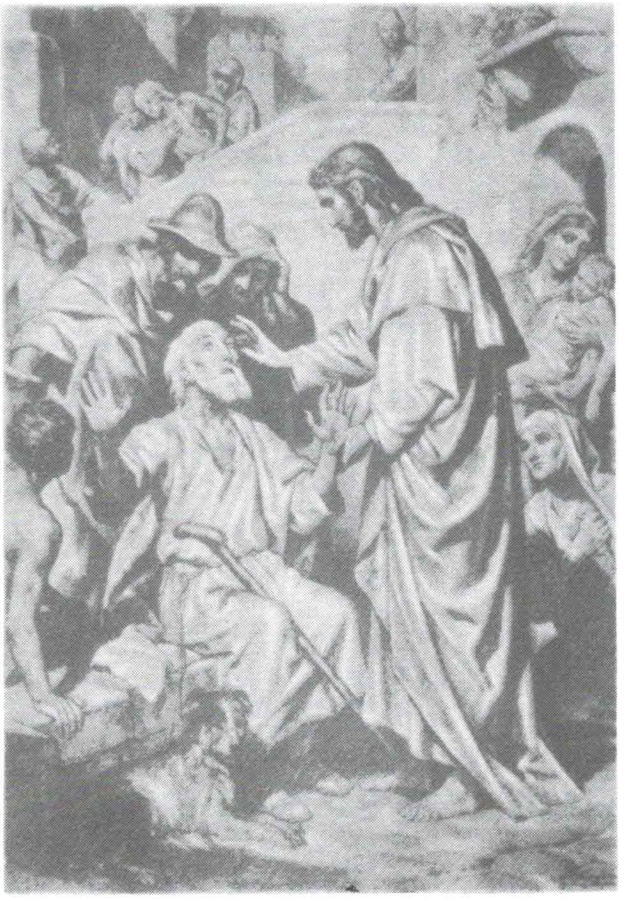
No es ser crítico, sino vivir de prejuicios.

Es interpretar documentos serios y veraces, según ideas y fobias preconcebidas.

Es, en una palabra, ser incrédulo nada más.

La naturalidad de la relación evangélica que nos ocupa, su dramatismo, su sinceridad y sencillez a toda prueba, lo mismo que la fe honrada y evidente competencia de los sagrados escritores, es decir, todos los criterios externos e internos están por la verdad evangélica, no por el mito de una leyenda y menos por la impostura.

A la verdad, pues, nos atenemos francamente, y creemos que con pleno derecho, a fuer de historiadores y de críticos.



8 (Hofmann)

«Yo soy la luz del mundo» (J. IX, 5).

VIII

CRISTO TAUMATURGO (III)

(*El ciego de nacimiento*)

SUMARIO: Antecedentes y realización del prodigio. - «Fuí, me lavé y veo». - El drama de la incredulidad farisaica. - Lógica contundente. Verdad y trascendencia del milagro. - Sus pruebas judiciales

Es el año tercero de la vida pública del Salvador.

La escena empieza a desarrollarse en una de las puertas del templo de Jerusalén. Había allí, como en los nuestros, enfermos y pobres pidiendo limosna, y entre ellos uno que llamaba especialmente la atención: un joven, ciego de nacimiento.

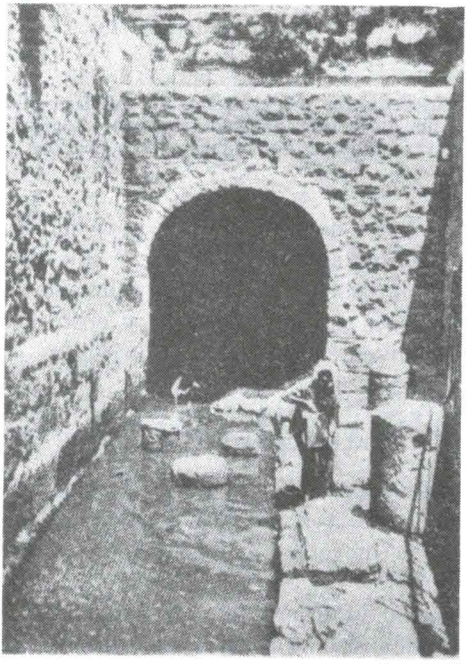
REALIZACION DEL PRODIGIO

Un día pasaba por allí el Divino Maestro con sus discípulos, y atraído, tal vez, por las voces que daba el mismo infortunado para mover a conmiseración a los transeúntes, fijó sus ojos en él.

Lo advirtieron los Apóstoles y de ello tomaron pie para preguntarle: «Maestro, ¿quién es el que ha pecado, éste o sus padres, para que naciera ciego?» La pregunta respondía, a todas luces, a la creencia popular de que los males y calamidades temporales son castigos de Dios por los pecados de los hombres; pero, aunque popular y divulgada, era falsa evidentemente.

No siempre las desgracias y males humanos son efectos del pecado: algunas veces lo son, sí, y las sagradas letras

nos lo ponen de relieve en los castigos de Adán y Eva en el Paraíso, del Diluvio, de Sodoma y de Gomorra, del pueblo de Israel en el desierto, de David, de Baltasar, de Antíoco y muchos otros. Pero no pocas otras permite Dios el dolor, las aflicciones y desgracias por otros fines distintos: las per-



PISCINA DE SILOÉ, donde se lavó el ciego de nacimiento por indicación de Jesús

mitió en Job para que sirviera de ejemplo de resignación al mundo; en Tobías, para darle ocasión de merecer; en José, para que resplandeciera más su virtud heroica...

En el caso particular que nos ocupa del ciego, había, ade-

más, otra razón inequívoca: la gloria de Dios y del mismo Salvador, que en el milagro de su curación había de manifestarse espléndidamente.

Por eso respondió el Divino Maestro: «No es culpa de él ni de sus padres el haber nacido ciego, sino para que se muestren en él las obras de Dios.» Y añadió, recalcando más el hecho: «Conviene que yo haga las obras de Aquel que me ha enviado, mientras dure el día», esto es, el tiempo de la vida: vendrá la noche de la muerte y nadie podrá trabajar. «Mientras estoy en el mundo soy luz del mundo...»

Así que hubo dicho estas palabras, escupió en tierra y formó lodo con la saliva, y, acercándose al ciego, se la aplicó sobre los ojos; luego añadió: «Anda y lávate en la piscina de Siloé...»

El ciego obedeció, y se realizó el milagro sin demora.

Instantáneamente recobró la vista...

Había como resucitado a una nueva vida mejor. La luz, la hermosa y vivificante luz, le inundaba de alegría y le mostraba el cielo azul, con todos los encantos del color y relieve de las cosas.

Lleno de gozo y saltando en su entusiasmo, al mismo tiempo que proclamando las grandezas del Señor, marchóse a su casa...

«Fuí, me lavé, veo».

Como era natural, todos los vecinos y conocidos acudieron a él, maravillados.

«¿Cómo se te han abierto los ojos?», le preguntan. El responde: «Aquel hombre que se llama Jesús hizo un poco de lodo y lo aplicó a mis ojos, y me dijo: Vé a la piscina de Siloé y lávate. Fuí, me lavé, y veo.»

Llevados, tal vez, de buena intención, le condujeron entonces a los fariseos, quizá para que ellos pudieran acreditar el prodigio. Pero éstos procedieron como quienes eran...

El drama de la incredulidad farisaica.

Comienzan las intrigas bochornosas y las indignas difidencias.

Los fariseos le preguntan cómo había recobrado la vista. «Me puso lodo sobre los ojos y me lavé, y veo», contesta el ciego.

Había para meditar, ciertamente; para respetar, al menos, el franco y espontáneo testimonio de un hecho consumado y evidente, pero no había voluntad de ver; se les imponía la soberbia.

Era sábado precisamente el día en que Jesús hiciera el milagro, y de aquí tomó pie la protervia farisaica:

«No es enviado de Dios, exclama, este hombre que no guarda el sábado».

En otros, en cambio, se impone el buen sentido: «¿Cómo un hombre pecador puede hacer tales portentos?»

Y había escisión en ellos.

De nuevo vuelven, apasionados, a la carga, buscando algo que les tranquilice.

«Y tú, ¿qué dices del que te ha abierto los ojos?».

«¿Yo?, repuso el que había sido ciego, que es un profeta».

No esperaban los fariseos una respuesta semejante.

Cada vez se sienten más molestos, pero no desisten. Acuden a los padres del ciego y les preguntan: «¿Es éste vuestro hijo de quien decís vosotros que nació ciego? Pues, ¿cómo ve ahora?»

Los padres conocían la acritud y malas artes de los fariseos, y les temían, máxime habiendo ya hecho ellos pública su decisión de arrojar de la sinagoga, como si dijéramos excomulgar, a cualquiera que reconociese a Jesús por Cristo o Mesías.

Se excusaron, pues, y se inhibieron en el asunto.

«Sabemos que éste es nuestro hijo y que nació ciego, pero cómo ve ahora no lo sabemos, ni tampoco sabemos quién es el que le ha abierto los ojos. Preguntádselo a él, pues ya tiene su edad; que responda por sí.»

Va a llegar a su punto culminante la escena.

Lógica contundente.

Otra vez al ciego.

Le vuelven a llamar y le dicen, con energía y decisión:

«Da gloria a Dios. Nosotros sabemos que ese hombre es un pecador.»

Se veía demasiado evidente el apasionamiento y mala fe de aquellos parciales jueces.

Al ciego le indigna tan repugnante protervia: ya no le merecen consideración ni respeto: son meros esclavos de su envidia y malevolencia.

«Si es pecador o no, no lo sé, dijo con firmeza. Yo sólo sé que antes estaba ciego y ahora veo.»

Terrible réplica que les dejó confundidos.

Pero, ¿qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos?, insistieron.

No era posible ser por más tiempo el juguete de tan feas pasiones:

«¿Para qué queréis oírlo de nuevo?, repuso, ya iracundo

y molestado. Os lo he dicho, y lo habéis oído. ¿Será que también vosotros queréis haceros discípulos suyos?»

La ironía, o más bien el sarcasmo, era sangrante, pero justo y acertado.

El ciego había mostrado una vez más la agudeza de su ingenio, al par que su valentía e intrepidez.

Eran de esperar los efectos.

No les quedaban más que las armas de la sinrazón, y acudieron a ellas: La injuria personal y los denuestos.

«Tú seas discípulo suyo, que nosotros somos discípulos de Moisés: nosotros sabemos que a Moisés le habló Dios, mas éste no sabemos de dónde es».

Flaca respuesta de obstinación, que supo rebatir diestramente el ciego.

«En esto está la maravilla, dijo, como retorciéndoles el argumento; que vosotros no sepáis de dónde viene este hombre y, con todo, me haya abierto los ojos». Lo que sabemos es que Dios no oye a los pecadores, sino que aquel que le honra y hace su voluntad a ése es a quien Dios oye. Desde que el mundo es mundo, no se ha oído jamás que alguien haya abierto los ojos de un ciego de nacimiento. Si este hombre no fuera enviado de Dios, no podría realizar los portentos que realiza».

La lógica no podía ser más sabia y contundente.

Hablaba por sus labios la razón y el sentido común.

Los milagros son el sello de Dios, como dijimos, y éste no puede hacerlos para acreditar doctrinas erróneas o favorecer a personas indignas y pecadoras: eso sería fomentar el error o el vicio y la maldad.

Llegó, por fin, el estallido final.

Nada podían responder a los argumentos del ciego, y acudieron de nuevo al insulto.

«Saliste del vientre de tu madre empecatado todo tú, le dijeron, y ¿quieres darnos lecciones a nosotros?».

Y le arrojaron afuera.

Estaba terminado el drama sangriento y ridículo a la vez.

Jesús, que había estado por allí durante el desarrollo de las discusiones, procuró hacerse encontradizo al ciego, para fortalecerle y mostrarle su agrado por su valentía y decisión.

«¿Tú crees en el hijo de Dios?», le preguntó después de darse a conocer como autor del milagro.

«¿Quién es, Señor, para que crea en El?», le dijo.

«Le has visto, repuso Jesús, y es el mismo que está hablando contigo».

El ciego ya tuvo bastante.

«Creo, Señor», y cayendo de rodillas a sus pies, le adoró.

«Yo vine al mundo, añadió entonces el Maestro, a ejercer un justo juicio; esto es, para que los que no ven vean, y los que ven, o soberbios presumen ver, queden ciegos.

VERDAD Y TRASCENDENCIA DEL MILAGRO

Ahora, un momento de reflexión.

¿Qué impresión te ha producido, caro lector, el referido prodigio?

Creo, sinceramente, que se imponen dos conclusiones profundas y categóricas: la de su *sobrenaturalidad* y *autenticidad* sin distingos.

El hecho descrito es, ante todo, un milagro, un portento sobrenatural.

Imposible explicarlo por sugestión ni por otro medio alguno.

Supera, evidentemente, las fuerzas todas de la naturaleza.

Los ciegos de nacimiento suelen carecer, ordinariamente, de nervio óptico, de cristalino o de retina, y desde este punto de vista, su curación supone una plena reconstrucción del ojo y, más exactamente aún, una nueva creación del mismo.

¿Quién podrá dejar de reconocer la incapacidad absoluta para ello de todas las fuerzas naturales, aunque se las suponga dirigidas por la ciencia de los hombres?

Todos los esfuerzos del ingenio humano, armado de microscopios y reactivos, no ha podido conseguir otra cosa, con sus adelantos, que poner más de relieve lo asombroso del arcano, la incomparable sabiduría, el conjunto aterrador de sapientísimas finalidades, de partes y de piezas de que, como intrincado dédalo, consta el ojo. El sabio queda balbuciente ante su inexplicable mecanismo, como un niño ante las piezas incomprendidas de una complicada máquina. Pretender construir o sustituir una tan sólo de esas piezas es querer lo sobrehumano.

La *retina*, con sus numerosas capas, con sus millones de conos y bastoncitos, del tamaño de las ondas de la luz, para que sirvan como detectoras de la misma; el *cristalino*, con sus infinitas placas hexagonales, sus engarces de maravilla, que le dan la movilidad y refringencia conveniente; el *nervio óptico*, enigma indescifrable de la ciencia y un como atisbo o asomo del sistema nervioso al exterior... son cosas tan delicadas, tan infinitamente sabias y perfectas, tan finalistas, que el solo rehacerlas, no ya el crearlas de nuevo, supone un poder absoluto, una ciencia que supera inmensamente la pobre ciencia de los hombres... [1].

[1] Cfr. *A Dios por la Ciencia*, cap. VIII, 4.ª ed.

Si viene, pues, un taumaturgo y con sólo decirlo, con poner sobre los ojos del paciente un poco de lodo, o lavarlos con agua, vemos que realiza el prodigio y que súbitamente hace su aparición alguna de estas partes antes atrofiada o no existente... cierto es que podemos caer de hinojos ante él y exclamar, convencidos: «aquí está Dios; venid y adorémosle...»

Esta es la afirmación decidida del sentido común; ésta la reacción de la inteligencia libre de prejuicios.

La observación del ciego, ya antes mencionada, es justa: «Desde que el mundo es mundo, jamás se ha visto a nadie que haya abierto los ojos de un ciego de nacimiento».

Aquí no valen ni sugestiones, ni fe que sana...

La curación predicha es un prodigio sobrenatural, divino, obrado exclusivamente por el único que tiene virtud para matar y vivificar; por el que es la resurrección y la vida, y la da y la quita o la reforma cuando quiere.

PRUEBAS JUDICIALES

La segunda conclusión del examen instituído es la autenticidad del milagro.

Creemos que es inútil pretender probarla.

La narración de todo el episodio es tan vívida, tan natural y animada; de caracteres tan bien descritos, que nadie podrá poner en duda su omnímoda verdad.

El hecho está comprobado, además, como ninguno.

Los evangelistas suelen ser, por lo general, concisos y parcos en la relación de los milagros del Salvador; exponen, sumariamente, las circunstancias del hecho y pasan a otro.

Aquí, por el contrario, se advierte una notable excepción: se acumulan los pormenores, las anécdotas, las descripciones...

Podríamos decir que hace San Juan, que es el que relata el milagro, algo así como una *comprobación oficial;* un acta del prodigio, como dice Fillión.

Algunos racionalistas han manifestado su descontento porque se echa de menos en el Evangelio la comprobación judicial y jurídica de los milagros de Cristo... Aquí tienen lo que desean.

Aquí es todo jurídico y oficial.

Jueces oficiales, indagación y examen pericial; un largo y escrupuloso proceso...

La primera indagación la realizan los vecinos y amigos del ciego favorecido y personas que le conocían perfectamente y le habían visto pedir limosna.

Notable diálogo el que tiene lugar sobre la identificación del ciego, y que está delatando a todas luces la realidad e historicidad cierta del suceso: «¿No es éste el que, sentado a la puerta del templo, mendigaba?»...

Unos decían: «Este es», y otros: «No es él, sino otro que se le parece».

En realidad, los ojos del ciego, radiantes de luz y de alegría, debieron cambiar y como transfigurar su rostro haciéndole aparecer distinto...

El *segundo testigo* lo constituyen los fariseos.

Ellos no pueden negar el hecho de que el que se decía ciego estaba sano. Más bien quieren enterarse del modo y de las circunstancias.

Para ello llaman a sus padres y les interrogan, y no satisfechos, acuden de nuevo al agraciado y le preguntan hasta cansarle.

Al fin no hallan otro efugio que acudir a las malas artes. «El milagro no es de Dios, sino del demonio», dicen. «No puede ser de Dios el que viola el sábado».

El *tercer testigo son los padres*. «Sabemos que éste es nuestro hijo y que nació ciego: el modo, interrogádselo a él».

El *cuarto*, el ciego mismo.

Nadie como él puede dar testimonio de la verdad, y la afirma rotunda y categóricamente: «Aquel hombre que se llama Jesús untó mis ojos con lodo y me dijo que fuera a lavarme en la piscina de Siloé: fuí, me lavé y veo».

Le contradicen y amenazan, pero él persiste y logra imponerse: «Si es pecador o no, yo no lo sé. Una cosa es cierta y por demás admirable, y es que, siendo pecador, me haya abierto los ojos»... «¿Tú qué dices de él?»... «Que ese hombre es un profeta».

Más pruebas no pueden darse.

Para negar la autenticidad de este prodigio se necesita estar apasionado hasta la obcecación y cerrar los ojos voluntariamente a la luz.

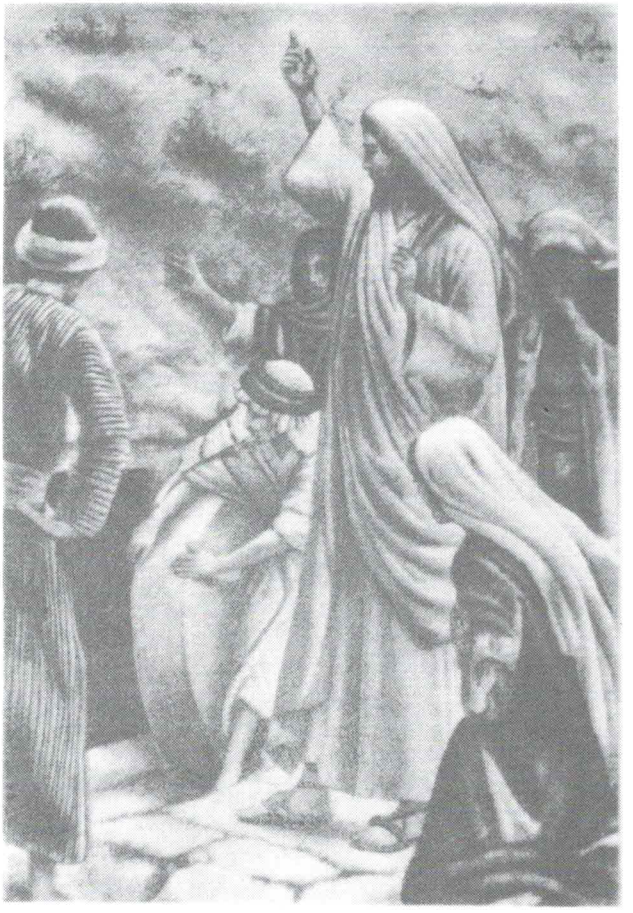
Eso hicieron los fariseos.

Su incredulidad constituye una ridícula tragicomedia. Al leerla no puede uno menos de reírse, complacido.

Los mismos incrédulos racionalistas y neocríticos aplauden al ciego en su aplastante lógica, cuando leen el Evangelio... Pero, ¡cosa extraña, aunque no rara en la psicología y lógica de los hombres!... tampoco ellos creen en el milagro,

y si se les urge, se convierten incluso en fariseos y niegan también ellos, tenaz y tercamente, el milagro del Salvador y acuden para ello hasta las más descabelladas explicaciones...

¡Qué verdad es aquello de que no hay peor ciego que el que no quiere ver!



9 (Hole)

«Yo soy la resurrección y la vida» (J. XI, 25).
«Y dicho esto clamó con una gran voz y dijo: Lázaro; sal afuera» (J. XI, 43).

IX

CRISTO TAUMATURGO (IV)

(La resurrección de Lázaro)

SUMARIO: Betania. - Lázaro enferma y muere. - En las proximidades del Castillo. - Las lágrimas de Jesús. - Ante el sepulcro del amigo. «Lázaro, sal afuera». - Realidad y grandeza del milagro. Explicaciones racionalistas

¡Betania!

Nombre grato y evocador de recuerdos... Lugar de solaz y de descanso para el Salvador después de las amargas y encarnizadas luchas en Jerusalén con la protervia de los judíos... ; patria de la familia amiga y leal de Lázaro y sus hermanas...

El Evangelio le llama Castillo.

Era en tiempos de Jesús una aldea acogedora y simpática ; hoy apenas es nada ; pero no importa : lo interesante allí es el recuerdo de las escenas evangélicas... ; la imagen del Hombre-Dios y de sus ilustres hospedadores que parecen aún flotar en el ambiente.

Está como resguardada en una de las colinas de las estribaciones del Olivete, viniendo de Jericó y a 15 estadios solamente de la capital de Israel, tres kilómetros escasamente ; unos tres cuartos de hora de camino.

Expongamos el gran milagro de la resurrección de Lázaro, quizá el más portentoso de la historia. Se experimentan en

su relato los escalofríos de la presencia de la divinidad: Cristo aparece en él, una vez más, como Dios, Creador y dueño absoluto de la vida y de la muerte.

Lázaro está enfermo.

Nos encontramos probablemente en los últimos días de febrero o primeros de marzo.

El Divino Maestro se halla en la Transjordania o Perea, en los mismos parajes quizá que el Bautista había santificado con su predicación y bautismo, no lejos de la desembocadura del Jordán, en el Mar Muerto.

BETANIA. — «La imagen del Hombre-Dios y de sus ilustres hospedadores parecen aún flotar en el ambiente»

Una noticia acaba de llegarle que ha sumido en la tristeza a los Apóstoles: Lázaro de Betania, el entrañable amigo de todos, está gravemente enfermo; así lo anuncia un mensajero enviado expresamente por las hermanas. «Señor; he aquí que aquel a quien Tú amas está enfermo», le han mandado decir éstas. Jesús no se ha puesto, sin embargo, inmediatamente en camino, como parecía exigirlo la fina amistad que con la familia le unía. Ha respondido, misteriosamente: «Esta enfermedad no es para morir, sino para la gloria de Dios, a fin de que, por medio de ella, el Hijo de Dios sea glorificado».

Muerte y enterramiento de Lázaro.

El amigo de Jesús murió pocas horas después de la partida del mensajero.

Su cadáver fué profusamente perfumado y envuelto en una sábana y fajado con vendas, según la usanza de los judíos: a la cabeza se le puso el llamado sudario, esto es, un paño blanco, que la cubrió por completo. El entierro se efectuó el mismo día de la muerte, como era también costumbre en el caluroso clima palestino, y en un sepulcro de la familia, dentro, según parece, de la heredad. Consistía esencialmente en una cueva, cuya entrada se cerraba con una losa.

En las proximidades del Castillo.

Prosigue el Evangelio:

Como oyó, pues, Jesús que Lázaro estaba enfermo, quedóse aún dos días en aquel lugar donde estaba; luego dijo a sus discípulos: «Vamos a Judea otra vez».

Ir a Judea significaba, como anota un autor, ir a Jerusalén, en donde unos días antes había sostenido la más tremenda refriega con sus encarnizados enemigos, quienes ha-

bían querido, incluso, lapidarle. El proyecto, por tanto, parecía peligroso y temerario. Los discípulos se lo recuerdan: «Maestro, los judíos buscaban poco ha lapidarte, y, ¿otra vez vas a ellos?». Pero Jesús respondió, con firmeza: «¿No son doce las horas del día? Quien camina de día no tropieza, porque ve la luz del mundo; mas quien camina de noche, tropieza, porque no hay luz en él». Jesús significaba con estas palabras que la vida terrena es el día señalado por Dios a cada uno; la noche, la hora de la muerte. Dicho esto, añadió: «Lázaro, nuestro amigo, duerme, y voy a despertarle del sueño».

Suele ser indicio popular de mejoría en un enfermo el poder conciliar el sueño, y en este sentido le advirtieron los Apóstoles: «Señor, si duerme, se salvará»; pero Jesús se refería al sueño de la muerte. «Lázaro ha muerto», les dijo, al fin, abiertamente. «Y me alegro de no haber estado allí, por vosotros, para que creáis: vamos a él»...

Tomás dijo entonces, decidido: «Vayamos también nosotros y muramos con El»; hasta tal punto juzgaban peligrosa la empresa. Se encaminaron, pues, a Betania, a donde llegaron en un día.

La primera en enterarse de la llegada de Jesús fué Marta, quien le salió inmediatamente al encuentro.

«Señor», le dijo, llorando, así que llegó a su presencia: «si Tú hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano»...

«Tu hermano resucitará», le dice el Maestro. Marta no comprende el alcance de sus palabras; cree, más bien, que es sólo una expresión de consuelo; por eso añade: «Sí, Señor, yo sé que resucitará en la resurrección final del último día»... Jesús se había referido, por el contrario, a una resurrección próxima, inmediata. Revístese, pues, de la majestad imponente que le caracterizaba, y le dice, severa y rotundamente: «YO SOY LA RESURRECCION Y LA VIDA; QUIEN CREE EN MI, AUNQUE HAYA MUERTO, VIVIRA, Y

QUIEN VIVE Y CREE EN MI, NO MORIRA ETERNAMENTE. ¿Crees esto?»... «Sí, Señor», dijo Marta sobrecogida, «yo siempre he creído que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo, que has venido a este mundo».

¡Hermosa confesión de Marta y significativa afirmación de Jesús!

«YO SOY LA RESURRECCION Y LA VIDA»; estas palabras o son palabras de Dios, o de un alucinado, de un loco: la vida, dar la vida, devolver la vida, es prerrogativa de Dios, que la creó por sí mismo en el principio de las cosas. Cristo es el autor de la vida, el que la devuelve cuando quiere: Cristo es Dios.

Prosigue el Evangelio:

«Y dicho esto, fuése (Marta) y llamó, en secreto, a María, su hermana, diciendo: El Maestro está aquí y te llama. Apenas oyó María esta palabra, se levantó apresuradamente y salió a su encuentro; porque Jesús no había entrado todavía en la aldea, sino que estaba en el mismo sitio en que Marta le recibiera. Por eso los judíos que estaban con María en la casa y la consolaban, viéndola levantarse de repente y salir fuera, la siguieron, diciendo: Va, sin duda, al sepulcro, para llorar allí... María, pues, habiendo llegado a donde estaba Jesús, viéndole, postróse a sus pies y le dijo: «Señor, si Tú hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano».

El momento es de intensa emoción.

María y Marta lloran, afligidas; lloran los judíos amigos que asisten a la escena; lloran también, sin duda, los Apóstoles...

¿Qué hará Jesús? El sabe perfectamente que dentro de unos instantes Lázaro resucitaría; parece, pues, que debía mostrarse sereno e impasible; sin embargo no es así... El gran Profeta y Taumaturgo es tierno y compasivo como el más tierno de los hombres; es asequible a los asaltos del

corazón, y no puede ver lágrimas sin conmoverse hondamente. Ahora no es dueño de sí... El Evangelio lo expresa con estas concisas pero reveladoras palabras: «Estremecióse en espíritu y se conturbó»... La conmoción experimentada en su alma fué tan fuerte que se traslucía al exterior. Los sollozos brotaron espontáneos e irresistibles, y era tal la violencia que tuvo que hacerse, tal la lucha que sostuvo en ello consigo mismo al querer reprimirlos, que apareció turbado o contorsionado su rostro; al fin, no pudo más y soltó la represa. Los sollozos fueron tan hondos que el Evangelista los llama rugidos: Infremuit spíritu.

«¿Dónde lo habéis puesto?», dijo así que pudo dominar la emoción y hacer uso de la palabra. «Señor, ven y lo verás», dijeron las hermanas. «A Jesús se le arrasaron en lágrimas los ojos»...

El hecho debió de ser impresionante.

¡El gran Profeta y Taumaturgo llorando de emoción por la muerte de Lázaro! Con ello delataba la ternura de su corazón y lo aquilatado de sus afectos de amistad.

«Dijeron entonces los judíos: Mirad cómo le amaba». Y, lo que es la ruindad de la envidia y malevolencia, algunos objetaron: «¿No pudiera éste, que abrió los ojos del ciego de nacimiento, hacer que Lázaro no muriera?».

Jesús no hizo caso de tan aviesa voluntad, y, prorrumpiendo en nuevos sollozos que le salían del corazón, se dirigió con todos al sepulcro.

El gran milagro.

Todos estaban en la persuasión de que Jesús iba a hacer una visita a la tumba del amigo; nadie, ni aun los Apóstoles, sospechaban ni remotamente lo que iba a suceder... Se acercaban máximos acontecimientos. Jesús, dominada ya la

emoción, mostraba un semblante sereno y majestuoso, resuelto y dueño de Sí.

Se dirige tal vez a sus Apóstoles, y les dice: «Quitad la losa»... Pero, cosa inesperada, ¿sabe El lo que dice?, ¿está enterado del tiempo que lleva Lázaro en la tumba? Las dos hermanas sospechan que no; por eso exclama Marta: «Señor, mira que ya hiede, pues hace cuatro días que está enterrado»... Cristo lo sabía todo perfectamente; sabía que Lázaro había muerto ya al recibir el mensaje; no se le ocultaba nada. Por eso dirige la mirada a Marta y, con majestad sublime, le reprende: «Mujer, ¿no te he dicho que si crees verás la Gloria de Dios?».

Quitaron, pues, la piedra; las miradas de todos se volvieron instintivamente hacia el interior del sepulcro. Allí estaba el cadáver de Lázaro; aparecía rígido, inmoble, cubierto de vendajes y como prisionero en su mortaja. Había entrado ya en descomposición, y hedía. Se redoblan el sentimiento y las lágrimas... Jesús, en cambio, dueño de Sí, consciente de lo que va a hacer, levanta sus ojos al Cielo, al borde mismo del sepulcro: «Padre, te doy gracias porque me has oído. Yo sé que siempre me oyes, pero lo digo por los circunstantes, para que crean que Tú me has enviado»... Dichas estas palabras en forma solemne y segura, clava en el cadáver los ojos, le señala con el índice, y exclama, en alta y sonora voz: «Lázaro, sal afuera»...

¡Sorpresa y pasmo aterrador!

¿Qué significa esto? La curiosidad lleva irresistiblemente la vista de todos al cadáver y... ¿será posible? Lázaro ha oído la voz del Taumaturgo y se mueve... Es un fantasma que se incorpora envuelto en las sábanas que le sirvieron de mortaja y atado por los vendajes... Los presentes no se han movido del lugar, ni pudieran hacerlo: allí permanecen petrificados, desorbitados los ojos, clavados en la visión aterradora que se mueve, sin voz y sin aliento...

El Taumaturgo tiene que sacarles del pasmo. Se dirige a ellos y les manda: «Desatadle y dejadle ir». Así lo hacen, y libre ya de su mortaja, aparece Lázaro resucitado, lleno de vida como antes.

REALIDAD Y GRANDEZA DE LA RESURRECCION DE LAZARO

Creemos que huelgan los comentarios.

Se sienten, al leer estas páginas, como dijimos al principio, los escalofríos de la presencia de la Divinidad, y vienen a la memoria, espontáneamente, las palabras de San Pedro a Jesucristo, después de la pesca milagrosa: «Apártate de mí, Señor, que soy hombre pecador».

Hagamos sólo una reflexión.

Nos encontramos en presencia de un milagro cierto, históricamente indubitable y a todas luces divino.

El relato evangélico en sí con sus incidentes y pormenores; la topografía y la psicología es tan transparente, tan vivida, tan verdadera, en una palabra: son tan claros los criterios, tanto internos como externos, de autenticidad, que nadie podrá encontrar en él un indicio siquiera de falsía o de fraude, nada que ofrezca la más leve sombra de sospecha. Una narración semejante no puede haber sido escrita sino por un testigo de vista, penetrado por completo de la realidad asombrosa del suceso.

Es, también, hemos dicho, un milagro a todas luces divino; queremos decir un hecho tan portentoso, tan sobrenatural, tan inmenso, que sólo la potencia infinita de Dios puede realizarlo.

Recapacítese, en efecto, sobre lo que es un cadáver en descomposición: un montón de ruinas; un organismo humano, esto es, la máquina más sabia y complicada que haya podido jamás ser construída, no ya inservible o descompues-

ta, sino aniquilada. En él ha quedado deshecho el motor y órgano principal de la vida, el corazón; deshecha y corrompida incluso la sangre con sus millones de glóbulos; deshechos los pulmones, las vísceras, el sistema nervioso, maravilla de maravillas, el cerebro, la médula, los órganos de los sentidos, oídos y ojos...

En resumen:

Un cadáver en putrefacción es todo el organismo del hombre, inmensa colonia de ochenta trillones de células, reducido a la nada, a una piltrafa nauseabunda... ¿Qué es, pues, resucitarlo? Es rehacerlo por completo; es volver a vivificar y poner en movimiento y funciones las células todas en su número casi infinito...

Una célula es un misterio de sabiduría y de poder inasequible a la potencia del hombre; formarla supera las posibilidades humanas todas.

La resurrección, por tanto, de un cadáver putrefacto supone una nueva verdadera creación, y si se nos permite hablar así, en atención a lo arriba indicado, un conjunto asombroso de ochenta trillones de milagros...

El pobre humano entendimiento queda anonadado de terror en su presencia. Eso es exclusivo del poder supremo, del que tiene el dominio absoluto sobre la vida y la muerte, del que es «la resurrección y la vida», de «Dios bendito por los siglos».

EXPLICACIONES RACIONALISTAS

¿Cómo reacciona el racionalismo y la incredulidad ante la resurrección de Lázaro?

Es tan enorme su sensación y al mismo tiempo tan real y cierto en sí, que si no fuera porque desemboca en un gran milagro, nadie tendría lo más mínimo que objetar. Pero ahí está el defecto: termina en un milagro, y de inmensa tras-

cendencia; es decir, en algo que es evidentemente sobrenatural... y que, por consecuencia, disgusta a la incredulidad y al ateísmo. Ello es ya suficiente para que, a pesar de toda su verosimilitud e historicidad, sea por completo inadmisible y falso.

¡Y qué explicaciones tan pintorescas nos dan esos hombres!

Los unos acuden al fraude.

La resurrección de Lázaro, dicen, fué una superchería, un amaño indigno, urdido por Jesús, por Lázaro y sus hermanas: toda una pantomima complicada y grotesca. Lázaro haría el muerto. Jesús le resucitaría llamándole del sepulcro... Naturalmente que esta teoría está ya desechada, incluso por los racionalistas, enterrada también y por cierto sin esperanzas de resurrección, como afirma un autor graciosamente. En algún tiempo, sin embargo, se creyó en ella como en una explicación plausible. ¡Qué crédula y pueril aparece a veces la incredulidad!... ¡Y qué fácil de contentar es la crítica irreligiosa cuando se trata de desbrozar su propio camino!

Otros han pensado que no se trata en este pasaje más que de una alegoría: Jesús había dicho que El era la resurrección y la vida: el caso de Lázaro era meramente una parábola explicativa, hecha real por la candidez y torpeza del evangelista... He aquí las palabras de Renán: «Un día pidieron los Apóstoles a Jesús que realizara un milagro para convencer a los incrédulos de Jerusalén. Jesús les contestó, lleno de desconfianza, que los jerosolimitanos no creerían aunque resucitara Lázaro, aludiendo a la parábola del rico Epulón. Esto fué lo suficiente para que los Discípulos hablaran en adelante de la resurrección real y verdadera del otro Lázaro».

Más diáfana explicación no podría encontrarse: el milagro, tan decantado, surge así irreprochable... Confesamos que

si ésta es manera honrada y digna de leer el Evangelio, no ya la Historia, pero aun la honradez está en quiebra.. En verdad que se necesita más fe para ser incrédulo que para creer.

Los judíos y la resurrección de Lázaro.

Termina el evangelista señalando que muchos de los judíos que estaban presentes y habían contemplado la gran maravilla, quedaron sobrecogidos de la grandiosidad del hecho, y creyeron en Jesús, como Mesías y enviado de Dios.

Muchos, no todos.

Aunque parezca extraño, otros quedaron exasperados y obstinados en su perversa voluntad, hasta llegar a acentuar más aún su odio al excelso Taumaturgo... La Luz les ofuscó porque no eran hijos de la Luz. No buscaban honradamente la verdad; eran esclavos de la envidia y del más vil apasionamiento. Llenos de rencor se fueron obcecados a los fariseos a contarles lo que Jesús había hecho. Entonces los Pontífices y judíos se juntaron en consejo para deliberar: «¿Qué haremos?, se dijeron. Este Hombre hace muchos milagros; si le dejamos así, todos creerán en El, y vendrán los romanos y arruinarán nuestra ciudad y nación».

¡Cosa singular!, lo que era, a todas luces, una de las más portentosas obras de Dios, la convierten ellos en causa de mayor obcecación y ruina.

Lo de siempre; lo que a unos conduce a Dios, a otros les aparta más de El por su ceguera y soberbia. ¡Qué verdad es lo de la parábola del rico Epulón: «Los que no creen a Moisés y a los profetas, aunque resuciten muertos, no creerán». (Cfr. Joan., XI, 1.)

X

SIGNIFICACION DE LOS MILAGROS DE JESUS

SUMARIO: Los milagros evangélicos son: 1.º, obras de misericordia: leprosos y ciegos; la multiplicación de los panes; el paralítico de la probática piscina; la resurrección del hijo de la viuda de Naím... 2.º, pruebas de su legación divina: el paralítico de Cafarnaún; el hombre de la mano paralizada. - El milagro, sello de Dios y nota distintiva del Mesías

Cristo hizo milagros, innumerables milagros, como vimos en los capítulos precedentes...

Pasó por el mundo como pasa el sol por el espacio, despidiendo luz y calor. Era la virtud del Altísimo y había de manifestarse obrando maravillas. El Padre las realiza continuamente y El había de hacer lo mismo...

Milagros en la Naturaleza inanimada y milagros en el hombre: éstos son los más y los más emocionantes. Ya lo habían predicho los profetas de Israel: Isaías, sobre todo, enumerando los beneficios del reino mesiánico, había anunciado, en su animado lenguaje: «Entonces verán los ciegos, oirán los oídos de los sordos, el cojo saltará como un ciervo y se desatará la lengua de los mudos».

Si de la vida de Cristo se eliminan los milagros, se la despoja del mayor motivo de la admiración de las turbas y de uno de los rasgos más distintivos de su ministerio...

Cristo, sí, realizó milagros.

10 (Hofmann)

«Pasó haciendo bien por todas partes» (Act. X, 38).

Pero, ¿para qué los hizo? ¿Qué finalidad persiguió con ellos?, ¿fueron, tal vez, obras de vanidad o de capricho, realizadas por ostentación, por apetencias o egoísmos inconfesables?

No, ciertamente, y en esto se muestra su máxima recomendación y atractivo. Son todos obras de la caridad y misericordia de su compasivo y generoso corazón para con los desgraciados de la tierra, o pruebas fehacientes de su legación divina.

Realicemos otro breve recorrido por las páginas evangélicas, haciendo resaltar especialmente lo que a la doble mencionada finalidad atañe.

OBRAS DE MISERICORDIA

Leprosos y ciegos.

Los leprosos y los ciegos parecen haber sido los predilectos de la misericordia de Jesús.

Doce fueron los sanados de los primeros y seis de los segundos, y sus curaciones son de las más patéticas y tiernas del Evangelio.

Un día se acercaba a Cafarnaún con sus discípulos rodeado de turbas que le seguían, cuando he aquí que se le acercó uno de ellos.

Daba verdadera lástima su sola vista. Era uno de aquellos infelices que se veían forzados a vivir fuera de sus casas y aun de las ciudades y pueblos, y vagaban por los montes y los campos en el mayor desamparo y miseria.

Llegado a Jesús, doblando las rodillas y cayendo sobre su rostro humedecido de lágrimas, le adoró suplicante:

«Señor, si tú quieres, puedes limpiarme». Jesús, compa-

decido de él, dice el Evangelio, extendió su mano, y tocándole, le dijo: «Quiero, sé limpio».

Y dicho esto, al instante le desapareció la lepra y quedó limpio. (Mt. VIII, 1-4: Mc. I, 40-45: Lc. V, 12-16.)

Otro día era al salir de Jericó.

Le seguía también un gran gentío cuando, al pasar, lo advirtieron dos ciegos, Bartimeo y otro, que estaban sentados junto al camino mendigando.

Los infortunados comenzaron a dar voces, diciendo: «Señor, hijo de David, ten compasión de nosotros».

Muchos de los que iban delante les reprendían para que se callaran, mas ellos gritaban mucho más, diciendo: «Señor, ten piedad de nosotros; hijo de David». Jesús se detuvo enternecido, y dijo a los circunstantes: «Llamadlos».

«Animo, levantáos, que os llama», anunciaron a los ciegos...

Bartimeo, dice expresamente el Evangelio, que, arrojando la capa, se levantó de un salto, y con el otro ciego vino a Jesús...

«¿Qué queréis que haga con vosotros?».

Los ciegos respondieron: «Señor, que se abran nuestros ojos y veamos».

Compadecido de ellos Jesús, tocó sus ojos, y les dijo: «Ved: vuestra fe os ha salvado, y al punto recobraron la vista y le siguieron en el camino, glorificando a Dios». (Mt. XX, 29-34; Mc. X, 46-52; Lc. XXVIII, 38-43.)

Cristo era la luz del mundo y tuvo especial contento en devolver hasta la natural de los ojos a los que de ella carecían.

Multiplicación de los panes.

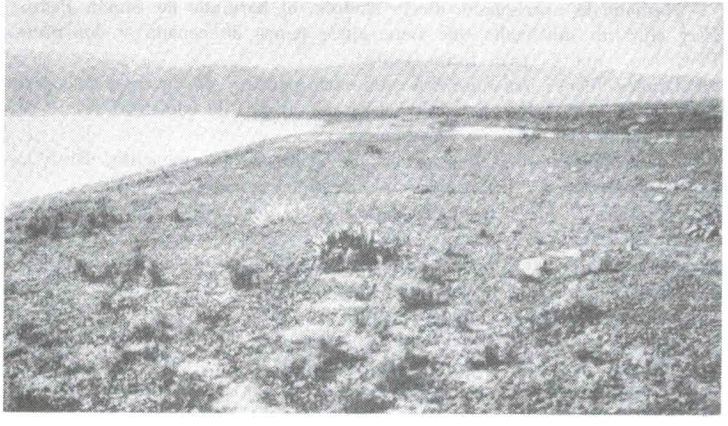
De dos multiplicaciones de panes nos hablan los Evangelios.

La narración de la primera, sobre todo, es conocidísima del pueblo cristiano que ha sabido sentirla en toda su belleza y atractivo. Es un milagro esencialmente popular del Divino Pastor, compadecido de las turbas, para darles de comer pan divinamente multiplicado.

Cuéntannoslo así los evangelistas:

«Y le vieron partir... .

Y, al saberlo, las turbas concurrieron allá por tierra de todas las ciudades, y llegaron antes que Jesús a la otra parte del lago.



LLANURA JUNTO A BETSAIDA. — En ella quizás se realizó el gran milagro de la primera multiplicación de los panes. (NE. del lago).

Era grande aquella muchedumbre que iba tras El porque veían las maravillas que obraba con los enfermos.

Al desembarcar y ver la mucha gente, subióse a la montaña, y estaba allí con sus discípulos.

Aproximábase la Pascua, la fiesta de los judíos.

Levantando, pues, Jesús los ojos y viendo que era grande el gentío que venía hacia El, se compadeció de ellos porque andaban como ovejas sin pastor, y, recibiéndolos de nuevo, comenzó a enseñarles largamente y a hablarles del reino de Dios; y devolvió la salud a los enfermos que la necesitaban

En esto, el día comenzó a declinar y haciéndose ya tarde, se llegaron a El los discípulos y le dijeron: El sitio es solitario y la hora avanzada ya: despídelos, por tanto, para que vayan a los caseríos y aldeas del contorno, donde puedan albergarse y comprar algo de comer.

El, respondiendo, les dijo: No tienen necesidad de marcharse. Dadles vosotros mismos de comer...

Dice Jesús a Felipe: ¿De dónde compraremos panes con que puedan comer éstos? Esto decía para probarle; pues bien sabía El lo que tenía que hacer.

Respondióle Felipe: Doscientos denarios de pan no serían suficientes para que cada uno tomara un bocado...

Dijo entonces Jesús:

¿Cuántos panes tenéis? Id a verlo.

Habiéndolo averiguado, dícele Andrés, el hermano de Simón Pedro: Hay aquí un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces. Pero, eso, ¿qué es para tanta gente?...

Díjoles Jesús: traedme acá esos cinco panes y dos peces y haced recostar a la gente sobre la verde yerba por grupos de comensales.

Había mucho heno en aquel lugar.

Se recostaron, pues, por grupos de ciento y de cincuenta. Eran los hombres, sin contar las mujeres ni los niños, como unos 5.000...

Y tomando Jesús los cinco panes y los dos peces, alzó sus ojos al cielo, y habiendo dado gracias, los bendijo y partió y dió a los discípulos para que ellos los distribuyesen entre la muchedumbre. De igual manera, distribuyó también los peces entre todos...

Y comieron todos y se saciaron.

Cuando estuvieron satisfechos, dijo Jesús a sus discípulos: Recoged los pedazos sobrantes para que no se pierdan.

Recogiéronlos y llenaron doce cestas con los trozos sobrantes de los que habían comido.

Con esto, la muchedumbre, visto el milagro que Jesús había hecho, decía: Este es verdaderamente el Profeta que ha de venir al mundo». (Mt. XIV, 13-23; Mc. VI, 33-46; Lc. IX, 11-17; Jn. VI, 2-15).

El paralítico de la probática piscina.

Dice así San Juan en el capítulo V de su Evangelio:

«Después de esto, se celebraba la fiesta de los judíos, y subió Jesús a Jerusalén.

Hay en Jerusalén, junto a la puerta probática, una piscina, apellidada en hebreo Betsaida, que tiene cinco pórticos. En éstos yacía una

gran muchedumbre de enfermos, ciegos, cojos, impedidos, que aguardaban la agitación del agua, porque de tiempo en tiempo un ángel del Señor bajaba a la piscina y removía el agua, y el primero que bajara quedaba sano de cualquier enfermedad que le aquejase.

Había allí un hombre que llevaba ya 38 años en su enfermedad.

A éste, como viese Jesús tendido en el suelo y sabiendo que llevaba ya mucho tiempo, le dijo:

¿Quieres ponerte sano?

Respondió el enfermo:

Señor, no tengo un hombre que cuando se remueve el agua me eche en la piscina; y así en tanto que yo llego, otro baja antes que yo.

Dícele Jesús:

Levántate; toma tu camilla y anda...

Al instante quedó sano aquel hombre y tomó su camilla y andaba...

Era sábado aquel día y dijeron los judíos al que había sido curado: es sábado; no te es permitido tomar a cuestas tu camilla.

El les respondió:

El que me ha sanado es el que me lo ha dicho: toma tu lecho y anda...

Le preguntaron, pues:

¿Quién es el hombre que te ha dicho toma tu camilla y anda?

El que había sido curado no sabía quién era: porque Jesús se había retirado sin ser advertido de la muchedumbre que había en aquel sitio...

Tras esto le halló Jesús en el templo y le dijo: He aquí que has sido curado: No peques más; no sea que te acaezca algo peor.

Se fué, pues, aquel hombre y manifestó a los judíos que Jesús era el que le había sanado. Por esto le perseguían los judíos a Jesús, porque hacía tales cosas en sábado. El les respondió:

Mi Padre sigue hasta el presente trabajando, y yo también trabajo.

Por esto, pues, más aún, pretendían los judíos matarle, porque no sólo quebrantaba el sábado, sino también llamaba a Dios padre suyo, haciéndose así igual a Dios».

Resurrección del hijo de la viuda de Naím.

San Lucas, capítulo VII.

«Y aconteció poco después que iba Jesús a una ciudad llamada Naím y andaban con él sus discípulos y gran tropel de gente.

Y como llegase cerca de la puerta de la ciudad, he aquí que sacaban a enterrar a un difunto, hijo único de su madre, que era viuda; y con ella iba mucha gente de la ciudad.

En viéndola el Señor, movido a compasión, le dijo:

No llores.

Y llegándose al féretro, lo tocó. Los que lo llevaban se detuvieron; y dijo:

Joven, yo te lo mando, levántate...

Y se incorporó el difunto y comenzó a hablar, y se lo entregó a su madre...

Quedaron todos sobrecogidos de temor y glorificaban a Dios, diciendo:

Un gran profeta ha surgido en medio de nosotros.

Y añadían: «Dios ha visitado a su pueblo».

Y se difundió esta voz y fama de El por toda la Judea y por todos los países comarcanos».

... ...

No hay para qué multiplicar más los relatos:

Son casi todo el Evangelio.

¡Hermoso corazón el de Jesús!

¡Ni un milagro siquiera en provecho propio!

El hubiera podido, en las tentaciones del desierto, hacer que las piedras se convirtieran en pan como insidiosamente le aconsejaba el demonio; pero lo rehusó.

Cuando él mismo le colocó sobre el pináculo del templo y le aconsejó que se tirase de él, hubiera podido hacerlo, realizando así un espectacular prodigio que hubiera llenado de admiración a las gentes...

Hubiera podido hacer también los prodigios que le pedía Herodes... y aun bajar de la Cruz, como le decían, burlándose de El sus enemigos...

Sin embargo, nada de todo eso quiso hacer.

La *caridad*, la *misericordia*, la compasión de los enfermos y necesitados: he aquí el objeto casi único de sus milagros.

Pasó por el mundo derramando el bien a manos llenas.

Este será eternamente el rasgo característico de la fiso-

nomía moral del gran profeta de Nazaret, y eso lo que, sobre todo, le atraía a las muchedumbres.

Cierto que su elocuencia, su palabra de vida eterna como jamás se había proferido en el mundo, su atractivo y majestad personal, tuvieron parte en su éxito; pero eso no bastaba, como dijimos.

Fueron sus milagros y especialmente sus curaciones de enfermos las que completaron su triunfo...

PRUEBAS DE SU LEGACION DIVINA

Esta fué, como queda dicho, la segunda finalidad de los milagros de Jesús. Testificar con hechos irrecusables su divina misión.

También son muchos los que podemos enumerar en este sentido.

Es el día de la curación del paralítico de la piscina probática.

Los escribas y fariseos, protervos, hipócritas y envidiosos, se muestran descontentos y escandalizados, como acabamos de ver, porque ha hecho la curación en día de sábado.

El Salvador les echa en cara su mala fe.

«En verdad, en verdad os digo que no puede el Hijo hacer nada por sí mismo sino lo que viere hacer al Padre.

Porque el Padre ama al Hijo y le muestra todo cuanto El hace y le mostrará mayores cosas todavía que éstas, para que vosotros os maravilléis...

Porque como el Padre resucita a los muertos y los vivifica, así también el Hijo vivifica a los que quiere.

El que no honra al Hijo, no honra al Padre que lo envió.

Si yo soy quien doy testimonio de mí, mi testimonio no será veraz para vosotros: pero otro es el que testifica en favor mío y sé que es veraz su testimonio.

Vosotros enviasteis una delegación a Juan y él dió testimonio a favor de la verdad: no es que sea él de quien yo recibo el testimonio; sino digo esto para que vosotros seáis salvos.

El era la antorcha que ardía y brillaba: y vosotros quisisteis por un instante regocijaros en su luz.

El testimonio que yo tengo es mayor que el de Juan; porque las obras que el Padre me confió para que las llevase al cabo, ellas mismas testimonian acerca de Mí de que el Padre me ha enviado». (Jn. V, 19 s.).

Más explícito es aún en un discurso habido en el templo:

«Se celebró entonces en Jerusalén, dice el texto sagrado, la fiesta de las Encenias.

Era invierno y se paseaba Jesús en el templo por el pórtico de Salomón.

Le rodearon, pues, los judíos y le dijeron:

¿Hasta cuándo tienes en suspenso nuestro espíritu? Si tú eres el Mesías, dínoslo claramente.

Respondióles Jesús:

Os hablo y no me creéis. Las obras que yo hago en nombre de mi Padre, éstas dan testimonio de Mí. Sin embargo, vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas. Mis ovejas oyen mi voz y yo las conozco, y ellas me siguen y yo les doy la vida eterna, y no perecerán nunca y nadie las arrebatará de mi mano.

El Padre y yo somos una misma cosa...

Cogieron entonces piedras los judíos para lapidarle, pero Jesús les replicó:

Muchas buenas obras hice con vosotros de parte de mi Padre. ¿Por cuál de ellas me queréis apedrear?

Respondiéronle los judíos:

No te apedreamos por obra alguna buena, sino por la blasfemia y porque tú, siendo hombre, te haces Dios...

Respondióles Jesús: Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis; mas, si las hago, ya que a Mí no me queréis creer, creed a mis obras: para que entendáis y creáis que mi Padre está en Mí y yo en mi Padre». (Jn. X).

«¡Ay de ti, Corozaín!» «¡Ay de ti, Betsaida!».

Por la misma causa de la incredulidad de los judíos, les anuncia los mayores castigos de parte de Dios.

«Como concurrieran las turbas a oírle, comenzó a decir: Esta raza de hombres es una raza perversa: ellos quieren un prodigio y no se les dará otro que el del profeta Jonás.

Pues a la manera que Jonás fué una señal para los ninivitas, así el Hijo del Hombre lo será para los de esta nación infiel e incrédula.

La reina del mediodía se levantará en el juicio contra los hombres de esta nación y los condenará; por cuanto ella vino del cabo del mundo a escuchar la sabiduría de Salomón y veis aquí a uno que es superior a Salomón.

Los habitantes de Nínive comparecerán también en el día del juicio contra esta nación y la condenarán: por cuanto ellos hicieron penitencia ante la predicación de Jonás y veis aquí a uno cuyas palabras se desprecian y que es superior a Jonás». (Mt. XIII, 39 s.).

Entonces, comenzó a reconvenir a las ciudades en donde se habían hecho muchísimos de sus milagros.

¡Ay de ti, Corozaín! ¡Ay de ti, Betsaida!, que si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que se han obrado en vosotras, tiempo ha que habrían hecho penitencia, cubiertos de ceniza y de cilicios.

Por tanto os digo que Tiro y Sidón serán menos rigurosamente tratados en el juicio que vosotras.

Y tú, Cafarnaún, ¿piensas acaso levantarte hasta el cielo?

Serás abatida hasta el infierno; porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que en ti, quizás subsistiera aún el día de hoy.

Por eso te digo que el país de Sodoma será castigado en el juicio con menor rigor que tú». (Mt. XI, 20 s.).

En otros casos testifica expresamente al realizar sus prodigios que los hace para que crean en El:

En la resurrección de Lázaro, dice abiertamente, al recibir el mensaje de las hermanas: «Esta enfermedad no es para muerte, sino para gloria de Dios, a fin de que por ella sea glorificado su Hijo».

Después, añade: «Lázaro ha muerto, y me alegro de no haber estado allí por vosotros, para que creáis».

Y llegado el momento del gran milagro, dice en su oración al Padre: «Padre; gracias te doy, porque me has oído. Yo sabía que siempre me oyes, pero lo he dicho por la muchedumbre que me rodea, a fin de que crean que Tú me enviaste». (Jn. XI, 38-46.)

El paralítico de Cafarnaún.

He aquí el caso como nos lo cuenta el evangelista:

«Pasado algún tiempo, volvió a su ciudad de Cafarnaún y aconteció que cierto día estaba El sentado enseñando.

Corrió la voz de que estaba en casa; y se aglomeraron muchos, de suerte que ya no se cabía ni siquiera junto a la puerta; y les hablaba.

Estaban allí, sentados, fariseos y doctores de la ley que habían venido de todas las aldeas de Galilea y de Judea y de Jerusalén. Y el Señor tenía poder para sanar.

De pronto llegaron cuatro hombres que llevaban en una camilla un hombre paralítico y buscaban cómo introducirlo y ponerlo en presencia de Jesús; y no hallando, a causa de la muchedumbre, por dónde meterlo, subiendo encima de la azotea, la destecharon, quitando algunas tejas por encima de donde estaba Jesús; y por la abertura practicada descolgaron la camilla en que yacía el paralítico y le pusieron en medio, delante de El.

Viendo Jesús la fe de aquellos hombres, dijo al paralítico:

Buen ánimo, hijo; perdonados te son tus pecados...

Y comenzaron a pensar dentro de sus corazones los escribas y fariseos, diciendo: ¿Quién es ése que habla blasfemias? ¿Quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios?

Penetrando Jesús con su espíritu los pensamientos de ellos, les dijo:

¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones?

¿Qué es más fácil: decir al paralítico: perdonados te son tus pecados, o decir: levántate, toma tu camilla y anda? Mas, para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene en la tierra potestad para perdonar los pecados...; dijo al paralítico: A ti te lo digo: levántate, toma tu camilla y marcha a tu casa...

Al instante, levantándose a la vista de ellos, tomó la camilla en que yacía y se fué a su casa, glorificando a Dios.

Y se apoderó de todos el asombro, y glorificaban a Dios que tal potestad diera a los hombres.

Y llenos de temor, decían: Hemos visto hoy cosas maravillosas. Nunca tal habíamos presenciado». (Mt. IX, 1-8; Mc. II, 1-12; Lc. V, 17-26).

La mano paralizada.

Otro caso parecido:

«Habiendo partido de allí a otro lugar. sucedió que en otro sábado

entró de nuevo en la sinagoga de ellos y enseñaba. Precisamente había allí un hombre cuya mano derecha estaba rígida. Observábanle los escribas y fariseos por ver si le curaba en sábado, con el fin de hallar algo de que acusarle.

Le preguntaron: ¿Es lícito curar en sábado?

El, que entendía sus pensamientos, dijo al hombre que tenía la mano paralizada: Levántate y ponte de pie en medio.

El se puso de pie. Díceles Jesús:

Os pregunto yo a vosotros: ¿Es lícito en sábado hacer bien o mal? ¿Salvar la vida o matar? Ellos callaban.

¿Qué hombre habrá de vosotros, prosiguió Jesús, que teniendo una sola oveja, si ésta cae en día de sábado en una hoya, no la coge y la saca?; pues, ¡cuánto vale más un hombre que una oveja!

Así que es permitido en sábado hacer bien...

Y echando una mirada sobre todos ellos, con enojo y contristado por la ceguedad de su corazón, dijo al hombre:

Extiende tu mano...

El la extendió y fué restablecida de nuevo su mano sana como la otra». (Mt. XII, 9-13; Mc. III, 1-5; Lc. VI, 6-10).

DESIGNIO CONSEGUIDO

Es claro, pues.

Cristo realizó varios, al menos, de sus milagros, con el fin de probar a los judíos su misión sobrenatural y legación divina. ¿Lo consiguió? Sí, ciertamente, y nada más claro en el Evangelio. El nos refleja, repetidas veces, el hondo y maravilloso efecto que producían sus prodigios en los que tuvieron la dicha de presenciarlos.

Ya del primero de todos, la conversión del agua en vino en las bodas de Caná de Galilea, nos dice San Juan que «sus discípulos creyeron en El», esto es, afirmaron y aumentaron su fe en el divino taumaturgo.

En presencia de la revelación de lo que, tal vez, había estado pensando Andrés a sus solas a la sombra de la higuera, se llena éste de asombro, y exclama: «¡Oh, Maestro, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel!», o Mesías... San Pedro queda aterrorizado en la pesca milagrosa como en presencia de la divinidad, y prorrumpe en esta exclamación

de anonadamiento: «Apartáos de mí, Señor, que soy un hombre pecador», y cuando le ven caminar sobre las aguas, se le acercan los discípulos sobrecogidos de asombro, y adorándole, le dicen: «Verdaderamente, tú eres el Hijo de Dios».

No menos explícitas se muestran las turbas.

Unos exclaman: «Cuando venga el Mesías, ¿podrá hacer más milagros que éste?», y otros, más ordinariamente, prorrumpen en voces y realizan actos que muestran su entusiasmo y convencimiento. Después de la resurrección del hijo de la viuda de Naím, quedaron todos penetrados de temor y glorificaban a Dios, diciendo: «Un gran Profeta ha aparecido entre nosotros y Dios ha visitado a su pueblo». Y en la multiplicación de los panes: «Este es, sin duda, el gran Profeta que ha de venir al mundo», y quieren proclamarle rey, esto es, entronizarle definitivamente como Mesías y lanzarse con El a la conquista de los sueños de gloria profetizados.

LA EMBAJADA DE JUAN

Terminemos con el pasaje indicado.

Nos refieren San Lucas (VII, 18) y San Mateo (IX, 2), que estando el Precursor en la prisión envió un día dos de sus discípulos a preguntar a Jesús si era El el que había de venir o esperaban a otro.

El Salvador les dió por respuesta: «Id y contad a Juan lo que habéis visto: los ciegos, ven; los cojos, andan; los sordos, oyen; los leprosos, son curados...». El Maestro se refería con estas palabras a un texto de Isaías, en que se anunciaba una de las características más visibles del Mesías: su poder taumatúrgico extraordinario.

El pueblo de Israel, acostumbrado a los prodigios de Egipto, del Sinaí, del mar Rojo y a través de todo el decurso de su historia, no podía concebir ninguna manifestación divi-

na ni la autenticidad de sus profetas y legados, de otra manera más eficiente que por medio del milagro.

El milagro era para el israelita una prerrogativa indispensable de todo lo divino... «Los griegos buscan la sabiduría, dijo San Pablo; los judíos, milagros».

El Mesías debía presentarse según todas las auténticas esperanzas de Israel, con esplendores inusitados taumatúrgicos que habían de superar en mucho todo lo conocido hasta entonces, incluso los del gran caudillo Moisés... Los milagros serían sus más fehacientes y espléndidas credenciales.

Nada más razonable, por otra parte.

Los milagros son, en realidad, una obra divina: algo que supera abiertamente en sí, o en el modo de ser realizado, las fuerzas naturales. Son el sello exclusivo, el marchamo de Dios. Nadie que no sea El, o con virtud de El recibida, puede realizarlo, y «Dios, es cierto, que no oye a los pecadores», según la frase del ciego de nacimiento.

El milagro verdadero es, por tanto, la más grande recomendación del taumaturgo: más aún; hecho en confirmación de una doctrina o en recomendación de una persona, demuestra palmariamente que ella no puede ser falsa ni mala; de otra suerte daría Dios su testimonio y sello para confirmar la mentira o la maldad.

En definitiva:

Cristo, al recurrir, para probar su mesianidad, a los milagros, tenía motivos suficientísimos para hacerlo, y esgrimía, con ello, al mismo tiempo, un argumento irrebatible para todo hombre y especialmente para sus compatriotas del pueblo de Israel.

XI

LA INCREDULIDAD Y LOS MILAGROS EVANGELICOS

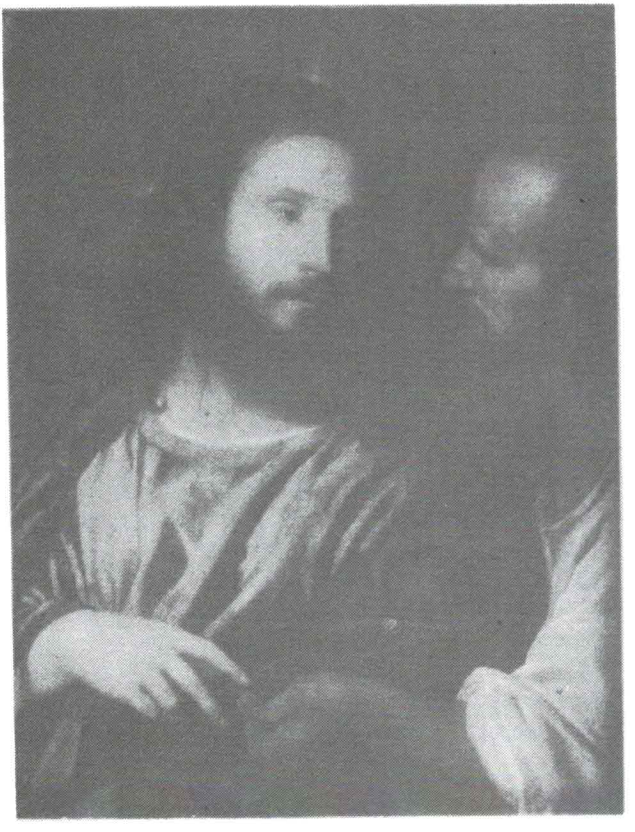
SUMARIO: Racionalistas y neocríticos. - El engaño de los Apóstoles. - Leyendas de la Iglesia primitiva. - La sugestión y la «fe que sana». - El milagro ¿es imposible?

Ya hace más de medio siglo que cierto renombrado racionalista expresó su esperanza de que los milagros, especialmente los evangélicos, serían pronto trasladados del campo de los hechos reales al del arte, pasando así, para siempre, de las páginas de la Historia a las vidrieras de las catedrales...

He aquí ruda, pero gráficamente expuesto, el sentir de los racionalistas sobre los milagros de Jesucristo. No es extraño. Hombres incrédulos y negadores sistemáticos de todo lo sobrenatural, es evidente que habían de negar lo que constituye su manifestación suprema, el milagro.

Estos son para ellos plenamente inadmisibles. Podrán persistir en el mundo como objeto de poesía y de arte, como materia de goce estético, pero carecen en absoluto de derecho y eficacia para ser creídos por la humanidad ilustrada, seriamente.

Varias son las hipótesis formuladas por los heterodoxos para desvirtuar los milagros del Evangelio: la de la impostura y el fraude; la de la buena fe sorprendida de los Apóstoles; la de las leyendas inventadas por la Iglesia primitiva; la de la sugestión, y la llamada «fe que sana».



11 (Tiziano)

«¿De quién es esta imagen e inscripción?»
(Mt. XXII, 20).

Jesús deshaciendo las intrigas de la incredulidad farisaica.

De la primera ya hablamos suficientemente en uno de los capítulos anteriores.

Hagámoslo ahora, con alguna detención, de los restantes. La materia podrá parecer trivial a primera vista y desprovista de atractivos, pero es de la mayor trascendencia e interés desde el punto de vista apologético. Ella nos dará ocasión, además, para admirar de nuevo la firmeza inconmovible de la religión cristiana, al mismo tiempo que la futilidad y carencia absoluta de todo fundamento histórico y científico del atrevido y demoledor racionalismo.

EL ENGAÑO DE LOS APOSTOLES

Es la suposición obligada de casi todos los heterodoxos. Los Apóstoles se engañaron: fueron sorprendidos en su buena fe; se dejaron llevar de la credulidad tan innata en los hombres del pueblo en cuestión de milagros, tan propia de todos los tiempos, pero especialmente entre los judíos de la época de Jesús... Si aun en nuestros días, podemos añadir nosotros, exige la misma Iglesia tantas pruebas y exámenes para dar un hecho por milagroso, ¿cómo podemos asegurar que los Apóstoles y discípulos, hombres sencillos y rudos, ayunos de toda crítica, sin pericia profesional de ninguna clase, no se decantaron un tanto del camino verdadero y dieron, precipitadamente, por milagro lo que no era en toda realidad más que un vano espejismo o sugestión?

La hipótesis tiene algo de especioso y sugestivo, pero examinémosla despacio y veremos su plena inconsistencia.

Primeramente incurre en el gravísimo inconveniente, ya mencionado en otro capítulo: los prodigios evangélicos, como dijimos, los realizó Jesucristo y los tuvo por verdaderos milagros. Eran las obras del Padre con que probaba su mesianidad y misión divina. Si los Apóstoles se engañaron, pues, si tuvieron por milagros lo que era una mera fantasmagoría,

el causante del engaño y el primer engañado y aun impostor fué el mismo Jesucristo. ¿Se atreverán a tanto los racionalistas? La Historia, ciertamente, la Humanidad, les execraría si afirmaran tal blasfemia.

No se engañaron los Apóstoles.

Estamos en los tiempos del rigor de la crítica, de las oficinas de comprobación de los milagros, del examen de médicos y especialistas... Bien está todo eso cuando se trata de cerrar la boca a gentes quisquillosas que nada sobrenatural encuentran aceptable. Es necesario cortarles todas las evasivas, mostrarles bien a las claras la verdad, de modo que su incredulidad resulte inexcusable. Aun así ya sabemos cuán poco es ello para los que no quieren ver. ¡Qué escasos son los incrédulos que por sus comprobaciones se rindan a la verdad! Dios quiere más meritoria la fe. Exige humildad de parte del hombre y desconfianza de sí propio. «Porque has visto, has creído, Tomás; bienaventurados los que no vieron y creyeron».

No seamos demasiado exigentes.

Para reconocer si los hechos del Divino taumaturgo eran o no verdaderos milagros bastaba, en la mayoría de ellos, tener sanos los sentidos; bastaba ver.

Un día se acerca un ciego a Jesús y éste le unge los ojos con saliva y se le abren inmediatamente en medio de la estupefacción de los circunstantes... Los Apóstoles habían visto aquellos ojos, ahora iluminados y radiantes, completamente cerrados. ¿No bastará esa simple vista para atestiguar el milagro, sin necesidad de un concilio especial de médicos que lo examinen?

Otro día es un paralítico que lleva treinta y ocho años postrado en su camilla. Jesús le mira con ternura y le interroga: «¿Quieres sanar? Levántate, toma tu lecho y anda». El tullido experimenta en su cuerpo uno como flúido eléctrico que le vigoriza, y se levanta al instante lleno de vida, en medio de todos, y toma su camilla y empieza a andar...

Un tercero es un pobre leproso: los Apóstoles y la turba han visto al desventurado cubierto de llagas y desfigurado el rostro en la depresión más lastimosa. Se postra a los pies del Salvador y exclama, derramando lágrimas de sus ojos: «Señor, si tú quieres puedes limpiarme». Jesús le mira también compasivo y no puede contenerse más: «Sí quiero, le contesta: queda limpio», e instantáneamente aparece curado, sin que presente su cuerpo ni huellas siquiera de la pasada, horrible enfermedad.

Otro es en medio de una tormenta deshecha. La barca en que van los Apóstoles y Cristo amenaza hundirse; los Discípulos, asustados, acuden a El. Jesús se levanta, mira las olas entumecidas, oye el fragor del huracán y dice al mar: «Calla, enmudece». Inmediatamente se serena la tormenta y sobreviene la más tranquilizadora calma...

Otro, finalmente, es un cadáver en putrefacción. Ya hiede, pues lleva cuatro días en el sepulcro. Cristo manda que quiten la losa de la tumba; se sitúa junto a ella y llama al enterrado por su nombre... Y Lázaro se incorpora y sale envuelto en su mortaja. Los circunstantes se estremecen de terror y aun los enemigos del Taumaturgo se marchan atónitos, exclamando: «Hoy sí que hemos visto cosas maravillosas»...

¿Será, repitamos de nuevo, necesario un gran pertrecho de conocimientos químicos, biológicos o de medicina para estar seguros de que el hecho es un milagro, de que sobrepasa las fuerzas naturales?

Nos dicen que en todos estos casos pudieron intervenir leyes desconocidas para los judíos de la época y aun para nosotros, pero que quizá algún día pondrán en claro los progresos de la ciencia...

Este es el consuelo de los que se empeñan en no creer, pero nos parece demasiado efímero... Esperemos el porvenir...

No podemos decidir, con certeza, el alcance y los límites en general de las fuerzas naturales, pero ¿quién duda que en casos particulares podemos determinar, sin dificultad ninguna, el límite a que nunca llegarán esas fuerzas?

Dice muy acertadamente Hettinger: «No sabemos el poder que la fantasía ejerce sobre el cuerpo; pero sabemos de fijo que no alcanza a dar vista al ciego de nacimiento, ni oído a un sordo. Ignoramos el alcance de la inventiva para poner en movimiento las masas por tierra, mar y aire, pero estamos seguros de que nadie puede subir a lo alto sin algún instrumento auxiliar, ni puede pasearse por el agua, ni calmar las tempestades, ni entrar cerradas las puertas. No sabemos cuánta sea la duración de la muerte aparente, pero sí sabemos que el muerto, una vez iniciada la putrefacción, no puede recobrar la vida mediante las fuerzas naturales. Si no supiésemos estas cosas serían imposibles el derecho, la propiedad, la posesión, la vida familiar, que presuponen aquella certeza».

Sí, ciertamente.

Se habla mucho, en nuestros días, de las «leyes de la Naturaleza», de «los fenómenos naturales», y se nos echa en cara que en los tiempos evangélicos nada de esto se sabía... Sí, es cierto: los conceptos mencionados son modernos, pero a pesar de ello, los contemporáneos de Jesús sabían discernir muy bien lo que se realizaba según el curso ordinario de la Naturaleza de lo que de él se apartaba. Usando términos del Kempis diríamos que: «no sabían la definición, pero sentían la compunción».

No se trataba, en los milagros evangélicos, de cosas complicadas y profundas que exigieran para juzgarlos grandes conocimientos científicos que aquilataran el origen y alcance de los fenómenos. «Jamás se ha oído decir, dijo el ciego, que alguien haya abierto los ojos de un ciego de nacimiento»: y nadie le replica. Es la fuerza aplastante de los hechos

y del buen sentido el que se impone; mientras éste perdure en el mundo, habrá fe entre los hombres, y el que se empeña en no ver, aunque resuciten muertos no creerá.

LEYENDAS DE LA IGLESIA PRIMITIVA

Es la afirmación de Strauss.

Reimarus había llamado impostores a los Apóstoles, que inventaron los mitos sugestivos de los milagros para hacer pasar más fácilmente por Mesías a Jesús; Strauss habla también de mitos y de leyendas, pero su creación no la atribuye a los Apóstoles, sino a la Iglesia primitiva.

Nadie dejará de apreciar ya a primera vista que la posición de esta hipótesis es más deleznable aún que la primera.

Nuestros libros sagrados del Nuevo Testamento dijimos que pertenecen al primer siglo de nuestra Era; algunos, como las cartas de San Pablo, ya hacia el 50; el más tardío, antes, ciertamente, del año ciento. La mayoría, del sesenta al ochenta. ¿Cómo es posible, pues, que en este brevísimo tiempo se hubiera ya desfigurado tanto la imagen del gran Profeta que se hubiera convertido en legendaria, con los aditamentos postizos de milagros y hazañas sin número?

Concebimos que los pueblos tengan sus ídolos, héroes predilectos a quienes han divinizado y constituídoles centro de inverosímiles y fantásticas leyendas; pero esas apoteosis, nótese bien, son necesariamente obra del tiempo. Nadie es bueno para su ayuda de cámara, dice, acertadamente, el refrán, y tiene aquí su aplicación más oportuna... El héroe ha de perder todo lo que tenía de terreno; han de pasar los hombres con quienes convivió y le trataron...: después vendrá la deificación, la creación del mito, no antes.

Ni es eso solo.

La Iglesia primitiva, dicen, fué la creadora de los mila-

gros evangélicos... Entonces, preguntamos nosotros, ¿quién creó la Iglesia?

Los prodigios de Cristo fueron los que le acreditaron de Mesías, de verdadero hijo de Dios: por ellos creyeron los Apóstoles; de ellos arranca toda la fe inconmovible y ardiente de los primeros cristianos. Sin milagros es imposible explicar los comienzos de la religión cristiana. No pudo, pues, la Iglesia naciente, inventarlos; los supone, más bien, imperiosamente.

Pensar de otro modo no es más que una vulgar petición de principio, que nada puede acreditar sino el apasionamiento e irreflexión de sus inventores.

LA SUGESTION Y LA "FE QUE SANA"

Y llegamos a lo sensacional en la materia.

¡La sugestión... «la fe que sana»!

¿Quién no ha oído pronunciar estas palabras como mágicas y anunciadoras del «eureka» de la incredulidad moderna contra toda curación que pueda llamarse milagro?

¡Y con qué aplomo se afirma!

El profeta de Nazaret ejercía, dicen, una fuerza e influencia poderosísima de sugestión sobre los enfermos. Podríamos decir que fué un médico extraordinario que dejó muy atrás el arte de la medicina de su tiempo y aun se adelantó al método terapéutico que, gracias a la psicología contemporánea, ha venido a ser ya del común dominio...

Rousset afirma, textualmente: «Jesús sabía comunicar a las fuerzas de la vida interna una conmoción tan poderosa que obraba de dentro afuera sobre la vida corporal...».

Ya lo ves, caro lector. Las curaciones evangélicas son meras curaciones de orden psíquicoterápico obtenidas por influencia moral, por sugestión, por hipnotismo; de un modo exactamente igual al que hoy se emplea en los hospitales

y en las clínicas en donde se tratan enfermedades nerviosas... ¡Esa fué toda la farmacopea maravillosa de Jesús!...

¡Qué gloria para nuestro siglo! La ciencia psiquiatra moderna lo ha descubierto todo. La fe sobreexcitada, la dinámica de la fe; he ahí el resorte maravilloso, el mágico secreto...

Me imagino, sin embargo, que te habrás quedado algo frío.

Se necesita, en realidad, estar muy apasionado, demasiado afectado por la dinámica de la pasión, sugestionado por ideas preconcebidas, por fobias antirreligiosas, para hablar así tan categóricamente.

La fe hace prodigios, afirman. Nosotros podemos decir también que la incredulidad los hace mayores todavía...

¡Los milagros de Jesús, obra de sugestión!

Por lo visto, según estos señores, la Palestina de los tiempos del Divino Maestro era un inmenso hospital lleno de neurópatas e histéricos. Nosotros hubiéramos, precisamente, dicho lo contrario, y con nosotros la razón y la Historia. Los Apóstoles y Evangelistas, en efecto, pertenecían a la clase trabajadora, al pueblo sencillo de Galilea; eran hombres, por consiguiente, de resistentes nervios y de sentidos sanos. Lo mismo hay que decir de las turbas que seguían al Profeta y admiraban sus prodigios.

Más aún, ni siquiera pertenecían las enfermedades curadas por el Salvador, fuera de dos o tres excepciones, al grupo de la terapéutica moral. Ahí están los ciegos, los seis ciegos que recobraron la vista instantáneamente a la sola palabra de Jesús; ahí los leprosos, los hidrópicos, los sordomudos... ¿Han sido jamás curadas estas enfermedades por procedimientos psíquicoterápicos? Pues ni aun esos son todos los milagros del Salvador. Además de las curaciones en que recorrió toda la gama de las humanas dolencias, resucitó tres

muertos, multiplicó dos veces los panes y los peces, convirtió el agua en vino en las bodas de Caná, sosegó dos tormentas.

En resumen: los curados por el Salvador fueron centenares, quizás miles, como dijimos.

Las enfermedades nerviosas eran entonces menos frecuentes en aquel pueblo trabajador y pacífico que entre nosotros. «La fe que sana», la sugestión, necesita sujetos especiales, como afirman los entendidos, y nadie pretenderá hacernos creer que vinieron a tropezar con Jesús, en su camino, todos los casos, precisamente, de ese género y que todos los pacientes fueron capaces y aptos para ello.

¿EL MILAGRO ES IMPOSIBLE?

Tocamos el punto neurálgico de la cuestión.

El lector habrá podido ya adivinar que las explicaciones apuntadas de la heterodoxia no son más que tentativas más o menos afortunadas, diríamos, para tranquilizarse a sí mismos con las aportaciones deslumbrantes... de la ciencia, y permítasenos el eufemismo; la verdadera causa de su negación, de su guerra a los milagros evangélicos es la falta de fe en Dios; su ateísmo, más o menos disimulado, su negación absoluta de todo lo sobrenatural... Por eso podríamos perdonar todo ulterior esfuerzo.

Militamos en campos esencialmente diversos; partimos de puntos de vista tan remotos como el cielo de la tierra.

Nosotros somos creyentes; lo sobrenatural no nos arredra, sino que lo admitimos de buen grado. Ellos, por el contrario, son incrédulos; todo lo que sobrepuja a la materia lo tienen por inadmisible. Es natural, por tanto, que, dadas sus ideas, se porten y hablen de ese modo. «Cuando la crítica, dice Havet, se niega abiertamente a creer en los relatos de milagros, no necesita aducir pruebas en apoyo de su negación. Eso

que se cuenta es falso, simplemente, porque eso que se cuenta no ha podido suceder».

El P. Gemeli invitó un día a la Asociación Sanitaria de Milán, compuesta de colegas y amigos suyos, a estudiar los hechos prodigiosos de Lourdes y a discutirlos científicamente. Le contestaron con una rotunda e impasible negativa, sin admitir discusión: «Nosotros somos positivistas, le dijeron, y en el positivismo el milagro es tan imposible como la cuadratura del círculo»...

Es inútil, pues, insistir.

Basta lo dicho y sobran las razones.

Los milagros evangélicos son falsos para los racionalistas porque el milagro es simplemente imposible para ellos, como es imposible todo lo sobrenatural...

¿Pregunta el lector el porqué de afirmación tan categórica? Al buen dador no duelen prendas. Hela aquí: «Porque las leyes de la Naturaleza son indefectibles, y el milagro las echaría por los suelos»...

Pero, volvemos a lo mismo, se dirá; y es así.

Ciertamente que para un ateo, para un empedernido materialista que no ve en el magnífico concierto del cosmos más que un férreo engranaje de leyes rígidas, necesarias, que han venido a cristalizar como efecto espontáneo de la naturaleza íntima de las cosas, o por meras casualidades, la dificultad propuesta tiene, indudablemente, su alcance: ¿Quién podrá contener la fuerza cósmica universal, las leyes inexorables que rigen la materia?

Pero para el ateo, hemos dicho.

Para el creyente es otra cosa muy distinta.

Dios, Ser Supremo y Creador del Universo, es también el Hacedor de las leyes que lo gobiernan. El creó el gran poema, el magnífico concierto que canta incesantemente sus

alabanzas; pero grave yerro el de su ciencia: ¡se ató tan inconsideradamente a él, que ya no puede cambiar ni un compás, ni una nota, ni un verso siquiera!

¿Es eso aceptable?, ¿inteligible? Nadie dejará de verlo: eso hubiera sido hacerse esclavo de su obra, privarse del ejercicio mismo de su soberanía, perder el derecho de vivir, de manifestarse, que tienen hasta los seres ínfimos del mundo. Hubiera sido esconderse Dios, el Altísimo, el Omnipotente e Infinito, en el fondo de la eternidad insondable, oscura y sorda; convertirse en el ser incomunicable de Platón, de Epicuro y Epicteto, que vive en las altas soledades de los cielos, por encima de las estrellas, sin contacto con la humanidad; inasequible a los apremios y asaltos del corazón... Pero esa no es la condición de Dios; ese no es, al menos, el Dios que nosotros necesitamos.

Dios tiene corazón asequible a los suspiros y súplicas de los hombres; se compadece de la mísera humanidad que sufre; no es un ogro. No le arrebatéis el atributo que más le enaltece: la misericordia, la compasión de las desgracias y su remedio. Ese ha sido también el concepto eterno que han tenido de Dios los hombres. No habrá un pueblo siquiera en que no se haya usado la oración, la súplica ferviente y confiada. ¿Por qué eso? ¿Por qué ora el hombre? ¿Por qué se postra ante los altares, humedecidos en lágrimas los ojos? No cabe duda sino que porque sabe que puede Dios escucharle y cambiar el curso de las cosas con la intervención de su omnipotencia; puede hacer un milagro.

La inalterabilidad de las leyes de la Naturaleza ha sido siempre para la humanidad algo ininteligible, tratándose de Dios.

Un día baja Jesús de la montaña, rodeado de sus Apóstoles, y ve a un pobre leproso que vagaba por aquellas tristes soledades. El desgraciado ha visto también al Taumaturgo,

y se viene a El sollozando; se le acerca, dobla sus rodillas ante El y, temblando, implora su valimiento... ¡Caso apurado para Dios! ¿Qué hará? ¿Se compadecerá del enfermo? Es eso tan propio de El, tan innato a su corazón bondadoso...

Pero ¡ah!, se oponen las leyes cósmicas... el proceso patológico exige que el voraz microbio de Hansen siga adelante, destrozando impasible, multiplicándose inexorablemente; impedirlo, intervenir violentamente, es echar por los suelos el orden establecido, las leyes del mundo. Aunque lo quiera, aunque se le parta el corazón en presencia de las desgracias humanas, Dios no puede hacer el milagro...

Así dictaminaría el racionalista; pero creemos que Dios no se detendría mucho en hacer caso de sus razones. Preferiría la misericordia, y realizaría el milagro, sanando al desgraciado...

Aun los hombres podemos cambiar ese curso tan decantado de la Naturaleza que llaman inexorable.

El mundo entero es un campo de experimentación y de choque de unas fuerzas contra otras, de leyes entre sí, de neutralización de unas por otras.

La tierra, en su curso vertiginoso en derredor del sol por los espacios inmensos a razón de 30 kilómetros por segundo, exige avanzar en línea recta: sin embargo, la atracción formidable que el astro-rey ejerce sobre ella la contraría, la arrastra con fuerza incoercible y le hace desviarse y seguir rodando en torno suyo, siguiendo su órbita casi circular. Las aguas de los mares exigen el reposo debido a su gravedad, pero sopla la fuerza del huracán iracundo que se precipita sobre ellas y las remueve y las levanta en olas como montañas. La bala del cañón que lanzamos a lo alto contrariando la ley de la gravedad, es forzada a volver sobre la tierra. El médico, con sus medicinas y su ciencia, puede cambiar un estado patológico que se rige también por leyes

inflexibles; puede curar con sus drogas la pulmonía, la tisis, hasta la lepra... El químico puede disociar, con sus combinaciones, los elementos; el ingeniero mecánico burla la inestabilidad de las aguas inventando su genio medios de locomoción que pasarán por encima de ellas como castillos flotantes. El aeronauta cruza por las regiones del vacío más raudo que el torbellino y el rayo, apoyándose en fortalezas volantes fabricadas por su industria...

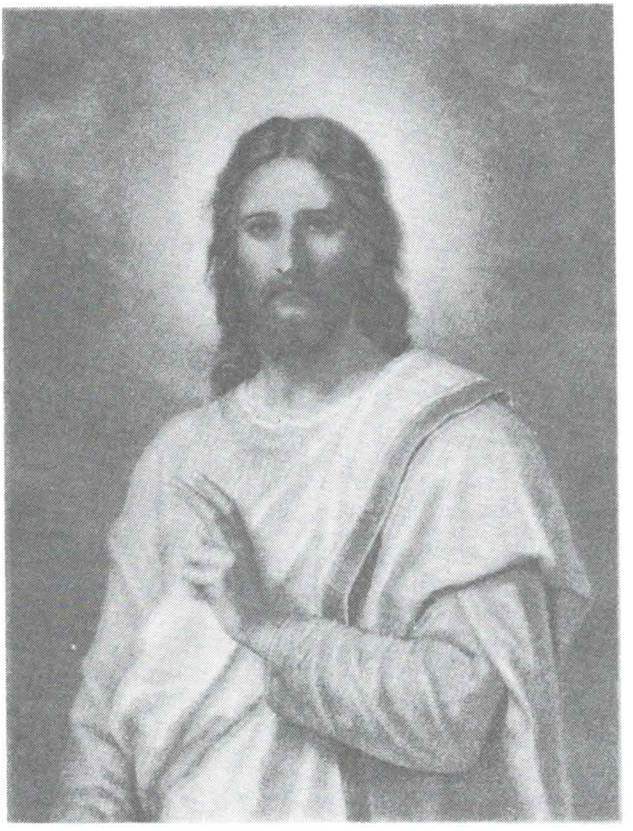
¡Y, caso raro!

Sólo Dios no puede hacer nada de todo esto.

Impedido, encadenado por sus propias leyes, no puede ni caminar siquiera sobre las aguas de un lago, ni curar a un leproso, ni dar la vista a un ciego, movimiento a un paralítico o vida a un muerto...

Que no se cansen los materialistas en probárnoslo.

Si eso es ciencia..., francamente, preferimos la ignorancia y... sobre todo, el buen sentido.



12 (Hofmann)

«Un gran Profeta ha surgido entre nosotros»
(Lc. 1, 7)

Jesús penetra con su honda mirada el porvenir...

XII

JESUS PROFETA

SUMARIO: «Un gran profeta ha aparecido entre nosotros». - Profecías de Cristo sobre su Pasión, negaciones de San Pedro, traición de Judas, dispersión de los discípulos y futura ruina de Jerusalén

A Cristo se le dieron diversos nombres durante su vida en el mundo:

Se le llamó Doctor, Maestro, Hijo de David, Mesías... Hay, sin embargo, un nombre que es el más expresivo quizá y el más estimado entre los judíos: el nombre de Profeta.

«Un gran Profeta ha aparecido entre nosotros», exclamaban, alborozadas, las turbas al presenciar sus milagros. Los príncipes de los sacerdotes, los escribas y fariseos, querían darle la muerte, pero temían a la plebe, observa el Evangelista, porque le tenía por un gran profeta. «Señor, veo que eres profeta», clama la samaritana, al oírle junto al pozo de Jacob; y los discípulos de Emaús responden al peregrino que se juntó a ellos durante el viaje: «¿Tú sólo eres tan extranjero en Jerusalén que ignoras lo que ha pasado en ella estos días?... Jesús Nazareno, que fué un gran profeta, poderoso en obras y en palabras».

A dos capítulos reduciremos las profecías del Salvador:

En el primero expondremos las que podriamos llamar «*a breve plazo*», es, a saber: las relativas a su Pasión, Muerte y Resurrección; a sus Apóstoles y a su Patria, al pueblo judío. En el segundo, las de «*a largo plazo*», o sea las relativas a acontecimientos lejanos en el transcurso de los siglos.

LA PASION

La Pasión fué objeto de varias predicciones, unas veces claras y manifiestas, otras veladas algún tanto, pero todas auténticas y precisas.

Una vez le piden los escribas y fariseos un milagro, y Cristo responde a su incredulidad: «Esta generación mala y adúltera pide una señal, y no se le dará otra sino la señal de Jonás profeta, pues así como Jonás estuvo en el vientre de la ballena tres días y tres noches, así estará el Hijo del hombre en el seno de la tierra».

Habíase terminado la escena sublime de la Transfiguración.

Los tres discípulos favorecidos descendían, radiantes de gozo, en compañía del Maestro, a quien habían contemplado en la apoteosis más espléndida que pudieran imaginarse, cuando oyen que les impone secreto de cuanto habían oído y visto: «Hasta que el Hijo del hombre, dice, haya resucitado entre los muertos».

Ellos, ajenos por completo a la realidad, se preguntan qué quiso decir el Maestro con aquellas palabras: «hasta que haya resucitado de entre los muertos».

San Mateo afirma, en su capítulo XX: «Poniéndose Jesús en camino para Jerusalén, tomó aparte a sus discípulos y les dijo: Mirad que vamos a Jerusalén, en donde el Hijo del hombre será entregado a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas, y le condenarán a muerte, y le entregarán a los gentiles, y será escarnecido, y azotado, y crucificado: mas al tercer día resucitará».

Más [illegible] antes son aún y, sobre todo más solemnes, las

predicciones hechas en la noche de la visita de Nicodemus y en la última cena. Más que predicciones pueden llamarse clarividencias de Dios en los misterios de la redención.

Representémonos las escenas.

Nicodemus era un doctor de fama y autoridad; era, además, recto y justo, a quien, lejos de causarle envidia y desazón los grandes prodigios de Jesús, le habían impresionado profundamente y pensado que era imposible pudiera realizarlos sin tener a Dios de su parte. Por ello era, en realidad, discípulo suyo aunque no fuera con El ni manifestara abiertamente su adhesión, por respeto humano y miedo a los judíos.

Fuése una noche al Maestro, defendido por las tinieblas de la hora, y tuvo con El el más íntimo coloquio.

En la conversación le instruyó profundamente el Salvador sobre los misterios insondables de la Redención. Le dijo que era necesario renacer de nuevo por medio del bautismo de agua y por la gracia del Espíritu Santo para poder entrar en el reino de Dios, porque «lo que ha nacido de la carne, añadió, carne es, mas lo que ha nacido del espíritu es espíritu».

Preguntóle Nicodemus cómo podía realizarse ese nuevo nacimiento y si, por ventura, había de entrar de nuevo en el seno de su madre para efectuarlo. El gran Maestro tomó entonces el énfasis de las grandes solemnes revelaciones: «En verdad, en verdad te digo que nosotros no hablamos sino lo que sabemos bien, y no atestiguamos sino lo que hemos visto; vosotros, con todo, no admitís nuestro testimonio. Si os he hablado de las cosas de la tierra y no me creéis, ¿cómo me creeréis si os hablo de las del cielo? Ello es asi que nadie subió al cielo sino aquel que descendió del cielo; es, a saber, el Hijo del hombre que está en el cielo».

Y viene la magna revelación que constituye la esencia de su misión en el mundo:

«Al modo que Moisés en el desierto levantó en alto la serpiente de bronce, así también es necesario que el Hijo del hombre sea levantado en alto, para que todo aquel que cree en El no perezca, sino que logre la vida eterna. Que amó tanto Dios al mundo que no paró hasta entregarle a su Unigénito a fin de que todos los que creen en El no perezcan, sino que vivan eternamente. Pues no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que se salve el mundo por su medio». (Jn. III, 1-s.)

Trasladémonos a la noche de la última cena.

La ciencia cierta que tiene Jesús de su pasión y muerte la traduce en su conducta. Se encuentra rodeado de todos sus Apóstoles. Es la última reunión y despedida. Antes ha hecho que se le preparara el lugar, y, llegada la hora, se ha puesto a la mesa con los doce, y les ha dicho: «Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer, porque yo os digo que ya no la comeré otra vez hasta que la Pascua tenga su cumplimiento en el reino de los cielos».

La cena la celebra con todo el sentimiento y la emoción del que está condenado a muerte y como en capilla para el suplicio. Instituye la Eucaristía como un memorial perpetuo de su sacrificio próximo: es el sacrificio de su cuerpo, que será entregado en remisión de los pecados del mundo; de su sangre, que será derramada por los mismos...

Después sale hacia el Huerto de los Olivos, con plena conciencia de lo que ha de suceder, y allí cae de hinojos en tierra y pide al Padre que pase de El el cáliz de la pasión que se avecina y que le espanta y le hace temblar de pavor y aun sudar sangre.

Había llegado la hora de la venganza y el poder de las tinieblas... A Pedro, que quería oponerse a su prisión, le rechaza duramente, diciendo: «Apártate de mí, satanás; el cáliz que me ha dado mi Padre ¿no quieres que lo beba?».

LA TRAICION DE JUDAS

Estamos aún en la noche triste; es la víspera de la Pasión.

En Jerusalén estaba ya decidida la muerte de Jesús por los príncipes de los sacerdotes. «Ya veis que nada aprovechamos», se dijeron. «Todo el mundo se va en pos de El; si le dejamos así, soliviantará el pueblo y vendrán los romanos y acabarán de perdernos a nosotros y a nuestra ciudad».

Caifás, el sumo sacerdote, dió entonces un consejo: «Es necesario que muera uno para que se salve todo el pueblo».

Cristo, pues, había de morir a manos de los judíos: para ello era necesario apoderarse de El. ¿Cómo conseguirlo? Judas, el traidor Apóstol, les facilitó el camino. El desventurado lo tenía ya meditado todo. Hacía tiempo que venía acumulando aversiones y odios en su corazón. Era irreconciliable enemigo del Maestro, aunque nadie hubiera podido imaginar el abismo a que había de descender.

Le instigaba, además, la codicia.

Vió que el mundo entero se conjuraba contra el Maestro; pensó que los judíos comprarían su vida a cualquier precio, y allá se echó de cabeza, el desgraciado...

¡Pobre Judas!, y mientras tanto creía que su crimen permanecería oculto porque no había salido de las oscuras tenebrosidades de su conciencia.

Se sentó a la mesa con los demás Apóstoles y, a lo que parece, no lejos del Salvador, lleno de hipocresía y de malicia horrenda; comía despreocupado, el falso, y conversaba con todos... Quizá fingía amabilidad y agasajo. Pero ¡ay!,

notaba que el Maestro estaba triste, apesarado; de cuando en cuando le dirigía unas miradas que le penetraban hasta el fondo del corazón y parecían sondear la negrura de su conciencia...

El disimulaba y seguía adelante.

Al fin no pudo más la sensibilidad de Cristo, y se vió obligado a exteriorizarlo.

Nos dice el Evangelio que se turbó en su espíritu y que protestó: era el asco que le causaba el gran crimen. Al fin no pudo aguantarse más y hubo de desahogarse: «En verdad, en verdad os digo que uno de vosotros ha de entregarme»...

Terrible palabra.

¿Entregarte, Señor? ¿Quién es el infame, el malvado?...

—Sí; uno de vosotros, repite el Salvador, uno de vosotros ha de entregarme, y añade: «El Hijo del hombre va a la muerte como está escrito y determinado por Dios, pero ¡ay de aquel hombre por quien fuere entregado! Mejor le fuera a ése tal no haber nacido....»

Todos se miraban consternados y llenos de angustia; empezaron a preguntarle: «¿Por ventura soy yo, Señor?». «Uno de vosotros, repitió Cristo; uno de los doce que mete conmigo la mano en el plato, es el que ha de entregarme».

Judas era uno de estos últimos; se veía acosado por todas partes y descubierto.

Convulso y lívido se atreve también a dirigirse al Salvador, y encarándose con El, tiene la osadía de preguntarle: «¿Por ventura soy yo, Señor?». «Tú lo dices», le contestó Jesús, de modo que sólo él pudo entenderlo: «Tú eres el traidor, tú el infame...».

Estaba levantado el velo.

Judas era ya, aun para sí mismo, un criminal y un trai-

dor convicto. No le quedaba más que el despecho y la rabia. Recibió el bocado que Cristo le alargó, y con él, dice el evangelista, le entró Satanás.

Judas dejaba de ser apóstol y entraba de ejecutor del demonio...

«Lo que has de hacer, hazlo pronto, le dijo, rompiendo ya toda tregua el Salvador».

Judas se levantó entonces y salió del cenáculo poseído de Satanás, y se encaminó, ¿a dónde? A Jerusalén, a los príncipes de los sacerdotes, a los miembros del Sanhedrín, para contratar a Cristo.

Convino con ellos que se lo entregaría por treinta monedas. Ese fué el precio de su iniquidad y de la venta del Redentor.

NEGACIONES DE SAN PEDRO

Terminada ya la cena con sus discípulos y, dicho el himno de acción de gracias, salió el Salvador en dirección a Getsemaní muy entrada ya la noche.

Cruzaron las calles altas de la ciudad; pasaron el torrente de Cedrón. Estaban ya a la entrada del huerto de los Olivos, cuando Jesús, explayando la amargura de su espíritu, les dijo a sus Apóstoles: «Todos vosotros os escandalizaréis en Mí, esto es: Todos me abandonaréis, porque escrito está: heriré al pastor y se dispersarán las ovejas».

No pareció bien a los discípulos aquel anuncio profético y prorrumpieron en protestas de fidelidad. Especialmente Pedro, llevado, sin duda, de su sincero y ferviente amor al Maestro, se dirigió a El, por sí mismo, y le dijo: «Aunque todos se escandalicen, yo jamás he de escandalizarme».

«¿Que no te escandalizarás, Pedro? En verdad te digo que esta misma noche, antes de que cante el gallo, me habrás negado tres veces...».

Pedro, no obstante, se afirmaba más en lo dicho: «Aunque sea preciso morir contigo, yo nunca te negaré»; y lo mismo repetían los otros.

Hasta aquí el primer acto del doloroso drama.

Presenciemos el segundo.

Pedro va a penetrar en el interior del atrio del Pontífice.

La portera se encara con él, y le dice: «También tú andabas con Jesús Nazareno».

El Apóstol lo niega rotundamente: «¡Oh mujer, no sé lo que dices!».

Sigue adelante y se mezcla con la soldadesca que estaba sentada junto al fuego.

Llega al poco otra criada y, mirándole fijamente, dice a los circunstantes: «Este estaba también con Jesús Nazareno». Pedro vuelve a negarlo.

Por último, todos se afirman en la idea: «Seguramente que tú debes de ser uno de ellos, porque tu mismo lenguaje de galileo te descubre...». «¿Por ventura no te vi yo mismo en el huerto con El?», exclama un tercero, como cayendo en la cuenta...

Entonces, ¡oh debilidad humana!, el Apóstol lo niega por tercera vez, y aun añade imprecaciones y juramentos: «No soy, dice con coraje, no conozco a ese hombre».

¡Triste caída la de Pedro!

¿Es él el que hacía una hora tanto blasonaba de sí y afirmaba que jamás le negaría?...

«¡No conozco a ese hombre!...». Eran las palabras más bochornosas que podía pronunciar. ¡No conoce a Cristo, al gran profeta y taumaturgo, de cuyas maravillas estaba llena la tierra! ¡No conocía a aquel que preguntándole en Cesárea de Filipos qué opinaban de El los hombres, levantó su voz enardecida y adelantándose a los demás, inflamado por el

Espíritu Santo, con la diestra extendida hacia El y estática la mirada, pronunció la magnífica confesión: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo...»! ¡No conocía a aquel que en premio de su afirmación le honró con la dignidad de Príncipe de los Apóstoles y fundamento de su Iglesia; a aquel a quien poco antes, en el Tabor,: había contemplado con admiración en el esplendor magnífico de su gloria!...

Acababa San Pedro su última negación, cuando dice el evangelista que pasó por allí Jesús y, volviendo la vista, miró al Apóstol.

Efectivamente, en aquel mismo instante el divino reo, acompañado de soldados, con las manos atadas a las espaldas como un malhechor, descendía de la presencia de Caifás y pasaba por allí a través del atrio, en dirección al calabozo donde debía quedar lo restante de la noche.

No hay que decir lo trágico del momento.

Cristo, que había estado ciego a todo lo que pasaba a su alrededor; El, que como cordero paciente, no había abierto sus labios desde que fuera apresado, volvió los ojos al Apóstol y le miró; pero su mirada fué una mirada divina, de infinita misericordia; la mirada que hace en un instante de un pecador un santo, de un apóstata un incomparable penitente...

Pedro cayó en la cuenta en seguida del abismo en que se había precipitado. Había para desesperar, pero el rostro de Cristo, aunque lleno de dolor y de tristeza, henchido también de compasión y de bondades, le infundía alientos... No desesperó como Judas, sino que salió afuera a llorar amargamente su pecado.

RUINA DE JERUSALEN Y SU TEMPLO

Era el día de la entrada triunfal del gran Profeta en Jerusalén: el Domingo de Ramos. Rodeado de ingente muche-

dumbre que le vitoreaba entusiasta avanzaba el Maestro hacia la capital de Israel entre aclamaciones y cánticos de entusiasmo.

Todo era gloria y triunfo. Pero he aquí algo imprevisto.

Al llegar, en su camino, a la cumbre del monte de los Olivos, desde donde se divisa la ciudad, se ha parado repentinamente, y dirigiéndola una mirada expresiva, ha prorrumpido en llanto desolador: «¡Ay si conocieses también tú, dice, por lo menos en este día, que te he dado, lo que puede traerte la paz!; mas ahora, está todo ello encubierto a tus ojos. Porque vendrán unos días sobre ti en que te circunvalarán tus enemigos, y te rodearán de contramuros, y te estrecharán por todas partes, y te arrastrarán con tus hijos, que tendrás encerrados dentro de ti, y no quedará en ti piedra sobre piedra, por cuanto has desconocido el tiempo en que Dios te visitó». (Lc., XIX.)

Otro día dícele uno de los Apóstoles, entusiasmado al divisar el templo y mostrándole la grandiosidad de su fábrica: «Maestro, mira qué piedras y qué edificio». Jesús le dió por respuesta: «¿Veis todas esas magníficas construcciones?, pues serán de tal manera destruídas, que no quedará en ellas piedra sobre piedra». (Mc. XIII; Lc. XIX.)

El cumplimiento de estas profecías es algo que supera a lo maravilloso. Ya lo tocamos en el primer capítulo, pero éste es el lugar propio para una más amplia exposición.

Los datos nos los suministra un historiador judío, no cristiano, Flavio Josefo, en su libro «De bello judaico».

Era el mes de abril del año 70 de nuestra Era.

Fecha la más fatídica para el pueblo de Israel.

El ejército romano, guiado por el hijo del emperador Vespasiano, Tito, apareció en el horizonte sobre Jerusalén. Co-

menzaba el horrible asedio, uno de los más memorables de la Historia.

La magnífica resistencia de los patriotas exasperó a los sitiantes, que no se resignaban a soltar la presa.

Varias veces intentó el caudillo negociar la rendición de la plaza, pero sus ofrecimientos fueron rechazados con cólera. Quiso entonces amedrentar con el terror a los que no podía reducir de grado. Se apoderó de los merodeadores que, por la noche, salían al campo, e hizo crucificar a quinientos de los mismos a poca distancia de las murallas, mientras enviaba a los demás a la ciudad con las manos cortadas...

Estas crueldades no lograron otra cosa que endurecer más los ánimos de los judíos.

El cuadro se fué haciendo más siniestro cada vez.

La ciudad, poblada en exceso por la afluencia de innumerables refugiados, experimentó muy pronto la acción del peor de los enemigos: el hambre. Los necesitados blandían sin cesar el puñal y la espada para arrancar víveres a los ricos y a todos cuantos creían retenerlos.

Los pobres, y muchos otros aun ricos a quienes sus tesoros no servían de nada, se disputaban algunas hierbas o raíces y hasta buscaban el estiércol.

Un escalofrío de terror sacudió la ciudad cuando se supo que una madre había degollado a su propio hijo para alimentarse de su carne...

Agotados y desesperados, los infelices se dejaban caer, arriesgando en ello su vida desde lo alto de los muros; otros, se escapaban por las alcantarillas para buscar un refugio y alimentos en el campamento romano. Muchos, expiraban cuando iban a lanzarse sobre la comida que les ofrecían los sitiadores. Casi todos eran detenidos antes de llegar a las filas enemigas: los árabes les abrían el vientre y buscaban

en sus entrañas el oro y las alhajas que sospechaban haberse tragado... Otros, se extendían por las calles o por las terrazas de las casas, y miraban por última vez el templo, aguardando la muerte con los brazos contraídos sobre el estómago.

Ya era imposible enterrar los cadáveres y se les precipitaba por encima de las murallas. Amontonados confusamente se pudrían en los valles del Cedrón y de Ben-Hinnon...

«¡No, exclamaba Tito, al percatarse de tanta desolación. Pongo al cielo por testigo; yo no soy responsable de estos horrores».

Al principio del mes de agosto fueron rechazadas nuevas proposiciones de paz.

El hijo del emperador dió entonces la orden de asalto.

El templo fué el primero en ser atacado. Se prendió fuego a los pórticos. Tito mandó a sus legionarios que lo apagaran a toda costa, pero estaba de Dios; los judíos se precipitaron sobre ellos creyéndoles incendiarios, y entonces un soldado romano se hizo subir a lo alto de una ventana e impulsado, dice Josefo, por una fuerza divina, lanzó un tizón ardiendo a una cámara adosada al santuario.

Pronto se desarrolló con furia el incendio.

El emperador reiteró sus órdenes, pero los soldados fingían no oírlas. Mandó a los centuriones que acometieran con sus espadas a los que se negaban a obedecer, pero todo fué en vano. De repente, del interior del templo, se vieron salir torbellinos de humo que se lanzaban hacia las nubes. Resonaron gritos de consternación desesperada que se repitieron en todos los barrios de la ciudad: «¡El santo de los santos, el santo de los santos está ardiendo...».

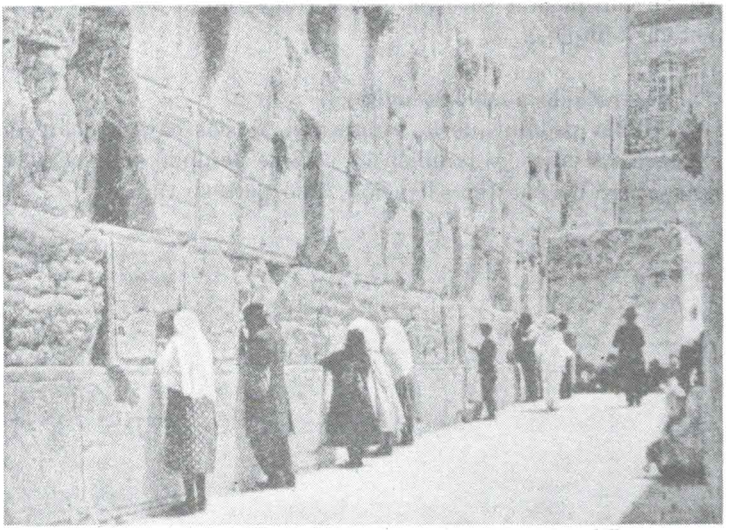
Ya era tarde.

Imposible detener la furia de las llamas y la rabia de los soldados.

En medio de los muros que crujían y se desplomaban, combatientes y defensores eran asesinados sin compasión...

Por fin cesó la lucha con la conquista de la metrópoli. Tito mandó arrasar lo que quedaba del templo y la ciudad...

Según el testimonio del historiador judío a que nos refe-



EL MURO DE LAS LAMENTACIONES. — Está hecho con los sillares del derruído templo de Jerusalén. Junto a él se ve con frecuencia a los judíos llorando la desgracia de su patria

rimos, en solo el recinto de Jerusalén perecieron un millón y cien mil hombres.

En toda Judea, más de un millón trescientos mil...

El número de prisioneros se elevó a noventa y siete mil.

Los mercados de esclavos quedaron repletos de judíos.

Así terminó la horrible hecatombe.

Cristo había predicho que la ciudad sería rodeada y abatida y que del templo no quedaría piedra sobre piedra: su vaticinio se había cumplido al pie de la letra.

Sobre el solar del antiguo templo de Israel, se eleva al presente una mezquita árabe, la de Omar...

Aun puede contemplarse a multitud de judíos que se congregan y se postran ante «*el muro de los lamentos*», construído con piedras sacadas de las ruinas de su antiguo y venerado templo...

Desgraciado pueblo israelítico.

¡Había pedido que la sangre del Mesías cayera sobre él y sobre sus hijos, y también en esto se cumplió su execrable grito, pero no para su salvación, sino para su ruina!

13 (Hofmann)

«Si éste fuera Profeta conocería quién y cuál es la mujer que le toca, que es pecadora» (Lc. VII, 39).

XIII

JESUS PROFETA (II)

(El poema del amor)

SUMARIO: Extasis de Jesús y visión de su futuro triunfo. - El grano de mostaza. - El día de Pentecostés. - Expansión de la Iglesia y conversión del mundo. - Dificultades de la empresa. - Conquista de la humanidad por el amor

Se ha dicho con razón que el amor se merece pero no se exige.

Exigir el amor de los hombres es exigir demasiado; exigirlo por encima de todo otro amor, exigirlo más grande que el amor de la madre hacia su hijo, del hijo hacia sus padres, de los hermanos y esposos entre sí, es exigir, humanamente hablando, un absurdo.

Si hubiera algún hombre que se atreviera a ello, diríamos que es un loco; un loco o un Dios, pues sólo Dios tiene derecho a amor semejante.

Y éste es, precisamente, el caso de Jesucristo.

El exigió un día, imperiosamente, el amor de los hombres, y profetizó que lo obtendría: su vaticinio se ha cumplido al pie de la letra: Cristo no puede ser, por tanto, un mero hombre: es juntamente Dios.

VISION DEL FUTURO TRIUNFO

Era uno de los días próximos a la Pasión, después de la entrada triunfante del divino Maestro en Jerusalén; el lunes o el martes santo. Nos cuenta San Juan en su capítu-

lo XII, que ciertos gentiles expresaron su deseo de ver a Jesús, y para conseguirlo pusieron por mediador a Felipe, quien les condujo a El.

El Hijo de Dios parece que presintió en la petición de los gentiles la próxima conversión a su fe y evangelio del paganismo, y en un arrobo místico de gozo hizo estas solemnes revelaciones:

«Venida es la hora en que debe ser glorificado el Hijo del hombre. En verdad, en verdad os digo que si el grano de trigo después de echado en tierra no muere, queda infecundo, pero si muere, produce abundante fruto: así el que ama desordenadamente su vida la perderá; mas el que la aborrece en este mundo, la conserva para la vida eterna... Ahora mi alma se ha conturbado y ¿qué diré? ¡Oh, Padre!, líbrame de esta hora para la cual he venido al mundo. ¡Oh Padre!, glorifica tu santo nombre. Al momento se oyó del Cielo esta voz: Le he glorificado ya y le glorificaré más todavía.

La gente que allí estaba y oyó el sonido de la voz decía que aquello había sido un trueno. Otros afirmaban: Un ángel le ha hablado. Jesús les respondió y dijo: esta voz no ha venido por mí, sino por vosotros. Ahora mismo va a ser juzgado el mundo; ahora el príncipe de este mundo va a ser lanzado fuera. Y cuando yo fuere levantado en lo alto sobre la tierra, todo lo atraeré hacia mí mismo...»

Cristo profetiza aquí, como se ve, su triunfo y conquista de la Humanidad después de su muerte.

Ya antes lo había afirmado de una manera algo velada bajo la semejanza de una parábola, pero tan categórica como gráficamente:

«Semejante es, dijo, el reino de los cielos al grano de mostaza, el cual tomó en sus manos un hombre y lo sembró en su campo. El es a la vista la más menuda entre todas las semillas, mas en creciendo viene a ser mayor que todas las legumbres y hácese árbol, de forma que las aves del cielo bajan y se posan en sus ramas». (Mt. XIII, 3, s.).

Por la frase: «El reino de los cielos» entiende aquí el Salvador, como en casi todas las parábolas, no lo que comúnmente solemos llamar el cielo, la gloria o vida eterna después

de la muerte, sino su propio reino mesiánico, el que venía El mismo a fundar; la sociedad de los creyentes en su palabra, la Iglesia. Esta sería en su origen y espléndido desarrollo como la simiente referida. Comenzaría por principios insignificantes, pero germinaría y se desarrollaría rápida y profusamente hasta llenar el mundo y cobijarlo bajo sus ramas.

El día de la Ascensión a los Cielos anuncia ya el comienzo de su actuación clara y solemnemente. Da sus recomendaciones últimas a los discípulos, y les dice:

«Y vosotros permaneced en la ciudad hasta que seáis revestidos de la fortaleza de lo alto... Recibiréis la virtud del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y me seréis testigos en Jerusalén y en toda la Judea y en Samaria y hasta los últimos confines de la tierra... Se me ha dado todo poder en el Cielo y en la tierra: Id al universo mundo y predicad el Evangelio a toda criatura... Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos»...

EL DIA DE PENTECOSTES

Es el gran día de la victoria y el comienzo oficial de la nueva Era del mundo.

Los Apóstoles se encuentran reunidos en el Cenáculo en espera de los anunciados acontecimientos: allí permanecen en oración con María, la Madre de Jesús. Sus nombres ya los conocemos, son: Pedro y Juan, Santiago, Andrés, Felipe, Tomás, Bartolomé, Mateo, Santiago de Alfeo, Simón Zelotes y Judas, hermano de Santiago...

Repentinamente, leemos en los Hechos, se sintió un gran estruendo cual si fuera la acometida de un fuerte vendaval sobre la casa; luego, apareció una llama que, dividiéndose en sí misma, fué a posarse sobre la cabeza de cada uno de ellos en forma de lengua de fuego.

Es el símbolo del Espíritu Santo que tomó posesión de los mismos.

Los Apóstoles aparecieron desde este punto trocados y convertidos en otros hombres.

Comenzaba con ello la gran obra.

Embriagados por el soplo inspirador se lanzaron a la calle. Pedro, siempre el primero, tomó, en nombre de todos, la palabra. En su discurso habló de Cristo crucificado por las autoridades de Israel, pero que resucitó de entre los muertos...

Nadie hubiera podido reconocer en él al rudo pescador de Galilea, al tímido discípulo que tembló ante la voz de la criada y negó al Maestro...: su palabra era elocuente, persuasiva, de fuego...

A las afueras del Cenáculo acudieron innumerables gentes de la capital, de los pueblos de Palestina y de todas las regiones de la Diáspora, venidos entonces a Jerusalén con ocasión de las solemnidades pascuales. Todos oyeron estupefactos...

Al terminar Pedro, se dieron por convencidos, y en número de tres mil pidieron ser bautizados.

Al poco repitió el afortunado apóstol su discurso en presencia de otro gran gentío que había acudido al templo al tener noticia del gran milagro realizado por el mismo en un cojo de nacimiento que allí pedía limosna. El ambiente se estaba caldeando en Jerusalén. Todos se sentían vivamente impresionados por la divina virtud que se mostraba en aquel hombre, y fueron cinco mil los que se convirtieron...

Se formaba con esto la primera célula o comunidad cristiana en la capital judía. Comunidad que había de crecer rápidamente con nuevas conversiones en masa, en Samaria y en toda Judea y Galilea.

LA CONQUISTA

Y llegó el momento de la dispersión.

El espíritu de Jesús impelió a los Apóstoles a rebasar las fronteras de Israel e internarse en el paganismo, en donde había otras ovejas que conducir al aprisco, para conseguir de este modo que hubiera un solo redil y un pastor solo.

Era necesario ir a la conquista, al asalto del mundo...

Antes de partir se reunieron en Jerusalén, en el primer concilio cristiano, y redactaron el Símbolo de la Fe, el Credo de nuestros dogmas... Después, marcharon...

Cada uno de ellos tomó una dirección distinta: Juan se encaminó al Asia Menor; Felipe, a la Mayor; Andrés, a los escitas; Tomás, a los partos; Bartolomé llevó el Evangelio hasta la India; Simón, a Persia; Matías, a Etiopía; Santiago, a España; Pablo, a Grecia, a Licaonia, España y Roma; Pedro, al Ponto, Galacia y Capadocia, Asia y Bitinia; llegó a Italia y fijó su residencia en Roma, en donde murió crucificado como su Maestro, en los tiempos de Nerón...

LA CONVERSION DEL MUNDO

Pocos años después de la Resurrección de Cristo ya escribía San Pablo que «el Evangelio se anunciaba en toda la tierra».

De Nerón afirma Tácito, el gran historiador romano, que hizo matar en Roma «a una gran multitud» de cristianos. Esto sucedía hacia el año 64, unos treinta después de la muerte de Jesús. Del 99 al 100, dice Plinio en carta a Trajano desde Bitinia: «Esta secta nos inunda; ha invadido ciudades y aldeas, y nuestros templos quedan desiertos».

Del 150 al 170 añade Tertuliano, dirigiéndose a los gentiles, las palabras que se han hecho famosas: «Somos de ayer y ya lo llenamos todo... sólo dejamos vacíos vuestros templos».

A principios del siglo III decía Dióscoro, ministro de Alejandro Severo: «De tal modo crece esta raza, que las leyes son impotentes para destruirla...» En 235 el emperador Máximino declara, en un edicto, que «casi todos los hombres abandonan el culto de los dioses para hacerse cristianos...»

Los convertidos pertenecen a todas las clases sociales, aun las más elevadas. San Pablo habla de «los cristianos que pertenecen a la casa del César». San Ireneo, de «los que estaban en la corte imperial». Dionisio de Alejandría añade que la de Valeriano era «como una iglesia de Dios».

En tiempos de Diocleciano eran numerosos los fieles que se encontraban con cargos palatinos, y eran cristianas aun la esposa e hija del mismo Emperador... En los de Domiciano se cuentan hasta consulares...

Harnack calcula que a fines del siglo III había ya establecidos 1.500 obispados en Oriente. En Egipto, 64; en Africa, 125; en Italia, 60; en España, 37; en la Galia, 21, y en Bretaña, 3.

Desde el Ganges hasta el Extremo Oriente; desde Escocia hasta el desierto de Sahara, florecían comunidades cristianas.

Finalmente, en 312, el emperador Constantino constituye la religión cristiana en religión del Estado...

La Iglesia, pues, bañada en su propia sangre durante tres siglos, había superado las más sangrientas persecuciones y salido de ellas fortificada, después de haber derrocado el paganismo...

Estos son los datos.

En tres siglos escasos, la religión del Crucificado se hizo dueña de las ciudades todas de las vastas regiones del gran imperio: quedaban tan sólo diseminados entre las mismas

algunos pueblos y aldeas en donde no habían penetrado aún las ideas del Evangelio, pero a donde llegarían muy pronto y en donde arraigarían más profundamente todavía: eran los *pagos* latinos, de donde el nombre de paganos.

DIFICULTADES DE LA EMPRESA

No cabe duda que el hecho es singular y portentoso.

Reflexionemos un instante sobre él.

Ahora se nos ofrece el cristianismo como algo grande y magnífico.

Es una sociedad o familia gigantesca llena de prestigio, extendida por el mundo y que representa la más alta culminación del espíritu humano, con veinte siglos de existencia y más de mil millones de adeptos...

Pero quitémosle toda la espléndida frondosidad que la circunda y no dejemos en ella más que lo que tuvo en sus comienzos: una cruz de palo y colgado de ella y muerto su Fundador como malhechor vulgar y facineroso... Despojémosla de la aureola de sabios que la prestigian; quitémosle todo el poder oficial de reyes y emperadores de que ha sido objeto en el transcurso de los siglos; los esplendores de su culto en las milenarias góticas catedrales; olvidemos sus concilios, reuniones máximas del saber y de la santidad en el mundo, y mostrémosla inerme en toda su pobreza, sin más partidarios que unos judíos extranjeros...

Enfrentémosla, después, con el mundo pagano, carcomido de vicios, adherido a la superstición hereditaria y secular, refractario a toda moral y sujeción; representémosla predicando la virtud, el vencimiento propio, el amor al trabajo, la condenación de la lujuria, del divorcio, del adulterio, del robo y del fraude; aboliendo el culto tradicional, abominando de sus dioses, adorando como a Dios único a un hombre ajusticiado y muerto en un patíbulo...

¿Qué resultado, humanamente hablando, pronosticamos? No es necesario ser profeta.

No hay esperanza siquiera de suceso. La nueva religión y más aún los hombres que la importan son incapaces, inhábiles, para tan alta empresa. Vencer al mundo pagano, hacerle cambiar de dirección y de ideales, transtornar su filosofía, su moral y su culto, es asunto demasiado arduo para tan flacos medios...

Si contara, al menos, con el poder oficial y de las armas... ; si tuviera del lado suyo la relajación de los placeres carnales... ; si pudiera apoyarse en la elocuencia y sabiduría de sus predicadores, en la influencia y riquezas de los suyos... ; podría quizás esperarse algo. Mahoma impuso su religión a innumerables tribus porque contó ya desde sus comienzos con un ejército de cien mil soldados, con jefes fanáticos y decididos, ansiosos de botín y de gloria. Sus prosélitos los hizo la cimitarra... El socialismo y el comunismo, en nuestros días, han llevado tras sí a grandes masas trabajadoras esgrimiendo el arma de los abusos sociales, prometiendo felicidades sin cuento, mintiendo paraísos en la tierra... El protestantismo se propagó rápidamente por Alemania y países nórdicos siguiendo a frailes concubinarios y reyes apóstatas, acuciados todos por el ansia de sacudir el yugo de la moral católica... Pero la nueva religión de Jesucristo no cuenta con nada de todo esto ; no goza ni de poder oficial, ni de fuerza armada, ni de elocuencia, ni de filosofía, ni de desahogo de pasiones ; no promete utopías y felicidades terrenas, antes por el contrario, predica una moral rígida, abnegación, y sacrificio, y martirio...

Lo repetimos: humanamente hablando no se prevé más que el fracaso y el desprecio...

Sin embargo, ¡fenómeno singular!

Los ignaros y rudos pescadores salen con su empeño y triunfan.

Sojuzgan y doman al gran imperio; derrocan el paganismo; destronan a Júpiter y a Venus, a Mercurio y a Apolo, y colocan en su sitio a un galileo crucificado en el Gólgota. Hacen acatar su religión y su moral, y, lo que es más, identificarse tan intimamente con ella, que la estiman por encima de todo lo criado, y mueren gustosos por su causa, en medio de los mayores suplicios, a millones...

Confesemos que eso no es triunfo de hombres, sino de Dios.

De nuevo la profecía de Jésucristo: «Cuando yo sea levantado sobre la tierra, atraeré todas las cosas hacia mí». «Me seréis testigos en Jerusalén, y en Samaria, y hasta los extremos de la tierra»... Es la virtud del grano de mostaza, «que, siendo la menor de las semillas, brota y se desarrolla pujante y se convierte en árbol frondoso, capaz de cobijar a las aves del cielo que vienen a posarse sobre sus ramas».

EL TRIUNFO POR EL AMOR

Queda lo más extraordinario aún.

Cristo conquistó el mundo para su religión, imponiendo su culto y sus ideas morales y religiosas a la humanidad... Hizo otra cosa también más difícil: lo conquistó por el amor. Ganó los corazones de los hombres llenándolos de un afecto hacia sí que equivale a la exaltación y al delirio.

¡El triunfo de Cristo por el amor!

Tiene San Mateo una página en su Evangelio que no puede menos de emocionar al que la lee: es aquella en que expresó el Hijo de Dios las condiciones necesarias para seguirle.

Exige allí, abiertamente y sin rebozos, el amor de los hombres, pero no un amor cualquiera, sino un amor soberano y absoluto que está por encima del amor a la propia vida, la cual hay que perder por su causa si es preciso... por en-

cima del amor de los padres a sus hijos, de los esposos y hermanos entre sí...

«El que perdiere su vida por Mí, la hallará». «El que ama a su padre o a su madre más que a Mí, no es digno de Mí».

Extraña ambición, como ya anotamos al principio.

Pretender ser amado por encima del amor a la propia vida, del amor de los padres y de los hijos... eso sería un sacrilegio si no fuera Dios el que lo exige.

Pero, ¿lo ha obtenido?

Sí, y esa es la sorpresa; mejor, la inaudita realidad.

Se cumplió al pie de la letra su exigencia.

Apenas había muerto en el Calvario, cuando una corriente de delirio por El estremeció el mundo. Surgió, como por ensalmo, una generación de hombres y de mujeres y aun de niños que le amaron hasta la locura... Fué un Pablo que deseó ser desatado del cuerpo para ir a su presencia: Pablo, cuya vida era Cristo y el morir una ganancia... Fué Andrés que dirigió requiebros amorosos a la cruz en donde había de ser crucificado; fué el protomártir Esteban que rogó por sus verdugos mientras le estaban martirizando; fué Ignacio, mártir, que prohibió a los cristianos que, movidos por el cariño hacia él, intercedieran ante el Poder público para que le perdonaran el martirio, pues ello sería retrasarle la anhelada muerte por Jesús y el momento de unirse a El... ¡Página incomparable ésta del acta de su martirio! «Me recelo, dice, de vuestra mal entendida caridad. Os es fácil oponeros a mi muerte, pero con ello os opondréis y estorbaréis mi dicha. Soy trigo de Cristo; es necesario que sea molido por los dientes de las fieras para llegar a ser pan digno de ser ofrecido a Cristo...; que el fuego me reduzca a cenizas; que una cruz me haga acabar con una muerte cruel y lenta; que echen sobre mí tigres furiosos y leones hambrientos...; yo lo sufriré todo con alegría, con tal que por este medio llegue a la po-

sesión de Jesucristo. Mi corazón suspira por Aquel que ha muerto y resucitado por mí».

No es menos admirable el sacrificio del amor materno y filial.

Es el tiempo de la persecución de Marco Aurelio, en el siglo II.

Santa Felícitas.

Matrona romana, tiene siete hijos que constituyen su más legítima gloria. Es conducida al Juez. «Sacrifica», le dice éste. «Yo declaro públicamente que soy cristiana, y no me es lícito sacrificar a los falsos dioses»... «Desgraciada, le increpa el Juez, si a ti te es suave el morir, ten piedad, al menos, de tus hijos».

La madre se vuelve a ellos y les dice: «Hijos míos, mirad al Cielo, allí está Jesucristo; pelead por El». «Eres muy atrevida». «Yo no hago sino cumplir las órdenes de mi fe»...

Son llamados los hijos; los atormentan, pero confiesan valerosamente su fe. La madre presencia la horrible carnicería, llena de entusiasmo. Al fin son precipitados desde una altura...

San Pedro Crisólogo dice de ella, haciendo su panegírico, que paseaba ante los cadáveres de sus hijos más orgullosa que paseó ante sus cunas...

Santa Tadita, mártir de Sicilia.

Es llamada para sacrificar. «No puedo, soy cristiana», responde.

Le quitan a su hijito de entre los brazos y le azotan. El hijo llora, pero rechaza al que le halaga: el verdugo lo coge de los pies y lo estrella. La madre cae entonces de hinojos

y exclama: «Señor, os doy gracias porque mi hijo ha obtenido la corona de la inmortalidad».

San Bárulo.

Es un niño de seis años. «Preguntad a este niño inocente qué piensa de vuestros dioses», dice la madre a los gentiles. El niño: «No hay más que un Dios, Jesucristo»...

Es azotado y desgarrado. Todos presencian, llenos de horror, la sangrienta escena, menos la madre, que le exhorta y felicita. Pide el niño de beber, y la madre le reprende esta debilidad. Es condenado a muerte. No puede andar al martirio por sus propios pies, pues tiene todo el cuerpo descoyuntado por las torturas... La misma madre lo toma en sus manos y lo lleva al sacrificio: le da el último beso y le dice: «Hijo mío, me encomiendo a tus oraciones».

Los cuarenta mártires de Sebaste.

Los han metido en un estanque helado.

Todos oran a Dios les dé valor para que sean 40 las coronas.

Desfallece uno, pero le sustituye un soldado.

El más joven de todos ellos es Melitón. Al ser azotado, le contempla su madre y le exhorta.

Sobrevive al tormento en el cual han perdido la vida los compañeros restantes; por eso, al venir el carro para llevarse los cadáveres y quemarlos, es abandonado él. La madre cree aquello una cruel piedad, y coge a su hijo entre los brazos, pues no podía andar tampoco, y ella misma lo pone dentro del carro, para que sea quemado con los otros...

En el camino expiró.

Santa Perpetua.

Delante de ella están el padre y la madre y un hijito de pocos meses.

«Ten compasión de la vejez de tu padre, le dice éste; muévate la vista de tus hermanos, de tu madre y de tu hijo, que no podrá sobrevivir si tú mueres...» Diciendo esto le besaba las manos.

Después se echó a sus pies, todo bañado en lágrimas.

Llegó el momento del martirio: el Juez le ofreció la libertad y la vida si renunciaba a Cristo y sacrificaba. «No sacrificaré; soy cristiana», respondió la heroína, y se aprestó al martirio...

Un soldado finalmente: Nicandro.

El Juez le exhorta a la apostasía.

«Con un poco de incienso honra a los dioses». Está presente su esposa Daría, y le dice: «Guárdate de consentir; ten mucho cuidado de no renegar de Jesucristo».

El Juez le increpa: «Mala mujer, ¿por qué deseas la muerte de tu marido?» «Para que viva para Cristo y no muera jamás».

Queda probado nuestro aserto.

Cristo exigió el amor absoluto de los hombres, y lo ha obtenido.

Se le ha amado más que al padre y a la madre, a los hijos, al esposo y a la esposa: se le ha amado más que a la propia vida.

«Muchas veces he pensado esto, dijo el mismo Napoleón: y es lo que más me admira; Cristo exigió ser amado de los hombres, y lo ha conseguido. Ello me demuestra que Jesucristo es Dios».

CONSEJOS EVANGELICOS

Hasta sus meras indicaciones y consejos se han cumplido.

Un día dijo, en el sermón de la montaña: «*Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los Cielos*».

Era un consejo nada más y, sin embargo, ahí están ese ejército incontable de hombres y de mujeres que lo abandonaron todo y se abrazaron con la pobreza en la vida religiosa o monástica, en medio de un mundo en que todo es codicia de riquezas y egoísmo...

«*Bienaventurados los misericordiosos*»... y se ha visto surgir, como por ensalmo, una pléyade de hombres y de mujeres, verdaderos héroes y heroínas: esas sublimes religiosas y religiosos, ministros de los enfermos, convertidos en paño de lágrimas de la humanidad doliente, sepultados en los Hospitales, en los Asilos y Beneficencias, en las Leproserías y Manicomios...

«*Id y predicad el Evangelio a toda criatura*»... y surgieron los misioneros de entonces y los de todos los tiempos: ese otro ejército intrépido, el más portentoso de los siglos; más de cuarenta mil son en la actualidad. No hay territorio importante ni isla, por pequeña que sea, en el mundo, a que no haya llegado su celo y resonado su voz, sin que hayan sido parte para detenerles ni la separación de la patria y de los seres queridos, ni los mortíferos climas, ni las más sangrientas persecuciones.

La Cruz redentora se eleva por ellos en todas las latitudes, y el Evangelio se anuncia en todas las lenguas...

En fin:

LA LOCURA DE LA CRUZ

¡Fenómeno extraño y exclusivo del cristianismo y meta inaccesible del amor!

Cristo llegó hasta a provocar en el mundo un flujo incoer-

cible de ansias de padecer, de sacrificarse y morir por su causa.

En frase de San Pablo le llamaríamos *locura, insania crucis;* la locura de la Cruz...

Ya en los Hechos de los Apóstoles leemos que éstos salían gozosos de los azotes y de la presencia de los tribunales y de los concilios, por haber sido dignos de padecer contumelias por el nombre de Cristo.

San Andrés requiebra y endecha como un enamorado a la Cruz en que ha de morir, «deseada por tanto tiempo, tan solícitamente amada y buscada tan sin descanso»... (Brev. 30 nov.)

El Apóstol de las gentes «se alegra en las contumelias, necesidades y persecuciones y angustias por Jesucristo» (II Cor. XII, 10), y declara que no quiere «gloriarse en otra cosa sino en su Cruz». (Gal. VI, 14.)

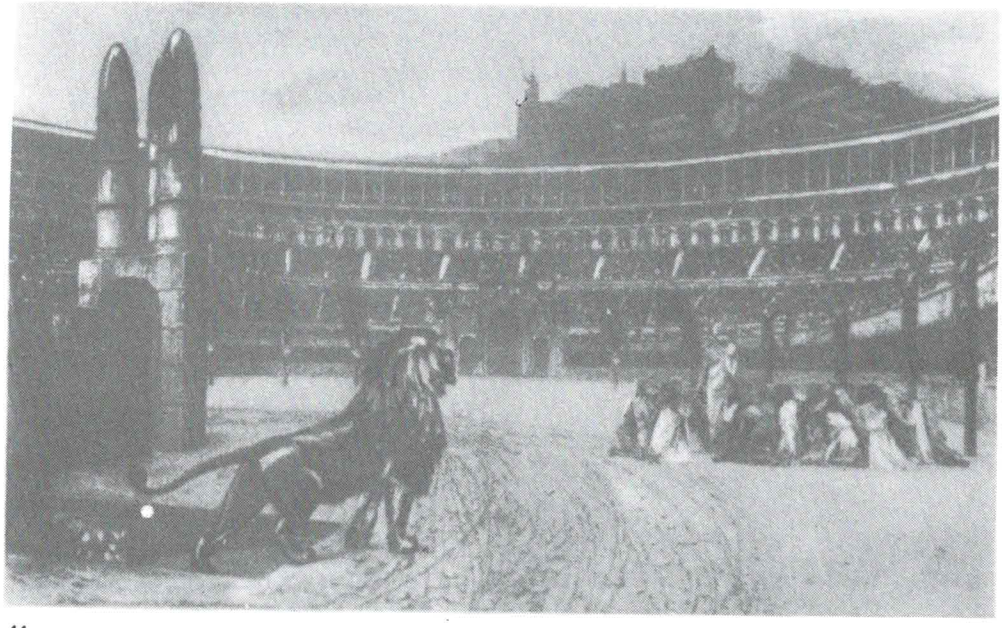
El fundador de la Compañía de Jesús declara, en el tercer grado de humildad, que «siendo igual alabanza y gloria de la Divina Majestad, por imitar y parecer más actualmente a Cristo Nuestro Señor, quiere y elige más pobreza con Cristo pobre, que riqueza; oprobios con Cristo lleno de ellos, que honores, y desear más ser estimado por vano y loco por Cristo, que primero fué tenido por tal, que sabio y prudente en este mundo»...

San Juan de la Cruz pide a Dios «*pati et contemni pro Te*», padecer y ser despreciado por su causa...

San Francisco de Borja tiene por perdido e inútil el día en que no ha padecido algo...

Santa Teresa declara que quiere «o padecer o morir»...

Santa Magdalena de Pazzis, «padecer y no morir»... y Santa Margarita María de Alacoque, «que no encontrará descanso hasta que no se vea en un abismo de humillaciones y padecimientos»...



«Pro Christo, pro Christo!»

Los cristianos arrojados a las fieras en el Circo Máximo de Nerón.

XIV

JESUS PROFETA (III)

(La tragedia del odio)

SUMARIO: Cristo profetiza las luchas y el triunfo de su Iglesia. - Jerusalén. - Bautismo de sangre. - La conversión de San Pablo; Herodes Agripa. - Roma: Las diez persecuciones; Nerón, Decio, Valeriano y Diocleciano. - El número de los mártires y la crueldad de los tormentos. - Heroísmo sobrenatural. - Conclusión

Recordemos de nuevo el episodio de Cesárea de Filipo.

Jesús pregunta a sus discípulos qué opinan los hombres sobre El. «¡Señor!, contestan ellos, unos dicen que sois Juan Bautista resucitado; otros, que Elías; otros, que Jeremías o alguno de los profetas».

¿Y vosotros?, continuó el Maestro.

Entonces, Pedro, tomando la palabra, se adelanta decidido y dice: «Tú eres el Cristo o Mesías, el Hijo de Dios vivo».

El Divino Salvador no contradice la afirmación de su Apóstol, antes, por el contrario, la aprueba plenamente y aun le alaba por ella: «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, pues no es la carne ni la sangre la que te ha revelado esto, sino mi Padre que está en los cielos... Yo, a mi vez, te digo: Tú eres Pedro, y sobre esa piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella».

Otras predicciones.

Es la noche de la última cena y se despide de los doce.

Abiertamente les anuncia su porvenir, y les dice: «Acordaos de que no es el siervo mayor que su amo; si a Mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán»... Les envía como a corderos entre lobos y les advierte que les arrojarán de las sinagogas, les entregarán a los príncipes y tribunales y les matarán y serán objeto de odio a todos por su causa, pero que tengan paciencia, porque en ésta está su triunfo...

A San Pedro, especialmente, le manifiesta: «Simón, Simón; he aquí que Satanás os ha pedido para cribaros como el trigo...» «Cuando eras joven, tú mismo te ceñías e ibas a donde querías; mas cuando seas viejo, otro te ceñirá y te llevará a donde no quieres». Decía esto, añade el evangelista, significando la muerte con que había de glorificar a Dios.

Bastan los pasajes aducidos.

Ellos confirman plenamente la idea: Cristo anuncia persecuciones a los suyos, tempestades y luchas a su Iglesia. El demonio y sus poderes en la tierra, la maldad, las pasiones de los hombres, querrán aniquilarla, pero no lo conseguirán.

Dediquemos el presente capítulo al cumplimiento de estos nuevos vaticinios, reduciéndonos exclusivamente a los primeros siglos: A Jerusalén y Roma, esto es, a las sangrientas persecuciones de los judíos y del Imperio.

JERUSALEN

Acaba de salir del Cenáculo la religión del divino crucificado.

Viene a traer a la tierra «paz a los hombres de buena voluntad»: Comienzan los siglos nuevos prometidos.

Al subir el Redentor a los Cielos se contaban tan sólo unos quinientos fieles en Galilea y ciento veinte en Jerusalén: Pero el número había ido creciendo incesantemente. Con los discursos de San Pedro, y especialmente con el milagro del cojo de nacimiento, se hicieron cristianos varios miles, como dijimos, y se iniciaron conversiones en masa en Jerusalén y en Galilea y aun en Samaria y Gaza.

Todo prometía espléndido y risueño porvenir.

Pero no podía durar mucho tiempo la bonanza.

A pesar de que la comunidad cristiana de fieles seguía frecuentando el templo y observaba aún la ley mosaica, pronto se excitaron los celos y malevolencia del Sanhedrín, que quiso, a todo trance, sofocar la secta que se levantaba.

El presidente del consejo y pontífice supremo era Anás, el de la pasión de Cristo.

Hicieron comparecer ante la asamblea a Pedro y a Juan, autores del gran milagro, y les conminaron a que no hablaran más de Jesucristo.

Inútil pretensión.

Los Apóstoles respondieron con fortaleza que no podían dejar de hablar de lo que habían visto y oído por sí mismos, y volvieron a predicar, efectivamente, como antes.

Dios estaba con ellos obrando en su favor los más grandes prodigios.

Por segunda vez fueron encarcelados, y al ser reprendidos por su desobediencia, contestó Pedro con la misma valentía: «Vosotros veréis si es justo que obedezcamos a Dios antes que a los hombres».

Decidieron de nuevo libertarlos, pero antes les azotaron para que les sirviera de escarmiento.

Un sabio consejo:

Siguen diciendo los Hechos que uno de los sanhedritas, llamado Gamaliel, doctor de la ley y hombre respetado por el pueblo, dijo a sus colegas: «Os aconsejo que no os metáis con esos hombres y que los dejéis, porque si este designio o empresa es obra de los hombres, ella misma se desvanecerá; pero si es obra de Dios, no podréis destruirla y os expondréis a ir contra El».

Bautismo de sangre.

Hasta aquí no habían sido más que los comienzos.

La persecución iba a arreciar y encandescer de furia hasta el rojo de la sangre.

La primera víctima fué uno de los siete diáconos nombrados por los Apóstoles como ayudadores de la Iglesia en el ejercicio de la caridad, San Esteban. Predicaba a Cristo con tal espíritu, elocuencia y valentía, que llegó a confundir y dejar sin palabra a los escribas y fariseos. No pudieron éstos aguantarlo, y un día le arrebataron tumultuosamente, y sacándole fuera de la ciudad, le mataron, apedreándole como blasfemo.

He aquí la sublime descripción que nos hacen del protomártir los Hechos de los Apóstoles: «Mas, Esteban, estando lleno del Espíritu Santo y fijando los ojos en el cielo, vió la gloria de Dios y a Jesús que estaba a su diestra, y dijo: «Estoy viendo ahora los cielos abiertos y al Hijo del hombre sentado a la diestra de Dios». Entonces, clamando ellos con gran gritería, se taparon los oídos y todos a una arremetieron contra él. Y arrojándole fuera de la ciudad, le lapidaron. Y los testigos depositaron sus vestidos a los pies de un mancebo que se llamaba Saulo. Y apedreaban a Esteban, el cual oraba y decía: «Señor Jesús, recibe mi espíritu». Y poniéndose de rodillas clamó en alta voz: «Señor, no les hagas cargo de este pecado». Y dicho esto, durmió en el Señor.

Era la primera sangre cristiana que corría después de la del Salvador.

Siguiéronse días de prueba en que los fieles tuvieron que dispersarse por Samaria y aun por Chipre, Fenicia y Antioquía.

La conversión de San Pablo.

Un rayo de luz en la tormenta.

Durante estos días se llevó a cabo la conversión del Apóstol de las gentes, San Pablo.

Saulo, así se había llamado hasta entonces, era natural de Tarso de Cilicia, pero de padres judíos y de la secta de los fariseos, fanático, como pocos, de las patrias tradiciones. Fué uno de los que asistieron a la muerte de San Esteban, como ya queda indicado, el que guardó los vestidos de los verdugos mientras le lapidaban.

Su obsesión era acabar con el Cristianismo; pero Dios, inefable en su Providencia, tenía grandes proyectos sobre él y los llevó al cabo, tan suave como eficazmente. Cuentan así los Hechos, en su capítulo IX, este acontecimiento trascendental:

«Mas, Saulo, que todavía no respiraba sino amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, se presentó al príncipe de los sacerdotes y le pidió cartas para Damasco, dirigidas a la sinagoga, para traer presos a Jerusalén a cuantos hombres y mujeres hallase de los cristianos. Caminando, pues, hacia Damasco, se acercaba ya a esta ciudad, cuando de repente le cercó de resplandor una luz del cielo, y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?». Y él respondió: «¿Quién eres, Señor?». Y el Señor le contestó: «Yo soy Jesús a quien tú persigues; dura cosa es para ti, dar coces contra el aguijón». El, entonces, temblando y despavorido, dijo: «Señor, ¿qué quieres que haga?».

Y el Señor le respondió: «Levántate y entra en la ciudad y se te dirá lo que debes hacer».

Los que venían acompañándole, estaban asombrados oyendo, sí, sonido de voz, pero sin ver a nadie.

Levantóse Saulo de la tierra, y aunque tenía abiertos los ojos, nada veía; por lo cual, llevándole de la mano, le metieron en Damasco. Aquí se mantuvo tres días privado de la vista y sin comer ni beber.

Había, a la sazón, en Damasco un discípulo llamado Ananías, al cual dijo el Señor, en una visión: ¡Ananías!, y él respondió: Aquí estoy, Señor. Levántate, le dijo el Señor, y vé a la calle llamada Recta y busca en casa de Judas a un hombre de Tarso llamado Saulo, que ahora está en oración. Y en este mismo tiempo vió Saulo, en una visión, a un hombre llamado Ananías que entraba y le imponía las manos para que recobrase la vista.

Respondió, empero, Ananías:

¡Señor! he oído decir a muchos que este hombre ha hecho grandes daños a tus santos en Jerusalén, y aun aquí ha venido con poderes de los príncipes de los sacerdotes para prender a todos los que invocan tu nombre.

Vé a encontrarle, le dijo el Señor; que ese mismo es ya instrumento elegido por mí para llevar mi nombre delante de todas las naciones, y de los reyes, y de los hijos de Israel, y yo le haré ver cuántos trabajos tendrá que padecer por mi nombre. Marchó, pues, Ananías y entró en la casa e imponiéndole las manos, le dijo: Saulo, hermano, el Señor Jesús que se te apareció en el camino me ha enviado para que recobres la vista y quedes lleno del Espíritu Santo.

Al momento cayeron de sus ojos unas como escamas y recobró la vista, y, levantándose, fué bautizado, y habiendo tomado después alimento recobró sus fuerzas.

Estuvo algunos días con los discípulos que habitaban en Damasco, y desde luego empezó a predicar en la sinagoga a Jesús, afirmando que éste era el Hijo de Dios. Todos los

que le oían estaban pasmados y se preguntaban: ¿No es éste aquel mismo que perseguía, en Jerusalén, a los que invocaban este nombre y vino acá de propósito para conducirlos presos a los príncipes de los sacerdotes? Saulo, empero, cobraba cada día nuevo vigor y esfuerzo y confundía a los judíos que habitaban en Damasco demostrándoles que Jesús era el Cristo».

Estaba realizado el gran acontecimiento.

Saulo, uno de los hombres más geniales y activos que han existido, había pasado al servicio de Jesucristo y de su naciente Iglesia: era el vaso de elección para los gentiles, el elegido por el mismo Hijo de Dios para ser el más insigne predicador del Evangelio, el teólogo sublime de la religión cristiana.

Herodes Agripa.

Nuevo recrudecimiento persecutorio.

El monarca mencionado era nieto de Herodes el Grande, y rey de toda Palestina después de la salida de Pilatos para Roma.

Su intervención contra los cristianos fué dura y sangrienta, y comenzó el año 42.

Transcribamos de nuevo otra emocionante página de los Hechos: en el cap. XII:

«Por este tiempo el rey Herodes se puso a perseguir a algunos de la Iglesia. Primeramente hizo degollar a Santiago, hermano de Juan. Después, viendo que esto complacía a los judíos, determinó también prender a Pedro.

Eran entonces los días de los ácimos.

Habiendo, pues, logrado prenderle, le metió en la cárcel, entregándole a la custodia de cuatro piquetes de soldados de a cuatro hombres cada uno, con el designio de presentarle al pueblo y ajusticiarle después de la Pascua.

Mientras Pedro estaba así custodiado en la cárcel, la Iglesia hacía incesantemente oración a Dios por él.

Mas cuando iba ya Herodes a presentarle al público, aquella misma noche estaba durmiendo Pedro en medio de los soldados, atado con dos cadenas, y los guardias ante la puerta de la cárcel haciendo centinela. De repente apareció un ángel del Señor, cuya luz llenó de resplandor toda la pieza, y, tocando a Pedro en el lado, le despertó, diciendo: Levántate presto; y al punto se le cayeron las cadenas de las manos.

Díjole asimismo el ángel: Ponte el ceñidor y cálzate tus sandalias. Hízolo así. Díjole más: Toma tu capa y sígueme.

Salió, pues, y le iba siguiendo, bien que no creía ser realidad lo que hacía el ángel; antes se imaginaba que era un sueño lo que veía. Pasada la primera y la segunda guardia, llegaron a la puerta de hierro que sale a la ciudad, la cual se le abrió por sí misma; salidos por ella, caminaron hasta lo último de la calle y súbitamente desapareció de su vista el ángel. Entonces, Pedro, vuelto en sí, dijo: Ahora sí que conozco que el Señor verdaderamente ha enviado a su ángel y librádome de las manos de Herodes y de la espectación de todo el pueblo judaico.

Y habiendo pensado lo que haría, se encaminó a casa de María, madre de Juan, por sobrenombre Marcos, donde muchos estaban congregados en oración.

Habiendo, pues, llegado al postigo de la puerta, una doncella llamada Rode salió a observar quién era. Y conocida la voz de Pedro, fué tanto su gozo que en lugar de abrir corrió a dentro con la nueva de que el Apóstol estaba en la puerta. Dijéronle: Estás loca. Mas ella afirmaba que era cierto lo que decía. Ellos dijeron entonces: Sin duda será su ángel. Pedro, entretanto, proseguía llamando a la puerta. Abierta ésta, por último, le vieron y quedaron asombrados. Mas Pedro, haciéndoles señas con la mano para que callasen, contóles cómo el Señor le había sacado de la cárcel, y añadió:

Haced saber esto a Santiago y a los hermanos; y partiendo de allí se retiró a otra parte».

Había sonado, decididamente, la hora de Dios para el mundo pagano.

San Pedro y los demás Apóstoles salen de Palestina y se esparcen por las naciones a llevar el Evangelio a los que estaban sentados en las sombras de la muerte, a los gentiles... También ellos eran hijos de Dios, y debían salvarse. Más aún: después de la apostasía y desheredación de Israel, entraban ellos en la posesión del reino.

ROMA

San Pedro llegó a la capital del mundo del año 41 al 54. San Pablo estuvo dos veces en ella en calidad de preso, aunque con prisión mitigada; primero del 60 al 62 y, después, del 66 al 67, en que se efectuó su martirio.

La labor de ambos Apóstoles en Roma fué extraordinaria y de máximos resultados.

Empezó apoyándose, como en todas partes, en los núcleos judíos de las colonias, pero pronto se desbordó a los gentiles.

Las nuevas doctrinas cautivaron tan poderosamente las inteligencias y corazones del mundo pagano, que las conversiones se sucedieron a porfía. Los neófitos eran mayormente de la plebe, pero no faltaron gentes acomodadas que dieran su nombre a la nueva religión; entre ellos se encuentran varias nobles matronas, que fueron sus más eficaces ayudas. Los nombres de éstas los recuerda cariñosamente la Historia, en particular los de Prisca, esposa de Pudente, príncipe del Senado, y sus dos hijas, Pudenciana y Práxedes. Estas dos últimas, después de la muerte de sus padres, renunciaron al matrimonio y, vendiendo sus haciendas, que eran cuantiosas,

pusieron todos sus bienes a disposición del jefe de la Iglesia, para la propagación de la fe y al servicio de la misma. Hasta su casa o palacio, llamado con nombre griego Basílica, la cedieron para que sirviera como punto de reunión de los nuevos convertidos. Fué el primer cenáculo cristiano en Roma; en él se congregaban los fieles para oír la divina palabra de labios del Príncipe de los Apóstoles, para recibir el bautismo, celebrar los misterios divinos de la Eucaristía y también para recibir el alimento del cuerpo.

SAN PEDRO Y SAN PABLO. — Medallón de bronce del siglo II al III. Roma, Vaticano

La fe iba propagándose rápidamente y conquistando triunfalmente a Roma...

¿Duraría mucho tiempo la bonanza? Cristo había profetizado persecuciones, y éstas se presentaron pronto, siniestras y aterradoras.

Asistamos a esta página de la historia del Cristianismo empapada en sangre, pero también rebosante de grandezas y sublimidades de heroísmo.

LAS PERSECUCIONES

Diez contó San Agustín, correspondientes casi al número de emperadores romanos en los tres primeros siglos hasta Constantino el Grande. Fueron: La de *Nerón*, del 54 al 68; la de *Domiciano*, 81 al 96; *Trajano*, 98 al 117; *Marco Aurelio*, 161 al 180; *Septimio Severo*, 193 al 211; *Maximino Tracio*, 235 al 238; *Decio*, 249 al 251; *Valeriano*, 253 al 260; *Aureliano*, 270 al 275, y *Diocleciano*, 284 al 305.

Expongamos brevemente lo más notable de ellas.

La *primera* fué llevada al cabo por Nerón.

El 19 de junio del 64 estalló un incendio devorador en Roma, que destruyó por completo diez de las catorce regiones de la ciudad. Todos señalaban al Emperador mismo como causante de la catástrofe. Había querido hacer desaparecer los barrios feos de la ciudad y construir una nueva. Durante seis días estuvo cebándose en los edificios el terrible azote, ante cuyo espectáculo el Emperador se recreaba contemplando, desde la torre de un palacio distante, aquella imagen admirable de la ruina de Troya.

Para apartar de sí la persistente sospecha que le hacía causante de tanta devastación, declaró culpables a los cristianos. Apresó «*a una gran multitud de ellos*», en testimonio del mismo historiador pagano Tácito, y la sujetó a los más exquisitos tormentos. A unos, envueltos en materias inflamables, mandó quemarlos vivos en sus mismos jardines, para que sus cuerpos alumbraran la noche como antorchas; otros fueron arrojados al anfiteatro vestidos de pieles de animales y en las figuras más grotescas, para que fueran desgarrados por las fieras...

Días aciagos y de sangre.

Cuenta la tradición que San Pedro, lleno de pánico, se

disponía a huir de la Ciudad Eterna, pero, al salir de ella, se le apareció el mismo Cristo con la cruz a cuestas. ¿A dónde vas, Señor?, le dijo el Apóstol. A Roma, a ser otra vez crucificado. Pedro reconoció el aviso del Salvador y permaneció en su sitio hasta la muerte.

Esta se efectuó pronto.

Según la misma tradición, murió crucificado con la cabeza hacia abajo, en reverencia a la muerte del Salvador. El Apóstol de las gentes fué otra víctima de la gran persecución. Murió decapitado, probablemente el 29 de junio del año 67.

En la *segunda* persecución, la de Domiciano, padeció el martirio, entre otros, Flavio Clemente, primo del Emperador, y su esposa Flavia Domitila. Durante ella fué desterrado también a la isla de Patmos el Apóstol San Juan, después de haber sido sumergido en una paila de aceite hirviendo.

En la *tercera*, la de Trajano, el gran obispo de Antioquía, San Ignacio, devorado por los leones; en la *cuarta*, San Policarpo, el insigne obispo de Esmirna; en la de *Septimio Severo*, Santas Perpetua y Felícitas y San Leónidas, padre del gran Orígenes.

La de *Decio* fué memorable especialmente para España: En ella brillaron por su fortaleza invicta San Facundo y San Primitivo, en Galicia; los Santos Marcelo y Nona, con sus tres hijos Lupercio, Claudio y Victoria, en León; San Acisclo y Victoria, en Córdoba; San Fermín, obispo de Pamplona, martirizado en Francia; San Emeterio y Celedonio, en Calahorra; Santa Marta, en Astorga; las Santas Justa y Rufina, en Sevilla, y San Luciano y Marciano.

En la de *Valeriano* fueron martirizados los papas San Esteban y Calixto; San Cipriano y San Fructuoso, obispo de Tarragona, con sus dos diáconos Eulogio y Augurio; la llamada Masa Cándida de Utica, o sea 143 cristianos que-

mados en cal viva, y, sobre todo, el gran atleta de la fe, San Lorenzo de Huesca.

La persecución de Diocleciano fué la última de todas y la más sangrienta. Entre sus mártires se encuentran los gloriosos nombres de Santas Inés y Anastasia, en Roma; de los cuatro santos coronados en Panonia; Santa Lucía, en Siracusa; San Jenaro, en Benevento; Nabor y Félix, en Milán; Catalina, en Alejandría, y San Blas, en Sebaste de Armenia.

España fué también prolífica en mártires en esta persecución bajo la tiranía del feroz prefecto Daciano. Padecieron, entre otros, los Santos: Eulalia, Severo obispo, Cucufate y Félix, en Barcelona; Poncio y Narciso, obispos, y los diáconos Víctor y Félix, en Gerona; Engracia y los Innumerables, en Zaragoza; San Valero y Vicente, diácono, en Valencia; Justo y Pastor, en Alcalá; Leocadia, en Toledo; Eulalia, Julia y otros veintiocho, en Mérida; Zoilo, con otros diecinueve, en Córdoba; Ciriaco y Paula, en Málaga; Vicente, Sabina y Cristeta, en Avila; Verísimo, Máximo y Julio, en Lisboa, y San Víctor, en Braga.

EL NUMERO DE LOS MARTIRES

¿Cuántas fueron las víctimas de la fe en las persecuciones romanas?

Imposible señalarlas con exactitud.

El historiador Tácito habla, refiriéndose a los muertos por Nerón, como ya dijimos, de una «*ingente muchedumbre*». Plinio, el Joven, escribe al Emperador, alarmado por tanta muerte, pues casi toda su provincia era cristiana. Los autores cristianos hablan también de números muy elevados: San Clemente Romano menciona «la magna multitud de elegidos»; San Cipriano llama a las víctimas de la persecución de Decio «el innumerable pueblo de mártires». Eusebio se refiere a «una gran multitud de mártires en Nicomedia

e innumerables en Egipto». En esta última región sabemos que morían diariamente treinta, sesenta y hasta cien cristianos, y que se daban, a veces, ejecuciones en masa. De los tiempos de Diocleciano, y en España solamente, se mencionan «los Innumerables mártires de Zaragoza» y «las santas masas».

En resumen: No podemos determinar el número exacto de los mártires de la fe en los primeros siglos, pero creemos no sería injustificada la cifra de muchos miles y aun quizá millones.

CRUELDAD DE LOS TORMENTOS

¿Y qué decir de los suplicios?

Las formas de los martirios fueron siempre espantosas y aun muchas veces macabras. Ya vimos que Nerón arrojó la ingente muchedumbre al anfiteatro para que fuera descuartizada por las fieras; a otros los quemó vivos en sus propios jardines. Clemente Romano, refiriéndose a esta misma persecución, habla, además, de Dirces y Danaides, esto es, de mujeres cristianas a quienes quitaron la vida en las juegos públicos imitando los suplicios de aquellos personajes mitológicos.

En las últimas persecuciones se extremó más aún, si cabe, la crueldad.

Muchos de los mártires eran crucificados y abandonados en las cruces, sin morir, días enteros. Otros eran sofocados o colgados en varias formas, con pesos y desnudos. Innumerables perecieron desgarrados en las ruedas con uñas aceradas y a veces rusientes; con tenazas y peines de hierro; otros azotados con instrumentos diversos hasta desnudarles los huesos y las entrañas. Muchos fueron quemados en hogueras, en toros de bronce, en aceite hirviendo o pez derretida, o en parrillas, como San Lorenzo; echándoles aceite o metal derretido por la boca o envolviéndolos en una túnica

empapada en aceite, a la que prendían fuego. No pocos fueron decapitados, mutilados, heridos con lanzas o saetas, como San Sebastián. A otros abrieron el vientre para poner en ellos comida a los cerdos. No pocos, finalmente, fueron condenados a trabajos forzados de minas u obras públicas, junto con mutilación y hambre.

En fin: se usaron todas las torturas y suplicios más refinados que pudo inventar la crueldad humana y el deseo diabólico de hacerles apostatar de su fe.

Por desgracia no todos tuvieron valor para soportar tan atroces suplicios, y desfallecieron: algunos sacrificaron a los ídolos; otros incensaron las estatuas del Emperador; otros se hicieron inscribir en las listas de los paganos o lograron una cédula en que se hacía constar haber sacrificado. Hubo, incluso, obispos apóstatas, como los españoles Marcial y Basílides [1].

HEROISMO SOBRENATURAL

Parémonos ya a reflexionar unos momentos.

¿Qué impresión te ha producido, caro lector, lo que llevamos dicho?

Desde el punto de vista de la razón humana, no cabe duda que la saña del Imperio romano contra el cristianismo es inexplicable.

Roma admitía todos los cultos y religiones del mundo. Es un hecho reconocido por la Historia que así como fomentó la convivencia de todos los ciudadanos y súbditos del Imperio, así procuró también el abrazo de todos los dioses y cultos de las provincias. Desde el Irak hasta Cádiz y desde las fuentes del Nilo hasta el Rhin y el Oder, se volcaron en la capital del mundo, primero clandestinamente y después sin rebozo alguno, los misterios y supersticiones de Persia, de Babilonia, Frigia, Egipto, Africa, Las Galias y Germania. Incluso

[1] Cfr. Marx, *Compendio de Historia de la Iglesia*, p. 45 s.

podemos decir que algunos de ellos, como los de Mitra y el mazdeísmo persa, Isis, Osiris y Serapis, Atis y Horus, dioses egipcios, llegaron a ser los preferidos de la gente elegante... Ni siquiera los judíos habían sido molestados por su religión...

Pero he aquí que llega el cristianismo y no goza de un momento de tregua.

Los cristianos, gente, por otra parte, la más honrada, la más pacífica y la mejor del Imperio, son objeto, ya desde sus comienzos, de calumnias y aversión la más profunda, de odios sin segundo, de crueldad refinada. Y esto no de parte de un Emperador u otro, de un Prefecto o de dos de provincias, ni en un lapso de tiempo reducido, sino por casi todos los emperadores desde Nerón hasta Diocleciano, y por espacio de tres siglos ininterrumpidamente...

La filosofía de la historia, repetimos, no sabe explicarse este fenómeno.

Solamente encontramos una solución: el cumplimiento de la profecía de Cristo: «Si a Mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán», y «las puertas del infierno no prevalecerán contra ella».

La acción del maligno y *la Providencia divina;* he ahí la clave del enigma.

Luzbel, que desató su furia contra la obra de Cristo que venía a conquistar el mundo y movió para ello los odios y el virus de todo el paganismo, que era su feudo y heredad... y la *Providencia de Dios,* que permitió la hecatombe para santificar a los suyos, para regar con sangre su heredad, para purificar a su Iglesia y enaltecerla con la presea de los merecimientos y dejar en el mundo un argumento irrebatible de su divinidad.

Ciertamente, dice un autor: «Para sentir esta verdad, basta ver leones y tigres hambrientos devorando aun la co-

mida ordinaria con que se les ceba en los parques. San Ignacio mártir me impresionaba hondamente con sólo leer su bella carta a los romanos, pero al ver las fieras en el parque de Roma engullendo a rasgaduras los trozos enormes de carne, me hice más cargo de lo sublimemente divino del temple de alma de quien así ansió ser hecho harina de sacrificio entre los colmillos de tales fieras sólo por intereses de mero orden espiritual... En la alternativa de caer en esas mandíbulas y esos colmillos y esas garras de hierro y un sencillo «reniego de mi fe» que brote de la pobre libertad humana para verse libre del trance tan horrible que le espera al mártir, ¿qué escoger? Sin una especial gracia de Dios, tratándose de casi todos, es evidente psicológicamente la respuesta.»[1]

Así se ha creído, además, siempre en la Iglesia, desde los tiempos primitivos.

El filósofo Justino, después mártir invicto de la fe, a esa idea debió precisamente su conversión.

«Solamente ayudado por Dios, afirma él mismo, puede uno dejarse matar».

«¿Qué dice tu corazón a esto?, prosigue. No lo envuelvas ni enredes en sofismas y prejuicios. Déjale sentir y hablar a él. El corazón es el que mejor entiende el valor de las pruebas psicológicas y del orden moral. El sabe su esfera, su poder y su debilidad...»

Tenía razón el apologista.

Imposible que un número tan extraordinario de hombres y de mujeres, de niños y de ancianos, durante tres siglos consecutivos pudieran sufrir tantos y tan bárbaros suplicios de ecúleos y de garfios, de anfiteatros y de fieras, sin des-

[1] Cfr. Zameza, *La Roma pagana y el Cristianismo*, n. 500.

fallecer un punto, y ello sin ira y fanatismo, sin provocaciones ni majezas, sino, por el contrario, llenos de humildad inalterable, con plena desconfianza de sí, invocando a Dios y mirando al cielo y perdonando a sus verdugos y aun orando por ellos, como San Esteban y los mártires del circo Máximo.

Eso, dígase lo que se quiera, es un verdadero milagro en el orden moral.

Está evidentemente fuera de la psicología humana y lleva el sello de Dios: el hombre es incapaz de tanto heroísmo.

TESTIGOS IRRECUSABLES

Un segundo valor tiene el martirio, y es que constituye el testimonio más grandioso de la verdad de la religión cristiana y de sus dogmas. Eso es, precisamente, lo que quiere decir el vocablo: Testigo, confesor, testificador de Cristo, hasta con el derramamiento de su sangre y pérdida de la vida. ¿Quién no ve por sí mismo la fuerza imponderable del testimonio? El que muere por una verdad está convencido de ella sin duda alguna. Así lo confiesa el mismo Rousseau: «Creo en testigos, dice, que dan la vida por lo que afirman».

Puede, pues, el cristiano estar seguro de su fe. Cristo, su fundador, murió por dar testimonio de la verdad. Pedro, y Pablo, y Juan, y los demás Apóstoles, todos murieron por la misma. Ellos, testigos oculares de la doctrina y de las obras de Cristo, de sus milagros, resurrección y divinidad, estaban tan convencidos, tan ciertos de su verdad, que no dudaron en dar su vida por ella.

Más aún:

No solamente derramaron su sangre por lo que afirmaban haber visto y oído, sino que no podían dejar de hacerlo, y ellos mismos, testigos inmediatos, inculcaron tan hondamente su propia convicción y certeza a sus oyentes y discípulos en incontable número, que también éstos, aun sin haber sido testigos de los hechos, quedaron en la misma convicción

y certeza que ellos y en disposición de ofrendar el sacrificio de su sangre y de sus vidas por lo mismo; y esto, no uno ni ciento, sino millones...

Podemos decirlo con orgullo.

¿Qué hecho, qué doctrina ha existido jamás en la historia de los hombres que haya sido suscrita por tantas y tan solventes firmas y aun rubricadas con sangre tan generosa y abundante, como los dogmas de nuestra fe? Estamos seguros. No se trata de fanatismos esporádicos ni de inocente credulidad y candidez: se trata de lo más serio y sagrado del mundo.

Si nos equivocamos, es la misma razón, el sentido común, la virtud heroica y aun el mismo Dios, los que se engañan.

CONCLUSION

Terminemos con un acta de martirio, la de Santa Inés.

Inés es una niña de la nobleza romana, que no cuenta más que trece años.

Es el 305.

Ha consagrado su virginidad a Cristo y rechaza el casamiento con un joven patricio, el hijo del Prefecto de Roma, Sinfronio. El pretendiente, irritado, la delata como cristiana, y es conducida al templo de los ídolos. El perseguidor se deshace en halagos, queriéndola reducir y arrastrarla a la apostasía; pero la virgen permanece inasequible a sus asechanzas. «Esperar que me vais a convencer sería hacer una injuria a mi divino esposo. El fué el primero que me escogió y El recibirá mi fe. Verdugo, ¿por qué tardas? Perezca este cuerpo que puede ser amado por los ojos de la carne».

El juez, decepcionado, acude a las amenazas.

Le habla del tormento del fuego, de los garfios; mas ella no se inmuta. La hace pasar por la tortura y, como canta el inmortal poeta cristiano Prudencio «de pie y sin temblar,

ofrece espontáneamente su delicado cuerpo a la horrible carnicería».

Le anuncia después otro tormento más insufrible aún para una joven tan casta, el de la pérdida del pudor. La virgen contesta, sin vacilar: «Haz lo que quieras, pero te prevengo que Cristo no se olvida de los suyos; está con los que aman la pureza, y no permitirá que sea profanado el tesoro de su santa integridad. Hundirás el hierro impío en mi pecho, pero no mancharás mis miembros con el pecado...»

Por fin es condenada a morir por la espada, y va a ejecutarse la sentencia.

El espectáculo es sublime, y dice San Ambrosio, describiéndolo: «No va tan aprisa la mujer recién casada a tomar posesión del tálamo nupcial como esta virgen al lugar del suplicio. Vedla acelerando el paso y llena de gozo por el feliz resultado que le espera. Todos lloran por ella, y ella es la única que sonríe. No se puede explicar cómo prodiga ella con tanta facilidad, como si hubiera vivido largos años, una vida que apenas ha comenzado.

Es el momento supremo y diríase que se han cambiado los papeles: el verdugo parece que se ha convertido en la víctima, según tiembla su brazo al dar el golpe. Hiere, al fin, y todos palidecen y tiemblan...»

Hagamos ya punto final.

Confiesa, querido lector, que la escena es patética y sublime.

Una joven de trece años que se comporta y aun se expresa en las circunstancias más tremendas de su vida y ante la perspectiva de horrendos suplicios con tanta grandeza y superioridad de espíritu, con tanta calma y majestad, sabiduría y gracia que arrebatan, no puede ser, en modo alguno, efecto natural de la inconsciencia. Tampoco el fanatismo puede inspirar un lenguaje y una serenidad semejante. ¿Podrá jamás la pobre naturaleza humana, tan débil en el hombre

y tan tímida en la joven, obrar por sí tales prodigios? ¿No se percibe aquí el aroma de la gracia exhalándose, embriagador, de un ser terreno? ¿No se ve a Dios Altísimo, Omnipotente, comunicándose a una criatura, reflejándose en ella, elevándola sobre sí misma y manifestándose en ella y por ella en todo el esplendor y omnipotencia de su gracia?...

Pues eso es el martirio. «Me seréis testigos en Jerusalén, y en Samaria, y hasta lo último de la tierra». «Yo os daré sabiduría y valor a que no podrán resistir todos vuestros adversarios».

XV

JESUS PROFETA (IV)

(*La tragedia del odio*)

SUMARIO: La rebelión protestante: Lutero y Enrique VIII. - Apostasía de la mitad de Europa. - Sus causas. - Acción de la Divina Providencia. - Los grandes sabios y santos de los siglos XVI y XVII en los países católicos. - Nuevas conquistas entre paganos. - Las Indias y América. - Conclusión

Dejamos a la Iglesia, en el capítulo anterior, en el gozo del triunfo.

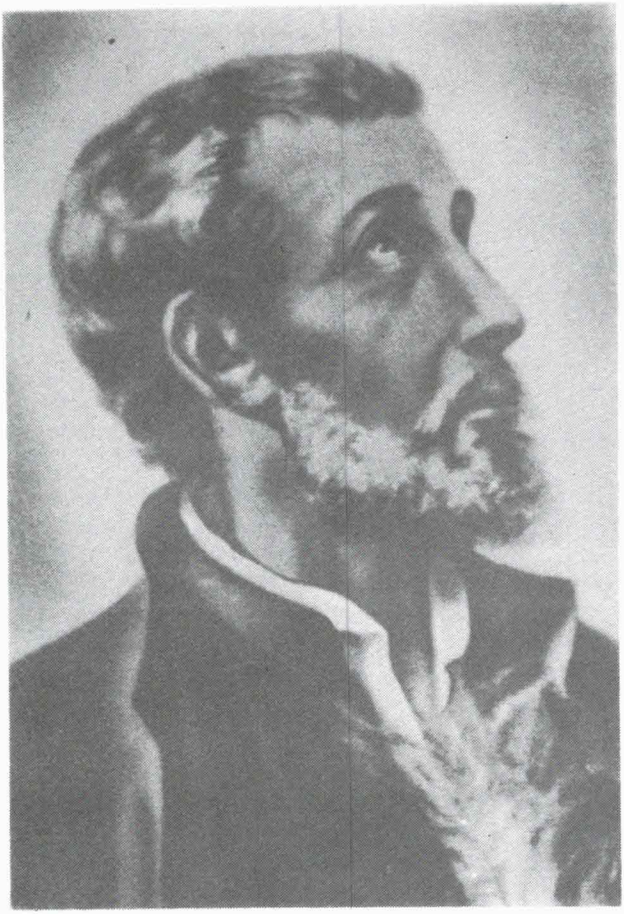
Había pasado tres siglos de sangre y de catacumba, pero, al fin, triunfaba en Constantino y subía al Capitolio.

Se sucedieron nuevas tempestades.

Las herejías y la invasión de los bárbaros.

En esta última quedó hecha jirones la púrpura imperial. El caballo de Atila, que «donde quiera que pisaba no dejaba nacer la yerba», había pasado sobre Roma y el trono de sus Césares... Pero, al fin, triunfó también.

El suevo, el godo y el vándalo, el alano y el sicambro, depusieron su fiereza y se le humillaron y recibieron su bautismo. Nació con esto un nuevo mundo: la Edad Media, de sangre renovada, más pura y generosa: una de las épocas más grandes de la Historia: la edad caballeresca y de altos ideales, de valor heroico y candor de niños; la edad de las Cruzadas y de nuestra Reconquista; la edad de las Partidas y de las Cántigas del rey sabio; de las góticas catedrales, aspiración del alma a lo infinito; la edad de San Fernando,



15 (M. Coronas, S. J.)

«¡Señor, dadme almas!»

San Francisco Javier ante las costas de China

de Dante, de San Francisco de Asís y de Santo Domingo de Guzmán, de San Luis y de Ramón Lulio...

Y advino el siglo XVI, siglo grande, sin duda; término de la Edad Media y brillante alborear de la Moderna: el siglo de la invención de la imprenta, del descubrimiento del Nuevo Mundo y también de... la rebelión protestante.

Detengámonos en este triste acontecimiento, pues constituye una de las tormentas más aciagas que contra la Iglesia de Dios se han levantado.

LUTERO

Era el 31 de octubre de 1517.

Un fraile, Martín Lutero, se atrevía a fijar en las puertas de la iglesia de Wittemberg, 95 tesis heréticas contra las indulgencias.

Comenzaba con ello el vasto incendio que había de devorar a Europa.

A la doctrina de las indulgencias se siguió lo más grave: otra más herética todavía, sobre la justificación, que separaba interiormente al heresiarca de la ortodoxia católica. Suprimía casi del todo la cooperación del hombre, declaraba inútiles la abnegación y mortificación cristiana, las buenas obras, y suprimía los ayunos y abstinencias, el celibato, la confesión de los pecados en particular, y proclamaba la llamada *libertad evangélica*, que dejaba al arbitrio de cada uno lo que debía creer y practicar...

Inútiles fueron todos los esfuerzos de los Papas y doctores para reducir a Lutero. La contumacia con que el apóstata se adhirió al engendro de su mente y corazón corrompido, a la gracia santificadora sin obras y al nuevo evangelio, le impelieron a no someterse al magisterio eclesiástico.

No tuvo más remedio León X que lanzar contra él la excomunión, que le separaba definitivamente del cuerpo de la Iglesia. Lutero ahondó todavía más el abismo, quemando públicamente la bula pontificia de su condenación, en 10 de diciembre de 1520.

Con su apostasía arrastró el contumaz hereje a Alemania y países nórdicos, que en mala hora le siguieron...

ENRIQUE VIII

Segundo acto del doloroso drama.

Pasemos a Inglaterra.

Su rey, Enrique VIII, ambicioso e impúdico, había exigido del Papa Clemente VII que declarase nulo su matrimonio con Catalina de Aragón, hija de los Reyes Católicos. El Papa no accedió a su demanda, y en 23 de marzo de 1534 promulgó sentencia definitiva en pro de la validez de dicho matrimonio. Enrique se sublevó y apartó su reino de la obediencia al Pontífice. Hizo que el Parlamento le nombrase cabeza suprema de la Iglesia nacional, a imitación de los príncipes protestantes alemanes, «para aumento de la piedad, decía él, y de la religión cristiana en este reino de Inglaterra»...

Obligó a todos sus súbditos a reconocer este derecho suyo, prestando el juramento de fidelidad y considerando como reos de lesa majestad a los que lo rehusasen.

El autor de todo este proyecto fué Tomás Cromwell, nombrado Vicario general del reino. Muchos del Clero se sometieron, vergonzosa y servilmente; otros, resistieron con heroísmo; entre ellos se cuentan el obispo de Rochester y cardenal de la Iglesia, Juan Fisher, y el antiguo canciller Tomás Moro, que murieron víctimas de su protesta.

Gran parte de la resistencia que se hizo a tan despóticas e impías pretensiones del monarca procedió de los monaste-

rios de cartujos y franciscanos, pero bien pronto terminó con ellas el monstruo, apoderándose de sus bienes, que excitaban su desbordada codicia ya hacía mucho tiempo.

Más de mil de dichos monasterios y conventos fueron destruídos, y algunos de sus moradores sufrieron el más cruento martirio.

A pesar de los apremios de Lutero, no pudo alcanzar que Enrique abrazase la herejía. Este paso lo dió su hijo y sucesor, Eduardo VI, y después la sanguinaria Isabel.

CAUSAS DEL PROTESTANTISMO

¿Cuáles fueron las causas del espantoso desastre?

Despreciable gloria para la falsa Reforma.

Puede decirse sin ambages que fué hija exclusivamente de las más bajas e indignas pasiones humanas: una verdadera creación ex putri, como dicen los biólogos, fruto de la descomposición y podredumbre.

Lutero dió el paso decisivo hacia la herejía llevado de la soberbia indómita de su carácter y de la lujuria que le avasallaba.

El Papa había encomendado la predicación de la bula a un famoso orador dominico, Juan Eck. Lutero se sintió herido en su amor propio y se rebeló. La mala vida, la dificultad de la continencia y guarda de sus votos monásticos, le llevó a suprimir todo lo que pedía vencimiento propio, y rebajó la moral a sus bestiales instintos.

A los príncipes alemanes, además del libertinaje predicado por Lutero, les arrastró también la ambición más desmedida. El heresiarca quiso apoyarse en ellos, declarándoles Jefes supremos de la Iglesia de sus respectivos países. Con ello quedaban en posesión de cuantiosas riquezas de conventos y

colegios... Al pueblo se le impuso el protestantismo por la fuerza, situándole los príncipes en la alternativa de abrazarlo o de emigrar.

Idénticos fueron los móviles en Inglaterra: una pasión vergonzosa, los amores adúlteros del rey con Ana Bolena, le dió comienzo, y la avaricia lo consumó...

Tristes lacras que gravitarán eternamente sobre el protestantismo.

Podemos decir aquí, con toda verdad, lo del ciego de nacimiento: «Dios no oye a los pecadores». No puede venir de Dios lo que es fruto de indignas pasiones humanas.

Nada representa, pues, contra la Iglesia la amputación de miembros corrompidos: estaban en plena putrefacción y había que cercenarlos.

Necesaria era la operación... pero dolorosa y tremenda.

Quedaban desgajadas del cuerpo de la Iglesia Católica, Alemania, Dinamarca, Suecia, Holanda, Noruega, gran parte de Suiza, Inglaterra, Escocia y, aunque en minoría, Polonia, Hungría y Francia...

LA ACCION DE LA PROVIDENCIA

Nos encontramos de nuevo frente a ella.

La Iglesia no podía perecer ni perder el prestigio ni extensión que a su catolicidad correspondía... Dios velaba por ella, y la salvó también ahora en la gran catástrofe.

Dos fueron los medios de que, principalmente, se valió: la floración más extraordinaria de santidad aparecida en la Iglesia fiel y su expansión avasalladora por los países gentiles.

Mencionémoslas por separado.

Los santos.

Creemos que ninguna otra edad del Cristianismo ha sido tan fecunda en héroes de la virtud y en hombres extraordinarios, si exceptuamos la época del martirio.

El catálogo de los santos de los siglos XVI y XVII asombra por su número y prestancia.

Dos naciones los prodigaron, sobre todo: las dos más exentas del protestantismo: España e Italia.

Comencemos por los fundadores y reformadores de Ordenes religiosas.

Aparece en primer término el genio de la santidad de los tiempos modernos, San Ignacio de Loyola, con sus dos obras inmortales: «Los Ejercicios» y la creación de la Compañía. San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús, los dos grandes reformadores del Carmelo: el primero, elevado a la dignidad de Doctor Místico, la cumbre más excelsa de la ciencia del espíritu, y la Mística Doctora también, la mujer portentosa, encendida del fuego del amor de Dios y, tal vez, el ejemplar femenino más extraordinario de los siglos modernos...

San José de Calasanz, fundador de las Escuelas Pías para la educación de la juventud... San Pedro de Alcántara, reformador de la Orden Franciscana... San Camilo de Lelis y San Juan de Dios, almas heroicas de caridad y fundadores de dos Ordenes nuevas... San Pío V, el gran Pontífice que obtuvo con sus oraciones la victoria de Lepanto... Santo Tomás de Villanueva, el gran Arzobispo de Valencia... El Beato Juan de Ribera y Juan de Avila; San Carlos Borromeo, San Pedro Canisio y San Roberto Belarmino, los grandes Apóstoles de la pluma... San Francisco Javier, el portentoso misionero de su siglo... San Francisco de Borja, duque de Gandía y despreciador de las terrenas grandezas... Los santos patronos de la juventud, San Luis Gonzaga, San Estanislao de Kostka y San Juan Berchmans... San Felipe Neri, San Pascual Bailón, Santa Catalina de Ricci, Santa Magdalena de Pazzis, Santa Rosa de Lima, San Francisco Solano, San Luis Beltrán y el santo Apóstol de la caridad moderna, San Vicente de Paúl...

Añadamos a la lista de esos héroes la de los grandes teólogos, cual jamás conocieron ninguna de las otras épocas cristianas: el Arzobispo de Granada, Pedro Guerrero; el de Valencia, Martín Pérez Ayala; los jesuítas Laínez y Salmerón; los dominicos Melchor Cano, Pedro y Domingo de Soto; los franciscanos Orantes y Zamora... Todos ellos, luz esplendorosa de Trento, la asamblea más augusta que se haya reunido sobre la tierra.

Siguiéronse, después, Suárez, Vázquez, Toledo, Gregorio de Valencia, Arias Montano, Báñez, Lugo, Molina...

¡Qué contraste!

Mientras la herejía se debate impotente y se corrompe y no produce más que crímenes y latrocinios, asesinatos y lujurias, la Iglesia Católica llega a su máximo apogeo en santidad y en ciencia...

«Por sus frutos los conoceréis», dijo Jesucristo.

LAS NUEVAS CONQUISTAS ENTRE PAGANOS

Segunda providencia.

Constituyen, a no dudarlo, una grandiosa epopeya.

Dos naciones fueron también, principalmente, los adalides del gran movimiento de expansión: esta vez España y Portugal.

Recorramos, aunque sea sumariamente, el inventario de sus conquistas.

Africa y Asia.

En el siglo XIV habían ya llegado a conocer los navegantes portugueses y españoles las islas Canarias, pero su conquista data del año 1402, en que las fué conquistando Juan de Bethencurt, de origen normando, pero a las órdenes de los reyes de Castilla.

Los portugueses extendieron sus descubrimientos a lo largo del Africa, a la que llegaron a rodear por el sur, abriendo así un camino hacia el Oriente. En 1418 y 19 fueron descubiertas las islas de Porto Santo y Madeira; Cabo Blanco, lo fué en 1441. En 1484 llegó Diego Cano al Cabo de San Agustín, y en el 87, Bartolomé Díaz dobló el Cabo de Buena Esperanza, llevando así los descubrimientos y conquistas hasta la India.

Todos los conquistadores, cristianos y católicos, de fe rancia y sincera, llevaban consigo misioneros, quienes iniciaron rápidamente su labor admirable, evangelizando a los indígenas.

Así Vasco de Gama, en un viaje a la India en 1497, llevaba dos padres trinitarios; Cabral, iba acompañado de ocho franciscanos y nueve sacerdotes seculares; Alburquerque, con su poderosa escuadra, transportaba a la India al Vicario general, Domingo de Sousa, con lo que introducía la jerarquía católica en aquellas vastas regiones. Igualmente llevaban misioneros los navegantes Almeida, en 1505, y Dacunha, en 1506.

La afluencia de misioneros religiosos fué tan copiosa que rápidamente se fundaron conventos en Goa, Cochín, Salsete y demás ciudades ocupadas por portugueses.

Estaba preparado el camino para San Francisco Javier, el verdadero Apóstol de la Iglesia en el Oriente; el Alejandro misionero, más grande aun que su rival. Aquél se paró en la India, éste comenzó por ella...

El gran santo navarro llegaba a Goa en 1542 con el título de nuncio apostólico. El primer año comenzó desde esta ciudad la irradiación de sus hechos. Fué la campaña de la Pesquería, situada al sur de Goa. En Comorín hizo prodigios; en un año fundó treinta pueblos de cristianos; acababa el día con el brazo rendido de tanto bautizar. En Trabancor fundó otra cristiandad floreciente y pasó a Meliapur. En 1545

continuó su exploración hacia el Extremo Oriente; llegó a Malaca y de allí pasó a las Molucas. Con el auxilio del japonés Yajiro, emprendió en 1549 el viaje al Japón, en donde hizo hazañas increíbles de valor apostólico en Kagoshima, Meako y Yamaguchi... Su sueño, sin embargo, era el Celeste Imperio: la China, impenetrable hasta entonces al europeo; y, dejando en las cristiandades del Japón al Padre Torres, se dirigió hacia ella. Pero Dios se contentó con su deseo. El 2 de diciembre de 1552 moría de fiebre en la soledad de un islote desierto: Sanchón. No fué testigo de su muerte nada más que el criado japonés que le acompañaba.

¡Portentoso varón!

En unos diez años recorrió distancias increíbles. Al morir dejaba iglesias organizadas en Goa, Ormuz, Cochín, Trabancor, Pesquería, Santo Tomé, Malaca, Molucas y el Japón... Había ganado para Jesucristo y para la fe católica él solo más territorio que perdiera la Iglesia con la herejía.

América.

Y aun restan las conquistas del otro ramal de la raza ibérica: las aún más portentosas misiones americanas.

El día 12 de octubre de 1492 llegaba Cristóbal Colón con sus tres famosas carabelas, la «Santa María», la «Niña» y la «Pinta», a la isla de Guanahamí, que llamó San Salvador. Era el Nuevo Mundo soñado.

Inmediatamente saltaron a tierra los hispanos argonautas que habían ido, no en busca del vellocino de oro, sino del vasto continente perdido entre las brumas del Atlántico... Se festejó el gozo inmenso de la llegada con un acto religioso, lo propio de aquellos hombres de fe arraigada, con la celebración del santo sacrificio de la Misa. Era la primera vez que en la virgen tierra americana se elevaba hacia el cielo la Hostia sacrosanta de nuestros altares. El capellán había sido el sacerdote Arenas. Después, las notas vibrantes del

Te Deum en acción de gracias al Señor, resonaron por las costas de la isla...

De San Salvador pasaron a Cuba los descubridores, y encontraron la isla de Haití, la Española...

Desde 1510 se precipita el ritmo de los descubrimientos. Vasco Núñez de Balboa funda la colonia de Santa María la Antigua, y llega al Pacífico en 1513, tomando posesión de él en nombre de los reyes de España. Ponce de León, por un lado, y Fernández de Córdoba y Grijalba, por otro, llegan hasta la Florida y toman posesión de la misma.

En 1519 llega Hernán Cortés a Veracruz, y el 21 se apoderaba de la capital del vasto reino de los aztecas, Méjico. Fué ésta una de las campañas cumbres de la Historia, quizá no igualada jamás por ninguna otra. Con unos 500 españoles derrotó Hernán Cortés ejércitos inmensos y se apoderó de tres reinos indígenas, los más poderosos y civilizados de América.

Su obra fué continuada por Pedro Alvarado, conquistador de Guatemala, mientras otros se adentraban en Centroamérica, hacia el sur y hacia el norte. Descubrieron el Mississipí y Nuevo Méjico y California, adonde llegó Hurtado de Mendoza en 1532.

Al mismo tiempo, otro insigne conquistador, el extremeño Francisco Pizarro, se internaba en el continente del sur y descubría y conquistaba el Perú en 1526, y fundaba, años después, la ciudad de Lima, mientras su contrincante Almagro se adueñaba de Chile, terminando con la conquista del reino de los Incas.

Siguiendo esta misma dirección, dos hermanos, Alonso y Pedro de Mendoza, descubrieron los inmensos territorios del Paraguay y del Plata, fundando la Asunción y Buenos Aires en 1535, mientras Jiménez de Quesada se establecía en Colombia y fundaba Santa Fe de Bogotá[1].

[1] Cfr. B. Llorca, S. J.: *Manual de H.ª Eclesiástica*, pp. 619 s.

CONQUISTA ESPIRITUAL

Se había descubierto y conquistado un Nuevo Mundo; territorios inmensos que se extendían, no ya de zona a zona, sino de polo a polo.

España había derrochado su heroísmo.

Desde California hasta la tierra del Fuego, quedaba sujeta a su dominio...

Pero faltaba otra conquista más elevada: la conquista religiosa y espiritual. El mundo americano no conocía a Cristo, era idólatra. Méjico ofrecía sacrificios humanos en su templo nacional... El Imperio del Inca adoraba al sol y a la luna, a quienes tenían construídos lujosos templos.

América estaba en tinieblas... Era necesario, pues, transportarla a la luz, convertirla, y esa gloriosa labor tocó a los misioneros.

Méjico.

La evangelización comienza con Hernán Cortés, hombre profundamente religioso y convencido de que su primera obligación era la de contribuir a la salvación de los pueblos conquistados.

Ya a su entrada misma, en la Nueva España, acompañaron al héroe diversos religiosos, entre los que sobresalía el clérigo Juan Díaz, que bautizó a cuatro caciques y muchos nobles. Luego, el mercedario P. Olmedo, que era el capellán del ejército y acompañaba a todas partes a Cortés.

Al poco tiempo pidió a Carlos V nuevos misioneros y, en efecto, le fueron enviados Padres Franciscanos; luego, otra expedición de doce, llamados con toda razón los Apóstoles de Méjico.

A los Franciscanos les siguieron los Dominicos, recibidos también por Hernán Cortés con idénticas muestras de religiosa veneración.

En 1533 llegó una nueva expedición de Padres Agustinos.

En los siguientes años, verdaderos ejércitos de misioneros...

En 1572 se juntaron a éstos los Jesuítas, y en 1580 ya poseía allí 107 sujetos la Compañía...

La Jerarquía fué organizada ya desde los comienzos.

En 1527 se constituían los Obispados de la capital y Tlascala.

El santo Fray Juan de Zumárraga, Obispo de Méjico, celebró Concilios, construyó iglesias y fué creado primer Arzobispo de la Nueva España.

América del Sur.

Sigamos a los conquistadores.

Pizarro, Almagro, Mendoza y Quesada, ya dijimos que fueron los conquistadores de la América del Sur.

Con ellos entraron también los misioneros.

Entre los primeros, aparecen los Mercedarios; después, los Franciscanos y Dominicos; más tarde, los Agustinos y los Jesuítas.

Nueva Granada, que comprendía las actuales Venezuela y Colombia, contaba ya en 1523 más de 30.000 indios convertidos. En 1531 se erigía la sede episcopal de Santa Marta.

El célebre conquistador Gonzalo Giménez de Quesada emprendió, en 1536, la célebre expedición a través de los bosques vírgenes, verdadera locura de heroísmo que terminó felizmente con la fundación de Bogotá ..

Se distinguieron en esta región, Fray Bartolomé de Ojeda, de quien se afirma que bautizó él solo 200.000 indios, y San Luis Beltrán, Apóstol de las selvas de Tubara, donde bautizó 10.000 más.

En las regiones del Perú, que comprendían el gran Imperio de los Incas, esto es, los actuales Perú, Ecuador, Chile y Bolivia, fueron del mismo modo gloriosas las empresas apostólicas...

En 1535 se organizó la Iglesia en Cuzco, cuyo primer Obispo fué el dominico Fray Vicente Valverde...

En 1565 ya contaba la Orden Dominicana 100 religiosos en aquella región.

La sede de Lima se estableció en 1541 con su primer Obispo, Fray Jerónimo de Loaysa, elevado a Arzobispo en 1545.

Su sucesor fué el gran Apóstol del Perú, y podemos decir que de América entera, Santo Toribio, a cuya organización contribuyó poderosamente, sobre todo, con los diez Concilios Diocesanos y tres Provinciales que celebrara.

Al Ecuador llegaron los misioneros ya desde el principio.

Al ser tomada la capital, Quito, se establecieron en ella los religiosos dominicos y, desde allí, trabajaron incansables en todas direcciones.

En Chile se presentaron los misioneros desde el Perú, en 1540, acompañando a Valdivia; unos años más tarde hacía prodigios, entre aquellos indios, el P. Antonio Correa, Apóstol de la región.

La Jerarquía se estableció ya a mediados del siglo XVI, con la sede en Santiago de Chile, a la que siguieron otras...

Faltaban los inmensos territorios del Plata, y a ellos llegó Mendoza, a quien acompañaban diversos misioneros. El Paraguay recibió la visita de los europeos poco después.

Son célebres, en estas misiones, los llamados Apóstoles del Tucumán, San Francisco Solano y Fray Luis Bolaños, que convirtió él solo en el Paraguay 20.000 indios. San Fran-

cisco Solano recorrió durante catorce años aquellas regiones, incluso el actual Chaco. En 1547 se fundó la sede episcopal de La Asunción, y en 1552 la del Plata; años más tarde la de Córdoba, y en 1582 la de Buenos Aires.

El Brasil, finalmente, fué evangelizado primero por los franciscanos y después por los jesuítas: se distinguieron, sobre todo, los Padres Nóbrega, Núñez, Piros y Azpilcueta y el célebre P. Vieira. Deben contarse también, el Beato Azevedo y el P. Anchieta, verdadero tipo del Apóstol misionero que lo recorrió innumerables veces con los pies descalzos y una cruz en la mano.

CONCLUSION

Terminemos ya.

A fines del siglo XVII, esto es, 100 años después del descubrimiento del vasto continente americano, se puede afirmar que era cristiano ya en su totalidad...

La Iglesia se había visto acrecentada por innumerables hijos. Sólo en Méjico se calculaba en 8.000.000 el número de los convertidos.

La conversión de los indígenas por los misioneros españoles y portugueses es un portento de heroísmo inigualado en la historia de las hazañas. Verdaderas pléyades de religiosos de todas las Ordenes se esparcieron por el vastísimo territorio que poseía ríos como mares, selvas impenetrables al sol y en cuyo hemisferio brillaban constelaciones y soles no catalogados por Ptolomeo ni por Hiparco. Con heroísmo sin precedentes, y en medio de las más arduas fatigas, persistieron años y años empeñados en la gran obra. Convivieron con los indios, comiendo de sus viandas y expuestos siempre a sus venganzas y salvajismos.

Las Ordenes religiosas son, lo repetimos, las verdaderas creadoras del espiritualismo americano.

Notable diferencia entre la conquista española y portuguesa o católica y la protestante. Holanda e Inglaterra conquistaron también o robaron; pero su ideal no fué más que de comercio. No les interesaban los indios; los aniquilaron; en cambio, España y Portugal los atendieron y los consideraron como hijos de Dios y herederos del cielo, y todo su empeño consistió en atraerlos a la luz del Evangelio. Gracias al espíritu de esta gloriosa conquista, cuando a fines del siglo XVIII vino la independencia, surgieron 20 naciones cristianas, de abolengo y tradición católica.

Algo parecido puede afirmarse también de las Indias Orientales. La luz del Evangelio fué a iluminar las «regiones del tálamo de la aurora y la voz de los apóstoles suspendió el sueño de Adamastor»... Desde cabo de Buena Esperanza, hasta Ceilán, Filipinas, el Japón..., se había extendido la predicación evangélica. La voz de los pregoneros de Dios había llegado a los confines de la tierra...

En resumen:

La rebelión luterana soliviantando con su moral relajada todas las bajas pasiones humanas, la lujuria, el libertinaje, la sórdida ambición, había atraído a más de media Europa...

A sus oídos sonó la palabra terrible del Salvador: «Se os arrancará el reino de Dios y será traspasado a los gentiles»...

Regiones dilatadísimas abrían sus brazos al Evangelio —. Se refiere en la historia del gran misionero P. Anchieta, que se le apareció un indio del Amazonas y le dijo: «Aquí estoy; te aguardaba largos años». Era un símbolo de la realidad: el mundo gentil esperaba la luz de Jesucristo sentado en las sombras de las tinieblas. Por fin llegó...

El gentilismo retrocedió espantado. Las naciones paganas revivieron; vieron la luz y caminaron hacia ella...

Mucho perdió, pues, la Iglesia con la insurrección protestante; miembros importantes y numerosos le fueron amputados con dolor, pero fué la poda de la viña... La savia del tronco exuberante y prolífica, pudo extenderse a otras ramas y dar origen a innumerables rebrotes. Sus frondas repoblaron lo perdido. Habían sido desgajadas cinco o seis naciones, pero se le agregaron más de 20...

El nombre cristiano repercutía por regiones nunca exploradas, abriendo espléndido porvenir...

Nada, pues, había conseguido la tormenta.

La Iglesia permanecía en pie, serena y llena de juvenil pujanza.

Era el álamo frondoso, la cepa que poda el labrador, pero que rebrota más espléndida.

«Las puertas del infierno no habían podido prevalecer tampoco ahora contra ella».

XVI

JESUS PROFETA (V)

(*La tragedia del odio*).

SUMARIO: Origen de la incredulidad moderna. - La Filosofía naturalista inglesa. - La Masonería. - Voltaire y la Enciclopedia. - El Socialismo y el Comunismo. - Satanismo. - Signos de esperanza: los nuevos convertidos: rumbo espiritualista de la ciencia. - «No prevalecerán»

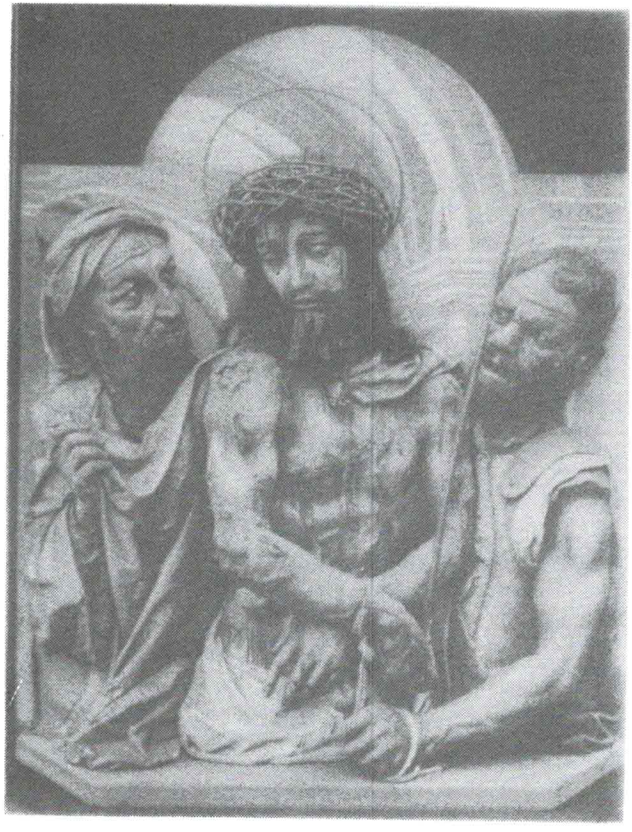
Hemos llegado, en nuestra excursión, a los tiempos presentes.

La incredulidad moderna data del siglo XVII y es fruto espontáneo y amargo del protestantismo.

En efecto.

Al negar éste toda autoridad en materia de fe, substrajo a la Iglesia toda su influencia y apoyo al par que le arrancó el respeto y veneración tradicional de los pueblos. Del mismo modo, su máxima favorita de que cada cual ha de resolver con su propio criterio subjetivo lo que debe creer, condujo inevitablemente, también, a negar muchas verdades hasta entonces admitidas como de fe y terminó por el rechazo absoluto de toda revelación.

Siguióse de estas premisas la llamada autonomía de la razón, frente a cualquier otra autoridad, elevándola a la categoría de fuente única del verdadero conocimiento y. relegando al desprecio, por lo mismo, a toda pretendida palabra de Dios y verdad religiosa contenida en la Biblia y en los dogmas cristianos, para acabar, por fin, en un odio completo



16 (Ecce Homo._ Igl. Carmelitas Descalzos. Venecia)

La sabiduría de Dios despreciada por los hombres.
Los improperios del Redentor.

al cristianismo y a la Iglesia, a la que procuraron destruir con todas sus fuerzas.

Se creó toda una Filosofía con estos malsanos conceptos.

La Filosofía de la anti-religión, que tuvo su origen en Inglaterra, agotada en su espíritu por la apostasía protestante. De ella se esparció su concentrado virus por todo el mundo.

El primero de los nuevos filósofos fué Lord Cherbury, muerto en 1648, que negó abiertamente toda revelación sobrenatural... Siguióse Hobbes, fundador del Empirismo que le condujo hasta la negación de la cognoscibilidad y aun de la existencia de todo lo supresensible... Bacón de Verulamio, que vivió a fines del siglo XVII y puso como única fuente de toda Filosofía la inducción y la experiencia, haciendo tabla rasa de toda otra fuente de verdad... Locke, que consumó la obra destructora viniendo a caer en el más crudo materialismo y negación de toda verdad superior a la razón humana... Finalmente, Collins, inventor del nombre de «librepensadores» con que se distinguieron en adelante.

Estaba dado el paso decisivo.

La intelectualidad era ya materialista y atea.

Faltaba tan sólo la propaganda impía en el pueblo, y a ello se prestó ardorosamente la Masonería y la Enciclopedia.

La Masonería.

En 1666 se declaró un pavoroso incendio en Londres, que destruyó gran parte de aquella inmensa ciudad.

Entre los que se dedicaron a su reconstrucción se formaron las Asociaciones Medievales de Constructores, las que, años más tarde, se reunieron en una «Gran Logia» que vino a ser como el centro del librepensamiento.

La referida asociación conservó los símbolos y ceremonias de los constructores, el compás y la escuadra, venerando al Gran Arquitecto del Universo, esto es, al Autor del Orden Natural, no Sobrenatural, del mundo; aparentaba perseguir, exclusivamente, fines morales y filantrópicos, pero, en realidad, tendía a subvertir todo el orden religioso y político existente.

Desde Londres se extendió la Asociación, rápidamente, por todos los países. En 1725 se fundaba la primera logia del Continente, en París. En 1733, otra en Hamburgo; en 1740, en Berlín.

Habían desaparecido ya todos los velos y ocultaciones equívocas y aparecido la secta en toda su repugnante aversión a la Iglesia.

Se declaró enemiga nata de ella y aun de toda creencia religiosa.

Mientras se celebraba el Concilio Vaticano reunió también la Masonería el suyo en Nápoles, al que asistieron varios centenares de delegados de todo el mundo; allí declararon, formalmente los Hermanos Masones, que todos sus miembros se comprometían a combatir, hasta exterminarlo, al Cristianismo y aun la idea misma de Dios...

Nada exagerada es la frase de los Papas, que apellidan a la secta «El reino de Satanás».

VOLTAIRE Y LA ENCICLOPEDIA

Se ha dicho acertadamente que la inmoralidad es la madre de la irreligión... El que no vive como cree, acabará por creer como vive.

Así sucedió manifiestamente en Francia.

La corrupción de costumbres llegó a convertirse en verdadero odio a toda sobrenatural creencia...

Era el siglo de Luis XIV.

La Corte de Versalles había caído en la disolución más repugnante, en la que participaba la nobleza y aun el mismo Clero... Se disfrazó con el atractivo ropaje de «Filosofía», y sus partidarios se llamaron «los filósofos», lo mismo que su época, la época del «Filosofismo».

El punto de reunión de aquellos intelectuales de ultranza eran los *salones*... ; lugares de degradación y envilecimiento al par que de impiedad manifiesta. A ellos se acercó también, tentadora, y tuvo el más caluroso recibimiento, la literatura materialista de Inglaterra, propinada en libros que venían abundantes de la Isla y de Holanda.

En estos círculos disolutos fueron aceptados también, con los brazos abiertos, los masones, que se habían ya extendido por Francia dirigidos por Francisco M.ª Arouet, que se dió a sí mismo el nombre de Voltaire.

Ellos formaron el centro de la conspiración contra el Altar y el Trono.

Voltaire ha sido uno de los hombres más nefastos de la Historia.

Se le ha llamado, con toda razón, el «Patriarca de la Incredulidad».

Su talento fué mediocre, aunque brillante, pero destituído por completo de todo carácter y veracidad. Su máxima constante fué ésta: «Miente, miente, que algo queda».

Se declaró enemigo personal de Cristo, de quien profirió aquella frase sacrílega: «Aplastemos al infame».

Después de habérsele hecho imposible, por sus embustes e impiedades, vivir en Francia y en Berlín, se retiró a Ferney, cerca de Ginebra, de donde se trasladó a París en sus últimos años, ciudad en que murió desesperado y con el terror de su agitada conciencia...

Llamó repetidas veces al confesor, a grandes gritos, pero sus amigos no quisieron consentir en ello...

En el paroxismo de su espanto, se retorcía, el réprobo, entre las sábanas de su cama. Sudando abundantemente y erizados sus cabellos, le parecía ver a Cristo Juez que le llamaba a su Tribunal... ; otras, al demonio, que quería estrangularle...

Sus últimas palabras fueron: «Que venga el confesor»; «que me condeno».

Su muerte es una de las más trágicas de la Historia, y dice un testigo presencial que jamás podrá olvidarla.

Ya sus maestros, los jesuitas, pues fué educado en uno de sus colegios, dieron de él el siguiente juicio: «Ingeniosus puer sed insignis nébulo», joven de ingenio, pero insigne embustero.

De entre sus amigos alcanzó principal relieve J. J. Rousseau, muerto en 1779.

Sus obras han ejercido, por desgracia, la más honda influencia, a través de los siglos, en pro de la impiedad revolucionaria.

Entre ellas descuellan: «El Emilio», en que se mostró partidario de un materialismo anticristiano en la educación; «La nueva Eloísa», en que socavó los cimientos de la moralidad, enalteciendo lo animal y canallesco en el hombre, y «El Pacto Social», en que presentó la convención como origen único de la autoridad y del Estado, y atribuyó al pueblo la potestad inalienable de deponer a los príncipes.

Otros amigos de Voltaire, entre ellos D'Alembert, Diderot y Lametrie, inundaron a Francia de escritos impíos tan superficiales como inmundos, y desde 1750 empezaron a publicar La Enciclopedia.

Constó ésta de 22 tomos, y de ella, a pesar de su mediano mérito y precisamente por su espíritu antirreligioso, se llegaron a estampar cuatro ediciones.

El espíritu del Diccionario era ateo y materialista; sus artículos inocularon en muchos corazones el virus más activo de la impiedad y robaron a la sociedad la fe.

Nada más tremendo para la religión cristiana y aun para toda religión, que los ataques solapados e hipócritas, pero sistemáticos, de estos hombres.

La insana propaganda cundió como un vasto incendio por Europa y por el mundo, y acabó por agostar toda espiritualidad y fe en innumerables almas.

La religión parecía desvanecerse, y la inundación del mal semejaba la del Diluvio...

El ateísmo se puso de moda aun en las aulas del saber...

Se concibe que el mismo Voltaire abrigara la ilusión de que estaba para desaparecer el Cristianismo: «Estoy cansado de oír, exclamaba, que bastaron doce hombres para implantar la religión cristiana en el mundo: yo quiero demostrar que basta uno solo; que me basto yo para destruirla. Dentro de veinte años, proseguía, ya no existirá»...

SOCIALISMO Y COMUNISMO

Dijo Pío IX que el Protestantismo fué el padre del Liberalismo, y éste, del Socialismo y Comunismo.

Ambos constituyen el último grado de la irreligión a que puede llegarse en el mundo: al odio mortal a ella.

Marx la llamó, como es sabido, «el opio del pueblo», fundando sus utopías sobre el más crudo materialismo.

«El cielo, para los pájaros; para nosotros, la tierra», dijo Engel.

El Comunismo es la antítesis más completa del Cristianismo, por más que se haya anunciado la utopía blasfema de que si Cristo hubiera vivido en nuestros tiempos hubiera sido comunista.

La religión del amor, de la fraternidad humana, del más alto espiritualismo y acendrada caridad, no puede conciliarse, en modo alguno, con el odio de unos a otros y la lucha de clases, y menos con el incendio de templos, profanación y destrucción de imágenes... Más aún: recordando los hechos todavía recientes, podemos afirmar que han sido los mayores enemigos que ha tenido jamás el Cristianismo, y su acción la más pavorosa y tremenda que se haya levantado contra la religión de Cristo...

SATANISMO

Llena de pena el solo decirlo, pero ésta es la espantosa realidad.

Hace unos lustros nada más, se fundaba en Rusia la liga de «Ateos militantes», los «Sin Dios y contra Dios». Pocos años más tarde ya contaba con diez millones de adeptos, entre ellos uno de niños.

En Alemania existía, antes de la guerra, la «Liga antirreligiosa», con más de un millón de inscritos...

En Francia, la sociedad de «Librepensadores», y pertenecientes a ella varios centenares de miles.

En Inglaterra, dice un inglés bien conocedor de las cosas de su Patria, hay, actualmente, más de 350.000 hombres empeñados en implantar, a todo trance, el ateísmo, y en Estados Unidos, más de 70 millones de seres humanos sin más Dios ni religión que su vientre y sus negocios...

En la capital del orbe católico se levantaba delante del mismo Vaticano, hasta hace poco, una estatua del impío Giordano Bruno; en Bruselas, otra a Ferrer Guardia; en una ciudad soviética, una a Judas, y varias, en diversos sitios, a Luzbel...

Basta ya de datos.

El ánimo se acongoja y se pregunta si aún será posible la salvación.

Vienen deseos de repetir el grito de socorro: «Señor, sálvanos, que perecemos».

SIGNOS DE ESPERANZA

Pero dejemos el pesimismo.
Es inútil y enervador...
También hay prenuncios halagadores.

Un día hablaba Jesús de la futura ruina de Jerusalén y de su templo, y añadió, con gesto de firmeza: «Los cielos y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán»...

He aquí el símbolo, la síntesis de la Historia de la Iglesia.

Todo ha pasado alrededor suyo.

Pasaron las grandes persecuciones de los judíos; pasaron las sangrientas jornadas del anfiteatro, las angustias de las catacumbas...

Pasaron los Emperadores que creyeran un día haber extinguido el Cristianismo porque lo habían anegado en sangre...; pero la Iglesia no sucumbió; quedó en pie y aun pudo asistir a los funerales del mismo Imperio.

Pasaron las herejías; las filosofías anticristianas; los gnósticos, los neoplatónicos, con sus sueños...; pasó el maniqueísmo, que un tiempo sedujera al gran genio de Agustín; pasaron Eutiques y Nestorio y Arrio...; pasó Juliano el Apóstata, Maquiavelo, Lutero, Enrique VIII, Voltaire, Diderot... La Iglesia, en cambio, lejos de sucumbir, vive aún, llena de vigor, de juventud y de pujanza. Siempre idéntica a sí misma e invariable...

Es la misma que salió, hace veinte siglos, del Cenáculo, la misma que oró en los subterráneos de Roma y padeció en

el Circo Máximo; la misma y con el mismo Credo que ha venido haciendo resonar en nuestras augustas Catedrales a través de los siglos.

La misma que animó el corazón de Dante, Prudencio, Orígenes y Tertuliano; la gran mente de Isidoro...; la misma que inflamó la elocuencia de San Crisóstomo, San Bernardo, San Vicente Ferrer y San Antonio de Padua... La que iluminó la inteligencia de Santo Tomás de Aquino, de Vitoria y Suárez, de Donoso y de Balmes...

¿No sucederá ahora lo mismo?

Ya cayó Marx y Engel, Jaurés y Lenín, Calles y Azaña... con todo su cortejo de impiedades... y así seguirán cayendo, en adelante, cuantos se levanten contra ella.

Los nuevos convertidos.

Hasta se vislumbran esperanzas de porvenir risueño.

Dos notas de aliento podemos señalar, sobre todo: las *conversiones* continuas al Catolicismo, y el nuevo *rumbo de la ciencia.*

El movimiento hacia lo primero es altamente significativo:

En Inglaterra vuelven anualmente a la Iglesia de 11.000 a 12.000 personas. En los últimos años sobrepasaron, con mucho, este número. Desde la muerte del célebre convertido Newman, antes anglicano y después obispo y cardenal, han vuelto al seno de la Iglesia alrededor de 900 eclesiásticos protestantes. El reconocido y genial escritor Gilbert Keith Chesterton, convertido también, llega a afirmar que el hacerse católico es sólo cuestión de solidez de pensamiento.

En Alemania aumenta también de año en año el número

de los que vuelven a la religión de sus antepasados. Anualmente, al par que en Inglaterra, llegan a 11 o 12.000...

En los Estados Unidos asciende el guarismo hasta los 40.000.

Los últimos años se dió la cifra máxima de 50.000.

Y nótese también la calidad: de 1.000 convertidos, 372 eran clérigos protestantes, de los que 135 pasaron a ser sacerdotes católicos. De los laicos, 115 eran médicos: 126, abogados; 45, miembros del Congreso; 12, gobernadores; 180, oficiales del Ejército y la Marina; 206, escritores y otras personalidades relevantes en el campo de la cultura.[1]

Rumbo espiritualista de la ciencia.

La segunda nota no es menos digna de entusiasmo.

Hasta hace unos decenios nada más, el ateísmo materialista dominaba en absoluto en las cátedras universitarias. En ellas no se podía ni debía hablar sino en este sentido...

Admitir fuerzas distintas de las físico-químicas; mostrar la existencia de un agente extracósmico extraño y superior a la materia; nombrar a Dios, en una palabra, hubiera sido considerado como un descrédito científico, una señal de atavismo psíquico-religioso que los psicólogos hubieran explicado por la cristalización en las células cerebrales de las ideas supersticiosas inoculadas por los ignaros explotadores de la religión...[1]

Así estaba la ciencia hace unos lustros.
Ahora ya es otra cosa distinta.
Se oyen por doquier voces de desengaño.

«Las esperanzas — decía hace poco un gran biólogo de nuestros días, Federico Müller, en público y autorizado discurso pronunciado en la apertura de curso de la Universidad

[1] Cfr. Lamping, *Hombres que vuelven a la Iglesia*, Introducción.

de Munich — de explicar los misterios de la vida sobre bases materialistas, no se han cumplido y han causado universal desilusión. Oímos repetir muchas veces que la dirección materialista de la vida ha fracasado y que tiene que recoger los bagajes... Una nueva corriente se inicia... Una especie de carrera de refugio hacia la Filosofía, hacia el Espiritualismo»...

No son menos elocuentes las de otro sabio más esclarecido aún, el llamado en la actualidad el Pontífice de la Biología: el doctor Oscar Hertwig.

Había sido ateo y materialista durante cerca de cincuenta años de investigación científica... ; mas he aquí que, llegado a la madurez de sus conocimientos, se convence de su error y toma, con ardores juveniles, como afirma él mismo, la pluma para protestar. «Es verdad, dice, que hace siglos ya que el concepto materialista del universo había ido aumentando cada vez más los círculos de su propagación, pero los signos de los tiempos han cambiado y nos muestran que nos encontramos actualmente en un cambio de miras: en el desenvolvimiento espiritual de la Humanidad...»

¡Los signos de los tiempos han cambiado!... ¡Nos encontramos en el comienzo de una nueva Era de desenvolvimiento espiritual de la Humanidad!

En una nueva Era, sí.

Actualmente son ya escasos los que siguen el materialismo; más concretamente aún: se acaba de hacer una notable estadística en Alemania, por el doctor Dennert, y de ella resulta que entre los 423 sabios principales del mundo moderno, 349, o sea el 95 por 100, son creyentes, esto es, reconocen la necesidad de un Ser Supremo, Creador Universal de todo...

Esos sabios han visto a Dios invisible, «per ea quae facta sunt», como dijo San Pablo: «Por las obras visibles de sus manos».

Del 5 por 100 restante, el 3 no se deciden por ninguna explicación, y sólo un 2 por 100 se muestran materialistas...

Repitámoslo de nuevo.

Los signos de los tiempos han cambiado.

El hijo pródigo vuelve a la casa paterna después de siglos de extravío.

NO PREVALECERAN

Acababa de terminar su sermón cierto orador sagrado y se bajaba ya del púlpito.

Pero se detiene repentinamente; vuelve a subir y, dirigiéndose al público, exclama: «¿Habéis visto ese monte que se levanta ante vuestros ojos enfrente mismo de la ciudad? Pues, oidlo bien; yo os lo aseguro, no se lo comerán las ratas...»

Acertada y significativa ocurrencia...

Todos comprendieron la alusión.

Ese monte altísimo es la Iglesia.

Es el monte de fundamentos eternos; alto, incontrastable; el monte a cuya cumbre secular han ascendido los corazones e inteligencias próceres; el monte de veneros, de raudales inmensos de sabiduría; el monte que se eleva sobre todas las instituciones humanas, las que parecen a su lado obras de pigmeos; que dura ya veinte siglos, inconmovible...

No se lo comerán tampoco las ratas de sus enemigos, pobres hombrecillos que se alzan dos centímetros del suelo...

Ellos pasarán, se desvanecerán como el humo, dejarán de existir como una de tantas musarañas de la campiña... y el monte permanecerá inconmovible.

Hace quince siglos, se encontraban nuestros padres en la fe en más aciagas circunstancias aún.

Era el siglo de la invasión de los bárbaros; época de cataclismos, de destrucción de templos y de ruinas...

El Imperio romano se deshacía en pedazos.

Un caos político, moral y religioso lo dominaba y lo envolvía todo.

Muchos, incluso el gran genio de San Agustín, creían llegado el fin del mundo, pues juzgaban imposible el que pudiera sobrevivir la Iglesia a tanta catástrofe.

Sin embargo, pasó el ciclón devastador y todo se repuso; la religión de Cristo sobrevivió a la gran hecatombe y, ¿quién lo hubiera creído?, de aquel caos confuso pero fermentado por la misma Iglesia, salieron las nuevas naciones europeas esencialmente religiosas: la Edad Media, la más religiosa y cristiana que ha existido...

«Confídite: confiad», nos dice Jesucristo...

Algunos hasta han soñado en el retorno de una nueva Edad Media después de las acerbas pruebas del presente... ¿Quién sabe?

Dios suele intervenir en el mundo cuando todo ha fracasado.

El es el que rige la Historia, y no los hombres; o, como dice el refrán: «Los hombres se mueven, pero Dios los agita».

«Sursum corda!», pues; esperanza y fe en Cristo y en su palabra. El venció una vez al mundo y lo ha venido venciendo a través de las edades, y lo vencerá hasta el fin...

LOS CIELOS Y LA TIERRA PASARAN, PERO SUS PALABRAS NO PASARAN.

«Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella».

XVII

JESUCRISTO, DIOS

SUMARIO: La divinidad del Mesías en el A. T. - Cristo, hijo de Dios y Dios verdadero. - Testimonio de los Evangelios. - La propia afirmación de Jesús. - Atributos divinos y derechos exclusivos de Dios. - «El Unigénito del Padre»

La divinidad de Cristo es un tema de la mayor trascendencia, y hoy más que nunca candente.

¿Quién fué Jesús de Nazaret, el famoso taumaturgo que pasó por Palestina al comienzo de nuestra Era sembrándola de prodigios y que con su nueva religión removió el mundo y atrajo hacia sí la humanidad?...

¿Fué Dios, como El mismo afirmó de sí, insistentemente, o un mero hombre grande y extraordinario cuanto se quiera pero sin rebasar en nada los contornos y límites humanos?

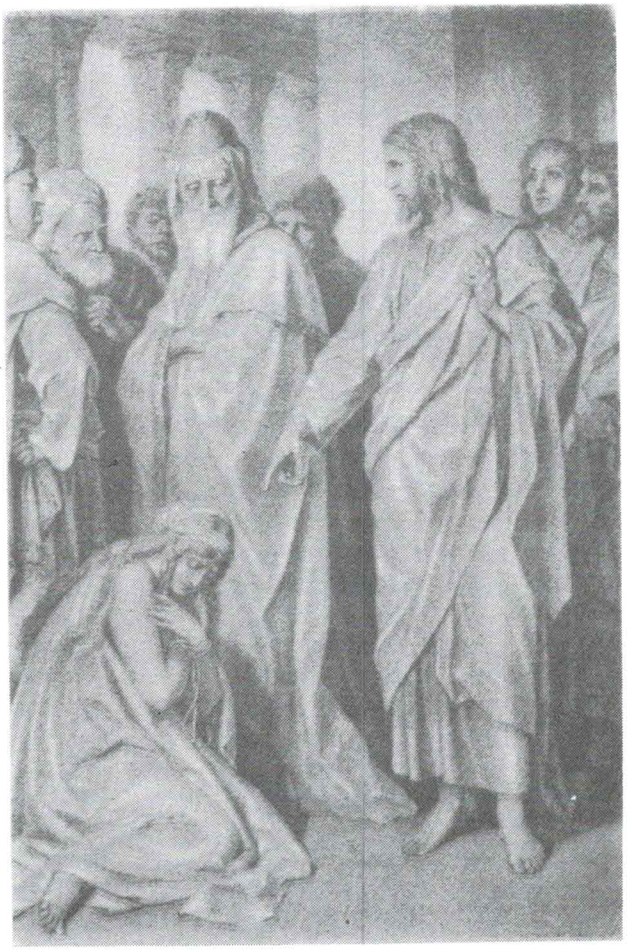
A incrédulos y a católicos nos va mucho en la cuestión.

Si Cristo no es Dios, nuestra religión es falsa, pues en este dogma fundamental se apoya; pero si, por el contrario, es Dios, nada tiene que temer nuestra fe: se engañan los adversarios, y estamos en la posesión de la verdad.

Queda suficientemente indicado el alcance y trama del presente capítulo.

LA DIVINIDAD DEL MESIAS EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

La divinidad del anunciado Redentor la indican suficientemente en sus vaticinios los profetas, como ya pudimos advertirlo en el capítulo segundo de este libro.



17 (Hofmann)

«El que de vosotros esté sin pecado arroje la primera piedra» (J. VIII, 7).

En efecto, en la profecía de *Miqueas* relativa a su nacimiento en Belén, se habla claramente de su *preexistencia* y *eternidad*, notas que, como es obvio, no pueden convenir sino a Dios solo: «Y tú, ¡oh Belén!, dice, llamada Efrata, eres una ciudad pequeña respecto de las principales de Judá, pero de ti saldrá el que ha de ser dominador de Israel, el cual fué engendrado desde el principio, desde los días de la eternidad». (Cap. V.)

David le llama hijo de Dios «engendrado por El en el día de su eternidad». (Salm. II, 7.)

Isaías le apellida Emmanuel, esto es, Dios con nosotros; le da los nombres de «El Admirable», «El Consejero», «Dios», «El Fuerte», «El Padre del Siglo Venidero», «El Príncipe de la Paz». (Cap. VI y IX.) Finalmente, en el vaticinio de las setenta semanas de *Daniel* se dice del Mesías que su venida al mundo traería consigo «el término de la prevaricación y el fin del pecado; que sería borrada la iniquidad y vendría la justicia perdurable al ser ungido el *santo de los santos*». (Cap. IX.)

CRISTO HIJO DE DIOS

Testimonios evangélicos.

Al anuncio responde la realidad, y al Antiguo, el Nuevo Testamento.

Cristo es el Mesías anunciado, y del sentido de su divinidad están llenas todas las páginas del Evangelio.

Las citas podríamos multiplicarlas.

El ángel dice a María, en la Anunciación, que «lo santo nacido de ella será llamado el Hijo del Altísimo». (Lc. 1, 32.) El día del bautismo del Jordán se abren los cielos y desciende el Espíritu Santo en forma de paloma sobre El, y se oye la voz del Padre que atestigua: «Este es mi Hijo amado, en el cual tengo mis complacencias». (Mt. III, 16, s.) Los Apóstoles ven a Cristo caminar sobre las aguas, y todos le

adoran, llenos de pasmo, y le dicen: «Verdaderamente eres el Hijo de Dios». (Mt. XIV, 33.)

Ni son otros solamente los que llaman Hijo de Dios a Jesucristo. Este apelativo se lo da El a sí mismo repetidas veces.

Al ciego de nacimiento encuéntrale ya sano después de su lucha con los fariseos, y le pregunta: «¿Crees en el Hijo de Dios?» Y el ciego exclama: «¿Quién es, Señor, para que crea en El?» Y Cristo le responde: «Le has visto y es el que está hablando contigo». (Jn. IX, 35, s.) A San Pedro, que en Cesárea de Filipo le dice abiertamente: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo», le alaba y le llama bienaventurado, porque aquello no lo sabe él de por sí, sino por revelación del Padre. (Mt. XVI, 16, s.)

Y, sobre todo, ante Caifás. Es el momento solemne de la condenación a muerte del Salvador por el Sanhedrín reunido expresamente para ello. Hay discrepancia de opiniones, y no se entienden entre sí las pruebas y las defensas: el príncipe de los sacerdotes toma entonces la palabra, queriendo zanjar él por sí mismo toda vacilación. Se encara con el Divino Reo, que estaba allí delante sentado en el banquillo, y le pregunta, con solemnidad y entereza: «Te conjuro por el nombre de Dios vivo que nos digas si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios bendito»... Jesús no vacila un instante, a pesar de que sabe que en ello le va la vida: «Tú lo has dicho», le responde. «Yo soy; empero yo te digo que a partir de esta hora veréis al hijo del hombre a la diestra del poder de Dios venir sobre las nubes del cielo». (Mt. XXVI; Mc. XIV.)

Estaba lanzada la gran afirmación.

El Sumo Sacerdote no pudo oírla: miró a los circunstantes con mal disimulado espanto, y recurriendo al gesto teatral de costumbre, desgarró sus vestiduras, diciendo: «Ha blasfemado. ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Aca-

báis de oír la blasfemia, ¿qué os parece? Y todos contestaron: reo es de muerte.»

Es claro, pues, y manifiesto.

Cristo fué llamado por los demás y se dió a sí mismo el nombre de Hijo de Dios. Pero, ¿cómo ha de entenderse esta palabra? La denominación de «Hijo de Dios» no implica, necesariamente, la filiación natural divina; puede referirse también a la filiación adoptiva por prerrogativas o facultades especiales otorgadas por Dios. Así se llaman hijos de Dios los profetas y varones santos. ¿Cuál es, en consecuencia, el sentido de la filiación de Jesús respecto de Dios? Ninguna, ciertamente, de las apuntadas.

Es Hijo de Dios por filiación natural plena: es decir, verdadero hijo en el sentido ontológico de la palabra, poseedor de la misma naturaleza del Padre hasta poder llamarse una misma cosa con El, consustancial con El.

Oigamos la parábola de los viñadores.

«Erase un hombre padre de familia que plantó una viña y la cercó de vallado, y cavando hizo en ella un lagar y edificó una torre; arrendóla después a ciertos labradores y ausentóse a un país lejano. Venida ya la sazón de los frutos, envió a sus criados a los renteros para que los percibiera, mas éstos les acometieron, apalearon al uno, mataron al otro y al tercero le apedrearon. Por segunda vez envió a nuevos criados en mayor número que los primeros, y los colonos los trataron de la misma suerte. Por último les envió a su hijo, diciendo para consigo: a mi hijo, por lo menos, lo respetarán; pero los renteros se dijeron entre sí, al verle: este es el heredero, venid, matémosle y nos alzaremos con su herencia, y asiendo de él, le echaron fuera de la viña y le mataron.

Ahora bien, en volviendo el dueño de la viña, ¿qué hará a aquellos labradores? Hará, dijeron ellos, que gente tan malvada perezca miserablemente, y arrendará su viña a otros labradores que le paguen sus frutos a su tiempo. Entonces

Jesús añadió, tomando pie en sus mismas palabras y revolviéndolas contra ellos: Por lo cual yo os digo que os será quitado a vosotros el reino de Dios y dado a las gentes que rindan frutos de buenas obras». (Mt. XXI; Mc. XII; Lc. XX).

Todos los exégetas están de acuerdo y es, además, evidente que, como lo entendieron los mismos judíos, Cristo se refería a ellos en esta parábola; a ellos y a sí mismo.

El que está representado bajo la figura del hombre rico es Dios; la viña es Israel, y los siervos enviados a recoger los frutos, los profetas de la antigua ley. Estos fueron siempre mal recibidos y peor tratados por los judíos, sus compatriotas, hasta el punto de que pudo el protomártir San Esteban echarles en cara aquellas terribles palabras: «¿A qué profeta no persiguieron vuestros padres?»...

Al fin, envió a su hijo, a su propio hijo, a su hijo amado y heredero, pero ellos estaban haciendo lo mismo con él e iban a consumar su crimen con la muerte...

¿Qué había, pues, de hacer Dios con ellos?

Lo que hizo el dueño de la viña con sus criminales arrendadores: perderlos y entregar la Ley, el patrimonio espiritual de Israel, las promesas, a otros: esto es, a los gentiles que habían de hacer mejores obras. Los judíos quedaban así excluídos de las promesas: ya no serían más el pueblo de Dios. El gentilismo entraba a formar parte de la verdadera teocracia; había llegado el momento en que, como dijera el Salvador a la Samaritana, ya no se adoraría a Dios sólo en Jerusalén ni en Garizim, sino en el universo mundo...

Como se ve, Cristo se declara aquí paladinamente Hijo de Dios e Hijo de Dios en el sentido estricto de la palabra. El distingue entre los profetas, siervos de Dios y El mismo que es el Hijo, el Unigénito, el hijo por naturaleza y por derecho propio... Entre El y los antiguos profetas hay una esencial diferencia; los supera a todos aun a los más ilus-

tres en la máxima distancia que hay entre el hijo de familia y sus servidores. Aquéllos no eran más que siervos; El es el Hijo, el Hijo único y amado. Por esa razón supera inmensamente a todos: a Abraham, que «deseó ver su día»; a David, que le llamó Señor; a Elías y a Moisés, que aparecieron en la Transfiguración el uno a un lado y el otro al otro, teniendo en medio a Jesús, lleno de gloria y de majestad; a los ángeles, que tras la cuarentena del desierto, le prestan sus servicios, que son «suyos», «sus ángeles», a quienes enviará el día del Juicio y arrojarán del reino todos los escándalos...

ATRIBUTOS DE DIOS

Cristo se los da a sí mismo.

Era un día del tercer año de la vida pública. El Maestro se encontraba en el tempio en medio de grande concurrencia. «Y todo el pueblo vino a El, dice el Evangelista, y El, sentado, le enseñaba».

Pronto habían de empezar, sin embargo, los incidentes y las luchas con los fariseos que habían de hacer de aquel día uno de los más fuertes y duros para el Gran Profeta de Nazaret.

Los enemigos hicieron su aparición bruscamente.

Traían casi a rastras a una mujer a quien habían sorprendido en adulterio; se la pusieron en medio y le dijeron: «Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante delito de adulterio. En la Ley, Moisés nos mandó apedrear a semejantes mujeres: Tú, pues, ¿qué dices? Esto decían, tentándole, para tener de qué acusarle. Mas Jesús, inclinándose hacia el suelo empezó a escribir con el dedo en la tierra. Ellos persistieron en sus preguntas... Al fin irguióse majestuosamente el Salvador en su presencia y les dijo: «El que de vosotros esté sin pecado, arrójele la primera piedra, e inclinándose de nuevo siguió escribiendo. Oyendo esto, se fueron retirando uno tras otro los fariseos, comenzando por los

más viejos. Quedó solo Jesús y la mujer de pie, en medio. Alzó entonces el Maestro la cabeza y la dijo: Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Nadie te condena? Nadie, Señor, contestó ella. Pues yo tampoco te condeno. Anda y no vuelvas a pecar más». (Jn. VIII).

Después de este interesante episodio continuó el Salvador sus enseñanzas. Su lenguaje tomó un tono categórico, profundo y decisivo. «Yo soy la luz del mundo, dijo, y el que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida». Los judíos encontraron extrañas estas palabras, pero Jesús siguió, recalcando más sus expresiones: «Vosotros sois de acá abajo, yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo», y luego: «En verdad, en verdad os digo que el que guardare mi palabra no verá la muerte para siempre»...

«Ahora conocemos que estás endemoniado, irrumpieron los fariseos: Abraham murió, y los profetas murieron también ¿y tú dices que el que guardare tus palabras no gustará la muerte para siempre? ¿Eres tú mayor que nuestro padre Abraham, el cual murió, y los profetas que murieron también? ¿Quién te haces a ti mismo?»...

«Abraham, vuestro padre, se gozó de ver mi día, repuso, insistiendo Jesús en sus misteriosas afirmaciones: le vió y se gozó»...

Dijéronle entonces los judíos:

¿Aun no tienes 50 años y has visto a Abraham? «En verdad, en verdad os digo que antes de que Abraham existiese ya existía yo. El Padre y yo somos una misma cosa»...

Tomaron piedras los judíos para apedrearle, pero Jesús se les impuso sereno: «Muchas obras buenas he hecho con vosotros, ¿por cuál de ellas me apedreáis?». Respondieron los judíos: No te apedreamos por las buenas obras sino por la blasfemia y porque tú, siendo hombre, te haces Dios...

Jesús se encubrió entonces a sus ojos y salió del templo atravesando por medio de los mismos.

Ciertamente que son para meditar las palabras referidas: «Yo soy la luz del mundo»: ya a Marta le había dicho: «Yo soy la resurrección y la vida». «Yo soy de arriba, yo no soy de este mundo», «yo existía antes que Abraham y los profetas». En la noche de la última cena había de añadir después: «Clarifícame, Padre, con la claridad que tuve ante Ti antes de que existiera el mundo»...

O estas expresiones son de Dios o son incomprensibles y blasfemas.

¿Quién es el profeta de Nazaret? ¿Un mero legado divino como Moisés y los profetas? Jamás éstos hubieran hecho semejantes afirmaciones... Moisés y los profetas eran de este mundo; no venían de arriba; no habían preexistido a la creación del universo. Fueron hombres como los demás. De origen humano y terreno. En cambio, Cristo vino de lo alto...: su origen era superior y divino; se presentaba como verdadero Dios...

Por eso enseñó como Dios, con la autoridad e independencia y seguridad de Dios: «Oisteis que se dijo a los antiguos..., pero yo os digo a vosotros»: «Uno es vuestro maestro». «El cielo y la tierra pasarán, pero jamás pasarán mis palabras». Por eso, en el último juicio, se sentará como Juez Supremo: El, por sí mismo, condenará a los réprobos y salvará a los justos, arrojando a los unos de sí y atrayéndose a los otros: «Apartáos de mí, malditos, al fuego eterno... Venid, benditos de mi Padre, a poseer el reino que os está preparado desde el principio del mundo».

Y lo que es más significativo todavía.

Condenará y salvará por lo que hayan hecho los hombres por El o contra El: «Cuando no lo hicisteis por uno de éstos, no me lo hicisteis a Mí...».

Por eso también nunca dice a Dios «Padre nuestro» sino «Padre mío y Padre vuestro». Y afirma que nadie conoce al Hijo, sino el Padre, y nadie sabe quién es el Padre, sino el Hijo; y asegura que el que le ve a El, ve al Padre...

Por eso, antes de su Ascensión a los Cielos, da a sus Apóstoles la misión de «enseñar a todas las gentes y bautizarlas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo», poniéndose a sí mismo entre las personas divinas. Por eso puede derogar el sábado instituído por Dios, lo mismo que la Ley dada por el mismo Dios: por eso es mayor que el mismo templo, que es morada de Dios...

DERECHOS EXCLUSIVOS DE DIOS

Nuevo capítulo de pruebas.

Nos referimos, en particular, al *perdón de los pecados* y a la *adoración*.

Recordemos el hecho evangélico ya mencionado en otra parte.

Predicaba Jesús en Cafarnaún en presencia de un gran gentío que llenaba por completo la casa en donde estaba, cuando le introducen por el tejado un paralítico postrado en su lecho. Al ver Jesús su fe, dijo al tullido: «Ten confianza, hijo mío; tus pecados te son perdonados», a lo que ciertos escribas dijeron murmurando en su corazón: «Este, blasfema; ¿quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios?». Mas, Jesús, viendo sus pensamientos, dijo: «¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? ¿Qué cosa es más fácil decir: se te perdonan los pecados, o decir, levántate y anda?... Pues para que veáis que el Hijo del hombre tiene en la tierra potestad para perdonar los pecados: levántate, dijo al paralí-

tico; toma tu lecho y vete a tu casa, y levantóse y se fué...». (Mt. IX, Lc. V, Mc. II.)

Más significativo aún es el caso de la mujer pecadora en el convite del fariseo.

Comían todos alegremente en él, cuando he aquí que una mujer, conocida del pueblo por sus escándalos, entró en la sala y poniéndose a los pies del Salvador empezó a regarlos con sus lágrimas y a secarlos con sus cabellos...

El espectáculo era emocionante, pero el fariseo que había invitado al Maestro, estaba escandalizado: «Si éste fuera profeta, decía entre sí, sabría quién es la mujer que le está tocando...». «Simón, tengo una cosa que decirte», le interrumpió Jesús; y él, cortésmente: «Maestro, ¿qué se te ofrece?». «Una vez había un acreedor que tenía dos deudores; el uno le debía 500 denarios, y el otro, 50; no teniendo esperanza de cobrarlos, les condonó a entrambos la deuda. ¿Quién de ellos te parece que debe estarle más agradecido?». «Creo, repuso el fariseo, que aquel a quien se le perdonaran 500». «Rectamente has juzgado, repuso el Salvador, y volviéndose a la mujer que estaba a sus plantas, le añadió: ¿Ves esta mujer?, yo entré en tu casa y no me diste agua para mis pies; ésta, en cambio, desde que entró no ha hecho otra cosa que lavar mis pies con sus lágrimas y enjugarlos con sus cabellos... No me diste el ósculo de paz; ésta, desde que entró no ha cesado de besar mis pies... No ungiste con óleo mi cabeza, pero ésta ha derramado sobre mis pies sus perfumes... Por lo cual yo te digo que le son perdonados muchos pecados, porque ha amado mucho. Porque ama menos aquel a quien menos se le perdona». En seguida dirigióse a la mujer, y le dijo: «Perdonados te son tus pecados».

Los convidados empezaron también a criticar: «¿Quién es éste que perdona aun los pecados?». Mas El dijo a la mujer: «Tu fe te ha salvado, vete en paz». (Lc. VII.)

Creemos que es evidente el hecho.

Cristo perdona los pecados y los perdona con potestad propia, y lo que es más, los perdona por el amor que se le tiene a El: «Se le perdonan muchos pecados porque ha amado mucho». ¿A quién? ¿Sería esto posible, si Cristo no fuera Dios?... Si perdonar los pecados no siendo Dios es una blasfemia, una intromisión en los derechos divinos, el perdonarlos por amor de otro que no sea Dios, es mayor blasfemia todavía. El pecado sólo puede perdonarlo la contrición, el acto de amor de Dios y jamás el amor a una criatura por elevada que sea.

La adoración.

Leemos con frecuencia en el Evangelio que muchos venían al Maestro, y prosternándose delante de El, le adoraban.

Así lo hizo el leproso que a las faldas del monte de las Bienaventuranzas le suplicaba humildemente que le sanase; así Jairo, el jefe de la sinagoga, que le pidió le devolviera la salud a su hija; esa fué la actitud del poseso de Gerasa que salió a saludarle y le dió el nombre de Hijo del Altísimo; esa la de los Apóstoles en varias ocasiones, la del ciego de nacimiento, la de las santas mujeres, después de la Resurrección...

Y ¿cuál fué la conducta del Salvador en presencia de estas adoraciones?

Es cierto que si no se tuviera por Dios, jamás las hubiera consentido. Así lo hizo el Apóstol San Pedro en el caso del centurión Cornelio: este honrado militar, en el entusiasmo que le causó la venida del Apóstol, se prosternó a sus pies para adorarle, pero Pedro le levantó de la tierra prontamente, exclamando: «Levántate, pues yo también soy hombre como tú». (Act., X.)

Es la misma escena de Licaonia, cuando las gentes testigos de la curación del cojo por Pablo y Bernabé les tomaron a estos Apóstoles por dioses descendidos a la tierra y se aprestaron a ofrecerles sacrificios: «¿Qué vais a hacer?, les dije-

ron: también nosotros somos hombres mortales». (Act. XIV.) Y a San Juan, en el Apocalipsis, le dijo el ángel al querer prosternarse ante él: «Guárdate de hacerlo: soy siervo de Dios como tú y tus hermanos; reserva la adoración para Dios sólo». (Apoc. XIX.)

En contraste con todo esto, Jesús jamás recusó el homenaje.

El permitió que le adoraran; recibió la adoración con naturalidad y sin espanto, sin mitigar el efecto con la menor salvedad, aun en los casos más salientes. ¿Por qué esto? ¿Por qué el humilde Jesús, tan celoso de los derechos de su Padre celestial, tan pronto y solícito en llevarle los honores de los hombres, los aceptó sin pensar que pudo hacer un sacrilegio, robar la gloria de otro que no le pertenecía?...

Una sola explicación puede encontrarse: la conciencia y convicción plena que tenía de no ser un mero hombre, sino Dios a quien se debía todo honor y toda gloria...

EL UNIGENITO DEL PADRE

Terminemos con la incomparable página de la visita a Jesús durante la noche por Nicodemus.

«Había un hombre de la secta de los fariseos, llamado Nicodemus, varón principal entre los judíos, el cual fué de noche a Jesús, y le dijo: «Maestro, nosotros conocemos que eres un enviado de Dios, porque ninguno puede hacer los milagros que tú haces, a no tener a Dios consigo». Respondióle Jesús: «Pues en verdad, en verdad te digo, que quien no naciere de nuevo no puede ver el reino de Dios».

Dícele Nicodemus: «¿Cómo puede nacer un hombre si ya es viejo? ¿Puede, acaso, volver otra vez al seno de su madre para renacer?».

«En verdad, en verdad te digo, respondió Jesús, que, quien no renaciere del agua y del Espíritu Santo no puede

entrar en el reino de Dios. Lo que ha nacido de la carne, carne es, mas lo que ha nacido del espíritu es espíritu. Por tanto, no extrañes que te haya dicho: os es preciso nacer otra vez. Pues el espíritu sopla donde quiere, y tú oyes su sonido, mas no sabes de dónde sale o a dónde va; eso mismo sucede al que nace del espíritu.

Respondió Nicodemus y dijo: ¿Cómo puede ser eso?

Respondió Jesús y le dijo: «¿Tú eres Maestro en Israel y no entiendes estas cosas? En verdad, en verdad te digo, que nosotros no hablamos sino lo que sabemos bien, y no atestiguamos sino lo que hemos visto: y vosotros no admitís nuestro testimonio.

»Si os he hablado de cosas de la tierra y no me creéis, ¿cómo me creeréis si os hablo de cosas del cielo? Ello es así, que nadie subió al cielo sino aquel que descendió del cielo, esto es, el Hijo del hombre que está en el cielo.

»Al modo que Moisés en el desierto levantó en alto la serpiente, así también es menester que el Hijo del hombre sea levantado en alto, para que todo aquel que crea en El no perezca, sino que logre la vida eterna. Que amó tanto Dios al mundo, que no paró hasta dar a su Hijo Unigénito, a fin de que todos los que creen en El no perezcan, sino que vivan vida eterna. No envió Dios su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que por su medio el mundo se salve. Quien crea en El no será condenado, pero quien no cree, ya tiene la condenación, por lo mismo que no cree en el nombre del Hijo Unigénito de Dios. Este juicio consiste en que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, por cuanto sus obras eran malas...» (Jn. III.)

Basta este solo pasaje para convencerse sinceramente de que Jesús estaba persuadido de su divinidad. «El descendió del cielo», «está en el cielo»; es «el Hijo Unigénito de Dios, enviado por Este al mundo para que todo lo que cree en El no perezca, sino que tenga la vida eterna». «El que no

cree en El ya está condenado, porque no cree en el nombre del Unigénito de Dios». «El es la luz que vino al mundo para iluminarle...».

No queda más que repetir lo ya apuntado. Se impone un dilema ineludible: o Cristo es un pobre iluso, un malvado, o es verdadero Dios. Tenerse por Dios con plena conciencia de lo que esto supone y no serlo, es propio sólo de un loco o de un sacrílego blasfemo: Caifás hubiera tenido razón al rasgarse las vestiduras.

XVIII

JESUCRISTO, DIOS (II)

SUMARIO: La fe de los Apóstoles y de la Iglesia primitiva. - Arrio y el Concilio de Nicea. - La divinidad de Cristo en los tiempos modernos. - El Filosofismo y Racionalismo. - Renán. - Conclusión

Cristo es Dios y se tiene por Dios.

Tal fué el objeto del anterior capítulo: El gran dogma y razón de ser de nuestra fe.

El profeta y taumaturgo nazareno no se presentó sólo como un mero hombre: se presentó como Dios; Dios con nosotros, Dios hecho hombre, el Hombre-Dios.

¿Lo creyó así también la primitiva comunidad cristiana? Sí, ciertamente. La fe en la divinidad de Jesús fué profesada siempre e indubitablemente por la Iglesia.

Veámoslo brevemente, comenzando por los mismos discípulos inmediatos del Salvador.

LOS APOSTOLES

Citemos solamente a tres, los más principales de ellos: San Pedro, San Pablo y San Juan. Su testimonio será manifiestamente el testimonio irrecusable de todos.

San Pedro.

Los Hechos de los Apóstoles nos han conservado sus predicaciones después y a raíz del día de Pentecostés. Todas ellas rebosan la exuberancia y el entusiasmo del testigo ocular de los magnos acontecimientos sobrenaturales que sirvieron

18 (Hofmann)

«Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?»
(Mt. XIV, 31)

de escolta en su entrada triunfal en el mundo a la religión conquistadora.

Ya en su primer discurso llama valientemente a Cristo, «Señor», «Hijo de Dios», «Santo y Justo», «Varón aprobado por Dios» y «Profeta anunciado por Moisés y muerto por los judíos, pero resucitado y exaltado por Dios». (Act. II.) En el segundo va más adelante todavía, y apellida a Jesucristo: «Autor de la vida», «Juez de vivos y de muertos», «Dador del Espíritu Santo», «Fuente de la Gracia». (Act. III.) Y, finalmente, en su conversación con el piadoso centurión Cornelio, afirma de El que «está sentado a la diestra de Dios, y que todos los que en El creyeren, recibirán el perdón de sus pecados en su nombre». (Act. X.)

San Pablo.

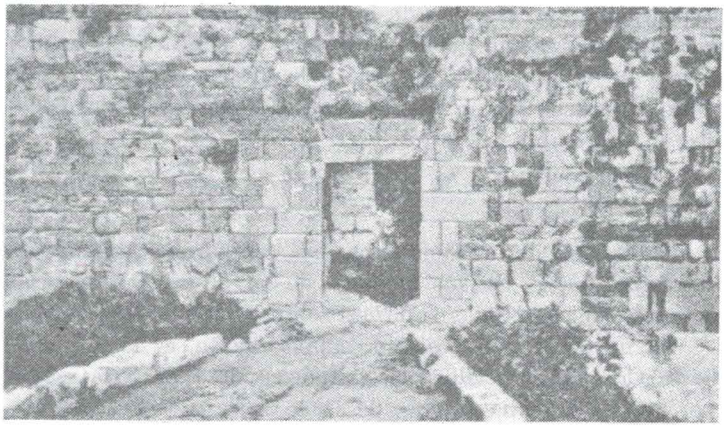
El Apóstol de las Gentes es más categórico y elevado en sus expresiones. De sus labios y de su pluma brotaron las frases y conceptos más sublimes sobre la divinidad de Jesús.

Su misión, dice él mismo, expresamente, es la de predicar a Cristo crucificado y las grandezas de Dios, y la recibió por igual e inmediatamente de Dios Padre y de Jesucristo... Enseña que para obtener la salvación es necesario creer en El, guardar sus mandamientos y amarle con amor supremo: «Vosotros, dice, sois hijos de Dios por la fe en Jesucristo», y añade aquellos sublimes arranques: «Si alguno no ama a Nuestro Señor Jesucristo, sea anatema»; «¿quién nos separará de la caridad de Cristo?». Lo mismo que al Padre, llama a Cristo, «Señor», «Señor de todos», «Señor de la Gloria», y le aplica textualmente las palabras que en el Antiguo Testamento se dicen exclusivamente de Dios: «Y todo el que invocare el nombre del Señor, será salvo». (II Tesal. I.)

En la carta a los colosenses le presenta como creador y conservador del mundo y unido personalmente a Dios. (Capítulo V.) «En El, dice, fueron creadas todas las cosas en

el cielo y en la tierra... ; todo fué hecho por El mismo y en El mismo... y en El habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente».

En la II a los Filipenses, cap. II, le atribuye la esencia, naturaleza y majestad divinas: «El cual, teniendo la naturaleza de Dios, no tuvo por usurpación, sino por esencia, ser igual a Dios».



CESÁREA DE FILIPO. — Antigua puerta de la ciudad por donde pasaría alguna vez el Hijo de Dios

En la de los Hebreos afirma: «El cual (Jesucristo), es Dios bendito sobre todas las cosas por siempre jamás». El es, «esplendor de la gloria del Padre y fiel retrato de su esencia», al mismo tiempo que «heredero de todas las cosas»; y le aplica las palabras del salmo: «Tu trono, ¡oh Dios!, por los siglos de los siglos».

Nada más demostrativo que copiar todo el capítulo I de esta carta incomparable, canto el más grandioso a la divinidad del Salvador. Dice así:

«Dios, que en otro tiempo habló a nuestros padres en di-

ferentes ocasiones y de muchas maneras por los profetas, nos ha hablado últimamente en estos días, por medio de su Hijo a quien constituyó heredero universal de todas las cosas, por quien creó también los siglos. El cual, siendo como es el resplandor de su gloria y vivo retrato de su persona, y sustentándolo todo con su poderosa palabra, después de habernos purificado de nuestros pecados, está sentado a la diestra de la majestad en lo más alto de los cielos. Hecho tanto más excelente que los ángeles, cuanto es más aventajado el nombre que recibió por herencia.

Porque ¿a cuál de los ángeles dijo jamás: Hijo mío eres tú, yo te he engendrado hoy, y, asimismo: Yo seré Padre suyo y él será Hijo mío?

Y otra vez, al introducir a su primogénito en el mundo, dice: «Adórenle todos los ángeles de Dios».

Asimismo, en orden a los ángeles, dice: «El que a sus ángeles los hace espíritus o ligeros como el viento y a sus ministros activos como la ardiente llama»; mientras que al Hijo le dice: «El trono tuyo, ¡oh Dios!, subsistirá por los siglos de los siglos: cetro de rectitud el cetro de tu reino».

Amaste la justicia y aborreciste la iniquidad, por eso, ¡oh Dios!, el Dios y Padre tuyo te ungió con óleo de júbilo mucho más que a los otros.

Y en otro lugar se dice del Hijo: «Tú eres, ¡oh Señor!, el que al principio fundaste la tierra y obra de tus manos son los cielos. Ellos perecerán, mas tú permanecerás siempre el mismo, y todos envejecerán como el vestido y los mudarás como se muda un manto...; pero tú eres siempre el mismo y tus años nunca se acabarán».

En fin, ¿a qué ángel ha dicho jamás: «Siéntate a mi diestra, mientras tanto que pongo a tus enemigos por escabel de tus pies?».

¿Por ventura no son todos ellos unos espíritus que hacen el oficio de servidores enviados de Dios para ejercer su mi-

nisterio en favor de aquellos que deben ser los herederos de la salud?...».

San Juan.

Al discípulo amado se le llama con toda propiedad apóstol de la divinidad de Jesús.

Luchó por ella contra los ebionitas y cerintianos que la negaban. La afirmó repetidas veces en el Apocalipsis, especialmente al proponer al Cordero, símbolo de Jesús, recibiendo la adoración, la alabanza y la gloria de toda criatura juntamente con el Padre. «Vi también y oí la voz de muchos ángeles alrededor del solio y de los animales y de los ancianos, y su número era de millares de millares. Los cuales decían en alta voz: digno es el Cordero que ha sido sacrificado, de recibir el poder y la divinidad, y la sabiduría, y la fortaleza, y el honor, y la gloria y la bendición.

Y a todas las criaturas que hay en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra y las que hay en el mar. a cuantas hay, a todas las oí decir: al que está sentado en el trono y al Cordero bendición, y honra, y gloria y potestad por los siglos de los siglos.

A lo que los cuatro animales respondieron: Amén, y los veinticuatro ancianos se postraron sobre sus rostros y adoraron a Aquel que vive por los siglos de los siglos», (Cap. V. 11-14).

Pero sobre todo expresó repetidas veces su fe en la divinidad de Cristo en las páginas de su Evangelio.

El refiere la entrevista de Nicodemus y escribe las palabras ya citadas del Maestro: «de tal manera amó Dios al mundo que le entregó a su Unigénito». El narra el terrible episodio del templo: «Y le buscaban los judíos para matarle. porque llamaba a Dios su Padre, haciéndose igual a Dios». Finalmente, conocidísimo es de todos el prólogo de su Evangelio que le mereció el título de «Aguila de Patmos»: «En

el principio era el Verbo — y el Verbo estaba en Dios — y el Verbo era Dios —. El estaba en el principio en Dios — por El fueron hechas todas las cosas — y sin El no se ha hecho cosa alguna —, de cuantas han sido hechas — ; en El estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres — ; y esta luz resplandece en medio de las tinieblas y las tinieblas no la han recibido... El Verbo era la luz verdadera —, que alumbra a todo hombre — que viene a este mundo... — Y el Verbo se hizo carne —, y habitó en medio de nosotros — ; y hemos visto su gloria — , gloria cual del Unigénito del Padre —, lleno de gracia y de verdad».

No hay para qué insistir más en la materia.
Los Apóstoles reconocieron a Cristo por Dios...

Recalquemos tan sólo el pensamiento ya apuntado en otro sitio: ¿Cómo pudo efectuarse o crearse en ellos semejante idea? Eran todos judíos y como tales, acérrimos monoteístas, habituados a adorar exclusivamente a Yahvé, único Dios, transcendente e inefable, cuya efigie no podía esculpirse y cuyo nombre quedaba impronunciado por reverencia... ; Dios separado de los demás seres por un abismo insondable. Agregar a Yahvé, a su divinidad, omnipotencia e infinita sabiduría a un hombre cualquiera que éste hubiera sido, habría constituído el sacrilegio y abominación suprema. Siendo judíos se hubieran dejado despedazar antes que consentir en semejante pensamiento que les hubiera parecido una idolatría, aunque se tratara de Abraham, de Elías o de Moisés. ¿Cómo se explica, repetimos, tan súbita metamorfosis? ¿Cómo es posible que esos mismos hombres hayan podido asociar a Dios, como la cosa más natural, a Jesucristo, a adorarle y bendecirle como a Dios?... Esto, afirma un racionalista que es un milagro que no puede comprender... [1].

[1] Cfr. Couchoud, *Estudio sobre el misterio de Jesús.*

No puede comprenderlo el racionalista... Pero lo comprendemos nosotros. Era la gran revelación hecha al mundo por Dios en aquellos mismos días, que se había apoderado tan fuertemente de su inteligencia y de su corazón que había hecho cambiar hasta su propia psicología e ideas religiosas. Eran testigos oculares; habían visto con sus propios ojos a Dios hecho hombre; habían admirado sus obras y sus palabras de vida... Y no podían ni siquiera dudar. Comenzaba un nuevo mundo para ellos y aun una nueva religión: la religión del Dios-hombre, del Unigénito del Padre lleno de gracia y de verdad...

LA IGLESIA PRIMITIVA

De los Apóstoles y discípulos inmediatos que la predicaron llegó la fe en la divinidad de Cristo hasta la entraña misma del Cristianismo.

El protomártir Esteban murió viéndole en los cielos abiertos y sentado a la diestra del Padre y exclamó: «Señor Jesús, recibe mi espíritu»... Todos los fieles tenían los libros del Nuevo Testamento como sagrados y los veneraban al par de los del Antiguo. En sus actos litúrgicos oraban y daban culto a Jesús como a Dios, según la frase misma de un gentil. Invocaban su nombre, se encomendaban a El y le pedían perdón de sus pecados... San Ignacio, mártir, quería ser molido en su cuerpo por las garras de los leones como el trigo para ser presentado a la mesa de Cristo y ansiaba morir para gozar de El en el cielo... Todos los mártires morían por El, «pro Christo», «pro Christo», sabiendo que El sabría recompensar a sus atletas.

ARRIO

Una inesperada conmoción.

Venía esta vez de donde menos se esperaba: del seno

mismo de la Iglesia y de un cierto clérigo, párroco de Bánkalis de Alejandría, llamado Arrio.

El insurgente era un hábil dialéctico, más bien que hombre de profunda ciencia. Su aspecto grave, de verdadero asceta, flaco, pálido y alto, pero, al mismo tiempo, vanidoso en sumo grado y dotado de todas las cualidades de un caudillo de secta...

Partidario de la filosofía neoplatónica, enseñaba que Dios no podía obrar por sí e inmediatamente sobre el mundo, porque entre lo infinito y lo finito no era posible una relación directa.

Admitía, en consecuencia, un ser intermedio entre ambos, algo así como el Logos de Platón o el Demiurgo de los gnósticos. Tal era el Verbo.

Cristo no fué, por tanto, verdadero Dios ni eterno: «hubo un tiempo en que no existía», según su frase: fué Dios tan sólo de nombre, pero, en realidad, «una criatura del Padre», la primera y principal de ellas...

No hay que decir el revuelo que tales atrevidas enseñanzas levantaron en la Iglesia. Se consideraban como una herejía atentatoria a la fe tradicional e injuriosa a Jesucristo, y se reunió un Sínodo en Alejandría el año 321 para excluir de la Iglesia al heresiarca.

Pero no se dió con eso por satisfecha la conciencia cristiana.

La proposición arriana había conmovido hondamente las conciencias y era necesario sancionarla con la máxima censura. Se determinó, pues, reunir un concilio ecuménico o universal de toda la Iglesia para condenarla solemne y definitivamente y éste fué el gran

CONCILIO DE NICEA

Era el año 325.

La religión cristiana, dice un autor[1] ya no era la secta

[1] Cfr. artículo en «*Sal Terrae*», junio 1943.

odiada a la que se persigue por todas partes: era la maestra de las conciencias, la dominadora y rectora de las inteligencias y, hasta cierto punto, la dueña del poder del Imperio. Con el emperador Constantino había subido del anfiteatro al trono y sido reconocida como la religión única del Estado...

Ahora se mostraba dispuesta a defender la dignidad y derechos de su Fundador Divino contra las audacias de un hereje.

Se nos han conservado las más interesantes noticias sobre el Concilio.

Asistieron a él 318 Obispos y Patriarcas e innumerables presbíteros y diáconos. De ellos son muchos los que hoy veneramos en los altares, atletas esforzados de la fe, cubiertos todavía de las cicatrices de la persecución y con la sangre aun reciente derramada en el martirio...

Allí se veía al gran obispo de Tebaida, que había entrado en la asamblea arrastrando una pierna, cuyos músculos se le cortaran trabajando en las minas forzadamente y paseaba sobre los restantes Padres conciliares la órbita vacía de un ojo reventado por la misma causa...

Allí, Pablo, obispo de Neocesarea de Eufrates, que levantaba para bendecir una mano mutilada por el fuego... Allí los solitarios; los anacoretas del desierto, cuyas imponentes austeridades constituían el relato favorito de las familias cristianas...

Allí, Jacob de Nísive, fácil de reconocer por su vestido de piel de cabra y de camello, que le hacía parecer la sombra de Juan Bautista: había vivido varios años en los desiertos de Mesopotamia y de Persia, alimentándose exclusivamente de hierbas y de frutos silvestres...

Allí Esperidión, obispo de Chipre... Allí el gran Atanasio, martillo de la herejía... Allí el gran Osio, obispo de Córdoba, legado pontificio y alma del concilio...

Todo, en fin, lo más grande y señalado de la Iglesia que

se reunía concorde y estimulada por el ardiente deseo de defender incólume y promulgar la fe recibida de los Padres y de los Apóstoles en la divinidad de Jesucristo.

El resultado del Concilio fué el que se esperaba: la definición solemne de lo que había sido desde el principio la fe inconmovible del Cristianismo.

Arrio, y con él algunos partidarios suyos, se esforzaron en defender su causa en diferentes discusiones. Pero sus asertos se consideraron por la casi totalidad de los Padres como verdaderas blasfemias.

Se vino a fórmulas concretas.

Arrio había afirmado que el Hijo provenía de la nada: el Concilio definió que procedía del Padre.

Arrio había afirmado que sólo por abuso podía llamarse Dios a Jesucristo, pues no lo era sino por gracia, por la adopción del Padre: el Concilio le proclamó Hijo verdadero por naturaleza, de la sustancia misma del Padre, y aun pareciéndole expresión oscura, la sustituyó por esta otra: «De la sustancia del Padre», «Consustancial con el Padre», «Homohusion»...

Arrio había propuesto que se llamara a Jesucristo: «Dios de Dios, Luz de Luz, Vida de Vida, Hijo Unico, Primogénito entre todas las criaturas, creado por el Padre antes de todos los tiempos». El Concilio rechazó lo último y afirmó que el Hijo no había sido creado, sino engendrado por el Padre; no era criatura del Padre, sino de su sustancia misma.

Arrio había negado la eternidad del Salvador: «Había habido un tiempo en que El no existía». El Concilio declaró que era eterno, engendrado antes de los siglos...

Quedaba con esto definido y aclarado el dogma cristiano por excelencia.

El autor y consumador de nuestra fe aparecía ante los ojos de los fieles en todo su esplendor y gloria, como el Unigénito del Padre; Dios de Dios, Luz de Luz, pero también

Dios verdadero de Dios verdadero; eterno y preexistente: el Dios inaccesible que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación había bajado de los cielos y tomado carne de la Virgen María, por obra del Espíritu Santo; crucificado por nosotros, muerto y sepultado, pero resucitado también y subido a los cielos, en donde está sentado a la diestra de Dios Padre, rigiendo al mundo con su omnipotencia y sustentándolo con la palabra de su poder...

Aparecía de este modo digno de las adoraciones y entusiasmos de los fieles. Todo quedaba explicado.

Si Cristo no fuera Dios, no hubieran muerto por El los mártires, pues nadie puede dejarse matar por un mero hombre...

Cristo, Dios y hombre a la vez, arrebataba todas las inteligencias.

Era digno de que se dejara al padre y la madre y la hacienda por El, y aun renunciar hasta la misma vida por su causa: Cristo es Dios; es, por tanto, el modelo seguro, infalible, de la humanidad; el prototipo de toda humana criatura...

Cristo es Dios, luego es la eterna sabiduría, la verdad infalible, que no puede equivocarse ni engañarnos: la infinita justicia, la infinita bondad, la infinita misericordia, en quien podemos confiar plenamente y en cuyas manos podemos entregarnos con confianza...

Cristo es Dios; estamos seguros, por tanto, absolutamente ciertos, de su doctrina y esperanzas; no podemos equivocarnos; estamos en la posesión de la verdad, porque pasarán los cielos y la tierra, pero no pasarán sus palabras...

EN LOS TIEMPOS MODERNOS

La divinidad de Cristo quedó establecida definitivamente como dogma católico con la condenación de Arrio y los decretos de Nicea.

En adelante reinó el dogma sin contradicción ninguna, durante siglos.

Pasó el Imperio romano; le sucedió la invasión de los bárbaros; transcurrieron la Edad Media y los comienzos de la Moderna; se llegó hasta la insurrección protestante, que también lo respetó...

Pero vino el siglo XVIII, y se abrió de nuevo el período de las luchas.

Esta vez ya no eran herejías; especulaciones de metafísicos dentro del Cristianismo. La tempestad era más honda y sombría: venía de la incredulidad. Ni se trataba de una que otra cuestión sobre Jesucristo; era todo El, el Evangelio, la religión cristiana en toda su integridad la que se ponía en tela de juicio. Había surgido una generación hostil, enemiga taimada e irreconciliable de Dios, negadora y blasfema de todo lo sobrenatural, imbuída en los dogmas de una filosofía sin Dios y sin espíritu, que se atrevió a enfrentarse, descarada y pedantemente, con Cristo, el gran personaje sobrenatural de la Historia, respetado y venerado por el mundo durante dieciocho siglos, y quiso derrocarle de su pedestal milenario.

El filosofismo.

Fué el primero en saltar a la arena.

Voltaire, su más genuino representante, se declaró ridículamente enemigo personal de Cristo, a quien llamó «el infame» y a quien «había que aplastar».

Con los recursos habituales del sarcasmo denigrante y la sofística sutileza, aquel hombre de inteligencia y saber mediocre, pero soberbio como Luzbel, pasó la vida desprestigiándole, para morir desesperado... Para él, Jesús no fué más que «un vanidoso impostor», y San Pablo «un insensato energúmeno»; los Evangelios. «leyendas» que tenían la misma importancia que los apócrifos...

El racionalismo.

Advino después del filosofismo, ya en el siglo XIX.

Sus aberraciones rayan en lo increíble.

Para unos, el Hijo de Dios no es otra cosa que un vulgar ambicioso que, en connivencia con sus discípulos, llenó el mundo de las imposturas de su soberbia, para ser tenido por Mesías...

Según otros, fué uno de tantos personajes de la Historia que nada sobrenatural realizó en su vida si no fué en la exaltada fantasía e incompetencia de sus discípulos, hombres de buena fe, pero incapaces de la verdadera interpretación de sus farsas, que atribuyeron a milagros...

Otros le tienen por un agitador político que quiso producir un levantamiento popular contra los romanos y pagó con la muerte en cruz su rebeldía...

Algunos, lo que parece increíble, llegan hasta negarle la existencia real e histórica, convirtiéndole en un mito, en un héroe de leyenda inventado por la comunidad cristiana primitiva...

La escuela liberal.

Surgió hace unos lustros nada más y ya en el siglo XX.

Fué, en su origen, una reacción contra las brutalidades del racionalismo, pero, arbitraria también y blasfema, cayó en parecidos desafueros.

Para ella, el Divino Salvador fué un maestro y profeta extraordinario de Israel que enseñó una nueva doctrina moral fundada en el sentimiento de la paternidad divina. Fué, añaden, un gran carácter, más aún, el fundador de la religión universal en el mundo; un hombre excepcional, el más sublime de la Historia... Pero en eso se quedan. Le arrebatan lo que más le enaltece, la corona de la divinidad. Es un mero hombre y en nada excedió la talla humana...

Los partidarios de la escuela liberal han multiplicado sus hipótesis y dividídose en tendencias encontradas. Cada uno refuta al anterior y es anunciador de nuevas fantasías que caerán pulverizadas a su vez por las que vienen en su zaga. Es una verdadera puja de desatinos, de atrevimientos y blasfemias que recuerdan las «inteligencias entenebrecidas» de que nos habla San Pablo...

Ya es la llamada *escuela histórico-comparativa*, que considera al Cristianismo como la concreción de todas las tradiciones que sobre él influyeron, especialmente las helénicas y las orientales de Babilonia, de Persia, de la India, de Egipto y del Imperio romano... Uno de sus adeptos, Jensen, llegó a escribir una voluminosa obra para demostrar que la figura de Jesús, como la de Moisés y otros personajes del Antiguo Testamento, no es más que un simple episodio de la vasta epopeya mítica del Gilgameth babilónico...

Ya la *escatológica*, según la cual Jesús fué un predicador de tantos anunciadores de la inminencia del reino mesiánico en el mundo, y, en consecuencia, un auténtico exaltado, un iluminado que fracasó en su intento fanático, como fracasara Juan Bautista y varios otros que en los tiempos próximos a El le precedieron...

RENAN

Y llegamos al gran apóstata del pasado siglo.

Renán fué seminarista en sus primeros años, pero perdida la fe por su soberbia e ingénito orgullo, se convirtió en un ateo militante y uno de los hombres más funestos para la causa de Jesucristo.

En el año 1863 publicó su «Vida de Jesús», que alcanzó resonancia insospechada, no entre los verdaderos sabios, que ningún caso hicieron de ella — pues más que historia era una

verdadera novela—, sino en el gran público. Las ediciones se repitieron sin cesar, y fué traducida a innumerables lenguas. Este éxito lo conquistó no ciertamente por su mérito real, pues ya queda indicado fué muy escaso, sino por la superficialidad e ignorancia de las gentes y por su bello e interesante estilo...

Renán no perteneció a la escuela liberal, más bien la rechazó y escribió contra ella. «Admiten, dice él mismo, un Jesús histórico y real; pero su Jesús histórico no es un Mesías, ni un profeta, ni un judío. No se sabe lo que quiso. No se comprenden ni su vida ni su muerte. Su Jesús es un eón a su modo; un ser impalpable, intangible... La Historia no conoce seres de tal estirpe».

Razón tenía el autor de la «Vida de Jesús» para estas invectivas; pero no fué consecuente.

Cayó en las mismas arbitrariedades que ellos. Para él, Jesús no tuvo nunca «la idea sacrílega de ser Dios». Se dió, ciertamente, el título de Hijo del Altísimo, pero todos los hombres, añade, suelen llegar a ser tales en grados diversos. Y luego añade, refiriéndose a los Evangelios: «Que sean en parte legendarios, es evidente, ya que están llenos de milagros y de lo sobrenatural»...

¡El milagro! ¡Lo sobrenatural!

He aquí el gran escándalo de Renán, del racionalismo y de las escuelas liberales. Quitad eso y los Evangelios y Cristo, y el Cristianismo será viable y lo aceptarán todos... Sólo que habréis suprimido de cuajo a Cristo, los Evangelios y el Cristianismo...

Esta es, precisamente, la piedra de tropiezo de toda la incredulidad; si se tratara de un personaje meramente humano, de hechos ordinarios o, al menos, enmarcados dentro de lo natural y sensible, nada de particular hubiera sucedido. Los documentos históricos que se poseen, los Evangelios y

demás escritos del Nuevo Testamento, hubieran sido más que suficientes para aceptarlos de plano y sin reservas... Pero se trata del hombre más portentoso de la Historia; del personaje que ha introducido en el mundo la máxima corriente religiosa, la innovación más radical de la historia de la sobrenaturalidad humana; se trata del gran gigante del espíritu que se tuvo a sí mismo por Dios y a quien invocan como a tal centenares de millones de hombres; el gran taumaturgo que se aureola con los más grandes prodigios... Es natural, pues, que se levanten polémicas; que se excite la curiosidad, la rabia y aun el vértigo de todos aquellos que se declaran enemigos de lo sobrenatural y para quienes no hay más Dios que la materia y sus leyes rígidas e inquebrantables...

CONCLUSION

Refieren los sinópticos que estando un día el Divino Maestro en las cercanías de Cesárea de Filipo, dirigió a sus Apóstoles esta pregunta: «¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?».

Señor, contestaron ellos, unos dicen que sois Juan Bautista; otros, que Elías; otros, que Jeremías o alguno de los antiguos profetas...

¿Y vosotros, quién decís que soy yo?, prosiguió el Maestro.

San Pedro tomó entonces, ardoroso, la palabra y en nombre propio y de todos sus compañeros avanzó, resuelto, hacia El, y con el rostro encendido y estática la mirada, con voz firme y serena, añadió, señalándole con el dedo: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo que has venido al mundo».

Han pasado veinte siglos y se repite la escena.

El mundo se pregunta el día de hoy, todavía, como en los tiempos del Evangelio, quién es Cristo; ese hombre que viene dominando el corazón y la inteligencia de la humani-

dad desde la distancia de dos milenios; ese hombre de quien está llena la Historia y la civilización...

Los pareceres se dividen también como en el día de ayer. Los unos dicen que es un gran moralista; los otros le ponen la aureola de un insigne legislador; unos le apellidan nuevo Sócrates o Confucio; todos le dan el nombre de un gran carácter, de un sabio excepcional, de un genio sin segundo, el primero entre los hombres...

¿Y nosotros?

¿Qué decimos nosotros, los católicos?

Nosotros llenamos el papel de Pedro.

Estamos convencidos, porque le conocemos. Levantamos también, como el Apóstol, nuestra voz ardiente, clavamos en El la mirada y, con la mayor convicción y el más sincero entusiasmo, le decimos: Señor, los hombres ignorantes que no os conocen o miran vuestra figura excelsa con ojos ofuscados podrán decir de Vos lo que quieran... pero nosotros, que te conocemos, que estamos iluminados por la fe, nosotros que hemos leído y meditado vuestro Evangelio y descubierto en él lo que ocultáis a los soberbios y sabios terrenos para revelarlo a los humildes; nosotros decimos, y ponemos en esta aseveración el alma entera, que Vos sois, sí, un gran sabio, un sublime legislador, un excelso profeta y taumaturgo, un genio sin rival... Pero confesamos que eso es poco; que no es más que el escabel de vuestras plantas. Nosotros decimos que os eleváis mil codos por encima de todas las alabanzas que os pueden tributar labios humanos... No sois un Confucio, ni un Sócrates, sino lo que ellos no pudieron ni soñar. Vos sois el Hijo Unigénito del Padre; Vos, la verdad eterna venida al mundo, el creador del universo... Sois hombre y al mismo tiempo Dios.

19 (Salcillo. Murcia)

«Y apareció un ángel del cielo que le confortó» (Lc. XXII, 43).

XIX

LA SANTIDAD DE JESUS

SUMARIO: Santidad negativa: «¿quién de vosotros me argüirá de pecado?». - Carencia de inclinación al mal en Cristo. - Santidad positiva: las virtudes del Salvador. - Su religiosidad; bondad; obediencia; pureza; superioridad y grandeza de alma. - «El santo de Dios»

Jesús, santo, es el tema del capítulo presente, que dividimos en dos partes:

1.ª La santidad negativa, esto es, la carencia absoluta de todo pecado e inclinación a él. 2.ª La santidad positiva o posesión de las más sublimes virtudes.

SANTIDAD NEGATIVA

El episodio nos lo cuenta San Juan en el capítulo VIII de su Evangelio.

Era el día del perdón de la mujer adúltera presentada a Jesús por los escribas y fariseos, y, con ocasión de ella, el día de las grandes revelaciones de su divinidad.

El Salvador, asediado por sus irreconciliables enemigos que le odiaban a muerte, sostuvo con ellos la discusión más violenta. Les llegó a lanzar al rostro, por su conducta reprochable, la terrible afirmación de su procedencia del diablo, mientras se llamó a sí mismo «luz del mundo» y expresó su preexistencia en el seno del Padre antes de Abraham y de la creación del Universo...

Luego irguióse en presencia de ellos y les echó en rostro, cual formidable reto, esta frase: «¿Quién de vosotros podrá argüirme de pecado?...

¡Atrevida e inaudita expresión!

Jamás en la historia humana ha habido un hombre que pudiera hablar y haya hablado de esta forma. Todos tenemos conciencia de pecado. El Libro de la Sabiduría afirma sin reticencias que «el hombre, aun el justo, cae siete veces al día», esto es, innumerables veces; y San Juan atestigua que «quien diga que está exento de culpa se engaña y se seduce a sí mismo»...

Cristo tan sólo, el más sabio y prudente de los hombres, el más equilibrado y ecuánime, afirma de sí que no lo tiene...; que nadie puede encontrarlo en El...

Y los hechos concuerdan con las palabras.

Sus enemigos buscaron, afanosos, algo de que poder asirse para desautorizarle. ¡Qué bien les hubiera venido y cuánta utilidad hubieran sacado de cualquier desliz o caída humana del odiado Profeta! ¡Cómo hubieran agrandado cualquier defecto...!

No obstante, en nada pudieron sorprenderle.

Lo único que le echaron en cara fué el que sanaba enfermos y hacía milagros en sábado; que permitía a sus discípulos comer sin las abluciones rituales; que comía con los publicanos y pecadores; que perdonaba los pecados...

Lo mismo sucedió en su condena a muerte por el Sanhedrín: los falsos testimonios versaron exclusivamente sobre que «prohibía dar el tributo al César», que «había dicho que destruiría el templo para reedificarlo en tres días», que «se hacía Hijo de Dios».

Ni siquiera sus discípulos las encontraron.

Nadie es bueno, se ha dicho con profunda razón, para su ayuda de cámara. ¡Qué difícil es que no se trasluzcan las debilidades humanas en un trato y amistad continuos!

Sin embargo, en nada quedaron sorprendidos de la conducta del Maestro; por el contrario, su admiración hacia El fué creciendo más y más cada día. Pedro repite de El que es «un hombre santo y que no tuvo dolo en sus labios». Y después de la pesca milagrosa exclama, aterrado como en presencia de la divinidad: «Apártate, Señor, de mí, que soy un pobre pecador».

CARENCIA DE INCLINACION AL PECADO

Cristo careció de culpa...

Pero hay otra cosa en El más admirable todavía: no sintió ni siquiera el aguijón, el apetito desordenado hacia el mal.

Después de la catástrofe del Paraíso, quedó nuestra naturaleza quebrantada y caediza; entenebrecida en el entendimiento y debilitada en la voluntad. Sintió, sobre todo, encendido en sus entrañas el fuego inextinguible de la concupiscencia, el estímulo de la carne que la rebaja...

Una guerra cruel hay desencadenada desde entonces en el mísero mortal.

La experimentó en sí mismo hasta el gran Apóstol de las gentes y la dejó consignada en sus escritos: «Veo, dice, una ley distinta y contraria a la ley de la razón que impera en mi cuerpo; una fuerza que me humilla y que, contradiciendo al espíritu, me cautiva bajo la ley del pecado... ¡Infeliz de mí!, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?»...

Los demás hombres somos también testigos de esta lucha.

Se necesitan fuerzas heroicas, sobrehumanas, para caminar rectamente y sin declinar por el camino del bien. Y aun así, ¡cuántas veces no sucumbimos!...

De aquí el lamento universal, la queja ininterrumpida de la humanidad pecadora, que ha venido elevándose en todas

las partes del linaje humano y a través de todos los siglos de su historia; las quejas de la debilidad, de la inclinación al pecado, de la lucha que hay que sostener contra pasiones indómitas para no ser arrastrado por ellas al fondo de la degradación...

De aquí, también, el sentimiento de expiación tan íntimamente enraizado en el linaje humano; los sacrificios para aplacar al Altísimo; la penitencia, el pedir perdón a Dios por las culpas...

En todos los pueblos y épocas de la Historia, el hombre se ha acusado a sí mismo de pecador, y en todas se ha prosternado ante los altares vestido de cilicio y cubierto de ceniza, implorando la divina misericordia.

David se considera nacido en el pecado y engendrado en la iniquidad; los profetas lloran sus yerros y sus descuidos ante Dios, lo mismo que los Apóstoles...

El *Miserere* ha sido siempre el gran salmo penitencial humano y el más recitado de los salmos...

¿Quién podrá gloriarse de lo contrario?

Si alguien lo negara le tendríamos por insincero, por un loco o soberbio en el paroxismo de su orgullo, y si nos prohibieran los hechos creer semejante cosa, lo tendríamos, al menos, por un ser sobrehumano, de distinta naturaleza que la nuestra...

Pues ese es, precisamente, el caso de Jesucristo.

El constituye la excepción única del gran hecho universal.

Jamás ese hombre extraordinario, con ser el más piadoso de los humanos, se quejó de sí, como los restantes mortales, de su inclinación o proclividad al pecado; jamás habló de la lucha de sus pasiones; jamás dejó escapar de sus labios la

más mínima palabra que aludiera a la rebeldía del cuerpo, a la ley de los miembros, a que se refiere el Apóstol...

Y como complemento de todo, jamás se humedecieron sus ojos pidiendo perdón a Dios por sus culpas; jamás imploró misericordia; jamás se humilló llamándose pecador...

¡Caso, en verdad, notable!

El que tanto aborreció la soberbia y orgullo en los otros; el que en la gran parábola del fariseo y el publicano nos enseñó, de una manera tan gráfica como profunda, el modo de comportarse el hombre en la presencia de Dios; el que enseñó a acusarse delante de la santidad divina y pedirle perdón humildemente: «¡Señor!, tened piedad de mí, que soy un pecador»; el que nos enseñó en el Padrenuestro a pedir a Dios que nos perdone nuestras deudas... jamás fué visto en la postura del publicano; jamás pidió perdón de sus ofensas; jamás rezaron sus labios el salmo Miserere...

SANTIDAD POSITIVA

Imaginad, dice un orador, que se os presenta esta cuestión: ¿Cuál es la virtud dominante en Jesucristo?[1] Todos los santos han tenido la suya: el Pobrecillo de Asís, la humildad; Santo Domingo y San Ignacio, San Antonio y Javier, el celo de la salvación de las almas; Santa Teresa y San Juan de la Cruz, el endiosamiento en el amor; San Jerónimo, la penitencia; San Vicente y San Pedro Claver, la caridad...

También Cristo tendrá la suya.

¿Cuál es?

Veo difícil la respuesta, habrá de confesar el lector.

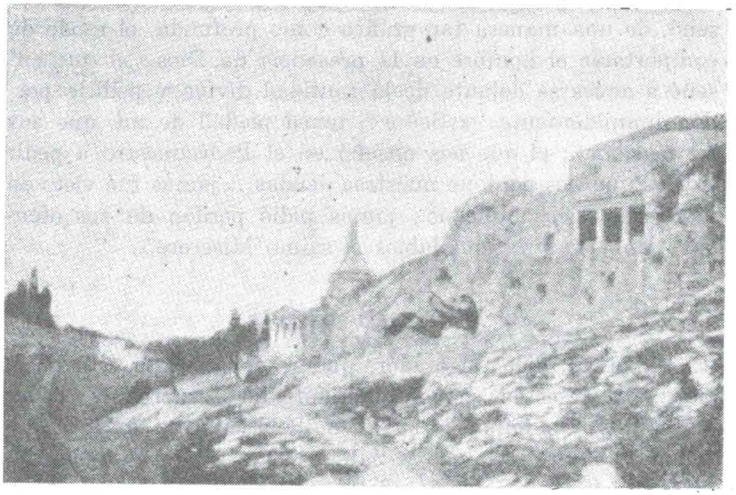
Y, en efecto, tendrá razón.

[1] Cfr. P. Alfonso Torres, *Conferencias en S. Ginés.*

Todas en El son eminentes.

Cristo fué *piadoso*, íntimamente, entrañablemente piadoso.

Antes de empezar su vida pública retiróse al desierto para tratar a solas con el Padre, y allá estuvo durante cuarenta días en el más austero retraimiento; antes de comenzar su Pasión hizo también lo mismo en Getsemaní, y durante la vida pública en nada le impidió el trabajo continuo



TORRENTE DE CEDRÓN. — El paisaje apenas debe haber variado desde los tiempos del Redentor

de atender a las turbas el acudir a la oración... Aconsejó a sus discípulos que oraran siempre y no desfallecieran; les enseñó el modo de orar, y con frecuencia le vieron, después del trabajo agobiador del día, retirarse a los montes y pasar noches enteras en oración. Siempre tuvo el nombre del Padre en los labios, y en el último instante de su vida, en el ara de la Cruz, dando una gran voz, le encomendó su espíritu...

La *bondad* y *ternura* de corazón fueron también en El excepcionales.

Jamás se han proferido conceptos tan tiernos como los expresados en las parábolas de la oveja perdida y el hijo pródigo, en que retrató al Padre y se retrató a sí mismo...

Toda su vida fué una incesante siembra de obras de caridad; no podía ver una miseria humana sin que se le enternecieran las entrañas, y la mayoría inmensa de sus milagros a la compasión de su hermosa alma se debieron. Sentía misericordia entrañable por las turbas; lloró ante el sepulcro de un amigo y en presencia de Jerusalén, la ciudad deicida que le preparaba el patíbulo.

La *obediencia*.

San Pablo la consigna en pocas palabras.

«Fué obediente hasta la muerte y muerte de Cruz».

Por esta obediencia y sujeción no quiso aprovechar las ocasiones que le ofrecieron Pilatos y Herodes de libertarle, ni quiso descender de la Cruz como soezmente se lo pedían sus enemigos. En el huerto de Getsemaní osó Pedro defenderle e impedir que le apresaran, mas tuvo que oír la más tremenda repulsa: «Mete la espada en la vaina; el cáliz que me dió mi Padre, ¿no quieres que lo beba?»

GRANDEZA DE CORAZON

Podemos mencionar también su amor a la *justicia*, su *pureza* inmaculada, en que no permitió siquiera que pudieran calumniarle; la *entereza* y *fortaleza* de espíritu con que permaneció en el cumplimiento del deber aun en presencia de las más acerbas persecuciones y hostilidades; su *pobreza* y desprendimiento absoluto de todo, hasta poder decir que las raposas tenían sus madrigueras y las aves sus nidos, mientras El no tenía en donde reclinar la cabeza... La *paciencia* inalterable con que sobrellevó las más atroces humillaciones...

Hay, sin embargo, una virtud de que hemos de hacer mención más detenida, porque de una manera particular se nos impone a nosotros, pobres humanos, con todo el poder de lo sublime y nos anonada: es la grandeza infinita de su Corazón; su inasequibilidad, digámoslo así, a los movimientos e impulsos de las reivindicaciones de su pundonor herido; en una palabra, la *superioridad* sobrehumana de su carácter.

Es, sin duda, lo que más admira en la santidad del Profeta nazareno y lo que más delata su calidad divina.

La pasión y la muerte son su espejo fidedigno.

Es el momento solemne de la última Cena.

Se encuentra rodeado de sus Apóstoles, confidentes y amigos; delante de sí tiene también al traidor, al que lleva ya meditado el crimen más bochornoso de la Historia. Jesús lo sabe y, sin embargo, ¡qué dignidad!, ¡qué dominio de sí! ¿Qué hubiera hecho otro cualquier hombre? Era un terrible lance de honor en que el corazón había de estallar...

No obstante, allí permaneció sereno. El lo sentía en el alma; en su pecho bullía la más justa indignación; le repugnaba la acción rastrera del traidor... pero ni siquiera le reprendió.

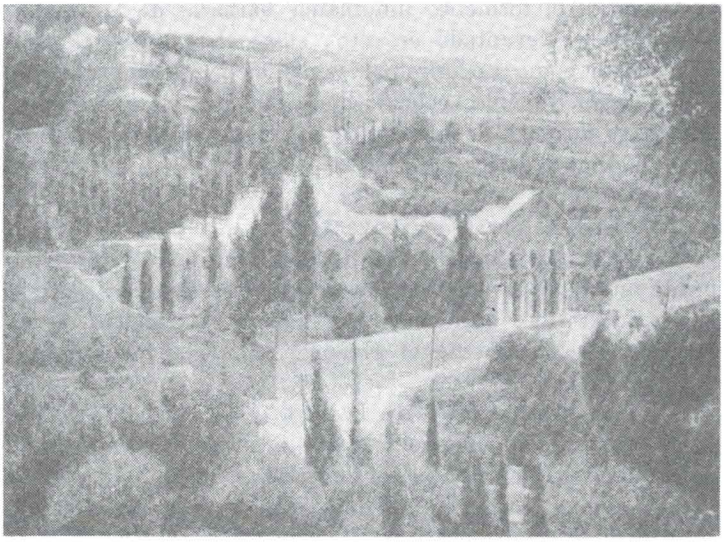
Se compadeció de él y se contentó con decirle, de modo que él solo supiera comprenderlo, para que cayera en la cuenta de que conocía su crimen: «Tú lo has dicho»; «tú eres el traidor»... «lo que has de hacer, hazlo pronto».

Terminada la cena, se dirige con sus Apóstoles al Huerto de los Olivos.

Está triste hasta la muerte.

Llegado al sitio de la oración, se postra en tierra, echado sobre su rostro, como dice expresamente el Evangelista. Sabe perfectamente todo lo que ha de venir sobre El en aquella noche trágica. Su imaginación le representa al vivo las es-

cenas más pavorosas...: dentro de una hora han de venir a prenderle con palos y hachas encendidas, como a un ladrón o facineroso a quien buscaran en su escondrijo... Le conducirán, maniatado y a empellones, descortésmente, a la casa de Anás y de Caifás, en donde recibirá un bofetón traicionero del vil criado adulón del Pontífice...



HUERTO DE GETSEMANÍ. — Alguno de los olivos actuales se cree que aun son retoños de los que presenciaron la agonía de Jesús

Después, a la mañana, al salir el sol, será juzgado y condenado a muerte por el gran consejo de Israel, el pueblo del Mesías, su propio ingrato pueblo... Luego la flagelación, el bárbaro suplicio que sólo se da a los malhechores y ladrones... La coronación de espinas y las befas como a rey de burlas...

Le parece sentir ya sobre sus espaldas desnudas los azotes que desharán sus carnes, y las punzantes espinas que ta-

ladrarán sus sienes, y los inmundos salivazos que ensuciarán su rostro...

Por fin, la cruz, la terrorífica, la pavorosa cruz, que se le presenta rígida y cruel sobre el sangriento Calvario como el cadalso que le prepara la justicia de los hombres...

Le parece sentir ya sobre sus hombros el peso agobiante del madero; oír el pregón por las calles públicas y, llegado al Calvario, el tormento inhumano, bárbaro, de la crucifixión... Se ve levantado en alto; suspendido entre el cielo y la tierra como un criminal y malhechor, hasta que, en esta posición violenta, colgado de cuatro heridas que se desgarran, y después de tres horas mortales, expirará abandonado de Dios y de los hombres...

La visión es en verdad pavorosa.

La angustia que de El se apodera, mortal; el terror no puede menos de invadir todo su cuerpo y estremecerlo; hasta llega al extremo, que nunca se hubiera sospechado de no expresarlo textualmente el Evangelista, de sudar sangre...

Pero, ¡soberana fortaleza la suya!

Ni un momento siquiera pierde la serenidad; no quiere huir, como pudiera hacerlo. Permanece enfrentado con la muerte que se avecina; su único desahogo es la oración: «Padre, si es posible, pase de Mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya»... y sigue firme, inquebrantable como una roca...

Ha pasado la hora fatal que podríamos llamar «de capilla».

Se acerca el enemigo. El se levanta sereno y visita a sus Apóstoles, que encuentra dormidos: «Levantaos», les dice; «no duerme el que me ha de entregar; vamos allá». Y fuerte, decidido, se encamina hacia ellos...

Judas mismo capitanea el piquete que viene a prenderle.

Ha tenido la villanía incalificable de acercársele en son de paz.

Le ha saludado, el hipócrita, con fingimiento que subleva, y atrevídose hasta a aproximársele y darle un beso en la frente...

Aquel beso debió quemarle el rostro al nobilísimo Profeta. No obstante, allí persiste también inconmovible, en su serena majestad...

Más aún: durante unos instantes estrecha contra su pecho al fementido discípulo y su corazón late al unísono del suyo... ¡Nuevo lance de honor!...

¿Qué hubiera hecho otro hombre, volvemos a preguntar, en idénticas circunstancias? El honor se impone, decimos: «Del traidor, ni el saludo», dice el mundo, «cuyo solo aliento infesta...».

Cristo no obra así.

Muy al contrario, le devuelve el saludo y el ósculo, y se contenta con decirle, para que caiga en la cuenta de su crimen: «Amigo, ¿a qué has venido? Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?».

¡Desgraciado Apóstol!

La majestad imponente, la entereza divina del Maestro le ha anonadado y trastornádole su mirada... Judas advierte entonces el abismo de su crimen, pero ya es tarde; y lleno de furia, de vértigos infernales, se aleja del huerto y marcha al templo y arroja las 30 monedas que le queman, exclamando: «He pecado entregando la sangre del Justo...».

Otro rasgo inconfundible: su conducta con Herodes.

Herodes es el rey de Galilea; el hombre impúdico, taimado y cruel, que vive en su palacio de Maqueronte escandalizando al mundo con el público concubinato de la mujer de su hermano. Hace cosa de un año había dado muerte al gran Bautista, tan sólo porque le echaba en cara sus escándalos...

¿Qué hará Jesús? ; ¿la santidad y dignidad irreprochable de Jesús, ante el adúltero y sanguinario magnate?

Otro hubiera quizá procurado aprovecharse de la ocasión para librarse de la muerte. Nos dice el Evangelio que Herodes le recibió con gusto por la fama que había llegado a sus oídos de los grandes milagros del Profeta y en la esperanza de ver alguno... Jesús, repetimos, hubiera podido obtener de él lo que quisiera y, desde luego, la liberación inmediata de las manos enemigas...

Sin embargo, ¡extraño contraste!

Ni siquiera le presta atención ninguna.

Ni una mirada, ni una palabra.

Permanece impasible en su presencia, con los ojos clavados en el suelo, mudo como una estatua...

Herodes se siente herido en su amor propio y le desprecia; mándale vestir como a un orate, al que es la sabiduría de Dios, y remítele de nuevo a Pilatos, agradeciéndole el obsequio...

EL SANTO DE DIOS

¡Qué cosa tan bella es la santidad!

Cuando aparece en la tierra vemos que se lleva tras sí los corazones de los hombres. ¿Quién no se siente atraído por la sublimidad moral de un San Pablo, de un San Agustín, de un San Francisco Javier, de una Santa Teresa de Jesús, de San Juan de la Cruz, de San Francisco de Sales?...

Las gentes salían de sus casas para ver pasar al «Poverello» de Asís...; y al santo duque de Gandía le aclamaban por doquier cuando pasaba por España...

Bella, sublime es la santidad; pero ¡qué difícil es también!

La figura de un santo, su estatua, aunque tosca, nos encanta y evoca en nosotros recuerdos emocionantes que nos

elevan y entusiasman... ; pero pensemos también lo mucho que le costó subir a ese pedestal.

La santidad fué también un ideal para aquel hombre, una meta altísima a la que tendió durante su vida, por una senda estrecha, empinada y sembrada de punzadoras espinas...

¡Cuántos heroísmos! ¡Cuántas luchas pavorosas, aun contra sí mismo, contra sus pasiones y terrenos egoísmos!

«No sé lo que es el corazón de un malvado, dijo un filósofo; no conozco más que el de un hombre honrado, y ¡qué abismo de iniquidad no se oculta en él!» (De Maistre).

Es que nuestra naturaleza está inclinada al mal, como dijimos; al pecado, y sólo corrigiéndola, venciéndola, martirizándola se logra arrancar de ella un acto de virtud, de abnegación y de sacrificio...

Muchos han derramado la sangre de sus cuerpos: los mártires; pero todos, sin excepción, han derramado a torrentes la sangre de su alma...

Una excepción única: la de Cristo.

Su santidad no fué así.

El nunca tuvo que luchar con pasiones desbordadas, ni fragilidades humanas, ni menos con rebeldías de carne...

Nada le costó la virtud ni aun la más heroica. En El no se vió esfuerzo; el ascender jadeante y sudoroso de los santos; por el contrario, poseyó la cumbre más elevada y cimera ya desde el primer instante, y caminó por ella como por senda connatural y trillada...

De su predicación decían las turbas admiradas que no era como la de los escribas y fariseos, sino que hablaba lleno de autoridad; «sicut potestatem habens»: sus palabras eran las palabras terminantes y decisivas de Dios...

De sus virtudes podemos decir lo mismo: no eran virtudes de hombre, ni aun de santo siquiera, adquiridas, finitas; eran virtudes inaccesibles, señeras: virtudes de Dios.

Cristo pudo decir de sí como Yavéh en el Antiguo Testamento: «Sed santos como yo, Señor y Dios vuestro, soy santo»: era la imagen sustancial del Altísimo, el espejo de sus divinas perfecciones. «Felipe: el que me ve a Mí, ve a mi Padre»: «Yo y el Padre somos una misma cosa»...

Ya lo había dicho el arcángel a María en la Encarnación: «Y lo que nacerá de ti, *santo*, será llamado Hijo de Dios»; y el mismo demonio del poseso de Cafarnaún: «¿Qué tenemos que ver contigo, Jesús Nazareno? ¿Has venido a destruirnos?». «Sé quien eres: EL SANTO DE DIOS».

20 (Hofmann)

«Y habiendo inclinado la cabeza entregó el espíritu»
(J. XIX, 30).

La muerte del «Hombre-Dios».

XX

LA MUERTE DE JESUS

SUMARIO: El Calvario. - Prodigios sobrenaturales: el velo del Templo, el terremoto, el oscurecimiento del sol. - Grandeza moral de la muerte de Cristo. - Sus últimas palabras. - Dominio sobre la muerte. - El centurión romano. - Reflexión final

Los cristianos tenemos un monte más sagrado que aquellos de que nos hablan la poesía y mitología antiguas...

Podríamos llamarle con toda razón y usando de las palabras de David: «El monte del Señor»...

A él han ido los reyes y subido su cuesta, quitadas antes las coronas; a él han acudido los pueblos armados y a porfía para disputárselo palmo a palmo; a él, oleadas de peregrinos de todo el orbe...

El monte referido es el CALVARIO; el verdadero Atlante del cielo y de la tierra.

Un día apareció en su cumbre el Hijo de Dios humanado, el Dios-Hombre, crucificado por la redención del mundo. Su muerte pacificó a Dios y a los hombres, e hizo de esos dos reinos, antes tan distintos, uno solo, el reino de la justicia y del amor...

Tres notas son las que especialmente subliman la muerte de Jesucristo, y la hacen digna le Dios: Los prodigios sobrenaturales en ella realizados, su incomparable grandeza moral y el dominio absoluto ejercido sobre la misma.

PRODIGIOS SOBRENATURALES

«Y he aquí que el velo del Templo se rasgó de arriba abajo, y la tierra tembló y las piedras se hendieron, y abriéronse los sepulcros y muchos de los cuerpos de los santos que habían dormido, resucitaron»... (Mt. XXVII.)

El velo del Templo se rasgó...

El acceso a la parte más sagrada del santuario de Jerusalén estaba cerrado a los profanos por dos velos o tapices: el primero se hallaba situado delante del llamado «SANTO» y le separaba del vestíbulo; el segundo, entre el «SANTO» y el «SANTO DE LOS SANTOS». Ambos eran de grueso espesor, cosidos en parte con hilos de púrpura y oro y recubiertos casi por completo de bordados querubines.

El que se rasgase en dos partes supone, a todas luces, un gran prodigio y una providencia e intención especial de Dios. En efecto la ruptura del mencionado velo era un altísimo símbolo con el que Dios quería significar que en adelante, por la muerte redentora del Mesías, todos los hombres podrían llegarse a El libremente sin las trabas de la Alianza antigua, en la que tan sólo al Sumo Sacerdote, y ello una vez al año, con ocasión de las fiestas de la Expiación, se le abría la entrada durante unos minutos.

En el Nuevo Testamento quedaba suprimido todo obstáculo.

Los hombres podrían acudir a Dios con la seguridad absoluta de que serían acogidos bondadosamente.

Por lo demás, el hecho prodigioso es relatado por documentos distintos independientes del Evangelio y aun entre sí.

Todos coinciden en que por aquellos días fué el Templo

teatro de una catástrofe singular que puso espanto a toda la nación judía.

En el evangelio apócrifo llamado de «Los Hebreos», se leía esta noticia que nos ha sido conservada por el mismo San Jerónimo: «El dintel sólido se partió en dos pedazos»... Josefo añade que una noche se abrió por sí sola la puerta oriental del Templo, lo cual fué considerado como un hecho amenazador.

El Talmud anota también este particular acontecimiento, cuya fecha coloca en unos 40 años antes de la destrucción del Templo, esto es, hacia la muerte del Redentor. ¿No serán estas tradiciones un recuerdo, aunque un tanto deformado, del prodigio evangélico? (Fillion.)

«Y la tierra tembló»...

A ejemplo del cielo mostró también la tierra el dolor que le causaba el horrendo deicidio, y toda ella fué presa de movimientos convulsivos... A consecuencia de ellos se rompieron las piedras y se abrieron los sepulcros excavados en la roca de las cercanías de la ciudad.

El evangelista añade que muchos de los muertos que dormían, esto es, que estaban muertos, resucitaron, y que saliendo de sus tumbas fueron a la ciudad santa y se aparecieron a muchas personas después de la resurrección.

«El oscurecimiento del sol»...

Es el tercer portento realizado antes de la muerte de Cristo y cerca del mediodía, esto es, a los comienzos mismos de la crucifixión.

Lo afirman los tres sinópticos unánimemente: San Lucas, dice: «Y se obscureció el sol»; San Marcos: «A la hora de sexta se cubrió de tinieblas toda la tierra hasta la hora de nona», y San Mateo: «Mas desde la hora de sexta hasta nona, quedó toda la tierra cubierta de tinieblas»...

Los materialistas e impíos han tomado este hecho por una fantasía legendaria tejida por los discípulos y Apóstoles, deseosos de dar importancia y dramatismo sobrenatural a la muerte de su héroe... Pero no tienen motivo para ello.

Las tinieblas producidas son objeto de la predicación evangélica ya desde el principio, y no es creíble que se hubieran expuesto los Apóstoles al ridículo en presencia de los que hubieran podido fácilmente descubrir su falsedad.

El fenómeno, además, llegó hasta Roma y Grecia.

Los anales de la capital del mundo. y otros documentos históricos nos hablan de él. Lo mismo se vió en Atenas, en donde es fama que se dijo la sabida frase: «O el Creador padece o la máquina del Universo se hace pedazos».

Nada, por otra parte, más conforme con las circunstancias de aquel grandioso momento. Los prodigios realizados tuvieron por objeto atestiguar la inocencia de Jesús, lo mismo que su legación y divinidad; además de ser el testimonio ante el mundo del acontecimiento mayor de la Historia de los hombres...

El Salvador era jefe de la Humanidad y convenía que su muerte se anunciara a toda la creación, en el momento especialmente en que para rescatarla se sumía en un abismo de humillación y de dolor.

Una estrella luminosa había anunciado el nacimiento del Redentor; ahora son las tinieblas las que publican su muerte. Jesús era la luz del mundo; cosa natural, por tanto, que también ésta se obscureciera a su muerte.

Las tinieblas tenían, además, una más particular significación para los judíos. Muchas veces habían pedido a Jesús una señal del cielo para creer en El: ya tenían la señal deseada y bien manifiesta por cierto. Se les daba con particular providencia para que se arrepintiesen... Las tinieblas

significan en las Sagradas Letras, el acercamiento del juicio y de la cólera de Dios... (Fillion.)

Ningún resultado obtuvo, sin embargo, el misericordioso aviso divino como la historia del desgraciado pueblo lo manifiesta. Lo dijo poéticamente nuestro Fray Diego de Ojeda en su «Cristíada», comentando este mismo pasaje:

¡Oh Dios!, cuando tu luz no resplandece,
ni la luz sirve ni aprovecha el día
para que el hombre ciego no tropiece,
y ciego se despeñe en su porfía:
ni el quitarle la luz más luz le ofrece;
que quien bañado en luz, la luz no vía,
¿qué hará en las tinieblas sumergido?
—Dormir en noche oscura y torpe olvido...

GRANDEZA MORAL DE LA MUERTE DE CRISTO

Dijo Juan Jacobo Rousseau, que si la muerte de Sócrates fué la muerte de un filósofo, la de Cristo fué la muerte de Dios...

Pocas afirmaciones tan atinadas como ésta pudo hacer el filósofo de Ginebra.

Ha habido muertes sublimes en el transcurso de la Historia.

La de Abraham, Isaac y Jacob, en los tiempos bíblicos, se nos ofrecen con toda la grandeza y serenidad magnífica de la Naturaleza primitiva, elevada y transformada por la fe en Dios... Fueron la puesta natural y majestuosa del sol, tras un día espléndido y sereno.

La muerte de Sócrates fué grande también.

Nunca la humana filosofía había podido elevar tanto a los hombres. El desprecio de la vida y del dolor, la conformidad con el destino, la fortaleza de carácter y la integridad ante el deber y la ley, jamás había sublimado a tan alto grado a ningún gentil como al padre de la filosofía helénica...

Pero la muerte de Cristo es más grande; inmensamente superior a todas éstas.

Las muertes enumeradas son de hombres; la muerte del fundador del Cristianismo es inconfundiblemente la muerte de Dios. Dice el vulgar adagio que la muerte es reflejo de la vida. A una vida divina como la de Cristo, debía corresponder también una muerte divina...

En los últimos momentos de la existencia y ante la desnuda guadaña de la despiadada muerte, ¡qué pocos son los que saben mostrarse dignos de sí!

La pobre humana naturaleza no tiene fuerzas para tanto: el corazón desfallece, el sistema nervioso se deshace, la imaginación se siente agitada por los fantasmas más horrendos y todo el humano ser queda desquiciado y como fuera de sí. Por eso en aquellos angustiosos instantes son frecuentes los movimientos, las acciones, las palabras nerviosas, incontroladas, que serán naturales, todo lo explicables que se quiera, pero no precisamente santas y edificantes en sí.

Nada de eso pasó en Jesús.

El sintió como pocos los horrores del triste desenlace humano que se le venía azaroso, acompañado de dolores; se asustó ante él; tembló; hasta sudó sangre en su presencia en el huerto de los Olivos...; no obstante, llega el momento decisivo y nada desdice de su dignidad y santidad intachable: ni una palabra, ni un gesto, ni un sentimiento menos propio de Dios.

"PADRE: PERDONALOS..."

Recordemos sus últimas palabras.

El Salvador está suspendido entre el cielo y la tierra, condenado, ajusticiado por su mismo pueblo, levantado en un afrentoso palo como criminal maldito de Dios y de los hombres...

Bajo la corona de punzantes espinas que la taladran por doquier como encendidas puntas de fuego, oculta su augusta y ensangrentada frente; la sangre corre hasta los ojos y los anubla, y bajando después, resbala por el santo cuerpo, y juntándose con la que brota de las manos y de los pies, cae en abundante reguero y salpica la Cruz chocando contra los peñascos, y a los que por cerca pasan...

El pecho, agitado de fatiga horrible, se eleva y se deprime anheloso, falto de respiración. Todo su cuerpo está descoyuntado, intensamente distendido, pendiente de unas llagas que se desgarran por el peso...

Pues en la parte moral no es menos fuerte el espectáculo.

Se halla en presencia de abigarrada muchedumbre que, curiosa, le contempla; entre ella están sus irreconciliables enemigos, los escribas y fariseos, príncipes y sacerdotes y ancianos del pueblo de Israel. Allí están llenos de bárbaro regocijo, envalentonados por su triunfo, orgullosos de la ruina de su mortal enemigo. Allí aparecen, burlándose de El y blasfemándole; mofándose de su doctrina y de sus milagros, de su pretendida dignidad de Mesías y de Profeta...: «Este es, exclaman, el profeta que ha aparecido entre nosotros», el que se tenía por mayor que Abraham y que Moisés, el que podía reedificar en tres días el Templo derruído; el embaucador que traía revuelto al pueblo con sus embelecos y malas artes...

Mirad lo que le valen sus mentiras...

«El que a otros ha salvado, a sí mismo no puede socorrerse».

Y encarándose con El, le dicen: «Si eres el Hijo de Dios, sálvate a ti mismo y desciende de la Cruz»...

Tremenda prueba para la virtud de un hombre.

El podía vengarse, podía descender de la Cruz, podía aniquilar a aquellos hombres perversos... ¿Qué hubiera hecho cualquier otro?

Sin duda que hubiera pedido viniera fuego del cielo y abrasara a los criminales sin misericordia. Burlarse de un hombre en otra ocasión, es siempre indigno, pero burlarse de su desgracia, maldecirle cuando está próximo a expirar en el último suplicio, esto no es propio de hombres, sino de fieras...

Sí, Señor, dice inexorable el corazón deseoso de justicia: perezcan sin piedad los que no la tienen para con vos. Caiga sobre ellos vuestra maldición y cúbralos como un vestido, porque no se han acordado de tener misericordia con el perseguido y humillado.

Pero cállese nuestra lengua pecadora, que tampoco nosotros sabemos lo qué pedimos...

No es ése el espíritu de Cristo.

El Hijo de Dios no pedirá fuego del cielo...

Un abismo llama a otro abismo; el abismo de la maldad e ingratitud humana atrae hacia sí irresistiblemente al otro más grande e insondable todavía de la caridad divina... No pide fuego del cielo... Otros son sus pensamientos: otros los deseos de su generoso corazón. Mirémosle.

Está anegado en un mar de afrentas y de dolores; a sus oídos llegan sin cesar como rugidos del infierno, las voces descompuestas, las imprecaciones, las carcajadas de sus enemigos... Y EL, mientras tanto, olvidado de sí, de la ingratitud y malicia de los hombres, como universal mediador, eterno y Sumo Sacerdote que está en el punto culminante de su sacrificio, levanta su ensangrentada cabeza al cielo; esfuerza su pecho y exclama: «Padre, perdónales porque no saben lo que hacen»...

Virtud inasequible de Dios.

«Perdónales, Padre, porque no saben lo que hacen»...

Los hombres han hecho como quien son; Cristo, había de hacer como quien es...

¡Padre mío!, a quien nada se oculta de cuanto se hace sobre la tierra... que estás contemplando con horror esta sangrienta escena de la maldad de los hombres y arrepentido de haberlos criado!... ¡Padre, a quien llega mi sangre derramada clamando más que la de Abel, pidiendo venganza...; llegue también mi voz, pidiendo misericordia!... «¡Perdónales, Padre!». Perdona a Herodes y a Pilatos; perdona a Anás y a Caifás, perdona a los escribas y fariseos, a mis verdugos y crucificadores...

"HOY ESTARAS CONMIGO EN EL PARAISO"

Jesús sigue en su horrenda crucifixión.

Los otros dos compañeros crucificados con El se desesperan y blasfeman, se retuercen, se deshacen en imprecaciones y descompuestos gritos... Jesús se distingue de ellos. Su conducta, hasta su postura misma es religiosa y divina...: Ni un acto de impaciencia, ni una palabra desordenada: sereno, impasible, con la majestad e impasibilidad de Dios...

Los presentes se dan cuenta de ello.

Al Buen Ladrón, especialmente, le ha llamado de una manera poderosa la atención: le ha mirado muchas veces en su actitud hierática, augusta, en su paciencia inalterable. No hay virtud en los hombres para tanto... Su mente se ha visto iluminada por la gracia que le ha mostrado la verdad y ha llegado a reconocerle como al Mesías prometido, como a Dios... Se ha dirigido, por fin, a El y héchole objeto de su oración: «Acuérdate de mí, cuando estuvieres en tu reino»...

Cristo ha escuchado su súplica y vuelto a él, al ladrón, sin juzgarle digno de desprecio ni de odio, le ha dado la recompensa suprema; la posesión del reino de los cielos: «Hoy estarás conmigo en el paraíso»...

Afortunado ladrón dice un Santo Padre: pasó toda su vida robando y la terminó también con un robo; con el robo del reino de los cielos...

"MUJER: HE AHI A TU HIJO"

Sobre la montaña santa del Calvario, entre la inmensa muchedumbre de espectadores abiertamente hostiles o indiferentes para con el Salvador, había también quienes se compadecieran de El, lloraran sus tormentos y su muerte...

Allí, formando un pequeño grupo, estaban los amigos del gran Profeta, uno de sus discípulos, las santas mujeres... ; pero, sobre todo, su Madre..., anegada en un mar de lágrimas, anudada la voz a la garganta, con el corazón deshecho.

Su vista ansiosa se dirigía instintivamente hacia lo alto, y al ver el cuerpo de su Hijo bárbaramente destrozado, miraba a su alrededor como pidiendo auxilio para poder socorrerle, pero en ninguna parte lo hallaba, y, semejante a una inconsolable madre que ve perecer el fruto de sus entrañas en las revueltas olas del mar o en las llamas de un pavoroso incendio sin poderle tender las manos y salvarle, se estremecía y resolvía en lágrimas y muriera si un poder invisible no la sustentara...

Jesús era el mejor de los hijos, y aunque en tan grave situación, se acordó de su Madre.

La miró con ojos de ternura y la dijo, señalándole con la vista a Juan: «Mujer: he ahí a tu hijo» ; luego añadió al discípulo: «He ahí a tu Madre».

Era la rúbrica del testamento.

Como si dijera: Yo, Madre mía, siento ya gravitar sobre mí el peso de la muerte: es hora de partir de este mundo al Padre ; pero no quedaréis sola y desamparada: ahí tenéis al que ha de hacer mis veces sobre la tierra, al hijo a quien os dejo en sustitución mía y será vuestro sostén y amparo...

"DIOS MIO, DIOS MIO, ¿POR QUE ME HAS DESAMPARADO?"

Tocaba ya su fin la tragedia del Calvario.

Iba a sonar la hora destinada en los consejos eternos para la muerte del Redentor...

El sol se había eclipsado ya.

Las tinieblas, esparcidas por el mundo, daban un tinte de misterio y de duelo general a la Naturaleza. El Gólgota aparecía triste y sombrío, resurgiendo de entre las sombras y a la vista de la ciudad deicida como un gigantesco cadalso que sostenía en sí al sublime Ajusticiado por la justicia de los hombres...

En estas circunstancias, dicen los Evangelistas que exclamó Jesús con una gran voz, y dijo: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?»...

Era un grito de amargura, de dolor sin límites.

El grito supremo de la suprema angustia: el grito del náufrago que se ve desamparado, abandonado de todo auxilio y próximo a perecer...

Queja amarga, pero queja resignada, queja filial y respetuosa...

"SED TENGO"

La quinta vez que habló Jesús desde la Cruz fué quejándose de la sed.

Extraño podrá parecer, a primera vista, que el paciente Profeta que había estado mudo y sin palabra, como un cordero, ante las atroces injurias y tormentos en todo el decurso de la pasión, ahora, próximo a consumar con la oblación de su vida la regeneración de la humanidad, se queje de la sed. No obstante, lejos de maravillarnos tal conducta, debe producir en nosotros mayor ternura y amor... En esta queja nos da a entender el Divino Ajusticiado un nuevo sufrimiento que fácilmente hubiera podido pasar inadvertido y que fué, sin embargo, uno de los más feroces de la pasión: el tormento de la sed.

Los grandes sufrimientos humanos, al modo de los gran-

des cansancios y fatigas corporales, provocan siempre la sed y dejan en el hombre un estado de agotamiento en que aun la lengua queda reseca y como pegada al paladar. Sobre todo en los ajusticiados es especialmente horrible este sufrimiento y capaz de causar la muerte por sí mismo, como ha llegado alguna vez a suceder.

En Jesús apareció también esta necesidad fisiológica humana ineludible...

Hasta ese punto quiso semejarse el Hijo de Dios a los hijos de los hombres...

En El concurrían, además, causas particulares.

Desde la noche de la última cena nada había refrescado sus labios; la sangre había corrido abundantemente de sus llagas y le habían agotado. Quedaba exhausta la fuente de la vida... Una fiebre abrasadora roía y quemaba su interior, y su cuerpo ardía todo como un volcán...

El Evangelio añade que Cristo dijo estas palabras para que se cumplieran las Escrituras. Era, por tanto, un acto de obediencia, de amor y sujeción a la voluntad del Padre. «Se hizo obediente hasta la muerte, dice el Apóstol, y muerte de Cruz».

"TODO ESTA CONSUMADO"

Las palabras anteriores, en especial las dos últimas, son tristes y angustiosas...; la de ahora tiene toda la grandeza y sublimidad de un sonoroso himno de victoria; es el inmortal epinicio, el canto enardecido de triunfo que entona el Hijo de Dios desde el árbol santo de la Cruz...

¡Todo está consumado!... Como si dijera:

Los tormentos y los suplicios se han agotado ya; la voluntad del Padre, las profecías y las figuras se han realizado...

El pecado ha sido expiado y satisfecha la justicia de

Dios; la gracia y la gloria, preparada; he cumplido mi misión...

He luchado como bueno.

El príncipe de este mundo ha sido derrotado y conquistado su reino; he mostrado a los hombres que yacían en las tinieblas la luz de la salvación...

Me resta tan sólo el triunfo del Mesías...

Ha llegado la hora, y es ésta en que el perseguido, el ajusticiado, sea constituído centro de la historia del mundo y de la humanidad... Levantado sobre la tierra, todo lo atraeré hacia Mí mismo...

Los judíos me han despreciado; no han querido que reinara sobre ellos, pero he aquí que ahora empiezo a dominar, no precisamente sobre su nación mezquina y deicida, sino sobre el universo mundo...

La creación entera es mi heredad...

Todo está consumado...

"PADRE: EN TUS MANOS ENCOMIENDO MI ESPIRITU"

La última palabra del Salvador en la Cruz.

Palabra santa, ungida de piedad y de religiosidad inefable.

Siempre había sido religiosísimo Jesús, y la muerte había de poner sello augusto a su piedad...

«Et haec dicens expiravit...» y dichas estas palabras, bajó su sacratísima cabeza y expiró...

No sé si el lector habrá caído en la cuenta.

Los demás hombres morimos cuando nos llega la hora; cuando la fuerza de la enfermedad o la desgracia logra cortar el hilo efímero de la existencia. Entonces, y no antes ni después.

Nuestra voluntad, por sí sola, es incapaz de añadir un minuto a nuestra vida, como es incapaz de añadir un codo

a nuestra estatura... En Cristo no se cumplió esta ley universal.

Era Dios y había de morir como tal, con dominio completo sobre la muerte. Debía morir cuando El quisiera y no cuando ésta imperara.

El dijo categóricamente: «Ninguno puede arrebatarme la vida, sino que la entrego yo por mí mismo; tengo poder para entregarla y poder para volverla a tomar»...

Y conformes a las palabras fueron los hechos.

Todos los Evangelistas lo señalan.

Al terminar la tercera hora en el suplicio de la Cruz, dió una gran voz Jesús para indicar que aun le quedaban fuerzas; luego inclinó la cabeza y conscientemente, en la plenitud de su conocimiento y libertad, cuando quiso y como quiso, exhaló el último suspiro...

Ninguno de los autores sagrados escribe «murió», sino que todos recurren a locuciones especiales: «entregó su espíritu», «envió su espíritu al Padre», «expiró»...

Así había de ser y así convenía al que era Hijo del Altísimo.

Se había sujetado a la muerte voluntariamente para la redención de la humanidad...: era necesario que muriese entregando también voluntariamente su alma...

EL CENTURION ROMANO

Ya dijimos más arriba el efecto que la virtud y santidad del gran Profeta en el patíbulo había producido en el Buen Ladrón.

El mismo se repitió en el Centurión romano. Este sincero y honrado militar había observado atentamente y con emoción al ajusticiado divino, y su conducta le había impresionado fuertemente...

Cuando, al fin, oyó las palabras últimas de Jesús, el grito con que encomendaba su espíritu al Padre, y le vió inmediatamente expirar, quedó lleno de terror sagrado. Aquello era algo extraordinario y divino...

Bajó del Calvario exclamando: ¡Verdaderamente éste era Hijo de Dios!...

El inusitado hecho le abrió los ojos del espíritu y vió la grandiosa realidad. Los crucificados morían por agotamiento y cuando ya sus fuerzas se habían extinguido por completo; jamás repentinamente y cuando aun les quedaba vigor para gritar... aquel reo no era un hombre vulgar; ni siquiera un mero hombre. Había de ser «el Hijo de Dios», como afirmara El mismo.

REFLEXION FINAL

Conocido es de todos el gran cuadro del Santo Cristo de Velázquez.

Es, sin duda, la obra soberana de la pintura religiosa.

Muchas bellezas lo eternizarán, pero lo que sobre todo conmueve en él desde el punto de vista religioso es la dignidad, el reposo soberano, la sobrehumana majestad y calma del Crucificado...

Viendo el Santo Cristo de Velázquez se ve a Dios muerto.

Así debió de ser; así debió quedar el sublime extinto: como la gran víctima de propiciación por los pecados del

mundo que cantó tan bellamente Gabriel y Galán. Con toda la majestad y grandeza divina del Unigénito del Padre:

Y el amor, el imán de las almas,
le acercó la visión del cordero;
la visión del dulcísimo mártir
clavado en el leño:
con su frente de Dios dolorida,
con sus ojos de Dios entreabiertos,
con sus labios de Dios amargados,
con su boca de Dios sin aliento...
¡Muerto por los hombres!
¡Por amarlos, muerto!...

21 (Fugel)

«Hasta tal punto amó Dios al mundo que le entregó su Unigénito» (J. III, 16).

Cristo en su coloquio con Nicodemo.

XXI

CRISTO REDENTOR

SUMARIO: La Redención de Cristo en el N. T. - Concepto de la Redención. - La tragedia del Paraíso. - «Hijos de ira». - «El príncipe de este mundo». - El sacrificio del Calvario. - Isaías y la redención mesiánica

El presente capítulo no responde, quizá, por completo al fin apologético de este libro, pero servirá para dar una idea más amplia de la persona del Salvador y de su misión en el mundo.

Cristo es Dios, como demostramos en las páginas anteriores; Dios hecho hombre, Dios humanado...

Pero, ¿para qué este exceso?, se pregunta, ofuscada, la razón humana.

¿Para qué se hizo hombre el Altísimo y vivió durante treinta y tres años entre nosotros y padeció los achaques de nuestra mortalidad y las infinitas privaciones del destierro?

¿Fué sólo para evangelizar a los hombres, esto es, para instruir a la Humanidad respecto de Dios, de su fin y destino en el mundo, en las cosas sobrenaturales? ¿Para fundar su reino sobre la tierra, la Iglesia, y con ella elevarnos, santificarnos?

Sí, ciertamente.

Todos estos fines tuvo el Verbo al hacerse carne... Pero no fueron esos solos.

Vino también y primordialmente a redimir al linaje humano, esto es, a reconciliarlo con Dios, sacarlo de la esclavitud de Satanás y hacerle nuevamente heredero del cielo,

pagando con su sangre y su vida el rescate que por la ofensa inferida a Dios por el pecado exigía su justicia.

Desenvolvamos brevemente estos conceptos.

LA REDENCION DE CRISTO EN EL N. T.

Nada más frecuente que la alusión a la redención de Cristo en nuestros escritos sagrados neotestamentarios.

Son los días difíciles de las vacilaciones de San José ante el caso insólito de María, y se le aparece el ángel del Señor en sueños y le dice: «José, hijo de David, no temas recibir a María, tu esposa, porque lo que se ha engendrado en ella es del Espíritu Santo. Dará a luz un Hijo, y le pondrás por nombre Jesús, porque El salvará a su pueblo de sus pecados». (Mt. I).

La idea se repite en la víspera del bautismo de Cristo en el Jordán por el santo precursor. Pasa por allí el Divino Maestro; Juan le reconoce, iluminado por Dios, y exclama, lleno de la más viva convicción: «He aquí al Cordero de Dios; he aquí al que quita los pecados del mundo».

En la visita nocturna de Nicodemus expone el mismo Jesús, con las palabras más decisivas y emocionantes, que El ha venido al mundo para redimirle: «Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así el Hijo del Hombre ha de ser levantado sobre la tierra, para que todo el que crea en El no perezca, sino que obtenga la vida eterna».

Otro día se celebra su entrada solemne en Jericó. Zaqueo, uno de los principales publicanos, deseoso de verle, hase subido a un árbol, para poder conseguir su intento; el divino Salvador pasa por debajo de él en su camino, y le mira cariñosamente, levantando hacia él sus ojos, y le anuncia que marche a su casa, porque quiere hospedarse en ella aquel día. Hácelo así el publicano y le recibe con grandes demos-

traciones de júbilo: «Hoy se ha hecho la salud en esta casa, dice el Maestro, al entrar en ella, porque también éste es hijo de Abraham, pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que había perecido». (Lc. XIX.)

La madre de los hijos del Zebedeo pide para éstos que se siente uno a su derecha y otro a su izquierda cuando venga el día de su reino. Jesús le responde que no sabe lo que pide, y aprovechando la ocasión para inculcarles la humildad, termina con estas palabras: «El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en redención por muchos». (Mc. X.)

Llega, por fin, la noche tan deseada de la última Cena, e instituye el Santísimo Sacramento como memorial perenne de su pasión; da a sus Apóstoles a comer su cuerpo, que «ha de ser entregado por ellos a la muerte»... y a beber su propia sangre, que «será derramada en remisión de los pecados del mundo»...

LOS APOSTOLES

Su testimonio no es menos explícito.

San Pedro afirma, en su primera carta a los fieles, que: «No han sido redimidos con cosas corruptibles, oro o plata, sino con la preciosa sangre de Cristo». «Porque El tomó sobre su cuerpo nuestros pecados y los elevó en la Cruz para que, muertos ya a ellos, vivamos para la justicia».

San Pablo añade a los fieles de Corinto:

«Os transmito lo que yo mismo recibí; es a saber, que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras»; y a los romanos: «Habéis sido justificados gratuitamente por la gracia de Cristo, a quien hizo Dios propiciación por la fe en su sangre, para ostensión de su justicia». Expone a continuación los efectos de la obra redentora, es a saber, la reconciliación con Dios, y termina: «Porque si cuando éramos

enemigos quedamos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más ahora, reconciliados ya, seremos salvos en su vida».

San Juan dice también, en su primera carta:

«Nosotros estamos limpios en la sangre de Jesucristo, el cual es propiciación y hostia por nuestras culpas, y no sólo por las nuestras, sino por las de todo el mundo».

CONCEPTO DE LA REDENCION

Cristo es redentor del mundo...

¿Pero qué significan estas palabras? ¿Qué es redimir y redención?

Redimir, atendiendo a la etimología del vocablo, *comprar de nuevo*, es un acto por el cual una cosa poseída antes, pero enajenada, se adquiere nuevamente bajo el pago del competente precio.

En el orden religioso y en el caso que nos ocupa, de la redención de los hombres, puede definirse así: «Es el acto por medio del cual el linaje humano, caído por el pecado en desgracia de Dios y bajo la servidumbre de Satanás, fué librado de ella y reintegrado a la amistad divina y herencia del reino de los cielos por medio de Jesucristo, que satisfizo y pagó con su sangre a Dios ofendido el rescate exigido por su justicia...»

LA TRAGEDIA DEL PARAISO

Su triste recuerdo esclarecerá suficientemente los conceptos.

Dios había creado al hombre a su imagen y semejanza, y, complacido en él, habíale encumbrado sobre todos los seres de la creación visible, para que fuera el centro magní-

fico del universo, el rey, el profeta y cantor de la creación. Juntamente le hizo participante de la inmortal herencia del reino de los cielos.

De todo ello quedó privado lastimosamente un día.

Desobedeció el mandato de Dios que le prohibía comer del fruto prohibido. Con ello entró el pecado en el mundo, como dice San Pablo, y con el pecado la muerte...

Fué aquél un día aciago para la mísera humanidad.

Dios, justísimamente irritado contra el hombre, le arrojó como a profano y pecador, del Paraíso, lo lanzó por la tierra, para que anduviera errante y vagabundo por el destierro, huyendo, como perpetuo Caín, de su presencia y ensangrentando sus plantas con los cardos y abrojos de un suelo estéril y maldito...

Horas de luto para la Humanidad.

En ellas se cerraron las puertas del cielo y juró Dios, en su indignación, que no penetrarían por sus umbrales las plantas impuras de los hombres... Era el decreto de su condenación, de la reprobación definitiva; el acto tristísimamente solemne de la desheredación de toda la Humanidad...

Desde entonces nacemos todos los humanos «hijos de ira» y de indignación para Dios. Esta es la ley común, y ante ella nada valen la nobleza de la sangre, ni el poder de las armas, ni el esplendor de la gloria...

El pecado de los primeros padres vició la raíz toda de la Humanidad y se nos transmite indefectiblemente como herencia y propiedad de naturaleza. Todos nacemos hijos de culpa. Pasa la Humanidad como las olas del océano; pasan las generaciones y se alcanzan las unas a las otras y se oprimen y estrujan, como se estrujan y oprimen las olas alborotadas en día de tormenta...; pero todas ellas llevan indeleble el vergonzoso estigma sobre la frente. Pasan los grandes personajes de la Historia: los reyes, los emperadores, ante quienes, muda, se postró la tierra; pasan los conquistadores

que ganaron reinos con la punta de su espada; pasan los sabios que brillaron como antorchas del saber en el firmamento; más aún: pasan los patriarcas, los profetas, los apóstoles, los mártires, las vírgenes, los hombres más insignes en santidad y merecimientos, y todos inclinan, ruborizados, su frente y repiten, con David: «He sido concebido en el pecado y engendrado en la iniquidad»...

EL PRINCIPE DE ESTE MUNDO

Nueva desgracia de la primera culpa.

El hombre arrojado del Paraíso, objeto de la ira de Dios y excluído de la herencia de la Gloria, cayó por el mismo hecho bajo el yugo ominoso de Satanás, quien desde aquel momento quedó constituído «príncipe de este mundo».

Es la frase significativa y sangrienta del mismo Salvador.

Nos cuenta el Evangelio que en el día de las tentaciones, en el desierto, se llevó el demonio a Jesucristo y, transportándolo a un elevado monte, le mostró desde él todos los reinos del mundo y su gloria, y le dijo: «Todo esto te daré si caes a mis plantas y me adoras».

¡Notable ambición y osadía de Satán!

¿Era suyo, por ventura, el mundo con todos sus reinos y su gloria?

Sí, por desgracia: El pecado le había concedido ese dominio. Reinaba en la sociedad pagana por medio de la idolatría más vergonzosa y aun por la misma posesión diabólica...

¡Pobre Humanidad! Inmensa como el mar era su desventura.

¿Quién podría salvarla? Semejábase al hombre que cayó en manos de ladrones y quedaba inerte en el camino, ensangrentado y medio muerto. No podía valerse por sí misma;

miraba al cielo y lo veía cerrado, clamaba a Dios y éste le volvía las espaldas...

Necesitaba ella también un piadoso samaritano; una voz potente que le gritara como a Lázaro: «Levántate y anda»... Era el paralítico de la probática piscina a quien le faltaba el hombre que le ayudase...

¿Aparecerá el prójimo caritativo, el hombre deseado? ¿Sonará la voz imperiosa y compasiva?

PROBLEMA DE JUSTICIA

Porque surge aquí un gran problema.

¿Cómo hacer la Redención?

¿Quién será capaz de llenar sus requisitos?

En la pura región de las ideas ocurren tres posibles soluciones: el perdón generoso de la ofensa del pecado por parte de Dios ofendido y la nueva admisión de la Humanidad a su gracia y amistad perdida... La encarnación de un ángel o la elección de un hombre como representante de todo el linaje humano a quien hacer morir como víctima de propiciación para pagar con su sangre la deuda contraída... Finalmente, hacerse hombre y ofrecerse en sacrificio alguna de las divinas personas...

¿Cuál de las tres soluciones hubiéramos escogido nosotros?

Ni la primera ni la segunda podían satisfacer.

Perdonar gratuitamente la ofensa de parte de Dios hubiera sido generosidad y misericordia, pero no obra de justicia, como exigían los arcanos de la providencia inexcrutable del Altísimo... La satisfacción dada por los padecimientos de un hombre, o de un ángel, no habría podido equivaler con-

dignamente tampoco a la ofensa, pues ésta era infinita, por dirigirse contra Dios, inmenso e infinito...

La tercera solución sí hubiera sido apta.

La encarnación de una persona divina. Sus padecimientos y su muerte, ofrecidos en rescate por el hombre, habrían sido condignos, usando este término teológico, suficientes y aun superabundantes, pues cualquiera de las acciones del Hombre-Dios fuera de valor infinito.

Esta, repetimos, era la solución adecuada...

Pero ¿quién se atreverá a exigirla?

¡Dios hacerse hombre! ¡Dios tomar nuestra mortalidad! ¡Dios padecer! ¡Dios derramar sangre y morir!...

¡Lejos de Vos, Señor, semejante pensamiento!, exclama la razón, anonadada.

Está demasiado alto vuestro trono, por encima de los cielos de los cielos, y no podrá llegar a Vos el dolor, la humillación y la muerte...

Imposible... Era impropio, indigno de Dios...

Sin embargo ese fué el modo escogido.

Suele ponerse una comparación.

Es un reo acusado de enormes delitos y por ellos sentenciado a muerte. Al ser llevado a la ejecución le ve pasar por delante del palacio, camino del suplicio, el hijo del rey y heredero de la corona. Se compadece e, interesado por él, quiere salvarle. Se oponen las leyes: el reo ha de satisfacer por sus delitos... Así lo exige la justicia, pero el hijo del rey sigue adelante en su empeño benéfico. Quiere salvarle a toda costa, incluso se ofrece él mismo a morir en su lugar, y muere, en efecto, para satisfacer por sus delitos...

Este fué, exactamente, el caso de Jesucristo.

Un día se oyó en el Cielo la voz del Hijo de Dios que decía: «No has querido hostias ni oblaciones de la tierra»;

heme aquí, pues, dispuesto al sacrificio. «Yo iré y les salvaré»...

EL SACRIFICIO DEL CALVARIO

Y se rasgaron, efectivamente, los cielos, y descendió de ellos el Salvador...

Durante treinta y tres años ennobleció el mundo con su presencia, recorriendo los campos palestinos en la predicación del Evangelio, iluminando las tinieblas de las inteligencias y realizando los más grandiosos milagros... Pasó por todas partes esparciendo el bien a manos llenas y, como el sol por el firmamento, esclareciéndolo todo con su luz... Al fin se entregó a la muerte como víctima voluntaria por el hombre. En el Gólgota se consumó el sacrificio, suspendido en una cruz. Y agotada su sangre, expiró...

Estaba todo consumado.

La muerte de Cristo, del Mesías, del Hombre-Dios, ofrecida al Eterno Padre, canceló toda la deuda del pecado: quedó pagado todo el rescate exigido...

¡Sublime página de San Pablo! Cristo sube al Cielo después de la magna epopeya realizada. Es el capitán que entra en su reino de conquista... Es el guerrero de las eternas promesas... Ha llegado hasta el trono mismo del Eterno y arrancándole el quirógrafo del decreto de nuestra condenación lo ha hecho pedazos y clavádolo en la Cruz...

Ya es otra muy distinta la suerte de la Humanidad.

Ha terminado el ominoso yugo de Luzbel.

Dios vuelve a admitir a los hombres como hijos suyos.

Tenemos propicio y aplacado el Cielo.

El, con todos sus goces, nos pertenece como herencia inmortal y propia, como corona y premio después de los afanes y luchas de la vida...

El mismo día de la muerte del Redentor se aplicaba el

rescate : «Hoy estarás conmigo en el Paraíso», dijo al Buen Ladrón, crucificado al lado suyo. Y el alma del afortunado salió de las torturas de la cruz para entrar en el reino de la Gloria.

Había comenzado la nueva Era.

Abrid vuestras puertas ¡oh príncipes celestiales!, podría decir a los ángeles la humanidad regenerada y exultante de júbilo... Abrid vuestras puertas ¡oh príncipes celestiales!, esas puertas que cerró el pecado y que vosotros guardabais con la espada desenvainada, para que no penetraran por ella los pies pecadores de los hombres... abridlas ya de par en par, porque el Hijo de Dios, el Santo, el Fuerte, el Vencedor del infierno y del pecado nos ha conseguido de nuevo el cielo, y aunque le ha costado la muerte, aunque lleva sus vestidos en sangre tintos, ha conseguido reconciliarnos con el Padre, pagándole el rescate en toda justicia exigido...

Y tú, ¡oh celestial Jerusalén!, muéstranos ya tus atrios inmortales..., deja ver, por fin, tu regia magnificencia a los pobres desterrados que lloramos apartados de ti y te saludamos desde lejos como a nuestra feliz y venturosa patria...

ISAIAS Y LA REDENCION MESIANICA

Resumamos y terminemos. Hay una página prodigiosa del más grande de los profetas, de la que ya hicimos mención en otra parte y que es el compendio más acabado del gran dogma de la Redención de Cristo, hecho a seiscientos años de distancia.

Dice así Isaías en su capítulo LIII:

«Mas ¡ay!, ¿quién ha creído o creerá nuestro anuncio? ¿Y a quién ha sido revelado ese Mesías, brazo o virtud del Señor?

Porque El crecerá a los ojos del pueblo como una humilde planta y brotará como una raíz en tierra árida. No es de

aspecto bello y esplendoroso; nosotros le hemos visto, dicen, y nada hay que atraiga nuestras miradas ni llame nuestra atención hacia El.

Vímosle después despreciado y el desecho de los hombres, varón de dolores y que sabe lo que es padecer, y su rostro como cubierto de vergüenza, por lo que no hicimos ningún caso de El.

Es verdad que El mismo tomó sobre sí nuestras dolencias y pecados y cargó con nuestras penalidades; pero nosotros le reputamos entonces como un leproso y como un hombre herido de la mano de Dios y humillado.

Siendo así que por causa de nuestras iniquidades fué El llagado y despedazado por nuestras culpas: el castigo de que debía nacer nuestra paz con Dios, descargó sobre El, y con sus cardenales fuimos nosotros curados.

Como ovejas descarriadas hemos sido todos nosotros: cada cual se desvió de la senda del Señor para seguir su propio camino, y a El sólo le ha cargado el Señor, sobre las espaldas, la iniquidad de todos nosotros.

Fué ofrecido en sacrificio porque El mismo lo quiso; y no abrió su boca para quejarse: conducido será a la muerte sin resistencia suya, como va la oveja al matadero, y guardará silencio sin abrir siquiera su boca delante de sus verdugos, como el corderito que está mudo delante del que lo esquila.

Después de sufrida la opresión e inicua condena, fué levantado en alto o puesto en cruz. Pero la generación suya, ¿quién podrá explicarla? Arrancado ha sido de la tierra de los vivientes: para expiación de las maldades del pueblo le he yo herido, dice el Señor.

Y en recompensa de bajar al sepulcro le concederá Dios la conversión de los impíos: tendrá por precio de su muerte al hombre rico: porque El no conoció pecado ni hubo dolo en sus palabras.

Y quiso el Señor consumirle con trabajos: mas luego que

El ofrezca su vida como hostia por el pecado, verá una descendencia larga y duradera, y cumplida será por medio de El la voluntad del Señor.

Verá el fruto de los afanes de su alma y quedará saciado. Este mismo Justo, mi siervo, dice el Señor, justificará a muchos con su doctrina; y cargará sobre sí los pecados de ellos.

Por tanto, le dará como porción o en herencia suya, una gran muchedumbre de naciones; y repartirá los despojos de los fuertes: porque ha entregado su vida a la muerte y ha sido confundido con los facinerosos, y ha tomado sobre sí los pecados de todos, y ha rogado por los transgresores...»

Nada más elocuente, pero también nada más significativo y revelador que este pasaje.

Contra todas las esperanzas e ilusiones judías que constituían la entraña misma de su mesianismo, se anuncia aquí un Mesías humilde, sin boato, sin pompa exterior alguna; más aún, lo que parece increíble, un Mesías paciente, varón de dolores y que sabe de enfermedades; un Mesías atribulado, herido de la mano de Dios, muerto en un patíbulo por su mismo pueblo; un Mesías sacrificado y víctima...

¿Cuál puede ser la causa de un hecho tan insólito y desconcertante?

Sólo el misterio de la Redención cristiana puede explicarlo.

«Todos habíamos delinquido», «todos, como ovejas, nos habíamos descarriado» y «puso Dios sobre su Cristo todas nuestras culpas; lo cargó de nuestras iniquidades y le castigó por ellas». El Mesías «se ofreció al sacrificio voluntariamente y admitió el castigo de que había de nacer nuestra paz con Dios»; «por sus cardenales fuimos curados nosotros...».

El fruto de la pasión había de ser eficaz y abundantísimo.

«Luego que ofrezca su vida por el pecado, afirma el pro-

feta, podrá contemplar una descendencia larga y duradera.» «Verá el fruto de los afanes de su alma y quedará saciado.» El justificará a muchos. «Se le dará como porción o herencia una gran muchedumbre de naciones...»

Fué la nueva generación de hijos de Dios y congregación de los redimidos, la Iglesia salida del costado abierto del Redentor... Jacob había anunciado en su vaticinio que sería «la expectación de las gentes», y el mismo Cristo dijo a sus Apóstoles: «Cuando yo sea elevado sobre la tierra, todo lo atraeré hacia Mí mismo...».

XXII

LA RESURRECCION DE CRISTO

SUMARIO: Predicciones categóricas de Jesús sobre su propia Resurrección. - Documentos históricos del gran acontecimiento. - Los cuatro Evangelios y los Hechos. - Las apariciones de Jesús. - Pedro y Juan en el Templo. - San Pablo en Antioquía de Pisidia y en Atenas. - La carta a los Corintios. - La fe en la Resurrección, creadora del Cristianismo

Había terminado la tragedia del Calvario.

El gran Profeta crucificado acababa de morir en el patíbulo.

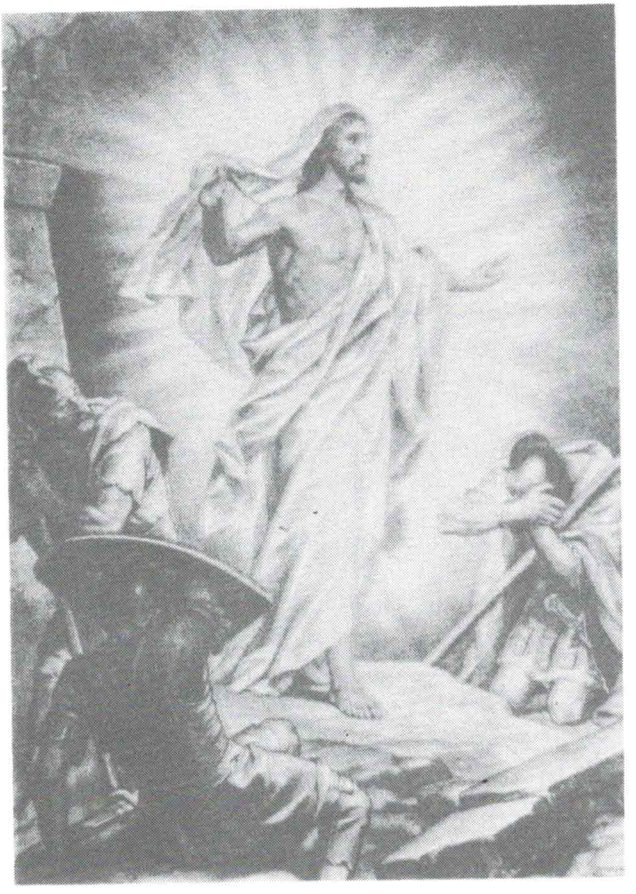
Los príncipes de los sacerdotes habían triunfado plenamente sobre El al parecer y para siempre.

Desaparecido el odiado taumaturgo de la vista, pronto desaparecería también del corazón de sus seguidores...

Sin embargo, ¡qué equivocados estaban!

¿Quién les había de decir que entonces, precisamente, comenzaba su triunfo? ¿Que dentro de unas horas iba a resucitar, a salir radiante del sepulcro para nunca más morir, para atraer irresistiblemente hacia sí a la Humanidad en incesantes oleadas y ser constituído centro del mundo y de la Historia, mientras ellos iban a hundirse en el abismo, arrastrando en pos de sí a toda la desgraciada nación judía, que dejaba ya de ser el pueblo de Dios por su gran crimen?...

La Resurrección de Jesucristo es el hecho cumbre de la Historia y el fundamento de la religión cristiana. Si Cristo ha resucitado, es verdadero Dios, o al menos legado suyo. No



22 (Hofmann)

«Y resucitó al tercer día»

puede equivocarse. Es la luz venida al mundo. Nosotros, al seguir sus enseñanzas, estamos en la posesión de la verdad.

PREDICCIONES CATEGORICAS

Ante todo, un hecho preliminar indiscutible.

Cristo anunció clara y terminantemente y repetidas veces su muerte a manos de los judíos, y su Resurrección al tercer día.

Nada más patente en el Evangelio.

Era la fecha memorable de la magnífica confesión de San Pedro y de la promesa solemne del Primado hecha en Cesárea de Filipo, y nos dice San Mateo (XVI, 21) que Jesús: «Desde aquel tiempo, comenzó a declarar a sus discípulos que le convenía ir a Jerusalén y padecer mucho de los ancianos, y de los príncipes de los sacerdotes, y de los escribas, y ser muerto y resucitar al tercer día. Pedro, tomándolo aparte, comenzó a reprenderle, diciendo: Señor, mira por Ti: en ninguna manera esto te acontezca. Entonces El, volviéndose, dijo a Pedro: Quítate de delante de Mí, satanás; me eres escándalo porque no entiendes lo que es de Dios sino lo que es de los hombres».

Terminada la gran escena de la Transfiguración, baja el divino Maestro del monte acompañado de los tres testigos de la misma: Pedro, Juan y Santiago, y les manda que «a nadie digan lo que habían visto hasta que resucitara de entre los muertos». (Mat. XVII, 21.)

Lo mismo afirmó en Galilea, poco después: «El Hijo del hombre, les dijo, ha de ser entregado en manos de los hombres y le matarán, pero resucitará al tercer día. Y ellos se entristecieron en gran manera». (Mat. XVII, 22.)

Son los días próximos a la última Pascua.

Jesús se encamina a Jerusalén con sus Apóstoles para celebrarla allí como tenía de costumbre. En el viaje les dice,

como previniéndoles para el duro trance: «Mirad que subimos a Jerusalén: allí el Hijo del hombre será entregado a los príncipes de los sacerdotes y los escribas y le condenarán a muerte y le entregarán a los gentiles para que sea escarnecido y azotado y crucificado, pero al tercer día resucitará». (Mat. XX, 18-19.)

Conocido es, también, el episodio del Templo.

Era casi a los comienzos de su ministerio público cuando entró en él un día el Salvador y quedó profundamente indignado por lo que veía. En los atrios del mismo se habían colocado, como en mercado público, numerosos puestos de venta de ovejas, bueyes y palomas, necesarias para los sacrificios, así como también mesas de cambistas para canjear el dinero de los que venían de la Diáspora con la moneda del país.

Era una evidente profanación.

El celo del Salvador se sintió enardecido, y haciendo un látigo lanzó de allí a los profanos, diciendo: «No queráis convertir la casa de mi Padre en lugar de negociación». Estos se le encaran y le preguntan qué señal daba para probar su autoridad en aquello: Jesús les responde, aludiendo de una manera velada a su muerte y resurrección: «Destruid este templo y en tres días lo reedificaré». Se refería, anota el evangelista, al templo de su cuerpo. (Jn. XI, 14.)

Otro día, en el transcurso de uno de sus grandes discursos, se le acercan algunos de los escribas y fariseos, y le dicen: «Maestro, quisiéramos verte hacer algún milagro». El les responde: «Esta generación mala y adúltera, me pide un prodigio, pero no se le dará el que ella pide, sino el prodigio de Jonás, profeta; porque así como Jonás estuvo en el vientre de la ballena tres días y tres noches, así el Hijo del hombre estará tres días y tres noches en el seno de la tierra». (Mt. XII, 39.)

El anuncio de la Resurrección llega hasta sus propios enemigos.

No habían pasado más que unas horas de la muerte del excelso Taumaturgo y Profeta crucificado, cuando los príncipes de los sacerdotes y los fariseos, se sienten inquietos; una nube ha venido a obscurecerles la seguridad de su fiesta: la predicción de la Resurrección de Jesús. Determinan ir en comisión a Pilatos, y le dicen: «Señor, nos hemos acordado de que aquel impostor, cuando aun vivía, dijo que resucitaría al día tercero después de su muerte: Manda, pues, que se guarde el sepulcro hasta ese día, no sea que vayan sus discípulos y roben el cadáver, y luego propalen entre el pueblo la noticia de haber resucitado de entre los muertos, y entonces el segundo engaño será más pernicioso que el primero». Respondióles Pilatos: «Ahí tenéis la guardia; custodiadle como queráis». (Mt. XXVII, 62-66.)

DOCUMENTOS HISTORICOS

Es cierto, pues, el anuncio: Cristo afirmó clara y terminantemente que resucitaría.

¿Se cumplió su palabra? Sí y con toda seguridad.

Dios ha querido que el hecho fundamental en que se apoya nuestra fe católica quedara fuera de toda posibilidad de duda para los hombres razonables que no se dejan llevar de fobias o prejuicios preconcebidos. Para negar la resurrección de Cristo, es necesario negar un verdadero torrente de documentos de los más fidedignos que se hayan escrito jamás; es necesario negar toda honradez y probidad humana para acabar negando hasta el hecho más portentoso y visible de la Historia: la creación del Cristianismo que tiene en él toda su razón de ser y fundamento...

En los demás hechos de la vida del Salvador notamos diversidad en la narración evangélica. Apenas hay uno que sea atestiguado simultáneamente por todos los escritores sagra-

dos. La mayoría de los milagros, ya dijimos que son relatados solamente por uno o, a lo más, por dos evangelistas. La Resurrección, por el contrario, todos unánimemente la consignan... Más aún, la constatan todos los escritos del Nuevo Testamento. No se encontrará ni siquiera uno que la silencie o no la suponga y parta de ella como de fundamento. Hablan expresamente los cuatro evangelistas, los Hechos de los Apóstoles, las cartas de los mismos, el Apocalipsis.

Los Evangelios.

San Mateo le dedica íntegro su último capítulo, que es el XXVIII, como había dedicado el anterior a la Crucifixión y a la Muerte. Expone en él con todo pormenor la ida de las mujeres al sepulcro el domingo por la mañana y el hallazgo del sepulcro vacío, hecho que les llena de consternación e incertidumbre: el terremoto causado por la acción del ángel al remover la roca de entrada; el terror que se apodera de los guardias, las primeras apariciones de Jesús; el soborno de los soldados, por parte de los judíos, para que digan que, estando ellos dormidos, habían venido sus discípulos y robado el cuerpo. Finalmente, la aparición del Salvador a todos los Apóstoles reunidos en Galilea y su voluntad de enviarles a predicar por todo el mundo.

San Marcos le consagra también todo su último capítulo, el XVI.

En él cuenta, particularmente, la intervención y actividades de María Magdalena, a quien se aparece Jesús bajo la figura de hortelano y palpitante de gozo, corre al Cenáculo, donde se encuentran los discípulos, a comunicarles la gran nueva. Ellos no la creen y tienen sus palabras por delirio... Luego, la aparición en el mismo sitio el día de la Resurrección, por la noche, y, finalmente, la Ascensión.

San Lucas es más explícito y abundante.

En el largo capítulo XXIV de su Evangelio expone como los demás, la ida de las mujeres al sepulcro, citándolas por sus nombres: María Magdalena, Juana y María de Santiago y otras. Describe después, con interés especial, la aparición de Jesús a los dos discípulos huidizos que se dirigen a Emaús; la narración está hecha con todo el colorido y entusiasmo de la verdad; el descorazonamiento de ambos discípulos, la conversación habida con Jesus, que se les acerca bajo la figura de caminante, les pregunta la causa de su tristeza, les explica las Sagradas Escrituras, para demostrarles que era necesario que el Cristo padeciera todo aquello para entrar así en su reino y en su gloria: el fervor interno que se apodera de ellos al oír sus palabras: «¿No es verdad que ardía nuestro corazón cuando nos explicaba las Sagradas Escrituras?»; su invitación, una vez llegados a la casa, al caminante que les había enardecido para que permaneciera con ellos aquella noche; su reconocimiento de Jesús al verle dar la bendición en la mesa y partir y darles el pan; la vuelta de los dos discípulos a Jerusalén llenos del gozo más exultante... Llegan al Cenáculo donde están los demás, cerradas las puertas por miedo a los judíos, y relatan lo sucedido, cuando repentinamente se vuelve a aparecer Jesús a todos... Conturbados y llenos de espanto creen ver un espíritu, pero Jesús les calma, diciendo: «Soy yo, no queráis temer: ved mis manos y mis pies, y notad que el espíritu no tiene carne ni huesos como veis que yo los tengo. ¿Tenéis algo que comer?». Ellos le ofrecen un trozo de pez asado y un panal de miel, y come delante de los mismos.

San Juan, el discípulo amado de Jesús, es el que se lleva la palma en el relato de la Resurrección. A ella consagra los dos últimos capítulos de su Evangelio, el XX y el XXI.

Además de la ida de las mujeres al sepulcro, expone la de San Pedro y la suya propia. «Iban ambos corriendo, dice

con ingenuidad, pero él, más joven, se adelantó a Pedro». Ambos ven el sepulcro vacío y los lienzos de la mortaja...

El relato de la aparición a la Magdalena, en figura de hortelano, mientras ella llora sentada sobre la losa, es de las que no pueden inventarse: «Mujer, ¿por qué lloras?». Ella, creyendo que era el hortelano, le responde: «Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde le has puesto, que yo lo tomaré». Jesús pronuncia entonces su nombre con la inflexión y tono de voz tan conocido por ella, y le dice: «María...». Vuélvese ella al instante, y exclama. «Rabboni», que quiere decir: «Maestro mío».

El mismo día, por la noche, se aparece a todos en el Cenáculo, y San Juan completa la narración de los otros evangelistas con importantes pormenores: «La paz sea con vosotros, les dice. Como me ha enviado mi Padre, así yo os envío». Dichas estas palabras, dirige el aliento hacia ellos, y añade: «Recibid el Espíritu Santo: Aquellos a quienes vosotros perdonareis los pecados, les serán perdonados, y aquellos a quienes se los retuviereis, les serán retenidos».

Dos significativas apariciones más.

La del Cenáculo, estando presente Santo Tomás, y la del lago Tiberíades.

Cuenta así la primera: «Empero Tomás, uno de los doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Dijéronle, pues, los otros discípulos: «Hemos visto al Señor». El les respondió: «Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré...».

Ocho días después, estaban otra vez los discípulos dentro, y con ellos Tomás. Vino Jesús, cerradas las puertas, y púsose en medio, y dijo: «La paz sea con vosotros». Luego, dijo a Tomás: «Mete tu dedo y ve mis manos, y alarga tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel». Enton-

ces, Tomás respondió, y dijo: «¡Señor mío y Dios mío!». Dícele Jesús: «Porque me has visto, Tomás, has creído; bienaventurados los que no vieron y creyeron».

La aparición del lago es más emotiva aún.

Habían estado pescando los Apóstoles, sin resultado, toda la noche.

Ya se retiraban hacia la playa, por la mañana, cuando vieron a un hombre desconocido en la ribera.

¿Tenéis algo que comer? — les dijo, y ellos respondieron negativamente.

Echad la red a la derecha y encontraréis. Lo hicieron así y ya no podían sacarla por la muchedumbre y magnitud de los peces. Juan indica por lo bajo a Pedro, que aquel hombre era el Maestro, el Señor. Al oír Pedro estas palabras, no puede contenerse y se arroja al agua para llegar más pronto donde El estaba. Los demás discípulos llegan en la barca tirando de la red, llena de peces: saltan afuera y ven preparadas brasas y un pescado encima y pan. Díceles Jesús, traed de los peces que habéis cogido. Sube entonces a la barca Simón Pedro y saca la red a tierra con ciento cincuenta y tres peces grandes, sin que ésta se rompa por ser tantos...

Síguese el almuerzo y después la triple interrogación a San Pedro y la institución del Primado en su persona. «Simón, hijo de Juan ¿me amas? —. Sí, Señor, Tú sabes que te amo —. Apacienta mis corderos. Simón, hijo de Juan, le dice por segunda vez, ¿me amas? Y él: Señor, Tú sabes que te amo. — Apacienta mis corderos. Por tercera vez lo mismo. San Pedro se contrista, desconfiado de sí y le dice: Señor, Tú lo sabes todo; Tú sabes que te amo. — Apacienta mis ovejas... En verdad, en verdad te digo que cuando eras joven te ceñías e ibas a donde te agradaba, pero cuando te hagas viejo, otro te ceñirá y llevará a donde tú no quieres. Esto lo decía, añade el Evangelista, significando la muerte con que había de glorificar a Dios.

LOS HECHOS

Son para nuestro caso como un quinto Evangelio.

Dicen ya al comenzar: «He hablado en mi primer libro (el tercer Evangelio escrito, como sabemos, por el mismo autor, San Lucas) ¡oh Teófilo!, de todo lo más notable que hizo y enseñó Jesús desde el principio hasta el día en que fué recibido en el Cielo después de haber instruído por el Espíritu Santo a los Apóstoles que El había elegido; a los cuales se manifestó también después de su pasión, dándoles muchas pruebas de que vivía y apareciéndoseles en el espacio de cuarenta días y hablándoles de las cosas del reino de Dios. Y por último, comiendo con ellos les mandó que no salieran de Jerusalén sino que esperaran el cumplimiento de la promesa del Padre, la cual, dijo oísteis de mi boca; y es que Juan, bautizó con el agua, mas vosotros habréis de ser bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días».

San Pedro.

Recibido el Espíritu Santo, el día de Pentecostés, arenga Pedro a la muchedumbre.

En su discurso repite varias veces el hecho de la Resurrección de Jesús Nazareno, varón aprobado por Dios y señalado por los mayores prodigios y a quien entregaron a la muerte los príncipes de Israel y se la dieron por manos inicuas, pero Dios le *resucitó*, añade, librándole de los dolores de la muerte... (VI, 2).

Unos días más tarde van al Templo a orar, Pedro y Juan.

Al entrar por la puerta llamada *Hermosa*, encuentran a un cojo de nacimiento que acostumbraba a ponerse en ella todos los días para pedir limosna a los que por allí pasaban. El pobre tullido les mira suplicante y pide una limosna. Pedro se siente inspirado de Dios y le dice: «Mira hacia nosotros». El cojo, creyendo que iba a recibir algo de ellos, les mira fijamente: Pedro le dice entonces: «No tengo oro ni

plata, pero te doy lo que poseo: En nombre de Jesucristo Nazareno, levántate y anda» y tomándole por la mano derecha le levantó; al instante se le consolidaron las piernas y dando un salto quedó de pie y echó a andar. Juntamente con sus bienhechores entró en el Templo saltando de gozo y alabando a Dios. (III)...

El pueblo se arremolina estupefacto viendo lo ocurrido: el Apóstol, entonces aprovecha la ocasión y exclama: «Varones de Israel ¿por qué os maravilláis de esto que ha sucedido y por qué nos miráis a nosotros como si por nuestro propio poder y virtud le hubiéramos hecho andar a este hombre? El Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob; el Dios de nuestros padres glorificó a su Hijo Jesús a quien vosotros entregasteis a la muerte y le negasteis ante Pilatos, siendo él de opinión de que había que dejarle libre... Vosotros negasteis al Santo y al Justo y pedisteis que en su lugar se diera suelta al homicida Barrabás... Vosotros fuisteis los que matasteis al Autor de la vida... *Pero Dios le resucitó de entre los muertos*, de lo cual somos nosotros testigos. Y en fe de que ello es así, aquí delante tenéis al que vosotros visteis y conocisteis y a quien para confirmar la verdad de lo que decimos ha dado Dios completa salud por medio nuestro, delante de todos» (III).

San Pablo.

Escojamos al azar algunos episodios de su predicación.

Se encuentra con Bernabé en Antioquía de Pisidia y en la sinagoga de la misma. Es sábado y ha acudido a la sinagoga, donde se congregan los judíos de la colonia. Terminada la lectura de la Ley, los mismos presidentes de la sinagoga les invitan a hablar. Pablo toma la palabra: «Israelitas y vosotros, los que teméis al Señor, escuchad: Del linaje de David hizo nacer Dios, según su promesa, a Jesús, para ser el Salvador de Israel... pero los habitantes de Jerusalén y sus

jefes, desconociendo a este Señor y las profecías que se leen todos los sábados, con haberlo condenado, las cumplieron: cuando, no hallando en El ninguna causa de muerte, pidieron, no obstante, a Pilatos que le quitara la vida... Y después de haber ejecutado todas las cosas que de El estaban escritas, descolgándole de la Cruz, le metieron en el sepulcro; mas Dios *le resucitó de entre los muertos, el tercer día*, y se apareció durante muchos días a aquellos que con El habían venido de Galilea a Jerusalén, los cuales hasta el día de hoy están dando testimonio al pueblo.» (XIII).

Célebre es también su entrada en Atenas y su discurso en el Areópago.

Había llegado a la gran ciudad emporio de las ciencias y de las artes. Su espíritu endiosado se consumía interiormente viendo a aquel pueblo entregado a la idolatría... Disputaba en la sinagoga con los judíos y los prosélitos, y todos los días en el Agora, con los que allí acudían. También algunos filósofos de los epicúreos y estoicos trabaron discusiones con él. Unos decían: ¿Qué dice este charlatán?, y otros: Parece que viene a anunciarnos nuevos dioses; lo cual decían, añaden los Hechos, porque les hablaba de Jesús y de la Resurrección. Al fin, cogiéndole en medio, le llevaron al Areópago, diciéndole: ¿Podremos saber qué doctrina nueva es esa que predicas?, porque te hemos oído decir cosas que nunca habíamos oído, y así deseamos saber a qué se reduce esto...

Puesto, pues, Pablo en medio del Areópago, dijo: ¡Ciudadanos atenienses! Echo de ver que sois de los más religiosos de la tierra, porque pasando yo y mirando las estatuas de los dioses he encontrado también un altar con esta inscripción: Al Dios desconocido. Pues a ese Dios que vosotros adoráis sin conocerlo es el que yo vengo a anunciar: el Dios que creó el mundo y todas las cosas contenidas en él, siendo como es el Señor de cielo y tierra, no está contenido en templos fabricados por manos de hombres, ni necesita el

servicio de manos humanas como si estuviera menesteroso de alguna cosa, antes bien El mismo está dando a todos la vida y el aliento y todas las cosas. El es el que de uno solo ha hecho nacer a todo el linaje de los hombres para que habitasen la vasta extensión de la tierra, fijando el orden de los tiempos o estaciones y los límites de la habitación de cada pueblo, queriendo con esto que buscasen a Dios, por si rastreando y como palpando pudiesen por fortuna hallarle, comoquiera que no está lejos de cada uno de nosotros. Porque dentro de El vivimos, nos movemos y existimos, y como alguno de vuestros poetas dijeron: «Somos del linaje o descendencia del mismo Dios».

Siendo, pues, nosotros del linaje de Dios, no debemos imaginar que el ser divino sea semejante al oro, a la plata o al mármol, de cuya materia ha hecho las figuras el arte e industria humana.

Pero Dios, habiendo disimulado sobre los tiempos de esta ignorancia, intima ahora a los hombres que todos y en todas partes hagan penitencia, por cuanto tiene determinado el día que ha de juzgar al mundo con rectitud por medio de aquel varón constituído por El, dando de esto a todos una prueba cierta *con haberle resucitado de entre los muertos.*

Al oír mentar la resurrección de los muertos, algunos se burlaron de él y otros le dijeron: Te volveremos a oír otra vez sobre esto. De esta suerte Pablo salió del medio de las gentes.

Sin embargo, algunos se le juntaron y creyeron, entre los cuales fué Dionisio el Areopagita y cierta mujer llamada Dámaris, con algunos otros.» (C. XVII).

La carta a los Corintios.

Terminemos con esta cita, por ser de excepcional importancia:

«Yo os recuerdo, hermanos, el Evangelio que os anuncié

y que vosotros acogisteis y habéis perseverado en él y por el cual seréis salvos si lo retenéis, como lo prediqué yo, a no ser que hayáis creído inútilmente.

Yo os trasmití, en primer lugar, lo que yo mismo había recibido: Que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras, y que fué sepultado y que resucitó al tercero día, conforme a las Escrituras, y que se apareció a Cefas y después a los Doce.

Luego fué visto por más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales viven la mayor parte y algunos ya murieron. Después se apareció a Santiago y luego a todos los Apóstoles. Ultimamente, como a un abortivo, también se me apareció a mí, porque yo soy el ínfimo de los Apóstoles, indigno de este nombre, porque he perseguido a la Iglesia de Dios; mas, por gracia suya, soy lo que soy, y su gracia no ha sido en mí estéril, sino que he trabajado más que todos ellos. No yo, ciertamente, sino la gracia de Dios conmigo.

Pero sea yo o sean ellos, así os predicamos y así habéis creído. Y si se predica que Cristo resucitó de entre los muertos, ¿cómo hay alguno entre vosotros que dicen que no hay resurrección de muertos?

Si no hay resurrección de los muertos, Cristo tampoco ha resucitado.

Pero si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación, vana también nuestra fe. Y nosotros seremos convencidos de falsos testigos de Dios porque hemos atestiguado contra Dios que había resucitado a Cristo, al cual no ha resucitado, si, en efecto, los muertos no resucitan. Porque si los muertos no resucitan, Cristo no ha resucitado tampoco. Pero si Cristo no resucitó, vana es vuestra fe; aun estáis en vuestros pecados y aun más: los que han muerto en Cristo han perecido enteramente; porque si en esta vida sólo esperamos en Cristo, somos los más desgraciados de los hombres. Pero, en verdad, Cristo resucitó entre los muertos, como primicias de los que murieron.» (XV, 1-20).

Permítasenos un breve comentario.

La autenticidad de este pasaje es indubitable aun para la crítica del racionalismo. La fecha de la carta se remonta al año 53 o al 55 de nuestra Era. San Pablo había estado en Corinto dos o tres años por lo menos antes de escribirla, y, por consiguiente, su predicación ha de haber tenido lugar del 50 al 51.

En este tiempo, pues, o sea unos doce años después de la Resurrección del Salvador, ya era plenamente conocida por todos y admitida como dogma común y principal la Resurrección de Cristo.

Nótese, además, algo que es altamente significativo. San Pablo no pretendía propiamente, al escribir el mencionado pasaje, probar la Resurrección de Jesús. La daba ya por supuesta e incuestionable; más bien se quiso valer de ella para convencer a ciertos corintios disidentes. Todos estaban convencidos de la inmortalidad del alma, pero no todos admitían igualmente la resurrección de los cuerpos. Había, en este punto, división entre ellos.

El Apóstol defendía, como era natural, la referida resurrección, y para ello, para probar que ella era posible, les escribe las palabras trascritas. Arguye a los negadores de la Resurrección de lo que les había predicado y ellos admitido: La Resurrección de Jesucristo. El Apóstol, por tanto, no tenía aquí interés ninguno en probar el hecho de la Resurrección del Salvador, que, repetimos, lo daba por supuesto y admitido ciertamente por todos. Las consecuencias que él saca son en verdad perentorias. De no ser cierta en absoluto la Resurrección de Jesús, es necio y ridículo abrazarse con su fe, religión y moral. En este caso serían los cristianos los más desgraciados de los hombres...

Esta página es, pues, de fuerza irrebatible contra los racionalistas.

Ellos, algunos al menos, enseñan que la fe en la Resu-

rrección de Cristo es un dogma creado mucho después por la comunidad cristiana: es el mito con que se quiso aureolar, tras el largo curso de muchos años y después de haberse perdido y esfumado la terrible tragedia del Gólgota, la figura de Jesús. Es el complemento de la divinización progresiva del fundador del Cristianismo...

Aquí tienen, por tanto, el mentís más rotundo a sus fantasías y gratuitas afirmaciones: no a centenares de años, como ellos exigen para la divinización del héroe, sino a los doce de la Resurrección de Jesús, ya su gran apoteosis o Resurrección es del dominio de todos y de fe pública, y ello no en Palestina, sino en la gentilidad: tan pronto como llegó a ella la predicación evangélica y en la misma generación testigo presencial del hecho.

En resumen:

Podemos afirmar, con toda seguridad y rigor histórico, que la Resurrección de Cristo es uno de los hechos más atestiguados y auténticos de la Historia. Ni las guerras Médicas, o el paso de las Termópilas; ni la existencia de Pericles y de Solón, o Sócrates; ni las conquistas de Alejandro, ni la batalla de Munda o de Farsalia, la de Pavía o Lepanto, poseen tantos y tan autorizados documentos.

El hecho, plenamente visible en sí mismo, fué presenciado durante cuarenta días por los mismos que lo relatan, hombres probos y santos que hicieron del gran acontecimiento la obsesión de toda su vida y murieron por su testimonio.

La narración es, además, clara, sencilla, sin pretensiones; tan vivida y patética a veces, con tales rasgos y pormenores, que delata a testigos presenciales y que en modo alguno puede ser inventada.

«Surrexit Dominus vere»: Ha resucitado el Señor, en verdad. Esta es la persuasión íntima, incontrastable, segura, que del examen de las fuentes históricas se deduce. Estamos, pues, al afirmarla, en la posesión de la verdad.

LA FUNDACION DEL CRISTIANISMO

Pero hagamos una suposición.

Imaginémonos que no existieran documentos escritos sobre la Resurrección de Jesús: aun nos quedaría una prueba irrefutable de la misma: el cambio de los Apóstoles y su convicción invencible y absoluta del gran acontecimiento.

Dijo P. W. Schmiedel: «Es innegable que la Iglesia se ha fundado sobre la creencia de la resurrección». El mismo Strauss lo confiesa: «Los Apóstoles nunca hubieran fundado la Iglesia si no hubieran estado persuadidos de la Resurrección de Jesús».

La Iglesia se ha fundado sobre la fe en la Resurrección de Cristo. Prescindid de ella o suprimidla, y no podréis explicar el gran acontecimiento cumbre de la Historia. La fe en la Resurrección, además, se apoderó de una manera avasalladora de los Apóstoles y llegó a transformarlos por completo. Antes eran pusilánimes; estaban acobardados, llenos de desilusión. La gran catástrofe del Calvario lo había hecho naufragar todo: sus esperanzas, sus ilusiones, incluso sus sueños de gloria y terrenas ambiciones. El estado del pequeño colegio apostólico, de toda la primitiva comunidad cristiana del Cenáculo, era exactamente el mismo de los discípulos de Emaús: ellos esperaban que Cristo había de ser el que les restituiría el reino de Israel, objeto de todas las esperanzas mesiánicas... ; pero los príncipes de Israel, los escribas y magistrados se habían levantado contra El y le habían dado la muerte; por eso estaban tristes, descorazonados, incapaces de todo y, lo que es peor, convencidos, especulativa y prácticamente, del fracaso...

Pero pasan unos días, tres nada más, y aquellos hombres se reaniman como por ensalmo. Jesús se les ha aparecido, dicen, y conversado con ellos. Son ya otros hombres; se convierten en testigos intrépidos, incoercibles. Lo que se ha operado en ellos, más que modificación es una transformación radical; una refundición heroica de sentimientos; un nuevo temple de voluntades. Ya no vacilan un instante...: la verdad se les ha adueñado de una manera que podríamos llamar obsesionante, fanatizadora.

Ni siquiera pueden dudar.

Salen a predicar al mundo y ponen por fundamento de la nueva religión a Cristo resucitado. Esa fe es la que predica Pedro en su primer discurso y en todo, lo mismo que Pablo, Juan, Santiago y los demás, a los judíos y a los gentiles, en Jerusalén, en Roma y en Atenas. Son los testigos de la Resurrección...

De lo que hay en el corazón habla la lengua.

No pueden dejar de publicarlo.

Los judíos, el Sanhedrín, les prohiben que prediquen, pero es inútil: *Non possumus*, es su respuesta: No podemos dejar de anunciar lo que hemos visto y oído.

¿Cómo explicar este hecho?

Aunque no existieran documentos escritos, repetimos de nuevo, estaríamos seguros de la realidad del hecho extraordinario y divino.

Y nótese bien: todos los que intervienen en el gran drama que renueva el mundo son judíos: hombres fanáticos monoteístas que se hubieran dejado despedazar antes que divinizar a un hombre, como ya queda indicado; judíos, por otra parte, aferrados a las esperanzas mesiánicas de gloria y de grandezas terrenas para su pueblo por medio del gran Legado que Dios había de enviarles, el cual vencería a todos sus enemigos y levantaría a la condición de dominador y dueño del mundo a su pueblo. Hombres que jamás habían imagi-

nado un Mesías crucificado, escarnecido por su pueblo y muerto en el patíbulo...

A pesar de todo, esos hombres, con solos unos días, quedan convencidos, a raíz misma del gran fracaso de la Cruz, de que ese mismo Jesús, muerto en el patíbulo, escarnecido, no sólo es el Mesías que Dios les prometiera, sino Dios mismo, que había cumplido sus promesas y visitado a su pueblo...

Este hecho es plenamente antijudío, repetimos de nuevo; un hecho que estaba por encima de toda su psicología. Debió de imponérseles de fuera, por tanto, por la fuerza incoercible, aplastante, de la realidad del hecho.

Concluyamos ya.

Suprimido o tergiversado el hecho de la Resurrección del Fundador del Cristianismo, desafiamos a la Historia, a la Psicología humana, a la Filosofía, que solucione el gran enigma...

No hay más que una explicación posible: la realidad indiscutible de la Resurrección de Cristo.

Ha resucitado el Señor verdaderamente; es el gozo Pascual, la nueva exultante y dinámica que vino a conmover y renovar la Tierra.

XXIII

LA RESURRECCION DE CRISTO Y LA CRITICA

SUMARIO: Hipótesis racionalistas. - El robo del cadáver. - Catalepsia o muerte aparente de Cristo en la Cruz. - La alucinación de los Apóstoles. - Refutación

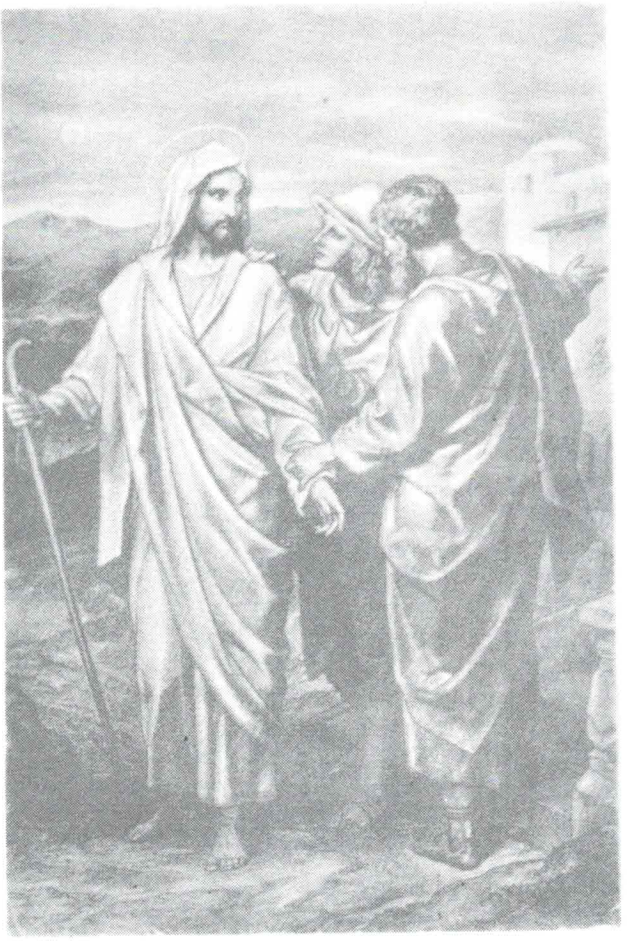
Empecemos por unas palabras de cierto moderno racionalista.

«Para el hombre moderno, dice Ed. Stapfer, una resurrección, esto es, la vuelta a la vida orgánica de un cuerpo realmente muerto es el imposible de los imposibles: entrañaría la violación de las leyes más seguramente conocidas de la física, de la química y de la fisiología. Aunque fuera el testimonio cincuenta veces más fuerte, cualquier hipótesis debiera admitirse antes que aceptarla».

No cabe duda que son sintomáticas y altamente significativas estas palabras, y reveladoras de la mentalidad del racionalismo.

El no niega la Resurrección de Cristo porque vea en su relato el mito, el fraude, el engaño, la superchería; la niega porque una resurrección es, para él, imposible, pues sería la infracción de las leyes naturales, y esto no puede admitirse en modo alguno...

Como se ve, militamos en campos diametralmente opuestos.



23 (Hofmann)

«¡Oh necios y tardos de corazón para creer todo lo que anunciaron ya los Profetas!» (Lc. XXIV, ,25).

Cristo resucitado aparece a los dos discípulos de Emaús.

Los católicos no negamos que una resurrección es una infracción de las referidas leyes; lo admitimos, claro está: confesamos que, humanamente, es del todo imposible, pero nosotros vamos más allá; sabemos y admitimos de buen grado que hay un poder superior al de la materia; admitimos a Dios creador del universo, a cuya omnipotencia todas las cosas se sujetan: las leyes del cosmos fueron establecidas por El y puede suspenderlas o violarlas cuando le plazca.

Esta es nuestra convicción y la convicción de toda la Humanidad al mismo tiempo; y de ahí nuestra conducta.

Se nos habla de un caso de resurrección; un muerto que ha recuperado instantáneamente la vida. Nos aseguran que un taumaturgo le ha llamado del sepulcro y le ha hecho levantarse... Eso es algo extraordinario, ciertamente; nos ponemos en guardia... Pero insisten en su aseveración; los que lo han visto lo aseguran de una manera terminante... ¿Qué hacer, entonces? Lo que nos parece lógico: examinar el hecho con todos los recursos a nuestro alcance; ver si históricamente, honradamente, se comprueba el hecho; nos persuadimos de que no hay otra explicación posible; nos consta real e indubitablemente; en este caso, lo aceptamos. La fuerza superior, el Ser supremo, creador de las leyes naturales, ha hecho una excepción en este caso particular; nos encontramos en presencia de un milagro.

Creemos que al proceder así procedemos legítima y científicamente, puesto que también la Filosofía y la Lógica son una ciencia. Tan científica y tan críticamente, al menos, como nuestros adversarios.

Obrar de otra manera ya no es ciencia ni crítica, son prejuicios; querer acomodar las cosas a sus moldes ateos y mezquinos.

HIPOTESIS RACIONALISTAS

Dice Stapfer, como ya anotamos, que habríamos de admitir cualquier hipótesis antes que aceptar la Resurrección de Cristo. Los racionalistas han inventado varias, tres principalmente: la del *robo del cadáver* por sus discípulos; la de la *muerte aparente* de Cristo; la de la *sugestión o alucinamiento*.

Examinémoslas hoy con imparcialidad y llegaremos a persuadirnos de que, conforme al dicho del referido racionalista, aunque su testimonio fuera no ya cincuenta sino quinientas veces más fuerte, cualquier hipótesis habría que admitir antes que ninguna de ellas. [1]

El robo del cadáver.

El primer patrocinador moderno de esta teoría es el ya conocido Reimarus.

He aquí sus palabras:

«Cristo, detenido por los jueces de la nación judía, fué condenado y murió en la cruz, pero sus discípulos no se resignaron a quedar vencidos. Se apoderaron de su cadáver y lo ocultaron, afirmando luego que había resucitado y subido al cielo».

Así, y con toda esta seguridad, lo afirma, como si lo hubiera estado viendo.

No creemos que pueda exigirnos Reimarus que admitamos sin más y *sub fide magistri* tales explicaciones. La hipótesis propuesta nos ofrece algunas dificultades, y permítanos honradamente discutirlas.

Primeramente no aceptamos, en modo alguno, el hecho de que parte:

[1] Cfr. Laburu, *Jesucristo ¿resucitó?*

Suponer que los Apóstoles fueron unos vulgares facinerosos y falsarios... Con franqueza, nos molesta que se hable de una manera tan desenfadada e irreverente de unos hombres honrados a carta cabal y más que honrados verdaderos santos y héroes, que ninguna utilidad podían sacar tampoco de su indigna fechoría. Afirmar que los Apóstoles ocultaron el cadáver para hacerlo pasar por resucitado es, en verdad, algo tan monstruoso que cuando se dice, sobre todo sin prueba alguna, hay que considerarlo en toda crítica histórica honrada como una impostura bochornosa y una sinrazón y contrasentido psicológico.

No se resignaron, dice, a ser vencidos.

¿Y qué iban a sacar de otra posición? Si Cristo, en realidad, no resucitó, psicológicamente hablando habían de reaccionar más bien en sentido opuesto: se hubieran visto desilusionados, comprometidos, engañados miserablemente por un hombre que decía ser Dios y Mesías y que afirmó reiteradas veces su futura resurrección... Nada de todo eso era verdad; había sido, pues, un mentiroso, un impostor. ¿Qué se había de seguir en hombres desairados de esta suerte? Ciertamente, lo lógico era el despecho, incluso la indignación contra él. Pero no; por un arte sólo conocido en la psicología racionalista, la mísera superchería les alentó y dió ánimos invencibles hasta el punto de impelerles a arrostrar toda clase de peligros y trabajos; a morir por su mentira inútil y canallesca...

Creemos, francamente, que eso no puede aceptarse con sólo la afirmación de Reimarus, y que nos perdone el racionalista.

Hay un segundo inconveniente.

Concedamos que los discípulos concibieron el proyecto de robar el cadáver. Pero ¿cómo realizarlo? El Maestro había dicho que resucitaría el día tercero y, en efecto, esa fué

la convicción de todos los primitivos cristianos; esa la predicación de todos los Apóstoles; ese el contenido de los Evangelios, de los Hechos, de las cartas de San Pablo y demás escritos del Nuevo Testamento.

¿Cómo realizar el robo, repetimos?

El sepulcro estaba custodiado. Así lo habían conseguido de Pilatos los jefes de Israel, en previsión de lo que pudiera ocurrir... Porque, ¡caso curioso!, ni siquiera tuvo Reimarus el mérito de la invención de su hipótesis. Esa misma fué, exactamente, la ocurrencia de los judíos, como nos lo refiere expresamente el Evangelio. Era el amanecer del tercer día de la muerte de Jesús. Una sacudida repentina había agitado los contornos del sepulcro. Los guardias habían quedado aterrados y como muertos. Repuestos, por fin, marcharon presurosos a la ciudad para dar la terrible nueva a los príncipes de los sacerdotes. Estos se llenaron de pánico indecible; vacilantes y sin tino, encontraron tan sólo una evasiva, sobornar a los guardias: «Decid que sus discípulos vinieron de noche, estando vosotros durmiendo, y robaron el cadáver»...

Pobre era la solución, pero urgente y necesaria.

Añadieron, además, seguridades...

Dormirse un soldado romano en su puesto de guardia era un delito severamente punible. ¿Cómo, pues, afirmar tal cosa? Vendría, irremisiblemente, el castigo... Pero, no; no temáis, les dijeron: si ello llega a oídos del presidente, nosotros os defenderemos y tomaremos todas las medidas necesarias para vuestra incolumidad...

¡Los discípulos robaron el cadáver de Cristo!

Reflexionemos un momento.

Lo robaron al tercer día, estando el sepulcro custodiado por soldados romanos.

¡Cosa extraña, en verdad! Los Apóstoles, a quienes pinta el Evangelio espantados, huidizos y tan acobardados que

uno le niega ante la palabra de una criada y los demás le abandonan; los Apóstoles, que se encierran en el Cenáculo por miedo de los judíos; esos mismos recobran la presencia de ánimo súbitamente y aun se llenan de tanto heroísmo y valor que se atreven a ir al sepulcro a sustraer el cadáver y a luchar, si es necesario, con los mismos guardias...

Es notable también tanto sueño en éstos.

Porque, nótese bien; duermen todos y duermen tan profundamente y durante tanto tiempo que dan lugar a los discípulos para realizar todas las operaciones necesarias. Han tenido que quitar los sellos de la losa de entrada; levantarla y echarla a un lado o volcarla; han debido penetrar en el sepulcro y tomar el cuerpo del difunto y llevárselo entre varios, y a todo eso... ni a uno solo de los vigilantes guardias han despertado. Todos duermen profundamente.

Demasiada audacia y demasiado sueño.

O infelix astutia!, dice San Agustín, comentando las palabras de los judíos. Traes testigos que duermen... Dormían y, sin embargo, lo oyeron todo y lo pudieron atestiguar todo.

En verdad que cualquiera hipótesis había que aceptar antes que ésta.

Así lo reconocen los mismos racionalistas.

Loysi la considera tan ridícula que ni siquiera quiere oír hablar de ella. Por eso se va por otro camino y se inclina a insinuar, aunque de una manera vergonzante, que el cadáver de Cristo fué enterrado en la fosa común...

Así, ciertamente, se suprime la dificultad del sepulcro vacío, de los soldados y de su inexplicable sueño; sólo que cae en otra dificultad tan insoluble como aquélla: la de echar por la borda todos los documentos históricos contemporáneos y fidedignos; esto es, ir abiertamente contra la Historia.

LA MUERTE APARENTE

Es la hipótesis de Paulus.

Oigámosle a él.

«Jesús no murió realmente, afirma; cayó tan sólo en un estado cataléptico, del cual le sacaron después la frescura de la tumba y los perfumes en que fuera envuelto el cadáver. El temblor de tierra de que hablan los Evangelistas y que sucedió casualmente, acabó por volverle la vida... Jesús logró despojarse de las vendas que le ataban y se puso los vestidos que allí había dejado el hortelano. En esta figura se apareció a María Magdalena y a los discípulos de Emaús y después a todos los demás reunidos en el Cenáculo. Como estaba débil, vivía retirado, y por eso se mostraba algunas veces nada más»...

Y nada más, caro lector.

En realidad que nada más puede desearse... Explicación más diáfana es imposible hallarla, aunque tampoco más pueril.

¡Y a eso llaman ciencia los racionalistas!

¡Y a eso tienen que acudir para negar nuestros dogmas!...

Opongamos algunos reparos.

El primero de todos es el del supuesto mismo: la muerte aparente de Jesús. ¿Quién le autoriza para ello? ¿Muerte aparente la de un hombre a quien azotaron y coronaron de espinas, a quien crucificaron y pendió vivo del patíbulo tres horas?... ¿Muerto aparentemente tan sólo aquel a quien oyeron encomendar su espíritu al Padre, inclinar la cabeza y expirar? ¿Muerte aparente la de aquel cuyo costado abrieron con una lanza y partieron el corazón...?

No lo juzgó así el Centurión que dió testimonio del hecho consumado; ni los verdugos que quebraron las piernas de los

otros dos crucificados y al llegar a Jesús y verle ya muerto, desistieron; ni los mismos príncipes de los sacerdotes que pidieron a Pilatos la guarda del sepulcro; ni los discípulos y santas mujeres, ni José de Arimatea y Nicodemus, que le enterraron.

En realidad es una suposición gratuita y arbitraria... Todos los presentes y contemporáneos se engañaron y sólo Paulus, a los diecinueve siglos de distancia y porque le convenía a su utópica explicación, pudo averiguar la verdad.

Pero demos que no muriera en realidad el gran Profeta, que fué tan sólo un síncope, un estado de catalepsia el que le enajenó de la sensibilidad y vida aparente. Aun quedan otros inconvenientes que solucionar.

En efecto, supóngase que Cristo ha vuelto en sí y despertado en el sepulcro. En él se encuentra fajado, rasgadas sus carnes, desangrado, atravesadas las manos y los pies, con el corazón abierto... Supóngase, repetimos, que, a pesar de todo, vuelve en sí y recobra el sentido y el movimiento.

¿Qué hacer?

Su estado debe ser, aun en ese caso, el de un moribundo, de un hombre agónico o poco menos... Pues bien, un hombre así, ¿cómo pudo valerse dentro de la tumba? ¿Cómo pudo desvendarse y ponerse en pie y levantar la pesada losa, que las mujeres, con ser varias, se juzgaban incapaces de remover; vestirse el traje del hortelano...; salir del sepulcro sigilosamente y aparecerse a María Magdalena; ir a Emaús, que distaba 15 kilómetros, y sostener con los dos discípulos la animada conversación de que nos habla el Evangelio, y volver en la misma noche a Jerusalén, y aparecerse de nuevo en el Cenáculo, y entrar en él estando las puertas cerradas, y en todo eso no aparecer como un hombre débil ni salido de la tumba, como una sombra vaga y macilenta, sino dando la impresión de la vida exuberante del autor de ella?

No creo que tenga dificultad el lector en contestar: tampoco esta hipótesis satisface: más aún, ninguna más inverosímil; ni siquiera a los príncipes de los sacerdotes se les ocurrió acudir a ella para salir del apuro ante las noticias alarmantes llevadas por los soldados...

No. No es probable.

Cualquier hipótesis habría que admitir antes que ésta.

LA ALUCINACION

Llegamos a la tercera hipótesis racionalista.

Según ella ni hubo sueños de guardias, ni oportunos terremotos, ni muerte aparente de Jesús: más aún: los Apóstoles fueron sinceros, predicaron y escribieron lo que inocentemente creían; pero estaban miserablemente engañados; veían visiones...

«Las grandes y terribles impresiones que habían experimentado desde la prisión del Maestro en Getsemaní, habían producido la más honda repercusión en sus espíritus y conmovido fuertemente sus corazones sencillos, ardientes y abnegados... Al principio quedaron abatidos por la suerte del Maestro, en quien habían puesto todas sus esperanzas, por el ruidoso fracaso de su autoridad y de su obra. Después sintieron renacer, poco a poco, sus exaltados sentimientos: recordaron su santidad, sus grandiosos milagros, sus profecías. Pensando en El leyeron los sagrados libros y le aplicaron todos los pasajes que del Mesías hablaban. Así llegaron a la persuasión íntima de que debía de haber resucitado. No es posible que haya muerto para siempre, se dijeron; tiene que vivir...

Su fe y convicción fué creciendo rápidamente como la marea y transformando en realidades inconcusas sus deseos. Por fin, llegaron a tal estado, que un día exclamaron de improviso: ¡vive!, y se imaginaron que, en realidad, habían visto al Maestro resucitado...».

He aquí la explicación de Renán y de otros racionalistas...

Los Apóstoles no fueron unos farsantes e impostores: fueron simplemente unos benditos alucinados...

¿Tendrá más fortuna esta hipótesis que las de los anteriores? Veámoslo.

¿Qué es la alucinación?

Es la persuasión subjetiva de la existencia real de cosas que no existen más que en la fantasía del paciente...

Afirmar, por tanto, que los Apóstoles fueron víctimas de alucinación en lo tocante a la Resurrección de Jesucristo, es decir: que tuvieron por real lo que no lo era; que las repetidas apariciones de que nos hablan los evangelistas, en que vieron al Salvador resucitado, no fueron verdaderas sino meramente fantasmagóricas; delirios, engaños, exaltaciones de su mente febriciente... Es afirmar que los Apóstoles estaban enfermos todos, que eran neurópatas exaltados...

¿Hay derecho para pensarlo así? El lector podrá juzgarlo por sí mismo.

Nosotros diríamos más bien, ya lo notamos en otra parte, que su condición, su estado y modo de vivir, acusa en ellos a hombres sanos y robustos, como lo suelen ser los pescadores de las playas, curtidos por el sol y por las brisas, acostumbrados a los azares del mar; hombres sencillos, trabajadores, los menos propicios a la alucinación...

Estaban, además, prevenidos contra ella.

Nada más patente que esto en el Evangelio.

Ninguno, desde el principio, había creído ni siquiera en la posibilidad del hecho. Habían enterrado provisionalmente al Salvador para poderlo hacer después con los honores debidos y definitivamente una vez pasado el sábado. Por la mañana del mismo día de la Resurrección, fueron al sepulcro las mujeres, que eran las más predispuestas al referido fenómeno,

con los aromas y ungüentos preciosos... ¿Se imaginaban siquiera lo que había sucedido?

Llegan las primeras noticias al Cenáculo y los Apóstoles se muestran refractarios; las toman por delirios de mujeres... Por la tarde, después de todo lo que se había dicho y asegurado en el día, marchan dos de los discípulos a Emaús y van tristes y descorazonados: «Nosotros esperábamos que El sería el que redimiera a Israel»: esto es, le creíamos el Mesías prometido y nos hemos equivocado...

Ha pasado una semana.

El Divino Salvador se ha aparecido muchas veces durante ella: todos le han visto y hablado con El; todos menos Tomás, que estaba ausente. El Apóstol se niega a dar crédito a la voz común con una terquedad propia de su rudeza; al fin, pronuncia su palabra decisiva: «Si no viere en sus manos la marca de los clavos, y no metiere mi dedo en el lugar de ellos y mi mano en su costado, no lo creeré...».

Ciertamente que no era ésta buena disposición para ser alucinado.

Sin embargo, se da el cambio repentino. Viene Jesús, cerradas las puertas, y se pone en medio de ellos. «La paz sea con vosotros», les dice; y luego, dirigiéndose a Tomás, añade: «Mete tu dedo y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel».

Había cesado la porfía. Tomás se encuentra vencido por la realidad palpable. Cae de rodillas delante de Jesús, y exclama: «Señor mío y Dios mío...».

Una tercera agravante.

La alucinación de los Apóstoles es duradera y persistente.

Han visto a Cristo por espacio de 40 días, hablado y comido con El; han oído sus enseñanzas en el Cenáculo, en el lago. Han presenciado la escena de San Pedro y la promesa del primado después de la pesca milagrosa. Más de 500 dis-

cípulos han sido testigos de estas apariciones y le han visto subir al cielo...

Ciertamente: Si todo esto es alucinación, habríamos de decir que pertenece a un nuevo género desconocido en psicología.

El racionalismo afirma que la Resurrección implicaría el quebrantamiento de las leyes de la física, de la fisiología y de la química...

Lo que sí podemos decir es que la fe en estas hipótesis quebrantaría, por lo menos, las de la psicología, de la Historia, de la lógica y, lo que es más fuerte, las del sentido común...

Digámoslo de nuevo.

Tales explicaciones no pueden admitirse en modo alguno ni siquiera como hipótesis. Antes que aceptarlas habría que optar por cualquiera otra, incluso por la Resurrección verdadera.

La autoridad de los racionalistas puede sernos respetable, pero, perdónennos dichos señores, que por amor a la verdad digamos que aunque fuera no ya cincuenta veces, sino cincuenta veces siete más autorizada, no podríamos admitirla.

Valga, por lo menos, el criterio del orador romano: «Amigos de Platón, pero más amigos de la verdad».

XXIV

LA ASCENSION, TRIUNFO DEFINITIVO DE JESUS

SUMARIO: Los documentos históricos de la Ascensión de Cristo. - Su vida en el cielo: descanso, triunfo, actividad incesante. - Arriba los corazones

Cristo, no era de este mundo.

Su patria verdadera estaba fuera de los límites del humilde planeta en que moramos.

Venía de arriba. De más allá del lugar donde nacen y se ponen las estrellas: el cielo, el reino de Dios: la patria del gozo, de la felicidad y bienandanza.

Estaba en este mundo como de prestado tan sólo; había venido como legado del Padre a la misión de redimir la Humanidad y reconciliarla con Dios... La empresa la había llevado ya al cabo gloriosamente: le había costado, es verdad, la vida; llevaba sus vestidos en sangre tintos, pero había cumplido su misión espléndidamente.

¿Qué tenía que hacer después de eso?

Volver al cielo, al seno del Padre, a la diestra de Dios, y esto es lo que efectuó en la Ascensión.

DOCUMENTOS HISTORICOS

Empecemos por un hecho significativo:

La Ascensión es el suceso culminante, sin duda, de la vida del Hombre-Dios. Es el epígrafe final, el coronamiento de su gran misión y de su obra en el mundo.

24 (Rafael)

«Y fué elevado al cielo y está sentado a la diestra de Dios» (Lc. XXIV, 50).

Sin embargo, solamente dos evangelistas, San Marcos y San Lucas, la consignan en sus respectivos Evangelios expresamente; de los restantes libros del Nuevo Testamento, los Hechos de los Apóstoles tan sólo.

Todos los demás la suponen, es cierto; la dan como cosa sabida; se mueven dentro de su ambiente, pero, descripción, narración del hecho trascendental, no se encuentra ninguna a excepción de las citadas.

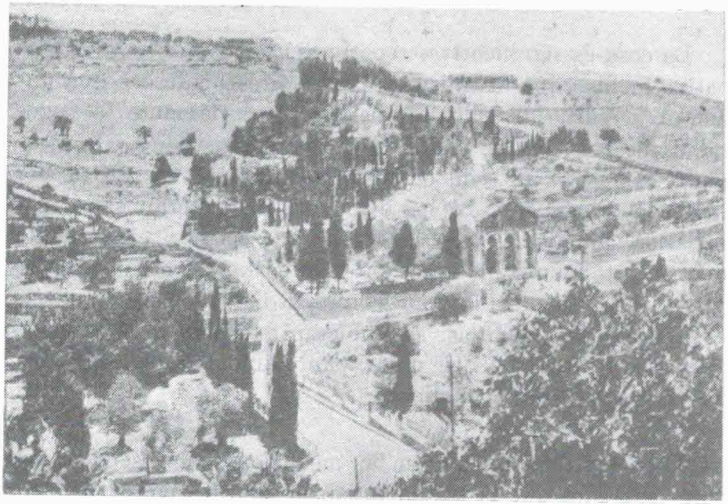
La cosa es significativa, repetimos, y tiene más valor probativo incluso que los mismos documentos históricos que pudieran acreditarla. Ello demuestra palmariamente la seguridad absoluta en que vivían los primeros cristianos y la completa exclusión de todo cuanto pudiera tener la crítica por invención y engaño. Si los evangelistas hubieran sido unos falsarios, amañadores de las cosas que narran, ciertamente que en este punto de tan capital importancia para su héroe y que tanto se prestaba por su propia naturaleza a fantasías e invenciones creadoras, se hubieran excedido a sí mismos. Pero nada de eso. Ni se preocupan siquiera de consignarlo: ¡es tan del dominio público!

La parquedad misma en las narraciones de los pocos autores sagrados que la tratan, produce idéntica convicción: el hecho escueto, sin adorno, con palabras sencillas y sin pretensiones...

Es evidente que no cuentan más que lo que han visto u oído a los testigos oculares.

El que está en la posesión de la verdad, el que la ha tratado con sus manos, no necesita vanos efectos de invención ni tiene por qué engañar. La verdad basta y se impone por sí misma; nada postizo, sobreañadido y falso puede llenar cuando se trata de hechos trascendentales.

Los relatos se reducen a simples notas: los once acompañan al Maestro al monte de los Olivos, sitio designado ya de antemano por el Salvador: allí les bendice Jesús por última vez y asciende por sí mismo, en virtud propia, a los Cielos. Todos presencian el hecho emocionados; siguen con sus miradas al que sube, hasta que una nube envidiosa se lo roba de su vista. Los Apóstoles permanecen extáticos mirando hacia lo alto, sin que puedan retirar los ojos: por fin apa-



EL MONTE OLIVETE con el huerto de Getsemaní al pie

recen delante de ellos dos ángeles vestidos de luz, que los sacan de su éxtasis, y se vuelven a Jerusalén llenos del gozo más exultante... Entran en el Cenáculo y allí permanecen unánimemente entregados a la oración en compañía de las santas mujeres y de María, la Madre de Jesús.

Esquemáticamente nada más.

Es lo único que correspondía: lo único que habían visto y presenciado.

Lo demás hubiera sido invención y comentario...

Oigamos los textos:

San Marcos.

«Y el Señor, después de haberles hablado, fué recibido arriba en el cielo y sentóse a la diestra de Dios.

Y ellos, saliendo, predicaron en todas partes, obrando con ellos el Señor y confirmando la palabra con las señales que se seguían.» (XVI, 19-20.)

San Lucas.

«Y sacóles fuera hasta Betania, y alzando sus manos los bendijo.

Y aconteció que bendiciéndoles se fué de ellos y era llevado arriba al cielo: y ellos, después de haberle adorado, se volvieron a Jerusalén con grande gozo; y estaban siempre en el templo alabando y bendiciendo a Dios.» (XXIV, 50-53.)

Los Hechos de los Apóstoles.

«He hablado en mi primer libro, ¡oh, Teófilo!, de todo lo que hizo y enseñó Jesús, desde su principio hasta el día en que fué recibido en el cielo, después de haber instruído por el Espíritu Santo a los Apóstoles que El había escogido.

A los cuales se había manifestado también después de su pasión, dándoles muchas pruebas de que vivía, apareciéndoseles en el espacio de 40 días y hablándoles de las cosas tocantes al reino de Dios.

Y, por último, comiendo con ellos, les mandó que no partiesen de Jerusalén, sino que esperasen el cumplimiento de la promesa del Padre, la cual, dijo, oísteis de mi boca.

Y es que Juan bautizó con el agua, mas vosotros habéis

de ser bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días.

Entonces, los que se hallaban presentes le hicieron esta pregunta: «Señor, ¿si será éste el tiempo en que has de restituir el reino de Israel?».

A lo que respondió Jesús: «No os corresponde a vosotros el saber los tiempos y momentos que tiene el Padre reservados a su poder.

Recibiréis, sí, la virtud del Espíritu Santo, que descenderá sobre vosotros, y me serviréis de testigos en Jerusalén y en toda la Judea y Samaria y hasta el cabo del mundo».

Dicho esto se fué elevando, a la vista de ellos, por los aires: hasta que una nube lo cubrió a sus ojos.

Y estando atentos mirando cómo iba subiéndose al cielo, he aquí que aparecieron cerca de ellos dos personajes con vestiduras blancas, los cuales les dijeron: «Varones de Galilea, ¿por qué estáis ahí mirando al cielo? Este Jesús, que separándose de vosotros se ha subido al cielo, vendrá de la misma suerte que le acabáis de ver subir allá».

Después de esto, se volvieron los discípulos a Jerusalén desde el monte llamado de los Olivos, que dista de Jerusalén el espacio de camino que puede andarse en sábado.

Entrados en la ciudad, subiéronse a una habitación alta, donde tenían su morada Pedro y Juan, Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago, hijo de Alfeo, y Simón, llamado el Zelador, y Judas, hermano de Santiago.

Todos los cuales, animados de un mismo espíritu, perseveraban juntos en oración con las piadosas mujeres y con María, la Madre de Jesús, y con los hermanos o parientes de éste.» (I, 14.)

¡Cristo ha subido al cielo!...

Allí le contempló el protomártir Esteban, poco antes de morir apedreado; desde allí les envió a sus discípulos el Espíritu consolador, y desde allí vendrá con majestad y pompa a juzgar a los hombres en el día del juicio...

A LA DIESTRA DE DIOS

Tres notas distinguen la vida del Salvador en el cielo:
El descanso,
El goce del triunfo y
La incesante actividad.

El descanso.

La fatiga es uno de los achaques más emocionantes en la vida del Hombre-Dios. Su trabajo asiduo, ininterrumpido en la predicación del Evangelio; la afluencia del público que, en oleadas inmensas acudía a El, a oír de sus labios las más divinas y consoladoras enseñanzas y a presenciar sus estupendos milagros, le traían fatigado constantemente.

Muchas veces leemos en el Evangelio que el Divino Maestro tenía que esconderse de las turbas para descansar del trabajo agotador y que, de cuando en cuando, se retiraba a los montes, a la soledad y silencio, para reponer sus fuerzas y vacar a la oración.

Los largos y frecuentes viajes que tenía que realizar a pie, eran otro de los elementos de su fatiga. El Evangelio nos lo muestra en un episodio lleno de ternura, sentado sobre el brocal del pozo de Jacob, «fatigatus ex itinere», fatigado del camino.

Pero, sobre todo, en la Pasión sufrió los rigores del cansancio. En la calle de la Amargura se encontró exhausto por completo el que es la fuente de la vida; hasta le faltaban las fuerzas para seguir llevando la cruz, y cayó tres veces por la debilidad de su cuerpo...

¡Cristo fatigado!, ¡Cristo exhausto!

Apenas habrá otra realidad más impresionante en la vida del Salvador.

¡Cansada la virtud del Altísimo, la que da fuerzas a todos los seres de la creación! ¡Hasta ese punto se abajó por nosotros el Unigénito del Padre!...

Pues bien; con la Resurrección y la Ascensión a los Cielos, se dió término completo al trabajo y a la fatiga. Las palabras con que lo expresa el sagrado Evangelio no pueden ser más significativas: «Y está sentado a la diestra de Dios».

Sentado es expresión de descanso, de reposo; y esa es la vida que ahora lleva el Redentor en la Gloria.

¡Bien merecido lo tenía por cierto!

Sí; que descanse el Buen Pastor que tanto tuvo que correr tras las ovejas descarriadas; que descanse el Salvador del mundo que nos redimió con sus sufrimientos y su sangre; que descanse el Maestro que tanto tuvo que predicar; que descanse la Virtud de Dios, fatigada tantas veces hasta de hacer milagros de misericordia y de andar esparciendo bienes por todas partes a la Humanidad ingrata...

Que descanse el noble Huésped venido al mundo, y gracias infinitas por sus fatigas terrenas...

Ya todo ha terminado; pasó el invierno y llegó la primavera; pasaron los cansancios, el duro caminar bajo los ardientes rayos del sol, por las campiñas palestinenses; pasaron las contradicciones, las luchas con el elemento protervo de Israel; pasó la Cruz y el Calvario...

Ya no habrá más calles de amargura, ni pozos de Jacob...

Reposo seguro, descanso eterno, paz imperturbable.

El goce del triunfo.

Nos cuenta San Juan en su «Apocalipsis» una visión confortadora.

Describe allí, cómo el Cordero, que era al mismo tiempo el León de la tribu de Judá, símbolo de Jesucristo, fué el único capaz de abrir el libro de los siete sellos.

Al realizarlo, «los cuatro animales y los veinticuatro ancianos, se postraron ante El, teniendo todos en sus manos cítaras y copas de oro llenas de perfumes, que son las oraciones de los santos, y entonaron un cántico nuevo, que decía:

«Digno eres, Señor, de recibir el libro y de abrir sus sellos, porque Tú has sido entregado a la muerte y con tu sangre nos has rescatado para Dios de todas las tribus, lenguas, pueblos y naciones; con que nos hiciste para nuestro Dios, reyes y sacerdotes y reinaremos sobre la tierra».

También vió muchos ángeles alrededor del solio, y su número era de millares de millares, los cuales decían en alta voz:

«Digno es el Cordero que ha sido sacrificado, de recibir el poder, y la divinidad, y la sabiduría, y la fortaleza, y el honor, y la gloria, y la bendición; y a las criaturas del universo, las que hay en el cielo y sobre la tierra, las oyó decir lo mismo: «Al que está sentado en el trono y al Cordero, bendición, y honra, y gloria, y potestad por los siglos de los siglos». (V. 8, sig.)

En verdad que son merecidos estos honores.

Cristo se había humillado hasta la muerte y era necesario recompensar su dignación infinita, ensalzarle como su condición de Hijo de Dios le merecía.

Se cuenta de los generales romanos que cuando celebraban el triunfo apoteósico de su entrada triunfal en Roma, iba un edil, sentado en la magnífica carroza, delante del mismo triunfador, repitiéndole al oído constantemente, en medio de los aplausos y de la pompa: «Memento te esse mortalem», acuérdate de que eres mortal...

Con Cristo había pasado todo lo contrario.

El era inmortal, Dios verdadero, el heredero de la Crea-

ción; pero ¡ay!, se humilló hasta el exceso: «tentatum per omnia», dice San Pablo: Bajó del cielo, su patria, y se vistió de nuestra mortalidad, de la forma y naturaleza de esclavo; nació en un pesebre, en un establo de bestias; se ocultó en un taller de carpintero, trabajó y se llenó de polvo y de sudor; sobre todo sufrió persecuciones y afrentas, azotes y bofetadas y muerte de cruz: ¡oh Señor!, vienen deseos de decirle: «Memento te esse immortalem», acuérdate de que eres inmortal; no te abajes tanto; mira por Ti, por lo debido a tu nobleza, que eres Hijo de buen Padre...

Había, pues, que ensalzar al humillado y levantarle por encima de los cielos. Y ello es lo que se cumple ahora.

Mirémosle en su gloria.

Está sentado a la diestra de Dios.

Se le ha dado un nombre que está sobre todo nombre.

Le cantan los ancianos y arrojan las coronas a sus pies.

Los ángeles, las potestades y querubines son los mensajeros, los criados de Dios; El, por el contrario, es el Hijo; el Heredero: por eso, los ha dejado a todos atrás prosternados ante el trono del Altísimo, anonadados en su presencia, mientras El ha subido al trono mismo y se ha sentado a su derecha...

Digno sois, Señor, de todo ello.

El que se ensalza será humillado, y ensalzado el que se humilla.

Albricias también a la Humanidad.

El triunfo de Cristo es su triunfo.

El que ha sido elevado en forma tan eminente sobre todas las criaturas, es el Hombre-Dios, nuestro hermano, nuestra cabeza.

Lleno un día de dignación infinita vino a nosotros y se hizo de nuestra familia; ahora ha sido engrandecido por en-

cima de los cielos. Es un nuevo José constituído, no virrey de Egipto, sino señor de la Gloria. Con El hemos ascendido todos los suyos. Que ya, pues, nadie nos desprecie; somos allegados del mismo Dios. Nuestra carne se sienta en el trono del Altísimo y es servida por los ángeles.

Teníamos enemistado a Dios por la culpa; nos había arrojado del Paraíso, y vuelto las espaldas, y cerrado las puertas del cielo, y jurado en su indignación que no entrarían en ella nuestras plantas pecadoras. Pero ya se han hecho las paces.

Hemos sido, de nuevo, admitidos a la perdida herencia.

Actividad incesante.

Dijo un día Cristo en el Evangelio, que el Padre estaba continuamente obrando, y que El había, por eso mismo, de obrar continuamente.

Se refería, especialmente, a los milagros.

Et ego operor.

Es la tercera nota de la vida de Cristo en el cielo.

Hemos hablado del reposo, del descanso, del goce inalterable después del triunfo, pero no se vaya a creer que el descanso, el reposo, en El, es ociosidad, no hacer nada. Es más bien el descanso de Dios después de la creación de los mundos: un descanso activo, infinitamente operante...

Sacadas las cosas de la nada, vino para Dios el gobierno del mundo, el concierto y la marcha de la gran máquina cósmica, la conservación del universo...

Descanso activo de Dios...

Ese es también el descanso, el reposo de Cristo en el cielo.

Su campo de acción es su obra, el gobierno, la dirección, la santificación y esplendor de su Iglesia.

«Yo estaré con vosotros, había dicho a sus discípulos, hasta la consumación de los siglos». «No os dejaré huérfanos

y solos». Y San Pablo nos lo representa en el cielo interceciendo por nosotros, la Iglesia, con gemidos inenarrables...

El la creó, la hizo su esposa y la redimió con su sangre para hacerla toda hermosa, sin mancha ni ruga, y ahora sigue favoreciéndola, cuidando de ella, amándola ardientemente desde el cielo.

El es el que elige sus pastores, el que le da los Papas, los Obispos, los Sacerdotes, los Apóstoles.

El hace brotar en su abonado suelo Ordenes religiosas que son la concreción de su espíritu en el mundo; las conservadoras de los consejos evangélicos; representantes de la pobreza, de la caridad, de la abnegación heroicas. Las que participan de la plenitud de la vida abundante que El vino a traer a la tierra.

El alienta a los misioneros para que no desfallezcan en regiones inhóspitas en medio de climas asfixiantes; El les da el aliento, el heroísmo necesario para trabajar incansables...

El estuvo con sus mártires en los primeros siglos en el anfiteatro y en las hogueras, en los ecúleos y los garfios, y está ahora con los modernos en las cárceles y en las checas.

El estuvo con sus Apóstoles primeros en la implantación del Cristianismo, y está con los Apóstoles presentes, ayudándoles también con su gracia en la predicación y celo por la conservación del mismo.

Todo es obra de Jesucristo en la Iglesia.

En verdad que era conveniente su ida al cielo, como El mismo dijo a sus Apóstoles. Desde arriba se ven mejor las cosas: el general dirige mejor, desde lo alto, las batallas.

EPILOGO

Era el día de la Presentación al Templo del recién nacido Niño de Belén.

Su Madre y el justo José le habían conducido al gran Santuario nacional israelítico para cumplir con la ley mosaica que mandaba que todo primogénito varón fuera ofrecido al Señor y para dar la ofrenda que estaba marcada en la misma Ley: «Un par de tórtolas o dos pichones».

Una nota inesperada y de emoción vino a llenar el ambiente de simpatía y colorido...

Moraba en Jerusalén cierto anciano venerable llamado Simeón, conocido de todos por su piedad ardiente y sincera.

El Evangelio dice que era «justo y temeroso de Dios», y añade que esperaba, además, «la redención de Israel y que el Espíritu Santo estaba en él».

Una esperanza le sostenía en la vida: la promesa que había recibido de Dios de que no moriría sin ver antes al Cristo o Mesías esperado...

Atraído por una fuerza secreta al Templo, entraba en él precisamente cuando sus padres introducían a Jesús...

Simeón sintió de nuevo el secreto impulso que le guiaba, y, sin poder resistirlo, se acercó a la Madre; le tomó al Niño de sus manos y le contempló con cariño inmenso...

El velo que ocultaba el porvenir se descorrió entonces ante su vista y su corazón se estremeció profundamente... Aquel Niño era el esperado; el Cristo del Señor venido por fin a redimir al mundo... El, luz moribunda, sostenía en sus manos la luz indeficiente y levantaba en sus brazos temblorosos el precio de la salvación humana.

Aunque fatigado ya de vivir, se sintió súbitamente rejuvenecido y sus labios pronunciaron temblorosos el inefable cántico que había de ser el himno vesperal del reposo y de acción de gracias de la Iglesia.

«Ahora, Señor, ya puedes despedir a tu siervo, según tu palabra, en paz; porque han visto mis ojos tu salud; la cual has aparejado ante la faz de los pueblos: luz que ha de ser revelada a los gentiles y gloria para tu pueblo, Israel».

Luego, se dirigió a la Virgen Madre, que con embeleso escuchaba sus palabras, y le dijo compasivo y triste: «He aquí que este Niño está puesto para caída y levantamiento de muchos en Israel y para señal a la que se hará contradicción, y una espada traspasará tu alma, para que sean descubiertos los pensamientos de muchos corazones...»[1].

EL SALVADOR

Hermosas profecías, en verdad.

Sí, Cristo es todo eso.

El es «*la salud esperada de Dios*», «*el Salvador*» de las promesas.

El pacificó el cielo con la tierra y salvó a la Humanidad sacándola de la esclavitud del demonio, príncipe de este mundo...

[1] Meschler, *Med.*, *Presentación*.

Todos los que van al Cielo, se salvan por El y todos los que se condenan han encontrado en El su ruína.

En El y por El se dividen los hombres en dos encontrados bandos, según sea el espíritu que anima en ellos, espíritu de verdad o de mentira y orgullo.

Por eso también es *signo de contradicción* y piedra de escándalo. La lucha comenzó a trabarse en la Cruz, pero se extendió bien pronto a todo el mundo y a los tiempos todos.

Cristo no ha sido nunca ni puede serlo, indiferente para nadie.

Ante El se decide toda humana criatura y se bifurcan los caminos de los individuos y los pueblos. O contra El, o por El: o enemigos encarnizados, o amigos hasta el delirio.

LA LUZ DEL MUNDO

Cristo es, en segundo lugar, la *Luz del mundo:* «lumen ad revelationem gentium»...

La Humanidad estaba «sentada en las tinieblas y sombras de la muerte»... y había que iluminarla...

La pobre Filosofía nada había podido conseguir a pesar de esfuerzos inauditos. Después de buscar febrilmente la verdad durante siglos, tenía que repetir desalentada la frase de los Apóstoles antes de la pesca milagrosa: «Toda la noche trabajando y nada hemos obtenido»...

El gran genio de Platón, hubo de despedirse de la vida «rogando a Dios que se apiadase de los hombres y enviase a alguien que les enseñara lo que tenían que creer y practicar»...

Cristo la iluminó.

«El pueblo que andaba entre tinieblas, vió una gran luz».

«Era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo».

Gracias a El sabemos los más graves y transcendentales problemas religiosos que tan íntimamente nos atañen y cuyo conocimiento intentaron vanamente las más grandes inteligencias del pasado: la naturaleza y condición de Dios... ; su Providencia y relaciones con los hombres... ; de dónde venimos y a dónde vamos... ; cuál es nuestro origen y nuestro destino; la inmortalidad y suerte eterna de nuestra alma en la vida futura...

Cristo es la Luz y en ella hemos visto nosotros...

«Un niño de nuestras escuelas, dijo el gran Donoso Cortés, que sabe el Catecismo, sabe más que todos los antiguos filósofos y genios de la Grecia»...

El Cristianismo es el hemisferio bañado por el pleno sol de la verdad; sus desconocedores y enemigos son los antípodas de la Luz.

GLORIA DE LA HUMANIDAD

Es la tercera afirmación del himno jubiloso del anciano vidente, aunque reducida a Israel.

Todos reconocen que Cristo es, aun en lo humano, la figura cumbre de la Historia: el hombre por excelencia que buscara Diógenes con su linterna en la mano y que no pudo encontrar... El hombre ideal; razón y espíritu; prototipo de la especie.

Pero hay más: es también y, sobre todo, el HOMBRE-DIOS.

Dios, porque es «el Verbo del Padre y la figura de su sus-

tancia» ; «el Verbo que existía desde el principio y estaba en Dios y era Dios»...

Hombre también y hombre de corazón como nosotros, lleno de amor y de misericordia.

¡Deficiente idea de la Divinidad la que se tenía antiguamente!

Dios era para el gentil y aun para el judío, el Ser inmenso, omnipotente, infinito... Su trono, el Cielo; las nubes su escabel; sus mensajeros, el rayo y el torbellino... Se le llamaba el «Dios de las batallas y de los ejércitos y de las venganzas»... El Dios del Sinaí; o el Júpiter del Olimpo, armado de rayos exterminadores...

Al menos, el Dios de Epicuro y de Epicteto, de Platón y de Aristóteles, escondido allá entre las estrellas del cielo, sin Providencia, sin amor a los hombres...

Pero ese concepto no era el verdadero. Ni ese Dios el Dios que ansiábamos.

Necesitábamos un Dios humano, permítase la expresión.

Un Dios asequible; un Dios que no tanto deslumbrara con los rayos de su grandeza infinita cuanto atrajera con sus bondades...

Un Dios que tuviera corazón como nosotros; que supiera sentir nuestras desgracias y conmoverse y llorar...

Y eso fué Jesucristo...

«Apareció la Humanidad y benignidad de Dios Nuestro Salvador» (Tit. III, 4), dijo San Pablo.

Cristo es el Dios bueno en que soñaba la Humanidad...

Omnipotente, infinito y de poder taumatúrgico inexhausto; pero también, compasivo y misericordioso.

El Dios que se apiadaba de las turbas, al verlas hambrientas y errantes como ovejas sin pastor y realizó los más bellos milagros para socorrerlas.

El Dios que se estremeció ante la heroicidad de la pública pecadora que lloró a sus pies arrepentida y la defendió y la perdonó generosamente.

El Dios, Padre del hijo pródigo que le lloró en su ausencia y aguardó ansioso su retorno, y llegado, se echó a su cuello y le llenó de lágrimas y caricias.

El Dios que perdonó a la mujer adúltera; que se hospedó en casa de Zaqueo; y comía con publicanos y pecadores; el Dios que se convirtió en pastor cariñoso que dió su vida por sus ovejas y que, cuando una se descarriaba, se iba a buscarla por los cerros y los montes hasta encontrarla y traerla gozoso sobre sus hombros al aprisco.

El Dios que, consciente de Sí, de su Omnipotencia, se presentó ante el sepulcro del amigo para resucitarle, pero antes lloró de emoción, contagiado por la santa debilidad de las lágrimas.

El Dios que miró con tristeza infinita a Jerusalén, su patria, la ciudad deicida e ingrata que iba a ponerle en un patíbulo y, al contemplar la ira de Dios cernerse sobre ella, se estremeció hasta lo más profundo de sus entrañas y lloró también.

El Dios del perdón generoso y abundante...

Exclama el apóstol, tan profunda como bellamente:

«Teniendo, pues, dice, por Pontífice Sumo a Jesús, Hijo de Dios, que penetró hasta lo más alto de los Cielos y nos abrió sus puertas, estemos firmes en la fe que hemos profesado. Pues no es tal nuestro Pontífice que sea incapaz de compadecerse de nuestras miserias, habiendo voluntariamente experimentado en sí todas las tentaciones y humanas debilidades, a excepción del pecado, por razón de la semejanza con nosotros en el ser de hombre», (Hebr. IV, 14 y 15).

Un Dios humanado, repetimos; un Dios que sufrió todas nuestras penalidades; un Dios afligido, perseguido y humillado; un Dios que supo por experiencia propia lo que es el dolor y la fatiga y la muerte...

Un Dios que pudo apreciar lo que cuesta la obediencia, porque por ella tuvo que presentarse al sacrificio; un Dios que llegó a sudar sangre en la pavorosa agonía del Huerto y necesitó ser confortado por un ángel...

Este era el Dios que convenía a la Humanidad, frágil y pecadora.

El único que podía repetirla con derecho en sus dolores la tan conocida frase: «Non ignara malis, míseris succurrere disco»: «he aprendido a compadecerme de los males de los hombres porque los he pasado yo mismo y aun siento el dejo de su amargura».

INDICE DE MATERIAS

A

Apariciones de Jesús: a M.ª Magdalena, 322, 324.
— a los discípulos de Emaús, 323.
— en el Cenáculo, 324.
— en el Mar de Galilea, 325.
— a Sto. Tomás, 324.
Apostólicos (Padres), 53.
Arrio, 264 s.
Ascensión, 348 ss.
— sus documentos históricos, 348.
— a la diestra de Dios, 353 ss.

B

Banquete (del fariseo), 253.
Bernabé (S.) o Bárnabas, 54.
Betania, 125.
Bousset, 72.

C

Cena (Ultima), 307.
Centurión (romano), 302.
Cicerón, 18.
Clemente (Romano S.), 53.
Códices, 50 s.
Comunismo, 235.
Concilio Nicea, 265 ss.
Conversión (del mundo pagano), 181 s.
— en el s. XVI: Africa y Asia, 220 s. América, 222 ss.
Convertidos (nuevos), 238 s.
Credenciales históricas de J. C., 44 ss.

CH

Channing, 72.

D

Daniel (profecía sucesión 4 Imperios), 22 ss.
— Setenta semanas, 37 ss.
Diógenes, 9.
Divinidad de Cristo, 244 ss, 258 ss.
— en el A. T., 244.
— en el N. T., 245 ss.
— propio testimonio, 246.
— en la Iglesia primitiva, 258 s.
— el Unigénito del Padre, 255.

E

Enciclopedia, 232.
Enrique VIII, 216.
Existencia real de J. C., 59.
Expectación de Cristo, 15 ss.
— Roma: Cicerón, Virgilio, Tácito, Suetonio, Tito Livio, Polibio, 17 s.
— Grecia: Plutarco, Platón, 16 s.
— universal, 21.
Evangelios: su autenticidad y notas, 44 ss.
— versiones, 51.
— documentos auténticos y seguros, 52.
— citas de los mismos en escritos de los primeros siglos, 53 s.
— su integridad, 62.
— su veracidad y contradicciones racionalistas, 63 s.

F

Filosofismo francés, 233, 269,
— inglés, 231.

H

Harnack, 72.

I

Ignacio (S.) mártir, 53.
Imperios (profecía de los cuatro), 24.
Impostura y fraude (de los Apóstoles), 64 s.
Incredulidad (la — y los milagros evangélicos, 150 ss.
— moderna, 230 ss.
Ireneo (S.), 56.

J

Jesucristo Dios, 244 ss., 258 ss.
— Mesías, 74 ss.
— Taumaturgo, 89 ss., 102 ss., 113 ss., 125 ss.
— Profeta, 163 ss., 177 ss., 193 ss., 214 ss., 230 ss.
— Redentor, 205 ss.
— Luz del mundo, 361.
— Signo de contradicción, 360.
— Gloria de la Humanidad, 362.
— Hombre - Dios, 363.
Juan Evang. (S.): su testimonio sobre la divinidad de J. C., 262.
Justino (S.), 55.

L

Lázaro (resurrección de), 125 ss.
Loysi, 72.
Lutero, 215.

M

Manuscritos del N. T., 48 s.
Mártires: su número, 205.
— crueldad de los tormentos, 206.
— heroísmo sobrenatural, 207 s.
Masonería, 231 s.
Mesías (Cristo), 74 ss.
— testimonios de la mesianidad de J. C., 76 s.
— afirmación de Jesús, 82 s.
— testimonio del Padre, 84, s.
Mesianismo (origen del — gentil), 21.
Milagros de Jesús, 89 ss.
— clasificación de los, 90.
— número de los, 97.
— Bodas de Caná, 90.
— Cananea, 95.
— el siervo del Centurión, 92.
— curación hijo funcionario real, 91.
— resurrección hija de Jairo, 93.
— — hijo viuda Naím, 141.
— — Lázaro, 125.
— ciego de nacimiento, 113.
— hemorroísa, 94.
— camina sobre las aguas, 94.
— endemoniado, 96.
— mujer encorvada, 96.
— sordomudo, 95.
— leprosos, 137.
— tempestad apaciguada, 102.
— multiplicación panes, 138.
— paralítico piscina, 140.
— — Cafarnaún, 146.
— mano paralizada, 146.
— posibilidad de los, 99, 149.
— significación de los, 136.
— hechos verdaderos, 99.
— negaciones racionalistas, 62 s., 150 ss.
Misioneros (españoles y portugueses), 224 ss.
Modernismo, 268.
Muerte de Jesús, 289 ss.
— prodigios sobrenaturales en la, 290 s.
— grandeza moral de la, 293 s.
— dominio sobre la muerte, 302.

N

Nabucodonosor (sueño de), 22.
Nicodemus, 255.

O

Orígenes. 57.

P

Pablo (Conversión de S.), 197.

— y la divinidad de J. C., 198, 259.
— y la resurrección de J. C., 327.
Papías, 54.
Papiros, 49.
Parábola viñadores, 247.
Paulus, 63.
Pecadora (pública), 249.
Pedro (S.): confesión de la divinidad de J. C., 258.
— Cesárea de Filipo, 246, 273.
— negaciones, 169.
— institución del Primado, 325.
— testimonio de la resurrección de J. C., 327.
— su vida y muerte en Roma, 201.
— su prisión y liberación, 199 s.
Perdón pecados, 252.
Persecuciones, 193, 203.
— en Jerusalén, 194.
— en Roma, 201.
— Herodes Agripa, 199.
— número de las, 203 ss.
Platón (diálogo «Alcibíades»), 16.
Plutarco, 29.
Polibio, 29.
Policarpo (S.), 53.
Profecías: de Jesús, 82.
— mesiánicas: Jacob, 31.
— — Miqueas, 34.
— — Isaías, 35.
— — Daniel, 37.
— Cristo clave de las, 86.
Profeta (Jesús), 163 ss., 177 ss., 193 ss.
— sobre su pasión, 164.
— negaciones de S. Pedro, 169.
— traición de Judas, 167.
— ruina de Jerusalén, 171.
— su futuro triunfo, 177.
— odio del mundo, 194 s.
Protestantismo, 214 ss.
— causas del , 215 ss.

R

Racionalistas (hipótesis), 62 s.
— engaño de los Apóstoles, 151.
— leyendas Iglesia primitiva, 155.
sugestión y «fe que sana», 156
Redentor (Cristo), 305 ss.
Redención: en el A. T., 30 ss., 244 ss.
— en el N. T., 306.
— concepto de la, 308.
— Isaías y la — mesiánica, 314.
Resurrección (de Cristo), 318 ss., 336 ss.
— predicción de la, 319.
— documentos históricos de la, 321.
— y la fundación del Cristianismo, 333.
— el robo del cadáver, 338.
— muerte aparente, 342.
— sugestión, 344.

S

Sabatier, 72.
Santos (los grandes — de los ss. XVI y XVII), 218 s.
Santidad (de Jesús), 275 s.
— carencia de pecado, 275.
— — de inclinación a él, 277.
— positiva, 279.
Satanismo, 236.
Signos de esperanza, 237.
Simeón, 359.
Socialismo, 235.
Suetonio, 19.

T

Tácito, 19.
Taumaturgo (Cristo), 89 ss., 102 ss., 113 ss., 125 ss.
Tiberíades (lago), 103.
Tito Livio, 29.

V

Versiones del N. T., 51.
Virgilio, 18.